

A. S. LEFEBRE



Apostando
AL DESTINO



Selecta

Apostando al destino

Apostando por el amor 3

A. S. Lefebre

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Bridgeport, Connecticut, 1837

Cuando Elizabeth se casó con Thomas Westher, estaba muy enamorada e ilusionada -¿cómo no estarlo?- con su galantería y su buen trato. Thomas había conquistado el corazón de Elizabeth en cuestión de semanas, y ella suspiraba por sus palabras (sí, palabras, ya que eso habían sido: solo palabras).

No se quejaba después de la experiencia tan dolorosa de su noche de bodas. Thomas intentó remitirse, aunque Elizabeth lo sintió hipócrita, y ya no confiaba en él. Había sido demasiado cruel, y eso aún no se lo perdonaba.

Su matrimonio no había sido el mejor, ni se parecía en nada a lo que Elizabeth había soñado. Poco a poco, las palabras dulces y bonitas fueron desapareciendo y, luego de la muerte del padre de Elizabeth, ya esas palabras no existían. Los malos tratos y su estado de ebriedad cuando llegaba a la casa se hicieron más frecuentes, al igual que sus ausencias nocturnas.

Aun así, ella llevaba más de una hora rogándole que no se marchara, mientras lo veía echar su ropa en uno de sus baúles. Elizabeth aún no comprendía por qué su marido había tomado esa decisión. Sabía muy bien que no se marcharía para siempre; aun así, le dolía. Estaba de luto y estaba sola; solamente lo tenía a él, y se estaba marchando. Su padre, su único familiar, había muerto recientemente, y él la estaba abandonando en un momento muy difícil de su vida.

-Thomas, no lo comprendo, hace dos meses que murió mi padre -le reprochó.

-Elizabeth, no me voy para siempre; hace tres meses que el señor Miller se fue, y tengo un asunto importante que hablar con él.

Elizabeth se sentó frustrada en la cama; sentía cómo sus lágrimas le picaban los ojos. Se negaba a llorar: había llorado ya lo

suficiente por la muerte de su padre y por los malos tratos de su marido.

-No comprendo qué puede ser más importante que yo.

-Mira, Elizabeth, deja de comportarte como una niña pequeña. - Thomas se paró frente a ella amenazante-. Solo estaré afuera un par de meses.

-Si es así, ¿por qué no puedo ir contigo?

Elizabeth se rindió y dejó derramar un par de lágrimas, que pronto se convirtieron en llanto.

-¡Maldición, mujer! Deja de llorar; ya te lo expliqué: no puedo llevarte.

-Eso no es una explicación válida para mí. -Elizabeth se limpió las mejillas-. ¿Cuál es el verdadero motivo? -exigió saber.

-Elizabeth, ¿sabes los peligros que hay en el mar? ¿No, verdad? ¡Apenas has salido de estas malditas paredes! -se exaltó-. Este es el motivo: yo soy hombre; en cambio, tú no. ¿Te gustaría ser secuestrada, vendida o que una gran cantidad de hombres te violen?

Elizabeth abrió los ojos, se estremeció y se puso pálida.

-¿Eso quiere decir que tú también corres peligro? -murmuró.

-Sí, pero no tanto como tú.

Thomas nuevamente buscó su ropa; estaba cansado del berrinche y del comportamiento tan infantil que estaba haciendo su mujer. Necesitaba alejarse de ella. Ya no la soportaba.

Apenas terminara ahí, se iría a pegar una buena borrachera y amanecería en los brazos de una preciosura, como estaba acostumbrado.

Elizabeth se acercó temerosa a la espalda de Thomas; tenían cuatro meses de casados y, durante ese tiempo, Thomas había cambiado. Después de la muerte del padre de Elizabeth, se había distanciado mucho más. Dejó de ser un hombre que fingía ser cariñoso; no la había tocado desde su noche de bodas, cosa que agradecía debido a su mala experiencia. Aun así, amaba a Thomas: era el hombre que había elegido para casarse y con el que iba a vivir por el resto de su vida. Aunque no estaba segura de que su

matrimonio tuviera un final feliz.

Lo abrazó lentamente por la espalda, esperando que no reaccionara violentamente, como lo había hecho en anteriores ocasiones.

-Tom, sabes que te amo; moriría si llegara a sucederte algo: eres lo único que me queda.

Thomas bajó el rostro.

-Lizzy, te prometo que volveré; simplemente, voy a ver al señor Miller y volveré. Ya hablé con tu tío: él cuidará de ti.

-Mi tío se traslada el mes que viene a Texas y me quedaré sola.

-Estaré aquí; volveré: te lo prometo. Will también cuidará de ti y, para lo que necesites, puedes contar con él.

Elizabeth sintió que sus lágrimas volvían a caer, pero no quería llorar. Debía ser fuerte: su esposo iba a volver. Pero la pérdida de su padre la había afectado mucho. Soltó a su marido, y se limpió las lágrimas.

-Te ayudo a empacar la ropa.

Thomas le regaló una sonrisa y la besó en la frente.

-Solo serán un par meses, Lizzy.

A la mañana siguiente, acompañó a su marido al puerto, donde lo vio subir a bordo del *Princess*, uno de los barcos de la naviera de su padre y que había nombrado así por ella, ya que era su princesa. Cómo extrañaba a su padre... Desde que había muerto su madre, era lo único que tenía. Thomas tenía razón: no conocía el mundo o sus peligros, ya que su padre siempre había cuidado muy bien de ella y la mantenía en casa, a su cuidado y al de su nana.

Los motores del barco empezaron a vibrar anunciando su marcha. Su marido le había dicho que no era necesario que lo acompañara; aun así, ella había insistido y, en ese momento, se arrepentía. Unas cuantas lágrimas escaparon de sus ojos mientras veía el barco alejarse y perderse en la distancia.

Y así fue cómo Elizabeth aceptó que su marido viajara a Inglaterra sin ella, sin imaginar que no volvería a verlo.

Capítulo 1

Había transcurrido más de un año desde la última vez que había visto a su esposo, a Thomas, el hombre con el que compartiría su vida y conformaría una familia, al que había decidido entregarle su corazón. Hasta el momento no había tenido ninguna noticia de él. Solo esperaba lo peor.

Elizabeth se sentía muy sola; a los pocos meses de que Thomas se había marchado y la había dejado sola, su tío se marchó. Tuvo la suerte de contar con su nana. Aun así, nada llenaba el vacío que le había dejado la muerte de su padre y luego la desaparición de Thomas. A los pocos meses de que Thomas se marchó, Will le contó que el señor Miller había enviado una carta en donde anunciaba que se había casado y que no volvería a Bridgeport por un tiempo, al igual que el señor Beckham, quien se había convertido en padre, aunque este último no viajaba mucho a visitar la naviera. Por ello se haría cargo de la naviera en ausencia de Thomas.

Elizabeth sentía que Will le ocultaba algo sobre la desaparición de Thomas y se esperaba lo peor ya que, cada vez que le preguntaba si tenía alguna noticia, este omitía el tema. Luego de haber vivido por meses entre las sombras, Elizabeth decidió que no podía seguir así, por lo cual buscó otra casa en donde ya no estuvieran los recuerdos de su padre y los pocos que tenía de Thomas. Había estado viviendo en la que había sido su casa desde que se habían trasladado a Bridgeport de niña. Su nana la apoyó en todas las decisiones que tomó, excepto en la última, y esto la llevó a encontrarse sola nuevamente, ya que no podía obligarla a que la acompañara.

Mientras decidía qué vender o qué conservar de su antigua casa, Elizabeth encontró en el ático un baúl que había pertenecido a su madre. Dentro encontró algunos vestidos, accesorios, un diario, documentos y algunas cartas, de las cuales una llamó su atención: era una carta escrita para ella. Su madre le decía que, si en algún

momento leía la carta, fuera en busca de sus abuelos, ya que su abuela la quería y le gustaría mucho verla, y que por favor les dijera que ella nunca había dejado de amarlos y que la perdonaran por haber desaparecido como lo había hecho.

Elizabeth descubrió que su madre era inglesa e hija de nobles, y había renunciado a todo cuando había conocido a Henry, su padre, y se había marchado a América junto con él. Su familia no lo había aceptado por ser un simple comerciante. Su madre no volvió a saber nada de su familia por un tiempo, hasta que, unos meses antes de su muerte, recibió una carta de su abuela, en la que le decían que regresara y que les gustaría ver a la niña. Elizabeth descubrió que su madre anhelaba regresar a Inglaterra y ver a sus padres nuevamente.

Por muchos días, Elizabeth pensó si sería buena idea viajar a Inglaterra, ya que iría a una tierra desconocida para ella. Tampoco estaba segura de que la familia de su madre la reconocería: habían pasado muchos años. Ella apenas tenía cuatro años cuando su madre había muerto.

La decisión no era fácil; pensar en alejarse de todo lo que conocía le daba temor. Pero decidió vivir su vida, y no bajo los recuerdos de su padre o de los de Thomas. Luego de haber persuadido a William de que la dejara abordar uno de los barcos de la naviera (al principio se había negado), tomó la carta que su madre le había dejado a su abuela y abordó un barco rumbo a Inglaterra. Tenía una familia e iría a por ella. No sabía si la recibirían; aun así, iba a correr el riesgo. Entregaría la última carta que había escrito su madre a ellos y cumpliría su voluntad de buscarlos. También buscaría al señor Miller y al señor Beckham para averiguar si alguno de ellos sabía algo de su esposo.

-Señora, debería ir a su habitación: es muy tarde, y la brisa del mar la puede enfermar si no se cubre bien. Debería descansar; pronto llegaremos a Inglaterra.

Elizabeth asintió y le regaló una sonrisa al capitán, quien la conocía desde hacía algunos años. Había sido muy amable y había estado muy al pendiente de ella, ya que era la primera vez que viajaba y lo hacía sola. Su nana no la acompañaba, ya que recientemente había nacido su nieta, y no quería abandonar a su hija.

-¿A cuántas horas estamos de llegar? -quiso saber.

-Unas ocho horas aproximadamente, señora, así que descanse.

-Gracias, lo haré.

El capitán asintió y la acompañó hasta la entrada que llevaba a los camarotes. Se despidió de ella dándole las buenas noches.

Elizabeth estaba muy ansiosa, por lo cual apenas había dormido durante el viaje. Adoraba ver el mar y las estrellas por la noche, así como también sentir la brisa del día soplar en su rostro. No obstante, el capitán le había indicado que era un poco peligroso viajar siempre en cubierta. Aunque hacía meses que los barcos no eran atracados por piratas, siempre había peligro, por lo cual debían estar alerta. Elizabeth sabía que no era muy común que los barcos de la naviera llevaran pasajeros, ya que no contaba con muchos camarotes. Aun así, llevaba aproximadamente diez personas, ya que no habían podido completar la carga que iba dirigida a Londres.

Elizabeth entró en el camarote que le había sido asignado; se quitó los zapatos y se metió a la cama. Había decidido llevar vestidos cómodos durante el viaje, ya que no contaba con su nana para que la ayudara a vestirse y desvestirse. Aunque con la mayoría de sus vestidos podía vestirse sola, aun así, prefería dormir vestida, ya que temía que el barco fuera capturado por algún pirata. Siempre recordaba las palabras que le había dicho Thomas sobre ellos. Elizabeth suspiró al pensar en Thomas; el recuerdo del rostro del que era su amor ya era borroso. Ya no sentía que su corazón se aceleraba como antes al pensar en él, y últimamente se había hecho la idea de que había muerto. Suponía que por ese motivo no había tenido ninguna noticia de él. Su pérdida ya no le dolía tanto. Supuso que, de tanto pensarlo, ya lo había aceptado. Aun así, sabía que el

señor Miller y el señor Beckham podrían ayudarla proporcionándole alguna información.

Escuchó el leve toque en su puerta, y despertó. Había estado algunas horas despierta pensando de qué forma encontraría a su familia, ya que no tenía mucha información de ellos, e Inglaterra era demasiado grande. Escuchó nuevamente que llamaban a su puerta; se estiró un poco, se levantó de la cama y se dirigió a la puerta para abrirla.

-Disculpe, señora, su desayuno.

Uno de los navegantes le enseñó una bandeja que contenía pan, huevos y té.

-Muchas gracias.

Sonriendo, tomó la bandeja, y cerró la puerta tras ella. Ese era otro de los motivos por los cuales dormía con vestido: no era la primera vez en el viaje que la despertaban al llevarle el desayuno a su habitación. No creía que fuera correcto recibir a uno de los navegantes en bata. Desayunó tranquilamente mientras leía uno de los libros que había llevado para acompañar el viaje. Lo leyó un par de horas más, hasta que decidió que era tiempo de tomar un poco de sol. Se cambió el vestido, cepilló su cabello negro y se hizo una trenza floja. Se dirigió hacia la cubierta. Llevaba allí un par de minutos cuando el capitán se le aproximó.

-¿Ves eso de allá? -le preguntó señalando un bloque de tierra que se observaba a lo lejos.

Elizabeth asintió.

-Sí, ¿qué es?

-Es Inglaterra; en una hora, más o menos, llegaremos a las aguas del río Támesis y luego al puerto.

Elizabeth dibujó una enorme sonrisa en sus labios; estaba cada vez más cerca de su destino.

-Estoy ansiosa por tocar tierra, aunque voy a extrañar ver las estrellas en el mar.

-Encontrarás un mejor lugar en donde ver las estrellas, y se convertirá en tu lugar favorito -le aseguró.

-Espero que así sea; gracias por tu compañía. Sin ti, mi viaje hubiera sido aburrido.

-No tienes nada que agradecer: eres una excelente compañía, y tu padre fue un gran amigo. Además, William me pidió que cuidara bien de ti.

-Will se preocupa mucho por mí -le dijo con un hilo de voz-. Es quien ha cuidado de mí.

Sabía que el capitán prefería no hablar sobre Thomas, ya que aún no sabía cómo podía actuar ella. Supuso que Will se lo había pedido, y ella había preferido que fuera así. Elizabeth le había comentado al capitán que el motivo de su viaje era buscar a su familia, por lo que le había pedido información para poder encontrar al señor Miller, ya que él podría ayudarla.

-Lo sé, muchacha; espero que la información que te di te sirva. Apenas atraquemos, uno de mis muchachos te buscará un carruaje para ti, ya que es muy peligroso que andes sola por el muelle. Luego te llevará al hotel que le indiqué. Mi muchacho te acompañará también y, si necesitas algo, no dudes en pedirlo. Estaremos un par de semanas en Londres.

-Gracias de nuevo, Fran, has sido muy amable conmigo.

-Espero que encuentres a tu familia.

-También lo espero así: son lo único que me queda.

Elizabeth permaneció en la barandilla mientras visualizaba cómo Inglaterra se iba aproximando. Empezó a imaginar cómo sería su familia, si tendría primos, tíos, o si sus abuelos aún estaban vivos. Se perdió en sus pensamientos, hasta que un desagradable olor penetró sus fosas nasales, lo que le hizo darse cuenta de que estaban muy cerca del muelle, rodeado de barcos.

-Señora, dice el capitán que pronto atracaremos y pregunta si ya tiene sus pertenencias listas.

Elizabeth asintió; sabía que debía tener todo listo al atracar, por lo cual se dirigió al camarote. Aún debía guardar algunos vestidos, sus objetos personales, y algunas otras cosas.

Luego de algunas horas, Elizabeth por fin llegó al Place. Había

sido un largo viaje entre los muelles y hotel, ya que el capitán se había encargado de que se hospedara lo más cerca de donde vivía el señor Miller. El Place era un hotel muy sencillo, pero con todas las comodidades que necesitaba, ya que no había llevado mucho dinero. No tenía muchos ahorros, y su tío no le había permitido llevar la totalidad de la pequeña cantidad de dinero que su padre le había dejado, argumentando que una dama no podía viajar sola con tanto dinero. Dejó la bolsa en la cama mientras uno de los sirvientes subía su baúl. Le pidió a una de las doncellas que preparara un baño y, cuando todo estuvo listo, se metió en la tina, dejando que sus músculos se relajaran. (Durante el viaje no había disfrutado de un buen baño). Cerró los ojos, y una imagen de Thomas se le vino a la mente. Se despertó sobresaltada, ya que no se había dado cuenta de en qué momento se había quedado dormida.

Hacía mucho que ese recuerdo no la torturaba en sueños; había sido muy doloroso y traumático para ella, pero debía aceptarlo. Se echó un poco de agua en el rostro, y notó que esta estaba fría. Luego tendría tiempo de lavar el cabello. Tomó una toalla y salió de la pequeña tina. Visualizó la ventana y se dio cuenta de que ya había anochecido y de que no era momento para salir. Por ello tocó la campanilla para pedir algo de comer. No tenía apetito, pero no había comido nada desde el desayuno y se obligó a hacerlo. Recordar el comportamiento agresivo de Thomas, y sobre todo recordarlo esa noche, la había hecho sentir desanimada. Necesitaba todas sus fuerzas y ánimos para su nueva misión.

Luego de haber comido un emparedado y de haber tomado una taza de té, se puso un camisón, cepilló su largo cabello y se metió entre las cobijas. Soltó un suspiro de satisfacción al ser absorbida por el colchón: hacía días que no dormía en una cómoda y suave cama. Cerró los ojos y rogó no tener nuevamente esas imágenes que le recordaban lo desagradable que había sido su marido.

Capítulo 2

-¿Así que vizconde Kingswood?

Eduardo se sentó en uno de los sofás de la biblioteca de su padre y dibujó una pequeña sonrisa, mientras este le servía una copa de whisky.

-No es algo de cual esté muy emocionado; no me agrada mucho la idea, pero debía aprovechar la oportunidad, o eso creo.

-Lo sé, no te gusta tener más responsabilidades que las de las propiedades que tienes y las de tus caballos, aunque en algún momento debías prepararte para obtener mi título. Así te vas acostumbrando.

-Sabes que mi vida son esos animales, los cuales me han dado una gran fortuna. Además, eso de estar reuniéndome en palacio cada cierto tiempo no va conmigo.

Alexander Rushmore, conde de Roserthon, se sentó frente a su hijo con una sonrisa ladina. Hacía varios meses que no lo veía, ya que había viajado a España en busca de un par de ejemplares pura sangre. Visualizó esos ojos que eran tan idénticos a los de su esposa, aunque en su hijo había un brillo de chiquillo bribón.

-Lo sé, y ahora hasta un título te dio; veo que, si son de provecho tus caballos, algo bueno te dejó mi padre.

Eduardo soltó una carcajada.

-No me lo podía creer cuando llegué y me reuní con ese imbécil de Trevor. Hace dos días, cuando llegué a mi apartamento y me encontré con la carta, me pareció extraño que me convocaran para una reunión con el parlamento, aunque sabía que ese maldito andaba tras uno de mis caballos desde hacía mucho. Aunque no podía imaginar que planeaba algo así, imira que darme un título por un caballo! Fue demasiado exagerado.

-Le has sacado una buena fortuna -intervino Alexander-. El pobre hombre debe de estar desesperado por ese animal.

-Bueno sí, lo admito: mi caballo ha ganado las carreras en las que ha participado, y Trevor se la ha jugado con su caballo. Es bueno, pero el mío es mucho mejor: lo hizo comer polvo muchas veces. A mi Rayo solo una vez han podido ganarle desde que piso el hipódromo por primera vez.

-¿Qué más motivo que ese? Aunque aun no comprendo qué sentido tenía darte un título.

Eduardo bebió un sorbo de su líquido ambarino; mantenía esa sonrisa de bribón en su rostro.

-Ya había perdido una gran cantidad de dinero, y el muy imbécil se empeñó en que su caballo era mejor que cualquiera ahí y, aunque era el único que le seguía los cascos a Rayo, no lo superaba. Ya había perdido una propiedad, la cual me pertenece -se regocijó-, así que, cuando vio que mi caballo daba muchos beneficios, me ofreció comprarlo, pero me negué. No solo me ofreció una fortuna, sino algunas propiedades más. Incluso una fuera de Inglaterra.

-¿Entonces el título te hizo cambiar de opinión? -Se asombró-. Eso no me lo esperaba. -Alexander lo observaba con curiosidad, mientras que la sonrisa de su hijo se hacía más grande.

-¡Demonios, no! No quería vender mi caballo: me estaba haciendo millonario. Pero al final accedí, ya que en España uno de los criadores me vendió unos muy buenos purasangres, y me puso en contacto con un criador de caballos árabes. Así que pronto tendré unos muy buenos caballos; va a pasar un tiempo hasta que vuelva a poner uno de mis caballos a correr, y estaba muy encariñado con Rayo. Pero no me iba a quitar encima a ese demente nunca. Mis nuevas adquisiciones serán mejores, y aún tengo una de sus crías, que es muy buena. Lo volveré a hacer morder el polvo; solo espero que cuide bien de mi Rayo.

-Te aprovechaste del pobre hombre. -Alexander soltó una carcajada-. Mira que pagar una cantidad exagerada, una propiedad y un título. ¿Qué incluye?

-Dos propiedades en Londres, una en Hampshire, en Yorkshire, y en Worcestershire.

-Vaya, son bastantes -reflexionó-. ¿Qué piensas hacer con todas? Ya tienes varias.

-La próxima semana empezaré a visitarlas. Sebastián se ofreció a acompañarme, y llevaremos a un arquitecto para que las analice. Pensé en rentarlas, al menos las de Worcestershire y de Hampshire, ya que en Worcestershire está la propiedad familiar, de la que, si bien es de mi hermana, yo me hago cargo, al igual que de la de Hampshire. Puede ser que me instale en una localizada en Knightsbridge. La de Yorkshire la puedo conservar para vacacionar.

-Vaya... -Alexander se quedó sin palabras; sabía muy bien que su hijo era muy bueno en la administración, y más en la de sus propiedades, pero cada vez lo sorprendía más.

Eduardo puso la copa vacía en una pequeña mesa junto al sofá donde estaba sentado, y se dejó caer sobre el respaldo.

-Pensé también en ampliar mis crías, así que tal vez haga el trabajo necesario en alguna para criar ahí. Además, pensé en adaptar una de los propietarios para convertirla en un hotel, o para pasar temporadas, pero aún no lo he pensado lo suficiente.

-Ya que piensas en eso, ¿piensas casarte en algún momento, y más ahora que necesitas dejar un heredero no solo para Roserthon, sino también para Kingswood? Debes tener a alguien para que herede y cuide algún día de todo ese patrimonio que estás haciendo.

Eduardo se echó a reír y observó a su padre como si fuera un payaso y acabara de realizar una de sus funciones.

-Ya te lo dije: no pienso casarme. Si quieres herederos, puede ser que pronto Katherine te dé más nietos. Mira que tuvo dos. Todo mi patrimonio puede quedarles a ellos también.

-Solo es un niño y heredará el título de Sebastián y, hablando de tu hermana, no le toques el tema de los niños, por favor.

Eduardo enarcó una ceja.

-¿Le sucedió algo? -Eduardo recordó lo mal que lo había pasado Katherine cuando había perdido su primer embarazo.

-No, es solo que Clara está nuevamente embarazada y, como verás, los mellizos casi tienen dos años, y Katherine aún no concibe,

aunque no creo que lo estén intentando. Son solo caprichos de tu hermana.

-Yo estaría feliz; mira que tener dos hijos... Pero bueno... es Katherine. A veces no comprendo cómo Sebastián la aguanta tanto; llevan casi cuatro años juntos y es como si fuera el primer día de casados.

Alexander dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios.

-Debo admitir que realmente se casaron enamorados; yo me había hecho la idea de que Sebastián la iba a devolver a los pocos meses de casados o que Katherine escaparía. Es más, juré que no se casarían.

-Mi hermana es muy caprichosa y rebelde, pero creo que Sebastián ha sabido dominarla o al menos tratarla. Sabe cumplir sus caprichos, con sus propios límites, por supuesto.

-Así es, muchacho: el matrimonio es una balanza. Solo míranos a tu madre y a mí.

-Un buen ejemplo a seguir; mira que mi madre también tiene sus cosas raras.

-Espero que algún día encuentres esa mujer que te hará perder la cabeza, ¡quiero nietos! Hijos tuyos, Eduardo. Lo digo en serio.

-Mejor, sírveme más de ese whisky y deja de hablar sandeces; tal vez algún día me decida y te dé uno.

El conde asintió dándole un poco más de whisky a su hijo y sirviéndose un poco más él. Estaba feliz de verlo, y hacía mucho que no se sentaban a hablar como lo estaban haciendo en ese momento. Eduardo había estado muy alejado de la familia, y solo lo veían cuando iban a visitar Hampshire o Worcestershire y él se encontraba ahí. Luego del nacimiento de los mellizos, Eduardo se internó en su propiedad de Hampshire por meses. Estaba deprimido, y ninguno comprendía el porqué. Hasta la fecha era un misterio, principalmente para sus padres. Un día, simplemente, como el hombre luchador que era, volvió con todo, a darle dolores de cabeza a más de uno con sus caballos en las carreras.

-Espero que sea antes de que muera, muchacho.

Eduardo dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios; él no le había dicho a nadie que ya se había enamorado: de Clara. Solo lo sabían Katherine y Sebastián, los cuales nunca hablaban del tema. Sabía muy bien que nunca se enamoraría; podía ser que en algún momento decidiera casarse, pero no todavía. Disfrutaba de su vida y de las muchas mujeres que lo perseguían solo por estar con él en la cama (algunas para cazarlo). Sabía muy bien que, en el momento en que decidiera casarse, cualquier padre con interés de casar a su hija con un buen partido lo aceptaría.

-Yo también; si de algo estoy seguro es que mis hijos disfrutarán de su abuelo como lo hice yo.

Alexander no pudo evitar regalarle una mirada cargada de ternura: extrañaba a su padre.

-El próximo mes será el cumpleaños de tu madre; pensamos realizar una fiesta de máscaras. A ella le hace ilusión; espero que no desaparezcas como lo haces siempre.

-No lo haré, padre; no pienso viajar hasta dentro de cinco meses aproximadamente y recuerda que voy a revisar las propiedades.

-Bien, aún no está decidido si la fiesta será aquí o en Worcestershire, aunque lo más probable es que la realicemos aquí, ya que todo está preparado y aquí están las amistades de tu madre.

-Perfecto; la próxima semana viajaré a Hampshire. Creo que Sebastián y Katherine irán conmigo y luego me quedaré por aquí y veré qué tan habitables están las propiedades y cuál me gusta más. Por cierto, ¿dónde está mi madre?

-Iba a reunirse con Catalina, que llegó a la ciudad ayer; creo que están de compras.

-Tocará esperarla para verla.

Alexander asintió.

-¿Te quedarás a cenar?

-Sí, y que preparen mi habitación: me quedaré aquí esta noche.

El conde sonrió: hacía mucho tiempo que su hijo no se quedaba a dormir.

-Retomando el tema de las propiedades, ¿qué harás con tu

departamento de soltero?

Eduardo se encogió de hombros.

-De momento lo mantendré; aún sigo soltero y, si tengo una casa familiar, no pienso llevar a ninguna mujer ahí, a menos que sea mi esposa y, como sabes, eso no va pasar.

Alexander le dio una palmada en el hombro mientras negaba con cabeza.

-Piensas bien, hijo; solo ten cuidado y recuerda mis palabras: ya llegará la mujer que te va robar el corazón.

Eduardo sonrió: esa mujer ya había llegado a robar su corazón y pertenecía a otro hombre.

Capítulo 3

Elizabeth abrió suavemente los ojos. El reflejo de los rayos de sol se veía en el piso junto a su cama: ya era de día. Se estiró dando un bostezo y se levantó de la cama. No sabía cuánto había dormido, pero se sentía mejor. Fue al baño y se lavó la cara; buscó uno de sus mejores vestidos. Se vistió y se arregló. Bajaría a tomar el desayuno en el restaurante del hotel y luego iría a visitar al señor Miller. El capitán le había conseguido una dirección en donde podría localizarlo. Era la última persona con la que había hablado su marido antes de marcharse de Norteamérica. Temía por la información de su marido que el señor Miller pudiera darle y sentía un nudo en el estómago de solo imaginar un centenar de cosas. Andrew se había llevado bien con ella mientras había estado en Bridgeport, aunque habían sido pocas las ocasiones en que se habían encontrado. Pero estaba segura de que él no le iba a mentir sobre el paradero de Thomas. Lo que más temía era el hecho de que la hubiese abandonado. Luego de haber tomado un desayuno ligero y comido todo lo que su estómago le permitía, subió nuevamente a su habitación, donde tomó su bolsa y el papel donde estaba escrita la dirección de la casa de Andrew. Le pidió al recepcionista que le consiguiera un coche alquilado y se dirigió hacia la casa de Andrew Miller, que se encontraba a poca distancia del hotel, en un lugar llamado *Mayfair*. El cochero se detuvo y le abrió la puerta.

-Señora, hemos llegado a la dirección que me indicó. -Le tendió la mano para ayudarla a bajar.

Elizabeth sacó un par de monedas de su bolsa y se las dio.

-Muchas gracias, señor.

El cochero asintió, guardó las monedas y se marchó. Elizabeth quedó de pie frente a una enorme mansión, con la boca abierta. No sabía que el señor Miller fuera un hombre tan importante o que tuviera tanto dinero. Se recompuso y observó a su alrededor: todas

las casas eran iguales de grandes y se imaginó que, seguramente, su familia debía de tener una casa igual. Se sacudió la falda del vestido; caminó hacia la puerta, y tocó. Luego de unos minutos sin respuesta, volvió a tocar con más fuerza. Minutos más tarde, una joven muy linda, con aspecto de niña y con un vestido sencillo, le abrió la puerta y la observó de arriba abajo.

-¿En qué la puedo ayudar?

Elizabeth pensó que era la señora Miller, aunque le resultaba muy joven para serlo. Además, se la veía demasiado sencilla, aunque no tenía ni idea de cómo vestían las mujeres de alta sociedad en Inglaterra mientras estaban en sus casas. Observó nuevamente a la chica y la vio enarcando una ceja. Se dio cuenta de que no había dicho nada aún.

-Disculpe, ¿aquí vive el señor Andrew Miller?

La muchacha la observó más detalladamente.

-Sí, pero lord Miller no se encuentra.

¿Lord? Acaba de decir que el señor Miller es un lord.

-¿Sabe si volverá pronto?

Elizabeth se arrepintió al momento de preguntar; estaba un poco entusiasmada y nerviosa.

-No lo sé; si gusta, puede dejar su tarjeta o una nota con un recado y, cuando vuelva, se lo daré.

-¿Tarjeta? -Elizabeth no entendía a qué se refería.

-Sí...

-Anne, ¿quién es? -Alguien la interrumpió.

Una mujer con el mismo color de ojos y color de cabello muy parecido al de la primera (pero de más edad) se asomó tras la chica y le brindó una sonrisa.

-Busca a Lord Miller; ya le he indicado que no se encuentra y que deje una tarjeta con un recado.

-Permíteme un momento -le dijo, y la chica se hizo a un lado, dándole a Elizabeth una mejor vista de la otra. Era muy parecida a la primera muchacha, pero esta llevaba un peinado más elaborado y un vestido muy elegante. Se veía que era de clase.

-Soy lady Clara Miller; lord Miller, mi esposo, no se encuentra, ¿podría ayudarla en algo?

La observó con una sonrisa que le reflejó simpatía.

-Eh... no sé si podría: es que necesito hablar con él.

Clara asintió; notó que la chica tenía acento norteamericano.

-Pasa, y así me cuentas. No eres de por aquí, ¿verdad?

Elizabeth la observó con curiosidad; estaba siendo amable con ella y le regaló una sonrisa. No estaba segura de pasar; aun así, asintió y la siguió.

-No, vengo de Bridgeport, Connecticut.

-Ya veo, acompáñame. -La guio hacia un gran salón en donde se encontraba otra muchacha muy hermosa y que también vestía elegantemente.

-Ella es Lady Katherine Beckham, mi mejor amiga; toma asiento.

-Le indicó un sillón-. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

¿Beckham? ¿Será ella la esposa del señor Beckham?

-Soy Elizabeth -lo pensó un instante-. Elizabeth Jones. -Les dijo su apellido de soltera. Pensó en dar el de Thomas, pero aún no se acostumbraba a este: frecuentemente usaba el de su padre.

-Un gusto, Elizabeth -la saludó Clara mientras le hacía señas a una empleada-. Disculpa a mi hermana; hace una semana que regresamos a Londres, y aún no consigo un mayordomo, y no se le da atender puertas -bromeó.

-Descuide, supongo que no está acostumbrada.

-Creo que es culpa mía su mal humor -confesó la otra joven con una sonrisa-. Desde que mi niñera se marchó, me ha estado ayudando con los mellizos mientras encuentro otra.

Elizabeth estaba sorprendida de su familiaridad al hablar con ella, una desconocida.

-Oh, comprendo. Disculpe, ¿es usted la esposa del señor Sebastián Beckham?

Katherine la observó con curiosidad.

-Sí, es mi esposo, ¿lo conoces?

Una empleada le sirvió una taza de té y llevó un par de pasteles,

y Clara le hizo un gesto para que se sirviera.

-Sí, mi padre era uno de los dueños de la naviera, al igual que mi tío y mi... -¿les decía lo de Thomas? -... los conocí por mi padre.

-Ya veo, aunque tu apellido no me resulta familiar; tengo entendido que el señor Scott era el dueño -comentó Katherine.

-Sí, ese es mi tío; la hermana de mi padre se casó con él.

-Oh, ya veo, ¿tu padre era el socio que no quería vender?

Elizabeth asintió; observó llegar a la joven que le había abierto la puerta con una pequeña en brazos y se la dio a Katherine.

-Acaba de despertar y preferí traerla antes de que despierte a Tony y a Santi.

-Está bien, Anne, y ve a descansar un poco -le aconsejó.

-Lo intentaré. -Salió nuevamente de la habitación.

-¿Es su hija? -preguntó Elizabeth. -Katherine asintió y le dio un beso en la frente a la pequeña-. ¿Puedo? -Elizabeth se arrepintió de la pregunta; era una extraña, y ya pedía cargar a una niña desconocida. Aun así, Katherine asintió nuevamente.

-Claro, ten; su nombre es Samantha; le decimos *Samy* cariñosamente.

Elizabeth la tomó en brazos y la observó muy sorprendida; tenía los ojos y cabello de Katherine.

-Es una copia suya. -Acurrucó a la niña en brazos y le acarició la nariz, lo que la hizo reír y mostrar unos pequeños dientitos blancos.

-Tal y como lo quería Sebastián; hasta el carácter se parece al mío. -Sonrió.

-Cuéntanos, Elizabeth, ¿qué haces en Inglaterra? -indagó Clara antes de sorber un poco de té.

-Bueno... no sé cómo decirlo... -La dos la observaron expectantes-. No tiene nada que ver con sus esposos; es solo que necesito ayuda de uno de ellos, o de ambos.

-Andrew regresará en cualquier momento: tenía una reunión en palacio -le comentó Clara.

-Sebastián no se encuentra en Londres; viajo a Hampshire con mi hermano y no regresa hasta dentro de unos días -aclaró

Katherine.

-Pero, si podemos ser de ayuda, puedes contarnos -le ofreció Clara.

Elizabeth le hizo un par de muecas a la bebé, que la hizo reír, y luego la observó.

-Busco a uno de los empleados de la naviera, que hace más de un año viajó a Londres y bueno.... me acabo de enterar de que mis abuelos maternos son de Inglaterra.

-Ya veo; todo lo referente a la naviera, obviamente, es con nuestros esposos -dedujo Clara-. ¿Y quiénes son tus familiares?

-Bueno, no tengo muchos datos de ellos; mi madre se marchó con mi padre y no supo nada de su familia hasta después de un tiempo. Mi madre murió cuando tenía cuatro años, y mi padre nunca me habló de eso.

-¿Tienes algún apellido, algún dato? Quizás tu padre lo supiera.

Elizabeth negó con la cabeza.

-Mi padre murió hace un año y nunca me habló de eso; me enteré porque encontré unas cartas de mi madre. Creo que en una de estas está el nombre de mi abuela.

-¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última carta?

-Diecisiete años; mi madre murió antes de haber enviado la última carta.

-Puede ser que los datos y la dirección sirvan; le pediré ayuda a mi suegra, y creo que la madre de Katherine también nos puede ayudar.

Elizabeth miró a una y luego a la otra; se sorprendió de la forma en que la miraba Katherine.

-¿Sucedo algo? -Elizabeth observó a la niña, que estaba dormida, y luego a Katherine.

-Samy solo se duerme en brazos de Sebastián y en los míos cuando no está él y siempre es una batalla, y ahora está dormida y no has hecho nada.

Elizabeth sonrió.

-Tengo un pequeño don para los niños, creo.

Anne entró nuevamente a la habitación con un bebé en brazos y se lo dio a Clara.

-Creo que tiene hambre; empezó a llorar, y la niñera me pidió que lo trajera. No quiso biberón.

-Está bien, Anne.

Anne observó a la bebé en brazos de Elizabeth y se sorprendió.

-¿Está dormida?

-¿Estás tan sorprendida como yo? -le preguntó Katherine.

Anne asintió.

Elizabeth las observó sin entender mientras Clara acomodaba a su pequeño para darle pecho. Elizabeth abrió mucho los ojos al verlo.

-Espero que no te moleste que alimente a mi bebé.

-No, claro que no; es solo que pensé que no lo hacía.

-Creo que te has dejado impresionar -aclaró Katherine-. No somos mujeres comunes de la aristocracia. Clara no lo era hasta hace un poco más de un año, y a mí nunca me gustó ese ambiente, aunque pertenezco a este.

-No sé qué decir; yo no pertenezco la alta sociedad de Bridgeport, pero mi padre siempre mantuvo un estatus social, y mis amigas no les dan pecho a sus hijos.

-Si tu familia es de la aristocracia, conocerás las costumbres, pero está en ti si quieres seguirlas o no -afirmó Clara con una sonrisa.

Elizabeth asintió nuevamente; tanta información nueva... Ella solo conocía lo poco que le hablaban sus amigas, ya que se había casado con Thomas, y él no era de la sociedad, sino un simple empleado, por lo cual no se había mezclado en ese círculo social.

-Volviendo al tema de los bebés, Kathy, podemos invitarla cada noche mientras llega Sebastián para que duerma a los niños -suplicó Anne.

-Anne, Elizabeth debe tener asuntos más importantes que atender a unos bebés malcriados; solo espero encontrar una niñera con su don.

Todas sonreímos.

-Espero que sea pronto, Clara. La cocinera pregunta si Andrew vendrá a almorzar ya que quiere prepara... -Se quedó analizando... cordero o algo así me dijo.

-Sí, y que prepare bastante, ya que tenemos una invitada más. Anne se retiró del salón llevándose la bandeja de té.

-¿Busca una niñera? -le preguntó Elizabeth a Katherine.

-Sí, mi niñera está embarazada, y dejó el trabajo hace unas semanas. Anne insistió en ayudarme, ya que Sebastián se encargaría de contratar una apenas volviera de Hampshire, pero mis bebés son algo difíciles.

Elizabeth observó a Katherine y luego a Clara, quien ya había terminado de amamantar el bebé y en ese momento le daba palmaditas en la espalda y le susurraba algo.

-Yo no conozco a nadie aquí y no sé cuánto tiempo tardaré en encontrar a mis abuelos así que si... bueno... yo puedo... ayudar... -balbuceó.

Katherine dio un grito que sobresaltó a los dos pequeños.

-¿En serio? ¿No me estás mintiendo?

-Tengo muy poca experiencia en niños, pero lo puedo intentar y... no cuento con mucho dinero.

-Por eso no te preocupes; con solo ver cómo se durmió mi hija, no necesito más referencias, ya que Santiago es más tranquilo, y por el dinero tampoco: recibirás un salario y vivirás en mi casa.

-Bueno, Elizabeth, creo que llegaste al lugar correcto. Espero que Andrew te pueda ayudar a encontrar el joven ese y puedas encontrar a tu familia. Cuenta con nosotras.

-Y bienvenida al club, Elizabeth -bromeó Katherine con una enorme sonrisa.

Capítulo 4

Las horas habían pasado rápido para Elizabeth. Después de haber acompañado a sus nuevas amigas al cuarto de los niños y de haber acostado a la hija de Katherine, Clara le presentó al pequeño Miller. Estuvieron un rato allí mientras Elizabeth conocía un poco más los pequeños, y luego se dirigieron a la terraza, donde hablaron y rieron sin parar.

A Elizabeth le agradaban mucho esas dos mujeres; había descubierto que Clara era la doncella de Katherine. Cuando conoció a Andrew, este quedó perdidamente enamorado de ella, pero, debido a su diferencia de estatus social, se habían alejado. Elizabeth recordó el tiempo en que Andrew había estado en Bridgeport; lo había visto muy triste, e incluso una de sus amigas había intentado seducirlo, pero se llevó una desilusión. Elizabeth no había tenido mucho contacto con él, ya que Thomas siempre había intentado mantenerla lejos de Andrew, pero sí habían conversado en un par de ocasiones.

Clara le contó que, luego de que había aceptado a Andrew, se había enterado de que era heredero de un ducado, lo que la asustó mucho, aunque había sido aceptada por la familia Miller. También le contó que habían tenido algunos contratiempos, pero al final todo había resultado bien y habían podido casarse. Clara se mantenía lejos de los eventos de la sociedad, no por sus orígenes, sino porque, a los pocos meses de casada, había nacido su bebé y se había mantenido en Hampshire hasta hacía pocos días, ya que Andrew tenía algunos asuntos que atender en Londres.

Por otra parte, los mellizos de Katherine tenían un año de edad; habían nacido el día de la boda de Clara y Andrew. Todas se partieron de la risa al recordar cómo los pequeños habían interrumpido la celebración.

Elizabeth se sentía un poco culpable; quería compartir con ellas

que también se había casado, pero, al escuchar sus historias y compararlas con la suya, se dio cuenta de que no había tanto amor como pensaba. Luego de hablar con Andrew, les contaría de su fallido matrimonio, ya que ellas le inspiraban mucha confianza.

Elizabeth observó a Clara caminar rápidamente hacia la entrada y, al seguirla con la mirada, observó la escena de amor más dulce que había visto. Clara recibió a su marido con un abrazo, y este le respondió de la misma forma. Le regaló una espléndida sonrisa y luego la besó. Elizabeth bajó la mirada: sintió un poco de envidia. Ella nunca tuvo nada parecido con Thomas y, en ese momento, se preguntó si había sido un error casarse con él.

-Mi amor, vino una amiga desde Bridgeport; se quedará a almorzar con nosotros.

Elizabeth salió de sus pensamientos al escuchar a Clara, y observó a Andrew, que se acercaba a ella. Llevaba a Clara sostenida de la cintura muy cerca de él; la soltó, besó a Katherine en la mejilla y se detuvo frente a ella. Elizabeth subió la mirada y le sonrió; estaba distinto y se veía muy feliz.

-Lizzy, ¿eres tú? -preguntó observándola sorprendido.

-Sí, señor Miller.

-Hace mucho no te veo: estás más linda.

Andrew se acercó a ella y la abrazó.

-Cuéntame qué haces por acá. ¿Cómo está tu padre? ¿Y Thomas viene contigo?

Elizabeth se quedó perpleja al escuchar la última pregunta. No sabía que Thomas había viajado.

-Mi padre murió unos meses después de que tú viajaste y...

-Oh, lo siento.

Andrew se sentó en el sofá que estaba frente a ella y atrajo a Clara a su regazo. Mientras la tenía allí, empezó a darle suaves caricias en su vientre, un gesto poco decente ante los ojos de cualquiera, pero muy común en ellos. Había olvidado que Clara esperaba a su segundo hijo.

-Fue muy duro; pero poco a poco el dolor se va superando y ... -
Observó a Katherine, luego a Andrew y a Clara; bajó la mirada...
hace un año que no sé nada de Thomas. Lo vi partir en un barco;
me dijo que vendría a Londres para reunirse con usted, y nunca más
supe de él.

-Thomas nunca vino aquí y ni siquiera me escribió; me pareció
extraño que quien ha estado informando de la naviera fuera William.
De igual forma, quien se ha estado encargado de ellos ha sido
Sebastián, ya que planeaba poner una sede aquí.

-Realmente, no sé qué fue de él; no sé ni siquiera si su barco
llegó. Antes de irse, me dijo que los piratas...

Andrew levantó a Clara de su regazo; la dejó en la silla y se
sentó junto a Elizabeth para tomarle la mano. Las mujeres estaban
un poco asombradas.

-No hemos tenido noticias de que alguno de nuestros barcos
haya sido interceptado por piratas. No comprendo qué sucedió con
Thomas para que desapareciera así. ¿Hace cuánto fue eso?

-Antes de salir, Thomas me dijo que tenía un asunto importante
que resolver con usted. A las pocas semanas, Will me dijo que se
había casado, y por eso no volvería pronto.

-Recuerdo que la carta la envié una semana antes de viajar a
Francia, pero Thomas nunca llegó, ya que Sebastián se hubiera
enterado. Apenas vuelva Sebastián, hablaré con él y nos pondremos
a investigar.

-Gracias, señor Miller.

-¿Cómo has estado? No sabía lo de tu padre.

-Bien, estuve muy triste. Tom viajó dos meses después de que mi
padre murió, y me encontré muy sola.

-¡Será imbécil! ¡Cómo pudo dejarte sola! Además, no tenían
mucho tiempo de casados.

-¿Casados? -preguntó Katherine.

Elizabeth asintió.

-Perdón por no haberles dicho antes; el otro motivo por el que
estoy aquí es para saber sobre el paradero de mi esposo que, como

pudieron escuchar, desapareció hace más de un año. Él es el empleado del que les comenté.

-Tranquila, Elizabeth, podemos comprender que sea difícil para ti; amor, Elizabeth está aquí porque busca a su familia también.

Andrew desvió la mirada de su amada a Elizabeth.

-¿Es cierto eso, Lizzy?

-Sí, hace poco me enteré de que la familia de mi madre vive aquí en Londres. No tengo mucha información: solo un par de cartas que mi abuela le envió a mi madre.

-Bueno, eso es muy bueno, y cuenta conmigo para lo que sea; puedo contratar un investigador si es necesario.

-Gracias, señor Miller. Clara y Katherine se han ofrecido a ayudarme también.

Andrew asintió.

-¿Dónde te estás alojando?

-Fran, el capitán, me hospedó en un hotel que se llama *Place*.

-Puedes quedarte aquí mientras conseguimos algún dato. -Volvió a ver a Clara-. ¿No te molesta, amor?

Clara le regaló una sonrisa, pero fue Katherine la que contestó.

-Ah, no, mentecato, ni se te ocurra. Elizabeth y yo llegamos a un acuerdo, y será la niñera de mis hijos hasta que encuentre a sus familiares.

Andrew enarcó una ceja y luego desvió su mirada en Elizabeth.

-¿Eso es cierto, Lizzy?

-Sí, parece que tengo el don con esos pequeños y no quiero ser una molestia para nadie mientras permanezco en Inglaterra.

-Bueno, no se diga más; solo espero que Kathy no te pegue su locura. -Katherine soltó una carcajada.

-Aún no lo ha hecho Clara, que toda la vida ha estado junto a mí. Dudo de que a Elizabeth le ocurra.

-Cierto. -Andrew se echó a reír y volvió a sentar a Clara en su regazo para acariciarle el vientre.

-Lizzy, disculpa mi pregunta, pero ¿de qué has estado viviendo todo este tiempo?

-Mi padre me dejó una pequeña herencia, aunque quien la administra es mi tío y me gira una mensualidad, y Will se ha encargado de que no me falta nada, según petición de Tom.

-Parece que lo dejó todo planeado; me parece muy extraña su desaparición. Te prometo que investigaré qué sucedió.

-Gracias, señor Miller, aunque ya me hice la idea de que me abandonó o de que está muerto.

-Es lógico, ya que lleva mucho tiempo desaparecido.

-Y mi misión principal es encontrar a mi familia materna.

-Ya sabes, aquí tienes un par de amigas que te ayudarán. - Katherine le brindó una sonrisa comprensiva.

-Me alegro de que le hayas caído bien a mi esposa y a su insufrible amiga. -Sonrió-. Ambas son excelentes mujeres.

-Sí, en el poco tiempo que he hablado con ellas, lo he descubierto. -Ambas le regalaron una sonrisa llena de cariño.

Anne entró en ese momento con un puñado de mantillas.

-El almuerzo está listo; pregunta si lo tomarán en el comedor o en la terraza y, Andrew, es hora de que contrates más personal. ¡Hoy me ha tocado ser mayordomo, y más!

Andrew soltó una carcajada.

-Yo también te quiero, cuñada, tu madre es la culpable, pero ya estoy trabajando en eso.

Anne puso los ojos en blanco.

-Dile que en la terraza -aclaró Clara.

Luego del almuerzo, nuevamente volvieron a reunirse donde habían estado anteriormente: en otra de las terrazas.

-Mi amor, fui a ver a tu madre cuando regresaba; está un poco molesta por no haberle avisado antes que volveríamos. Mañana vendrá con unas cuantas recomendaciones y a ver a Tony.

-Desde que nació no lo ha visto: es comprensible.

-Sí, tu padre también muere por verlo; me amenazó con ese maldito cuchillo. -Besó la frente de Clara, y ella sonrió-. Kathy, ¿cuándo regresa Sebas?

-En dos días, como mucho; ya lleva cuatro días ausente, y me dijeron que era por una semana. Eduardo adquirió unas nuevas propiedades y están revisándolas.

-Me enteré de que ahora es vizconde, ¡bien por él! -Elizabeth no dejó de advertir la mueca de Andrew-. Si me disculpan, señoras, debo revisar unos documentos. Lizzy, si necesitas algo, pídeselo a mi esposa.

Le dio un suave beso en los labios a Clara, y se retiró.

-¿Siempre es así contigo? -Elizabeth preguntó antes de pensar.

-¿Cómo? -quiso saber.

-Cariñoso... -susurró.

-Sí, siempre lo es. -Dibujó una sonrisa en los labios-. Andrew se mostraba muy frío cuando lo conocí, pero en el fondo siempre fue así. Creo que era por su pasado.

-Siempre lo vi muy distante, aunque sí se preocupaba mucho por sus empleados y por sus familiares.

-Andrew se volvió muy cariñoso cuando regresó y, aunque aún no frecuentamos las actividades de sociales en público, es más discreto, o eso intenta. En nuestra intimidad es así como lo ves y, bueno, rompemos algunas reglas en presencia de nuestros amigos o familia, como pudiste ver.

Elizabeth se sonrojó.

-Se refiere a lo de sentarla en su regazo. Sebastián también lo hace conmigo. ¿Tu marido no era cariñoso? -indagó.

Elizabeth bajó la mirada y recordó las pocas veces que había sido así Thomas.

-No, cuando me cortejó, era muy respetuoso, o eso me decía. No hubo casi besos y cuando nos casamos... -guardó silencio unos minutos-... solo estuvimos juntos la noche de bodas. Dormíamos separados y apenas lo veía durante el día.

Clara le tomó la mano en muestra de consuelo.

-Puedo decir que lo mejor que te sucedió fue que desapareciera.

-Y estoy segura de que vas a encontrar un hombre que se comporte como Andrew o Sebastián -intervino Katherine.

-No lo sé, no sé si quiero intentarlo nuevamente... es solo que...

-No le des tantas vueltas, simplemente va llegar en el momento indicado -le aseguró Clara.

Elizabeth asintió con una sonrisa. No sabía qué tenían esas mujeres, pero ambas la llenaban de paz. No se había sentido tan bien desde hacía mucho tiempo, antes de conocer a Thomas. Ellas la hacían sentir segura y le brindaban confianza que, aunque no lo admitiera Elizabeth, necesitaba en ese momento: hacía mucho que no hablaba con nadie sobre ella, su vida y lo que se había convertido luego de haberse casado con Thomas.

Y había una cosa: una única cosa que necesitaba desahogar para tranquilizar sus sueños.

Capítulo 5

-¿Duraron mucho tiempo de novios? -interrogó Katherine.

Una sirvienta había llegado con un servicio de té y una bandeja de bocadillos, de los cuales Clara no pudo evitar la tentación de tomar uno sin esperar que el té fuera servido.

-No, unos pocos meses; conocí a Thomas por mi tío, que trabajaba en otra de las navieras. Luego de que terminó de estudiar, mi tío se lo recomendó al señor Miller. Al año se lo presentaron a mi padre en una fiesta, donde lo conocí. Después empezó a cortejarme; al principio no me interesaba, pero con el tiempo lo fui aceptando. Me casé unos meses antes de que el Señor Miller regresara aquí.

-Y, por lo que escuché, no duró mucho la vida de casados -indagó Clara.

-No, estuvimos casados pocos meses; mi padre murió cuando teníamos tres meses de casados y, al siguiente mes, se marchó. Fue muy duro para mí verme completamente sola.

-Oh, cielo, eso realmente fue duro. -Katherine le tomó la mano-. ¿Qué edad tienes?

Elizabeth sonrió.

-Tengo veinte años.

-Eres casi la menor; Clara está por cumplir los veintitrés, y yo tengo veintiuno, un año más que tú. Y no olvidemos a Anne que, si bien la ves que está en su mundo, está en nuestro club: ella tiene diecisiete.

En ese momento, como si la hubiera invocado, Anne se asomó por la puerta.

-Clara, no entiendo cómo haces para soportar a Susan: es insufrible.

Clara se encogió de hombros.

-La eligió mi suegra, y ella dice que es la mejor.

Anne puso los ojos en blanco y se volvió a ir.

-Tiene el corazón roto -intervino Clara-. Espero que pronto lo supere. Aun así, ella trata de llevarlo bien. Se hace cargo de casi toda la casa de Kathy, y ahora me está ayudando aquí.

-Y me está ayudando con los pequeños; por cierto, mañana mandaré temprano a unos de los lacayos por tus cosas. Ahora me dejas los datos del hotel.

-No se moleste, yo puedo...

-Elizabeth, no es ninguna molestia. Sabes lo desesperada que estaba por una niñera, y tú me caes del cielo. Ni sueñes que te dejaré en libertad, mujer -le aseguró.

Todas sonrieron.

-Puedo empezar hoy si...

-No, no te preocupes: debo solicitar que te preparen una habitación. Descansa hoy; hiciste un viaje muy largo, y creo que aún tienes cosas que pensar, pero recuerda que eres mía. -Le guiñó un ojo y dibujó una enorme sonrisa en los labios.

-Está bien, y pueden llamarme *Lizzy*: así me llaman mis amigos.

-¡Genial! -exclamó Katherine-. Por cierto, estaba pensando que, en unas semanas, mi familia realizará un baile en celebración del cumpleaños de mi madre. Sería una buena oportunidad que vayas: puede ser que tu familia esté ahí.

-¿La fiesta es de disfraces? -quiso saber Clara.

-No, bueno, sí, de máscaras, pero los invitados deben estar en la lista para entrar, por lo tanto, podemos ver si el nombre o apellido que viene en esas cartas está en la lista de invitados.

Elizabeth las observó con mucha curiosidad, ¿baile de máscaras? Jamás había ido a uno.

-No creo que yo deba...

-Claro que sí, Lizzy. Es una buena oportunidad, y así observas el ambiente en esa clase de celebración.

-Lizzy, aprende algo de Katherine: cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay quién se la quite -le advirtió Clara-. No me quejo, ya que, gracias a ello, conocí a Andrew. A ella no se le puede decir que no, y menos en esta clase de cosas.

La gran sonrisa de Katherine se lo confirmó.

-Entonces, ¿debería asistir al baile?

-Eso mismo -dijo Katherine entusiasmada.

-Pero no tengo nada para la ocasión; nunca he estado en ningún baile así. Solo fui a uno que otro en Bridgeport, y tampoco he venido preparada.

-No te preocupes: Clara y yo debemos ir a lo de la modista esta semana, así que ella te hará un espectacular vestido para el baile.

Clara enarcó una ceja.

-¿Yo debo ir?

-Sí, también necesitas un vestido -afirmó Katherine.

-De eso, nada: ya tengo el vestido. Solo necesito la máscara.

-Igual, iremos a buscarla. Yo aún no tengo nada, y sé que lo del vestido es mentira. Ya me encargaré de que la señora Clarit te convenza: lady Bathampton debe lucir espectacular.

Clara puso los ojos en blanco.

-¿Ves lo que te digo, Lizzy?

-Me doy cuenta, pero no puedo pagar el vestido.

-¿Y quién te ha dicho que lo hagas? -protestó Katherine-. Será mi regalo, y no acepto un no por respuesta.

-Y yo me haré cargo de lo demás; tampoco acepto un no.

-Siendo así, creo que no hay forma en la que me pueda oponer; muchas gracias.

-No tienes nada que agradecer -dijeron las dos al mismo tiempo.

Elizabeth sonrió; estas dos mujeres realmente eran especiales. Hasta se habían puesto de acuerdo para vestirla y arreglarla para un baile del cual no tenía ni idea de qué se trataba. Apenas sabía bailar el vals, bueno, sí, sabía bailar, pero no era algo que hiciera a menudo. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahí?

Elizabeth escuchó atentamente el parloteo de sus nuevas amigas, primero sobre el baile, vestidos y más, luego hablaron de sus hijos y, por último, de sus esposos. Elizabeth decidió que ya era hora de marcharse; estaba muy a gusto con ellas; su compañía era acogedora. Pero, tal como le había dicho Katherine, debía descansar.

Ya luego las volvería a ver: iba a trabajar para Katherine y, con lo íntimas que eran, no le sorprendería que pasaran mucho tiempo juntas.

-Creo que ya es momento de retirarme.

-¿No te quedarás a cenar? -le preguntó Clara.

-Me encantaría, pero no: iré a preparar mis cosas y a descansar, ya que aún no me repongo del viaje.

-Te entendemos, ¿entonces te hospedas en el Place?

-Sí, en la habitación 4B; está a nombre de Elizabeth Jones. Utilizo mi apellido de soltera: nunca me acostumbré al apellido de Thomas.

-Es lo justo: no lo merece y estás haciendo una nueva vida aquí. Mañana enviaré a John para que te recoja y lleve tus cosas a mi casa; yo vivo a unas calles de aquí. No te preocupes por nada.

-Lo estaré esperando, Kathy, y muchas gracias por esta oportunidad de confiarme a tus pequeños ya que, prácticamente, soy una desconocida.

-De igual forma, se los iba a confiar a una desconocida. La única diferencia es que tú me caes muy bien y te he visto tratar con ellos. Además, ya no eres una desconocida: ahora eres mi amiga.

-¿Hablarás con Andrew antes de irte? -preguntó Clara.

-No, despídeme de él, por favor, y dile que pronto le traeré las cartas, y así también pueden verlas ustedes también.

-Está bien. -Clara se puso de pie y la abrazó-. Recuerda que ahora somos tus amigas y estamos aquí para lo que necesites.

Clara la soltó, y Katherine la sustituyó.

-Y, después de raptarte en mi casa, espero que te acostumbres a nuestras locuras.

Después de haberse despedido de ambas y de Anne (a la que le informaron que iba a ser la nueva niñera, lo que hizo a Anne abrazarla de felicidad), Elizabeth dio una vuelta por el barrio. Estaba asombrada de las casas tan enormes que había a su alrededor. Consiguió un coche de alquiler según las indicaciones de Clara, ya que no quiso que la llevaran en los coches de ellas, y regresó al

hotel. Se sentía realmente feliz y recordó las palabras de sus amigas. Deseó que se cumplieran, aunque aún tenía la gran duda de qué había sido de Thomas. Andrew le había asegurado que no sabía nada de él, ni del viaje, y todos los barcos estaban bien. ¿Y si realmente la había abandonado? Si era así, esperaba que no volviera nunca; ella iba a encontrar su familia y, si el destino era bueno con ella, iba a encontrar un hombre que la tratara como lo hacía Andrew con Clara. Apostaría por eso, aunque aún no era el momento: todavía no superaba lo que le había hecho Thomas, y no se creía capaz de tener las fuerzas para ser tocada nuevamente por un hombre.

Luego de que el baño estuvo listo, Elizabeth le pidió a una de las doncellas que la ayudara a lavar el cabello. Esta luego se marchó, indicándole que le iba a traer la cena. Elizabeth se quedó unos minutos más en la bañera disfrutando de la temperatura del agua y planeando su futuro. Aún no conocía ese lado del mundo y esperaba poder conocerlo. Lo poco que había visto de Londres le había gustado y no tenía ningún motivo para regresar a Norteamérica. Iba a extrañar a su nana, pero ella tenía su familia, y no la iba a abandonar. Si no encontraba a su familia, sabía que podía permanecer al lado de Katherine por una buena temporada. Recogería dinero y se compraría una casita en el campo cuando ya no la necesitaran. Ya luego vería la forma de sobrevivir, pero ahí podría tener lo que siempre había soñado: caballos. Con esa idea se quedó dormida.

Un par de toques en su puerta la hicieron despertar; se dio vuelta y vio el reflejo del sol en el piso de la habitación. Bostezó y se estiró, como lo hacía siempre. Escuchó nuevamente la puerta, así que se colocó la bata y se dirigió a la puerta.

-Señorita. -La misma muchacha que la había atendido estaba nuevamente ahí-. Disculpe que la moleste, pero es que en la recepción hay un joven que pregunta por usted: dice que viene por

sus cosas.

-Eh... -Elizabeth aún se sentía adormecida-. ¿Qué hora es?

-Las diez, señorita.

-¡Dios! Me quedé dormida; dile que en diez minutos estaré con él, y gracias.

La muchacha asintió y se retiró. Elizabeth busco rápidamente un vestido y se cambió; se hizo una trenza en el cabello. Terminó de empacar sus cosas y bajó para reunirse con el joven.

-Hola -le dijo al de la recepción-. Me dijeron que buscaban a la señorita Jones.

-Oh, sí. -El señor de recepción le hizo un gesto a un muchacho que se acercó a ellos. Era un hombre de unos veinticinco años-. Ella es la señorita Jones -le indicó.

El joven dio una leve inclinación de cabeza.

-Señorita Jones, soy John Wilson, el lacayo de lady Beckham; me envió por usted y sus cosas.

-Un gusto. Lamento la demora. ¿Me das unos segundos? - Elizabeth se volteó para hablar con el recepcionista-. Dejaré el hotel en estos momentos. ¿Me podría dar mi cuenta?

-Señorita, el joven pagó su cuenta. Uno de los lacayos subirá con él para que bajen sus cosas.

-¿¡Pagó mi cuenta!?! -exclamó con los ojos muy abiertos; desvió la mirada a John-. ¿Por qué hizo eso?

-Lady Katherine me lo ordenó y, bueno, si va trabajar para ella, debería acostumbrarse que no se le puede negar nada -bisbiseó.

-Lo sé, Lady Clara me lo advirtió; ya hablaré luego con lady Katherine.

John asintió con una sonrisa; en ese momento, uno de los empleados del hotel se acercó a ellos.

-Señorita Jones, mi empleado la ayudará con todo -le señaló a un hombre de mediana edad.

Elizabeth asintió y siguió a los dos hombres a la siguiente planta en donde estaba su habitación. Les indicó lo que iba a llevar, tomó su bolsa, y bajó tras ellos. Al salir del hotel, encontró a John

subiendo su baúl a un carruaje muy lujoso.

-Suba, Señorita Jones.

Capítulo 6

Elizabeth no se había quedado tan impresionada al ver la casa de Katherine como lo hizo al ver la de Clara, ya que esta era un poco más pequeña. Aun así, era enorme para ella. Al parecer, todas las casas por allí lo eran; apenas fue poner un pie frente a la puerta cuando Katherine salió y le dio un gran abrazo.

-Bienvenida a mi hogar, Lizzy. -Katherine la guio adentro-. Espero que te adaptes muy bien. ¿Ya desayunaste?

Elizabeth estaba sorprendida por el entusiasmo de Katherine; hablaba sin parar dando algunas órdenes.

-No, no, eh...

-Perfecto, así me acompañarás a desayunar; ven, acompáñame al comedor. Luego te presentaré a todos los empleados.

-No... me... gustaría molesta... -balbuceó.

-Lizzy, sabes que no lo haces. Acostúmbrate. Anne bajará los mellizos para que desayunen con nosotras, así que, a partir de ahora, tú también lo harás. Usualmente, Sebastián es quien me ayuda a alimentarlos.

-Oh, no sabía que.... -Negó con la cabeza-. No importa: muero de ganas de ver a los mellizos.

Anne apareció con Santiago en brazos.

-Qué bueno que ya estás aquí. -Le dio el bebé-. Iré por Samy; ya las alcanzo en el comedor.

Katherine le quitó el bebé a Elizabeth.

-Anne, debes mejorar tus modales: aún no empieza a trabajar.

Anne se dirigió hacia las escaleras sin decir nada.

Esa niña sí que era especial.

-Discúlpala, no despertó de humor hoy. -Hizo un gesto con la mano para restarle importancia-. Ya te acostumbrarás, ven.

Katherine la guio hasta el comedor, donde había dos sillitas de

bebé. Katherine sentó al bebé y le indicó a Elizabeth que tomara asiento. Luego, ella se sentó en medio de ambas sillitas.

-Kathy, yo puedo ayudarte a darles de comer -le aseguró.

-Lo sé, es solo que recién llegas y quiero que te acostumbres.

-Mi trabajo será cuidar de ellos, así que, Kathy, yo te ayudaré y no voy a aceptar un no por respuesta -le advirtió Elizabeth, tal y como lo había hecho ella antes.

Katherine dibujó una sonrisa en sus labios.

-¡Me gustas, chica! Encárgate de darle a Samy el desayuno; los mellizos ya intentan comer solos, así que nada más es guiarlos un poquito; ya lo verás.

Elizabeth y Katherine desayunaron y hablaron; Katherine intentó ponerla al día en todo lo referente a los mellizos. Elizabeth descubrió que no era tan complicado como pensaba. Los mellizos eran un poco difíciles de carácter, especialmente Samantha. Al parecer, había heredado el carácter de Katherine. Santiago era mucho más tranquilo, aunque le gustaba llamar la atención. Elizabeth estaba embelesada con los niños; descubrió que, físicamente, no eran tan parecidos, ya que Santiago se parecía más a su padre, aunque no recordaba mucho a Sebastián.

-Usualmente su baño es después del almuerzo, ya que luego toman una siesta, aunque no siempre es así.

-Tú solo me dices, y yo lo haré, Kathy.

-Bien, ahora te ayudaré a cambiarlos y te mostraré todo lo referente a la habitación y sus cosas. ¡Ah!, y están aprendiendo a caminar.

-Eso implica que los vigile más.

-Sí, pero estos días han estado con fiebre; creo que por los dientes. Así que se la pasan durmiendo o llorando.

Elizabeth sonrió mientras le hacía muecas a la niña, que reía a carcajadas.

-Definitivamente, tienes el don. Mira qué tranquila está. ¡Ah!, se me olvidaba: tenemos una propiedad en Worcestershire, donde

viven mis suegros, y otra en Hampshire. Usualmente viajamos más a Hampshire, ya que Clara prácticamente vive allá y mi hermano cría caballos ahí.

-¿Caballos? ¿Tiene muchos? -preguntó entusiasmada.

-Sí, el los cría, los entrena y los vende, así que sí, ¿te gustan?

-Sí, siempre he soñado con tener mi propio caballo; mi tío tenía algunos y aprendí a montar, y lo hacía de vez en cuando.

-Cuanto estemos en Hampshire, puedes visitar la caballeriza; tal vez te guste uno.

-No pienso aceptar que me regales uno, Katherine -le advirtió.

-No lo haré, descuida. -La sonrisa de Katherine la hizo desconfiar-. Ven, te mostraré la habitación de Samy.

A pesar de que habían tenido ya varios días en Hampshire, Eduardo no había ido a ver la propiedad, ya que estaba esperando a que llegaran los últimos caballos que había comprado en España. Sebastián había aprovechado para ir a ver una fábrica en la que iba a invertir mientras Eduardo preparaba todo para acomodar los nuevos caballos y le daba órdenes a Marcus. También debía entregar a Rayo y quería despedirse de él.

Luego de que todo estuviera al día, viajarían a Southampton, que era donde estaba la propiedad de Eduardo.

-¿Hace cuánto se supone que esa casa está deshabitada?

-El título llevaba cinco años sin uso, pero, por lo que investigué, esta propiedad estaba sin uso desde antes: al antiguo vizconde no le interesa.

-Si así está esta, cómo estarán las otras.

Ambos se encontraban frente a una enorme propiedad, con el césped y maleza muy altos. La mansión se veía abandonada; algunas de las tejas de zinc se habían caído. Tenía vidrios rotos y, por lo que imaginaban, adentro estaría peor.

-Espero que no esté tan mal como se ve -deseó Eduardo con una sonrisa.

-Entramos, a ver si no nos cae encima. -Sebastián dibujó su

típica sonrisa burlona.

-Solo entra después de mí; no sé qué me haría Kathy si te sucede algo.

-Solo te matará. -Se encogió de hombros y lo siguió.

Al abrir la puerta, se encontraron con un montón de polvo y telarañas. Ambos se taparon la boca al entrar; Eduardo se acercó a una de las ventanas para mover una de las viejas cortinas, y así ver por dónde pisaban, hasta que llegaron a un salón. La casa aún conservaba los muebles, aunque estaban muy viejos y sucios. Se podía escuchar a las ratas correr y chillar por el lugar, aunque eso a ninguno de los dos lo afectaba.

Durante una hora exploraron la casa; en la planta baja encontraron una enorme cocina, un comedor grande y otro pequeño, un salón (que, al parecer, era utilizado para realizar bailes y veladas por el tamaño), una biblioteca junto a un estudio, un salón del té, y otros dos salones más. En la planta alta encontraron quince habitaciones: una principal, muy grande y, junto a esta, otra más pequeña; también un cuarto para niños. Supusieron que los antiguos dueños tenían niños, ya que había algunos objetos. También había un salón con un balcón y con un miniestudio. Había sido una gran sorpresa para ambos: no habían imaginado que la casa fuera tan grande, y eso sin incluir que en la parte baja estaban las habitaciones de servicio.

A pesar de lo vieja y abandonada que estaba, no tenía que hacer mucho por esta, ya que por dentro se había mantenido. Eduardo pensó en restaurarla y en un futuro podría ser una acogedora casa familiar. Al entrar en uno de los salones de la planta baja, uno de los ventanales lo guiaba a la terraza y después a un gran jardín, del que se imaginaba que en sus tiempos había sido muy hermoso. Salió a la terraza y visualizó las ruinas de una caballeriza a lo lejos, así que se decidió ir a explorar. Al llegar ahí, se llevó la enorme sorpresa de que la caballeriza era más grande que la suya y que, seguramente, habría albergado una gran cantidad de caballos. Supuso que tal vez

los criaban allí. A un costado de la caballeriza había un cercado bastante extenso que indicaba que era un corral. Eduardo pensó que ese sería un buen lugar para criar caballos. Después de restaurar la casa, iba a hacer lo mismo con la caballeriza.

-Hay un pequeño bosque al otro costado.

Eduardo observó a Sebastián, que se había acercado a él.

-Creo que la propiedad es mucho más grande, y las propiedades que están por allá son de arrendatarios. El imbécil de Trevor me dijo que la otra semana me haría llegar los planos de todas las propiedades y las especificaciones.

Sebastián sonrió.

-Se la jugó muy bien; esta propiedad está muy bien. Te servirá de mucho -le señaló la caballeriza.

-Tal vez algún día te deshagas de mí y me traiga mis caballos para acá.

-No sería mala idea, pero ¿quién cuidará mi propiedad?

Eduardo puso los ojos en blanco.

-¡Idiota! Tú y mi hermana se la pasan más ahí desde que Clara se casó, solo para que estén cerca.

-Lo sé, y me gusta. -Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos del pantalón-. Pero, cuando Andrew y Clara estén en Londres, Kathy va querer estar ahí, como ahora.

-Si Katherine no vino fue porque sabía a lo que venimos; además, tus hijos han estado más insoportables y no contratan a una niñera. Si me hubieran hecho caso de contratar dos, ahora tendrían un reemplazo.

-Sabes que Kathy no iba a aceptar eso y, cuando regrese a Londres, yo buscaré la niñera. ¿Qué piensas hacer con todo esto?

-Pienso reparar la casa; tal vez me venga a vivir aquí.

Sebastián soltó una carcajada.

-¿Tú aquí? Estas cómodo en tu pequeña casa; además, esto es una casa familiar.

-Algún día, cuando decida tener familia. -Le palmeó el hombro y caminó nuevamente para entrar en la casa.

Sebastián lo siguió.

-Espero que ese día sea pronto.

-Apenas tenga todos los planos, me reuniré con Peter para que me ayude con todo lo demás. ¿Me ayudarás con la constructora?

-Sabes que no te puedo decir que no; por cierto, pasamos la noche aquí. Quiero ir a los muelles temprano; hemos pensado en traer parte de la naviera a Inglaterra, y este no es un mal lugar, tomando en cuenta que las damas pasan más tiempo por acá.

-¿Tanto me odias? -le preguntó Eduardo enarcando una ceja.

Sebastián sonrió.

-Eres mi cuñado favorito...

-Y el único que tienes.

-Bueno, eso sí; el hecho de que ponga aquí una oficina no quiere decir que Andrew la frecuentará, y ya ha pasado un año. Deberías de haberlo olvidado.

-Ya lo olvidé; es solo que aún no me hago a la idea. Fui un idiota al pensar que nadie más se fijaría en Clara y que ella me iba a llegar a ver como alguien más que un hermano.

-Es una mujer hermosa y con un gran corazón; quien no viera eso sería un idiota.

-Yo lo vi y fui un idiota, aunque sé que ahora es feliz con él y su familia.

-Andrew es un buen hombre y daría la vida por Clara.

-No quiero hablar más del tema.

-¿Te casarás alguna vez, Eduardo?

-Tal vez; necesito dejar un heredero, y no creo que tú y Katherine estén dispuestos a tener más hijos para cubrir la ausencia de los míos.

-Bien dicho, pero te doy un consejo: cástate con una mujer que al menos te quiera y la quieras no por un compromiso. Serías miserable.

-Lo intentaré -le prometió-. Más adelante hay una posada, ¿nos quedamos ahí?

-Me parece bien; por cierto, nos vamos directo a Londres

mañana.

-Sí, mi hermanita debe estar desesperada por verte.

Aunque Southampton no estaba a más de una hora a caballo de la propiedad de Sebastián, ambos supusieron que era mejor quedarse ahí, ya que se ahorrarían algunas horas de viaje a Londres.

Capítulo 7

Eduardo llegó junto a Sebastián, una hora después del anochecer a Londres después de haber visitado el muelle y de que Sebastián había examinado el lugar y los locales para una posible oficina. Emprendieron su viaje a Londres; Sebastián estaba ansioso por ver a Katherine, y Eduardo moría por darse un buen baño, aunque le apetecía salir a tomar algo con su mejor amigo Joseph Mathuis, quien había sido su amigo desde el colegio, aunque últimamente no se reunían mucho.

-¿Cenarás en casa?

-No, quiero llegar a darme un baño y puede ser que más tarde salga.

-Te diría que te envidio, pero adoro a mi familia, y lo que más amo es dormir con la misma mujer cada noche y no tener que buscar. Aun así, espero que disfrutes.

Eduardo soltó una carcajada.

-No te envidio; la variedad es muy buena y no dudes de que lo disfrutaré.

Sebastián negó con la cabeza.

-Deberías casarte, y lo digo en serio.

-Pareces mi padre -protestó-. Algún día. Dales un beso a mis sobrinos; luego iré a verlos.

Sebastián asintió con una sonrisa y se despidió de él. Eduardo emprendió la marcha a su apartamento; la idea de salir le estaba resultando muy tentadora: durante su estadía en España no había disfrutado de una mujer, y ya era momento de hacerlo. Sabía quién lo acompañaría en su búsqueda. Joseph no solo era su mejor amigo, sino un libertino. En cuestión de mujeres, Joseph sabía dónde y cuál estaba disponible para una noche de pasión.

-Vaya, amigo, juré que no te volvería a ver por un buen tiempo -acotó con una sonrisa.

Eduardo entró en un pequeño estudio, donde se encontraba Joseph. -Sabes que estaba en España comprando unos caballos.

Joseph le señaló la silla que estaba frente a él en su escritorio.

-Lo sé, ¿hiciste una buena compra?

-Una muy buena. Tengo seis hermosos ejemplares purasangre y conseguí un contacto que cría caballos árabes.

-Ya entiendo tu demora. Solo explícame una cosa: si llegaste hace una semana, ¿por qué recién ahora te dignas a visitarme?

Eduardo esbozó una sonrisa.

-Si estás tan enterado, sabrás lo que me hizo el maldito Trevor Hackett y que ahora soy el vizconde de Kingswood.

-Algo así escuché. -Joseph se puso de pie y sirvió dos copas de whisky. Le dio una a Eduardo, que aceptó sin protestar, dándole un sorbo.

-Viajé a Hampshire con mi cuñado; necesitaba ver una de las propiedades y recibir los caballos. Recién regresé.

-Bueno, ¿y qué te trae por aquí? No creo que solo sea para visitar a tu viejo amigo.

Joseph se sentó nuevamente.

-Por supuesto que sí, para visitarte. Como dijiste, hace mucho no nos vemos, y también pensé si querías salir por ahí.

Eduardo sabía que Joseph entendería muy bien su indirecta, aunque su gesto serio no le gustó.

-Antes que nada, déjame que te ponga al día de las buenas nuevas.

-¿Qué tan buenas son?

-Las mejores, para mí, por supuesto, mi querido amigo.

-Habla entonces, hombre.

-Primero, cuéntame, ¿qué tal la vida de vizconde?

-Una mierda; la primera propiedad que voy a visitar está inhabitable. No quiero ni imaginar cómo están las otras.

-Era de esperar: el anterior vizconde sufrió una desgracia y se fundió en la depresión hasta que murió.

-¿Desgracia?

-No sé muy bien qué sucedió; mi padre fue el que lo conoció. Puedes preguntarle a él.

-No me interesa, la verdad; en cambio sí las buenas nuevas que has mencionado.

Joseph bebió un sorbo de su copa y luego dibujó una sonrisa en la comisura de sus labios.

-Me he comprometido.

Eduardo abrió los ojos y empezó a toser; estaba atragantándose con un poco de whisky. No podía creer lo que le estaba diciendo su amigo. Joseph era el típico libertino que nunca se casaría y que casi a diario tenía una mujer diferente en su cama.

-Tranquilo, no es para tanto.

-¿Estás de broma?

Joseph negó con la cabeza sin quitar la sonrisa de sus labios.

-He sido un cazador cazado, y me ha gustado.

-¿La conozco? -preguntó Eduardo enarcando una ceja.

-No lo sé; es la nieta del duque de Maxwell. La conocí hace un par de meses cuando visité Yorkshire y, bueno, quedé embelesado por tremenda mujer. Unos días después de que te marchaste a España, ella asistió al baile de los Rusther. No perdí la oportunidad y, después de unos besos a la luz de la luna en los jardines, aceptó que la cortejara. No lo pensé ni un segundo: a la mañana siguiente estaba en la puerta de su casa pidiendo el permiso de su padre y, la semana pasada, nos comprometimos.

Eduardo bebió todo el contenido de su copa de un trago; no lograba procesar todo lo que su amigo le estaba contando.

-Eso fue muy rápido, ¿no? ¿Dos meses?

-Algo así; ya nos habíamos conocido, como te dije, y compartido algunas palabras. Ella se siente igual que yo y, entonces, ¿para qué demorarlo más? Vino a Londres para ser presentada en sociedad, y yo me adelanté a todos esos idiotas que, sin duda, van a envidiarme.

-¿Te comprometiste para ser la envidia o porque sientes algo por ella?

-Lo hice porque siento algo por ella y porque la amo; para ser la envidia, sabes que no necesito medidas tan extremas. Siento que es la mujer de mi vida: es todo. -Se encogió de hombros.

-¿Piensas dejar tu vida, tu libertad y todas las mujeres por una sola?

-Pues, claro, dormir cada noche en los brazos de la misma mujer por la que tienes sentimientos y pasión es un combo muy especial.

-Me estoy creyendo que este maldito título tiene una maldición; primero, mi padre; luego, mi cuñado; y ahora tú, ¿acaso están locos? O el alcohol que hay en Londres tiene algo.

Joseph le sirvió más whisky a Eduardo, quien observó la copa en detalle.

-Se llama *amor*; cuando encuentres a la mujer ideal, vas a desear todo eso y más, créeme. Por lo pronto, la boda se realizará en tres meses. Espero que vayas.

-¿Tan pronto?

-No me gustaría que se le notara el embarazo en caso.... -titubeó -. Esa mujer es sensualidad pura; una sola noche y estoy que muero por volver a estar dentro de ella. Es una maldita droga.

Eduardo seguía sin poder creer lo que estaba escuchando, lo que una mujer era capaz de ocasionar eso en un libertino como su amigo.

-Eso quiere decir que tú y ella...

-Sí, luego de que nos comprometimos, la llevé a conocer mi familia y, bueno, ya sabes cómo son mis padres. Entretuvieron tan bien a sus padres que pude estar tiempo a solas con ella; no era lo que quería, pero se dio.

-Sí, claro, te creo -bromeó sarcástico.

-Eduardo, lo digo muy en serio: ya había tenido la oportunidad anteriormente, y no lo hice, y no pongas esa cara: no es una mujer fácil. Era virgen. Ya entenderás cuando te suceda; es algo que no puedo explicar.

-No quiero escuchar más; entonces, ¿no saldremos más?

-A buscar mujeres no, pero, si estás interesado en alguna,

Abigail, la viuda de Thomson, busca compañía.

-No tengo ganas de ser compañía, y creo que mejor me voy a dormir; ya luego buscaré diversión lejos del manicomio del que forman parte mis amigos y mis familiares.

-No te sientas mal, Eduardo: ya llegará -le aseguró.

-¿Cuándo tendré el honor de conocer a tu prometida?

-En unas semanas, asistiremos al cumpleaños de tu madre.

-No te quejes si intento conquistarla -le advirtió Eduardo con su sonrisa de bribón.

-No seas idiota; te la presentaré antes de que suceda eso. Además, ella tiene los ojos dorados; no es muy común.

-Comprendo; bueno, te veré ahí ya que, como compañero de juerga, te perdí.

Eduardo se tomó el contenido de su copa y se levantó para irse; al llegar a la puerta, escuchó a su amigo decirle: -¡Ya cástate, Eduardo!

Una maldición. Eso había sido su vida desde que había obtenido ese dichoso título. Todos sus amigos y conocidos le habían dicho lo mismo, ¿casarse? Eduardo pensó que al final no era una mala idea; una mujer en su cama cada vez que la necesitara no era tan mala idea. Sacudió su cabeza; debía sacar todas esas ideas de su mente: jamás iba a encontrar la mujer que lo hiciera sentir diferente, especial. Estaba muy seguro de eso. Por lo tanto, no se casaría; de momento seguiría disfrutando de su soltería. Clara había sido su único amor por el cual hubiera estado dispuesto a abandonar todo lo fuera necesario, pero ella le pertenecía a otro hombre. Eduardo tenía algo claro: su amigo se había vuelto loco, y no creía que su fidelidad durara mucho. Pero ahí estaría para verlo y burlarse de él cuando le diera la razón si eso sucedía. Aun así, se alegraba por él y le deseaba lo mejor. De momento su noche planeada se acaba de ir al diablo; llegaría a su apartamento, se daría un baño y dormiría en su acogedora cama. Sabía que en algún momento iba a disfrutar de una mujer: era atractivo y tenía a más de alguna buscando cómo meterse en su cama. Aunque le aburría lo conocido, y a la mayoría

ya la había disfrutado y muchas buscaban algo más de él. Además, quería algo nuevo, y la sugerencia de su amigo no era mala: la tal Abigail era muy guapa, pero muy fácil también.

Llegó a su apartamento y, después de un buen y relajante baño, cenó. Su cocinera lo consintió preparando su plato favorito y luego se dirigió al estudio. Se arrepintió de no haber aceptado la invitación de Sebastián, ya que tenía ganas de ver a sus sobrinos. Sebastián le había contado que estaban enormes y ya daban sus primeros pasos. Regresar a su casa tampoco fue tan malo: aún debía revisar algunos documentos de sus nuevas propiedades y debía contratar un administrador que se hiciera cargo. Hablaría con su padre para pedirle algunos consejos; por la mañana iría a ver las propiedades en Londres. Al menos sabía que una de estas sí estaba habitable, ya que era el lugar donde había vivido el anterior vizconde. También debía reunirse con Trevor: aún le faltaban algunos documentos y debía terminar de cerrar el trato de compra de su caballo. Pasó la noche metido entre papeles, hasta que se quedó dormido en el sillón frente a su escritorio.

Capítulo 8

Elizabeth apenas saludó a Sebastián cuando llegó, ya que no la había reconocido. Era entendible, ya que solo los habían presentado cuando Sebastián había estado en Bridgeport, luego de que él llegó y se adueñó de su esposa e hijos. Elizabeth se retiró a su habitación, ubicada junto a la de los bebés. Anne le llevó la cena y cenaron juntas en un pequeño salón en la planta alta, en medio de las habitaciones. Luego de que Katherine le había mostrado toda la casa y presentado todos los empleados, había charlado un par de horas con Nicolás, el mayordomo, quien se hacía cargo de toda la casa. Era muy simpático; le mostró el resto de la casa. Todos parecían muy agradables, aunque no había hablado casi con ellos. La ama de llaves, la señora Dolly, era la que tenía más edad de todos los que trabajaban ahí. Le habían dado el puesto luego de que Clara se había marchado, ya que Anne no lo había querido, aunque, igualmente, se hacía cargo de la mayoría de las cosas con Nicolás.

Durante la cena con Anne, ella le habló un poco de su vida. Le dijo que se había enamorado, pero su amor se había marchado (algo parecido a lo que le había ocurrido a Elizabeth, solo que no era su esposo, sino un pretendiente). Ambas se sintieron identificadas, aunque Elizabeth prefería que Thomas no volviera, mientras que Anne no perdía las esperanzas. Sintió un poco de pena por ella, pero sabía que con el tiempo lo olvidaría: ningún hombre que abandona merece que se lo siga amando, por más promesa que haya hecho. Katherine le informó que ya no la necesitaba más, ya que entre ella y Sebastián se harían cargo de los niños por lo cual, después de la cena, se dio un baño y luego se acostó a dormir. No le costó mucho hacerlo: la suavidad de la cama y las sábanas la llevaron a brazos de Morfeo en segundos.

Despertó con los primeros rayos de sol; hacía mucho que no se

sentía tan descansada y tan bien... Se levantó de la cama, se colocó una bata y se dirigió al cuarto de los mellizos; ambos dormían en la misma cuna, una inmensa cuna que, al parecer, había sido regalo de Andrew. Los contempló por unos minutos; ambos estaban profundamente dormidos y abrazados. Salió de la habitación; escuchó la puerta de su cuarto y se dirigió a abrirla.

-Disculpa, no sabía si ya habías despertado -se excusó Anne con vergüenza.

-Hace un rato; estaba viendo a los mellizos.

-No despertarán hasta dentro de una o dos horas, y quería saber si puedo ayudarte en algo.

-¿Te refieres a ayudarme a vestirme?

Anne asintió; seguía avergonzada.

-Disculpa, es que se supone que soy la doncella de Katherine pero, cuando Sebastián está, prácticamente no hago nada y, como verás, despierto muy temprano. Ayudo a Nicolás y a Dolly con lo poco que me dejan hacer.

-Te entiendo, pasa. -Anne entró, y Elizabeth cerró la puerta-. No traje vestidos complicados, ya que sabía que tenía que vestirme sola y siempre lo he hecho. Aun así, me puedes ayudar a terminar de sacar mis cosas y luego veremos qué podemos hacer juntas, ¿te parece?

-Me parece muy bien; por cierto, también vas a tener un poco más de tiempo mientras Sebastián esté en casa, ya que le gusta pasar tiempo con los mellizos.

-Lo supuse; ya veremos qué hacer. Si Katherine me lo permite, me gustaría ir a comprar algunas cosas, y tú me puedes acompañar.

-Encantada lo haré, pero creo que Katherine insistirá en ir también.

-Hablando de eso, me hará un vestido para un baile.

-¿Para el cumpleaños de su madre? A mí me quiso convencer, pero yo no soy de ese ambiente -aclaró sin interés-, aunque entre mi hermana y ella insistieron en darme clases.

-Nunca he ido a uno y no sé cómo actuar.

-Es de máscaras; no debes preocuparte mucho: no sabrán quién eres, y creo que los protocolos no cambian mucho respecto de tu país.

-Es que en Bridgeport solo asistí a tres bailes, y ninguno era de máscaras.

-Es un baile y, como la palabra lo indica, debes bailar -bromeó-. Habrá vales en pareja y bailes de cuadrilla. Según el protocolo, no puedes bailar más de tres piezas con el mismo hombre, aunque tengo entendido que ni mi hermana ni Katherine han cumplido esa regla. Durante la velada habrá bebidas y bocadillos, pero no te excedas en la bebida: no es bien visto que una dama beba tanto. Por último, lo que debes hacer es conversar: te será fácil, creo, ya que no saben quién eres.

Elizabeth se quedó pensativa procesando toda la información; mientras Anne le decía todo eso, ella ya le había preparado un vestido y ropa interior.

-No comprendo cómo es que no es tu ambiente si sabes todo eso.

-Esas dos locas han intentado enseñarme, pero, a diferencia de Clara, yo me crié en la cocina entre la servidumbre: era lo que me gustaba.

Anne le mostró el vestido, y Elizabeth asintió.

-Entonces, ¿tu hermana cómo se crió?

-Si notas la diferencia de edad, es poca entre Katherine y Clara; bueno, entre ella y yo también, pero Clara había sido su amiga desde niña y todo lo hacían juntas. Fue más fácil para ella tomar todas las clases juntas; en cambio, yo era más pequeña: no podía llevarles el ritmo.

»Yo también tuve una institutriz, pero no la misma educación que Clara, ya que ella recibía las clases junto a Katherine, y no hacían diferencia de estatus. Clara sabe bailar, habla francés, sabe etiqueta y cómo moverse en la alta sociedad y en la aristocracia. Yo sé leer, escribir y lo más básico de la educación que se le puede dar a la hija de una sirvienta, aunque los condes eran los que lo pidieron.

-Vaya, mi educación tampoco fue muy buena, aunque sé de etiqueta. Yo pertenezco a la sociedad media de Norteamérica, aunque mi padre tenía dinero.

-Cuentas con un poco más de ventaja. -Anne la ayudó a vestirse-. Caminas con clase, cosa que no hago yo. Te he visto comer y beber el té, y también lo haces con un poco de clase.

Elizabeth sonrió.

-Solo tú te fijas en esas cosas.

-Katherine también, y ha sido una tortura que insista en que aprenda.

-Deberías aprovechar; podemos aprender juntas.

-No está mal la idea; no sé si te necesitarán para el desayuno. Usualmente los señores despiertan tarde; si gustas, desayunamos en la cocina con los demás y luego solo te dedicas a darles el desayuno a los mellizos, y yo te ayudo.

-¿Y si despiertan mientras estamos en la cocina?

-Aún tenemos tiempo; igual, le pediré a John que los vigile. Luego te ayudaré con la ropa; tienes muchos vestidos de tonos grises, negros o uno que otro oscuro.

-Estaba de luto por la muerte de mi padre; necesito vestidos nuevos, pero de momento con esos estoy bien.

Tal como se lo había dicho Anne, los mellizos no despertaron hasta después de que ellas desayunaron, aunque Elizabeth estaba un poco preocupada por ellos. Cuando subieron, John, quien los vigilaba, les dijo que todo iba bien y que ni los señores se habían despertado. Supusieron que estaban tranquilos al estar ella ahí. Elizabeth bajó con los niños; les dio el desayuno con la ayuda de Anne y luego los llevó un rato al jardín, donde los encontró Sebastián.

-Hola, disculpa mi descortesía de anoche.

Elizabeth subió la mirada a Sebastián.

-Descuide, señor Beckham, lo entiendo.

-Puedes llamarme *Sebastián*; me contó Kathy que vienes de

Bridgeport; no te recuerdo.

-Soy la hija de Henry Jones; mi padre fue su socio.

-Oh, tú eres Lizzy. -Sebastián se sentó en el césped para jugar con él bebé-. Solo te vi en un par de ocasiones.

-Usted no solía visitar mucho Bridgeport.

-Es verdad, no conocí muy bien a los antiguos dueños de la naviera: todo estaba en manos de Andrew, ya que él había sido el contacto. A tu padre solo lo vi en dos ocasiones, una de las cuales fue cuando vino para que firmáramos el contrato.

-¿Mi padre estuvo aquí?

Elizabeth estaba muy sorprendida; nunca se enteró de que su padre había viajado a Londres, aunque sí hubo una temporada en que supo que había viajado.

-Sí, por cierto, ¿cómo esta él?

Al parecer, Katherine no le había hablado mucho de ella.

-Murió hace más de un año.

-Lo siento; me ha dicho mi mujer que vienes a buscar a tu familia.

-Sí, recién descubrí que mi familia materna es de Inglaterra.

-Me dijo también algo de Thomas, que por cierto....

Samantha soltó un chillido, y Santiago intentó ponerse de pie y cayó sentado, lo cual los distrajo.

-Mi pequeño hombrecito ya quiere dar solo sus primeros pasos. - Sebastián le hizo cosquillas, y el bebé soltó enormes carcajadas, lo que hizo que Samantha buscara su atención también.

-Hola, Lizzy, supongo que ya desayunaron. -Katherine se acercó a ellos; se veía radiante.

-Sí, Kathy, los traje a tomar un poco el sol; espero que no te moleste.

-Claro que no; por cierto, acabo de recibir una nota de Clara, así que aprovecharemos que su suegra está en Londres para ir a buscar los vestidos, y demás cosas. Los niños se quedarán en su casa, así que prepara todo.

-Amor, ¿no me los puedes dejar? -le rogó Sebastián con un

puchero.

-No, Samy hace contigo lo que quiere y Anne no se va quedar: nos acompañará. Ve a casa de Andrew también.

-Debo revisar unos documentos; luego iré. -Sebastián se puso de pie y la besó en la frente-. Comprame una máscara a mí también, hermosa. -Dibujó una sonrisa burlona y entró en la casa.

Katherine tomó a uno de los niños y Elizabeth a otro.

-Te ayudaré a vestirlos; me dijo Anne que necesitabas vestidos y otras cosas más. La encontré metida en tu ropero y me pidió que te comprara vestidos de colores. Ella nos ayudará a escoger.

-Oh, Kathy, no, no se moleste; ya luego cambiaré mi guardarropa.

-Solo serán un par de vestidos de momento, así que tranquila y tómalo como una compensación.

Elizabeth no se creía eso de un par de vestidos, no con Katherine. A Clara y a Anne aún no las conocía del todo, pero sabía que ellas no se iban a limitar en nada. Debió haber obligado a su tío para que le diera todo su dinero; ahora se sentiría en deuda con sus amigas, y no quería.

Al llegar a Bond Street, bajaron del carruaje frente a la tienda de la señora Clarit, en donde Elizabeth se quedó observando la gran tienda que se encontraba frente a ella. Aunque ya nada la sorprendía tanto, ya que se había dado cuenta de que, de este lado del mundo, todo era más grande y lujoso que de donde ella venía. Katherine entró en la tienda y la tomó de la mano para que la siguiera. Tras ella iban Clara y Anne. Al entrar, observó el hermoso local: tenía una pequeña sala con un diván y un enorme espejo. Una de las muchachas la atendió rápidamente.

-Lady Katherine, bienvenida -la saludó la joven con una sonrisa y luego fijó la vista en Clara-. ¿Lady Clara?

-Sí, Anabel, es ella.

-Hace mucho que no viene por acá; bienvenidas. La señora Clarit las atenderá en un momento. ¿Gustan un poco de té?

Katherine las observó; todas negaron.

-Estamos bien así; gracias, Anabel.

La muchacha se retiró por una puerta que estaba detrás de ella.

-Está hermosa la nueva tienda -apreció Clara, quien no la conocía.

-Sí, le está yendo de maravilla: su negocio ha crecido mucho.

-Lady Katherine, querida, ¿eres tú? -Una mujer muy risueña y hermosa se acercó a ellas y le dio un beso-. Oh, Clara, ¿eres tú? -Se acercó a Clara.

-Lo soy. -Se acercó y le besó la mejilla también-. Hola, pequeña -saludó a Anne-. Y esta criatura tan hermosa, ¿quién es? -preguntó parándose frente a Elizabeth.

-Es mi nueva niñera y amiga; se llama Elizabeth, y ahora será tu nueva cliente.

La señora Clarit esbozó una gran sonrisa.

-Bienvenida, muchacha, verás que no te arrepentirás.

-Creo que lo estoy haciendo con el simple hecho de estar aquí.

-Supongo que sí; conozco a lady Katherine desde hace mucho y que lo diga Clara. Mírala ahora, tan elegante, aunque su pequeña hermana ha sido muy difícil. Espero que tú no lo seas.

Todas sonrieron.

-Ahora somos más, Clarit -aclaró Katherine guiñándole un ojo.

-No perdamos el tiempo; vamos a ver qué puedo hacer por vosotras.

Todas entraron en el taller de la señora Clarit; Elizabeth seguía asombrada. Normalmente la modista la visitaba en su casa, en Norteamérica. La señora Clarit les mostró una gran cantidad de telas y diseños; luego de que Katherine y Clara escogieron los diseños de sus vestidos, se concentraron en Elizabeth, que estaba abrumada por tanta información. Le dieron a escoger entre varios diseños para el vestido de la fiesta. Al no saber qué elegir, Katherine eligió por ella, con las sugerencias de Clarit. Luego escogió algunas telas para un par de vestidos: eran vestidos sencillos, pero de colores, sugerencia de Anne. Cuando terminaron con ella, fue el turno de

Anne, ya que no se salvó de que también le confeccionaran un vestido para el baile. Anabel las ayudó a escoger ropa interior, medias y otras cosas para Elizabeth, que se negaba a aceptar. Pero no le tocó más que hacerlo: definitivamente, no se le podía decir que no a ninguna de estas mujeres, y Elizabeth lo aprendió muy rápido.

Capítulo 9

Eduardo había despertado de muy mal humor; nuevamente se había quedado dormido frente al escritorio y despertado con un maldito dolor de cuello. Para terminar de hacerle la mañana más agradable, se había golpeado una de las rodillas al levantarse de su sillón. Le pasó por la mente la idea de que, si se casaba, su mujer no lo dejaría dormir en su escritorio. La borró inmediatamente, maldiciendo a su mayordomo y planteándose ordenarle al muy imbécil no irse a la cama hasta que él no estuviera en la suya. Así lo obligaría a que lo despertara cuando se durmiera en el estudio. Aunque no todo había sido malo esa mañana ya que, al abrir la puerta, el agradable olor a tocino penetró su nariz y se deleitó con el aroma. Su fiel cocinera sabía lo que le gustaba; no lo pensó ni un segundo más, y se dirigió al comedor, donde minutos después un lacayo le sirvió café. Eduardo se deleitó con el agradable sabor amargo mientras daba un vistazo al periódico y esperaba a que le sirvieran el desayuno.

-Milord, le he hecho el desayuno que tanto le gusta.

Eduardo bajó el periódico y le dio una radiante sonrisa a su cocinera.

-No sé qué sería sin ti, Magda, siempre complaciéndome.

-Es lo de menos, milord, ya que casi no está por acá.

Le sirvió un plato con huevos revueltos, tocino, tostadas y patatas asadas.

-Se ve tan delicioso como siempre; gracias, Magda. -Le brindó una sonrisa y le guiñó el ojo.

-Tan bribón como siempre, ¿vendrá a almorzar?

-No creo; debo hacer algunas diligencias. Puede ser que tampoco cene por aquí.

La señora asintió con la cabeza y se retiró.

Eduardo no podía agregarle algo más a su desastrosa mañana: había visitado el parlamento para reunirse con Trevor, y el muy maldito lo había chantajeado: o cuidaba el caballo o le asignaba un trabajo en la corona. Ya era mucho para él hacerse cargo de todas las obligaciones que implicaba el título como para tener más, así que no le quedó más remedio que aceptarlo. Eso sí: con sus condiciones. Le iba a costar una fortuna la estadía de Rayo en su propiedad, bueno, en la de Sebastián. Luego de la reunión, se dirigió donde estaba su padre; llevaba los planos y necesitaba un administrador y un abogado, y los de su padre le podían servir de momento.

-Estoy de suerte: últimamente me visitas muy a menudo -apreció el conde cuando le dio un abrazo a su hijo.

-Sospecho que es el efecto de la maldición del título. -Se encogió de hombros-. Y no puedo faltar a la celebración de mi madre.

Alexander sonrió.

-¿Por qué crees eso?

-Cosas mías. Padre, ¿puedes reunir a Peter y a Robert pronto? Necesito que me ayuden con unas cosas sobre las nuevas propiedades.

-Claro, hijo. -Le indicó con señas que se sentara en el sofá del salón-. ¿Qué tal la propiedad de Hampshire?

-Inhabitable; necesita mucha mano de obra; aun así, hay partes que se conservan muy bien y se ven agradables. Fue una gran mansión cuando estaba en su mejor momento.

-Supongo que la arreglarás.

-Sí, pienso sacarle un buen provecho. El espacio es muy agradable; en el futuro puedo mover mis caballos ahí.

-¿Abandonas a Sebastián?

-Una de las maldiciones de este título es que todos me mandan a casarme; la casa es muy acogedora para tener una familia: es todo.

Alexander empezó a reír.

-No es gracioso, padre.

-Claro que lo es. -Se limpió las lágrimas mientras seguía riendo-. Lo que te decimos no tiene nada que ver con el título; supongo que

es por tu edad. -Se encogió de hombros.

Eduardo enarcó una ceja y bufó.

-Apenas tengo veinticinco años; tú te casaste a los veintiocho, padre -le recordó.

-Da igual; de todas formas, me dijiste que no te ibas a casar.

-No lo haré -afirmó molesto-. ¿Mi madre está?

-No, anda de compras: con eso del baile no se la pasa en casa.

-Me tocará hacer cita para verla; avísame cuándo podré reunirme con el abogado. Iré a casa de Sebastián a ver los pequeños.

-Te acompañaría, pero tengo un compromiso. Dales saludos de mi parte.

¿Acaso todo el mundo se estaba volviendo loco? O era él, que ya no calzaba en ese lugar. Si no fuera por la puñetera fiesta de su madre, Eduardo ya hubiera viajado a Hampshire o a otro lado para dejar de escuchar el mismo cuento en todos lados. ¡Matrimonio! Estaba deseando que la semana se pasara rápido, y así podría viajar a Yorkshire y alejarse de todos los locos que lo rodeaban últimamente. Respiró profundo, y se dirigió a casa de su hermana: al menos los mellizos no le dirían que debía casarse.

-¿Qué tal tu noche? -Sebastián le regaló una sonrisa burlona.

-De maravilla, si eso incluye quedarse dormido en el estudio.

-Pensé que saldrías por un poco de diversión.

-Yo también, pero me topé con que mi amigo ahora está comprometido.

Sebastián quedó sorprendido.

-¿Joseph Mathuis? El libertino más envidiado de Londres.

-Ese mismo; una muchacha lo cazó y pronto se casará.

-Me sorprende, solo falta...

-Cállate, no quiero escuchar la palabra *matrimonio* o *casarse* por mucho tiempo. ¿Dónde está mi hermana?

-De misión secreta con nuestra nueva niñera.

-¿Nueva niñera?

-Sí, un pequeño ángel norteamericano que llegó en el momento

indicado.

Eduardo frunció el ceño.

-¿Norteamericana?

-Descuida, es la hija de uno de nuestros antiguos socios; vino en busca de unos familiares y, como no conocía a nadie, llegó a la casa de Andrew. Katherine la conoció ahí, y la muchacha se ofreció a ser la niñera de los niños. Es una muy buena niñera, la verdad.

-Si es la hija de uno de tus socios, ¿cómo es que trabaja de niñera?

-Su padre murió, y el hombre a quien dejó de tutor no quiso darle toda la herencia.

-¿Cuántos años tiene?

-El necesario para no depender de su tutor ya; ahí hay algo más, pero ya luego lo sabremos: hay otro asunto que debo investigar con Andrew.

-Ya veo; tampoco es que me interese. Supongo que los niños no están.

-Están en casa de Andrew; aprovecharon que los padres de Andrew están aquí para dejarles los niños.

-Pensé en pedirle ayuda a Katherine para buscar una máscara para el dichoso baile.

-Si la alcanzas, puede ser que te ayude: iba a la modista y luego a comprar todo lo necesario para el baile.

-No tengo ganas de reunirme con un par de viejas cotorras; ya me encargaré luego.

-¿Te quedas a almorzar?

-No, iré a ver las propiedades que están aquí en Londres; necesito distraerme.

-Te acompañaría, pero me reuniré con Andrew más tarde. ¡Suerte!, espero que estén mejor que las que vimos.

-Me conformo con que no se me caigan encima.

Ambos soltaron una carcajada.

Eduardo decidió visitar primero la propiedad que estaba en

Knightsbridge; muy cerca de ahí vivía su amiga Casandra, a la que le haría una cordial visita luego, ya que esa mujer nunca se negaba a recibirlo y era muy ardiente en la cama. Lástima que su marido no se hubiera dado cuenta de eso y la había abandonado mientras él vivía con una de sus amantes en Dorset.

Eduardo no se sorprendió tanto al ver estado de la propiedad; pensó que estaría peor, pero no era así. Estaba mejor cuidada, aunque sí se notaban sus años de abandono. Abrió la casa, y se encontró con una enorme residencia igual a la de sus padres. Los muebles estaban cubiertos con sábanas para resguardarlos del polvo; la casa se veía muy bien por dentro. Una amplia cocina y biblioteca en la parte baja acompañada de tres salones, un comedor grande y otro pequeño, diez habitaciones en la planta alta con un pequeño salón. Lo sorprendió encontrar también un cuarto de bebés; este aún conservaba alguna ropa. Analizó muy bien los cambios que podría hacerle, que realmente no eran muchos: empapelar las paredes, pulir los pisos, y una que otra mejora. No iba a requerir gran cosa. En el jardín había un pequeño invernadero que, al parecer, aún conservaba algunas plantas.

Salió del lugar, teniendo en mente los cambios que realizaría; la arreglaría junto con la de Hampshire. Luego vería las otras; no pensaba viajar todavía, ya que debía entrenar a sus nuevos caballos y, por lo tanto, tendría que mantenerse en Hampshire por un tiempo, aunque un tour por Yorkshire no estaría mal. Almorzó en un restaurante que estaba cerca y luego se dirigió a la casa de su amiga. Le hubiese gustado alguna otra dama, pero últimamente no estaba ni de humor ni de ánimos para buscarla. Casandra lo recibió muy gustosamente en su cama.

Capítulo 10

Elizabeth se observó nuevamente en el espejo de cuerpo entero que se encontraba en la habitación y parpadeó un par de veces; no podía creer lo que sus ojos veían.

-Esta no soy yo, de verdad -titubeó.

-Claro que lo eres, Lizzy, te ves hermosa. -Observó Katherine.

Elizabeth se observó nuevamente; llevaba un vestido de fiesta en tono blanco y con encajes plateados, con un escote cuadrado que resaltaba sus pechos y su cintura angosta. Katherine le había prestado algunas joyas, y Anne se había lucido haciéndole una trenza tipo diadema, decorada con hilos plateados que resaltaban con su cabello negro. Habían intentado hacer pequeñas ondas, pero su cabello era demasiado lacio, por lo cual no insistieron más. Katherine le aplicó un maquillaje sencillo, que resaltaba sus hermosos rasgos. Aunque estos no se notarían mucho con la máscara.

-Esta no soy yo, lo digo en serio.

-Sí, lo eres, Lizzy. -Anne le pasó un par de guantes de encaje plateados.

Katherine y Anne también estaban vestidas para el baile. Katherine llevaba un vestido de fiesta en tono vino y Anne, uno más sencillo en tono durazno. Anne no asistiría al baile, pero las acompañaría, ya que iban a llevar a los mellizos a la casa de sus padres para tenerlos más cerca. Y esa fue la excusa que usó Katherine para que le confeccionaran un vestido para esa noche.

-Aquí está la máscara. -Katherine le tendió una caja con una máscara decorada con encaje blanco y pedrería color plata.

-Es perfecta -la elogió Anne.

-Es la ideal para ese vestido; Anne, aquí tienes la tuya. -Le tendió una caja con una máscara más sencilla en blanco.

-Te dije que no era necesaria.

-Lo es, ya que, si necesitas algo, nos irás a buscar con eso puesto. -Le señaló la máscara-. ¿Ya vieron la mía y la de Sebastián? De igual forma, nos sabrán reconocer.

Escucharon un toque en la puerta, y Anne fue a abrirla.

-¿Listas, señoras y señorita? -preguntó Sebastián, llevando a uno de los bebés en brazos.

-Más que listas, amor, ¿el carruaje?

-Nicolás me acaba de indicar que ya nos está esperando.

-Voy por Santi, entonces.

-Nicolás ya bajó con él.

-Oh, bien, vamos.

Todos viajaron en el mismo carruaje; aunque no era muy lejos, bastó para que los mellizos se durmieran durante el camino. Al llegar a la residencia de los Roserthon, Natasha guio a Anne y a Elizabeth a un cuarto en donde dormirían los bebés. Elizabeth memorizó muy bien dónde se encontraba, ya que sabía que ese iba a ser su escondite si se sentía incómoda. Al bajar, se encontraron con Clara y con Andrew en un pequeño salón. Clara llevaba un vestido en tono azul y Andrew, un traje a la medida en gris, idéntico al de Sebastián (solo que el de este era azul).

-Mi bella hija, ya estás aquí, ¿y los pequeños?

Un hombre de más de cuarenta años se acercó a ellos; tenía el mismo tono de cabello de Katherine. La abrazó y luego a Clara.

-Están arriba ya; padre, te presento a Elizabeth: es la niñera de la que te hablé.

Alexander la observó y le regaló una sonrisa; le besó la mano que le brindó Elizabeth.

-Un gusto; me han hablado muy bien de ti: dicen que eres un ángel. Mi esposa muere por conocerte.

Elizabeth se sonrojó.

-No lo soy; simplemente me llevo bien con los niños.

-De eso no tengo dudas; por cierto, acá viene mi adorable esposa.

Una mujer a la que no se le notaba la edad, con cabello rubio y ojos esmeralda, se acercó, abrazó a todos los presentes y luego se colocó junto al conde.

-Mi amor, le estaba diciendo a la niñera que mueres de ganas por conocerla.

La mujer la observó; le regaló una sonrisa, un abrazo y un beso en la mejilla, que dejó asombrada a Elizabeth.

-Al fin conozco al ángel que cuida de mis nietos; soy Amelia Rushmore. Encantada.

-Elizabeth Jones, e igualmente.

-Katherine me habló de ti; espero que tengas suerte. Invité a los Tremayer a último momento.

-Gracias por su ayuda, lady Amelia.

-No tienes nada que agradecer; ahora, si me disculpan, debo ir a recibir a algunos invitados. Si me entero de cualquier cosa, les aviso.

Los condes se colocaron sus respectivas máscaras y se retiraron.

-Elizabeth, llegó el momento -le anunció Katherine.

-No te pongas nerviosa; para lo que sea, aquí estamos, Lizzy -la animó Clara con una sonrisa.

-Sebastián y Andrew te sacarán a bailar para que te acostumbres; trata de socializar con todos. Cualquier información sobre los Tremayer será buena.

Elizabeth asintió tras el consejo de Katherine y se colocó la máscara. Anne la abrazó.

-Te ves hermosa; disfrútalo y recuerda lo que te enseñé.

Elizabeth sonrió; todas eran muy grandes amigas, pero en las últimas semanas se había creado un vínculo muy especial con Anne. Entró al salón detrás de las parejas Beckham y Miller, y se ubicaron en uno de los costados. Elizabeth admiró todo el salón: la decoración y las muchas personas que se encontraban, las mujeres con sus elegantes vestidos y con diferentes tipos de máscaras y antifaces, y los hombres con sus trajes muy elegantes. Estaban esparcidos por todo el salón; algunos con capas en la mano y otros, simplemente, hablando. Le parecía todo tan mágico que creía que estaba soñando.

Un lacayo se acercó a ella y le ofreció una copa de champán. Luego de haberle dirigido una mirada a Katherine y de que esta lo aprobara, disfrutó de la burbujeante bebida, tomando pequeños sorbos. Recorrió nuevamente el salón y observó a los músicos que daban inicio al baile, deleitando con sus melodías. Las parejas no demoraron mucho en llenar el centro del salón y moverse al ritmo del vals. Sus amigos no lo dudaron tampoco. Elizabeth se acercó a la puerta que daba con la terraza y se quedó ahí admirando a los que bailaban.

Andrew la sacó a bailar unas piezas después; era un gran bailarín y marcaba muy bien el paso, dejando que su pareja lo siguiera perfectamente. Cuando terminaron, bebió otro poco de champán; no estaba acostumbrada a beber, por lo cual solo bebió un par de sorbos. Era el turno de Sebastián de sacarla a bailar, pero, en vez de bailar un vals, bailarían una cuadrilla. Elizabeth no se sentía del todo preparada; pero Andrew y Clara los acompañaron. La melodía alegre empezó a llenar las paredes del salón, y Elizabeth se dejó llevar por el ritmo.

Elizabeth estaba disfrutando del baile, ya que era muy divertido y podía bailar con varios caballeros a la vez. Era la primera vez que bailaba uno; tanto Anne como Katherine le habían enseñado a hacerlo. Lo primero que pensó cuando inició la música fue que iba a tropezar; no fue así: siguió los pasos de maravilla. Tenía una enorme sonrisa cuando su nueva pareja se colocó frente a ella; subió la vista y observó unos radiantes ojos color esmeralda que la miraban con curiosidad. Elizabeth lo miró a los ojos y quedó embelesada: no eran los primeros ojos que veía de ese tono. Pero solo se lo había visto a tres mujeres: a Katherine, a su madre y a Samantha. Aunque estos eran muy distintos: su brillo era radiante y propio. Le tomó la mano y sintió su cuerpo estremecer, reacción que tomó desapercibida a Elizabeth y quiso soltar su mano, que él sostuvo con fuerza. Le regaló nuevamente una sonrisa antes de que se hiciera nuevamente

el cambio de parejas: había quedado muy impresionada.

Luego de que Joseph le había presentado a su prometida lady Constance, Eduardo bailó con ella. Aunque no le había visto el rostro, se dio cuenta porque su amigo estaba loco por ella: era hermosa, y el color de sus ojos era extravagante y poco peculiar. Era un tono casi dorado. Eduardo encontró en ella una mujer muy dulce y simpática que observaba a Joseph como solo una mujer enamorada podría verlo, no como las que acostumbraba a meter en la cama (y había visto a muchas). Estaba muy feliz por su amigo.

Conversó durante horas con ellos, y ya estaba un poco aburrido; había observado a su hermana y su cuñado, junto a Clara y su esposo. Decidió que mejor no molestaría: aún no se llevaba bien con Andrew por más que coincidieran en el mismo lugar. En ningún momento se percató de la muchacha que los acompañaba, ya que estaba observando discretamente a Clara. La había reconocido rápidamente: seguía tan hermosa como la recordaba, o mucho más. Tenía una sonrisa tan radiante que solo le dedicaba a su esposo y Eduardo. Sintió envidia. Decidió unirse al baile cuando algunas parejas se reunieron en la cuadrilla; buscó alguna dama a disposición, y notó que su hermana se encontraba sola. La tomó de la mano y la llevó al centro del salón.

-Si no fuera porque tus ojos son idénticos a los míos, diría que eres un acosador. Estás guapísimo, Eduardo.

Eduardo le brindó una sonrisa.

-Tú, como siempre, estás hermosa, hermanita. Me sorprendió que tu marido te dejara sola.

-Está con una amiga -le explicó con una sonrisa.

La música empezó a sonar, y todos empezaron a moverse con el ritmo de la melodía. En el intercambio de parejas, Eduardo se encontró con Clara y aprovechó para decirle que estaba hermosa, con lo que se ganó una mirada matadora de Andrew. Sabía que él tampoco se sentía a gusto cuando estaba cerca, y menos cerca de su mujer. Le brindó una sonrisa pícaro y siguió bailando; en la

siguiente vuelta se topó con una dama que llevaba un vestido en tono blanco y plateado, a la que había visto con su cuñado. La observó detalladamente y le sonrió; se quedó perdido en sus ojos. Tenía unos ojos espectaculares de un azul muy claro, cabello negro muy largo (que bailaba al ritmo de ella) y piel blanca. Estaba un poco sonrojada y le regaló una sonrisa que lo dejó sin aliento; al tocar su mano, sintió la calidez de su piel a través del guante, y lo hizo estremecer. Nunca había sentido eso al tocar una mujer, y esto lo llenó de curiosidad. Siguió observando a la dama que tenía frente a él. Ella también lo observaba con curiosidad y no dejaban de sonreír; no podía verle el rostro completo, pero sabía que era hermosa y necesitaba saber quién era. Se había quedado mudo; por más que intentó que las palabras salieran de su boca, no las procesaba. Cuando por fin lo hizo, se hizo el cambio de parejas. Había perdido su oportunidad de hablar con ella.

Capítulo 11

Cuando la pieza de baile terminó, Elizabeth le dijo a Sebastián que iría por un bocadillo, y él insistió en acompañarla. Estaba tomando algunos cuando observó la entrada del salón, de donde Anne iba hasta ellos. Le hizo señas antes de entrar al salón, y Elizabeth asintió.

-Creo que los niños me necesitan.

-Ve, te esperamos cuando termines.

Elizabeth asintió y se reunió con Anne, quien estaba algo incómoda con un caballero que intentaba llamar su atención.

-¿Puedo saber tu nombre? -le preguntó el caballero.

-Se supone que el objetivo de un baile de máscaras es no saber quién eres.

-Tú eres el amor de mi vida, y me gustaría saber tu nombre.

Anne sonrió sonrojada; estaba nerviosa, y estaba claro que no estaba acostumbrada a esos cortejos. -Aunque ella tampoco, según pensó Elizabeth. Siguió escuchando con un poco de distancia por si su amiga necesitaba ayuda.

-¿Tú me dirás tu nombre?

-Solo si puedo saber el tuyo, hermosa. -Le tomó la mano y se la besó.

Anne soltó una sonrisa nerviosa, y Elizabeth pensó que era momento de intervenir.

-Disculpa, creo que te robaré a mi amiga.

Notó el suspiro de alivio de Anne, quien le regaló una sonrisa al caballero.

-Espero verte nuevamente, hermosa misteriosa. -Se retiró con una sonrisa pícara y con un gesto en su cabeza.

Anne y Elizabeth se despidieron con una reverencia; esperaron que el caballero se alejara para subir las escaleras.

-¿Qué ha sido eso?

-No lo sé: fui en tu búsqueda. Mientras estaba observando el salón, noté la presencia de alguien que se acercaba. No le di importancia porque te vi. Cuando me indicaste que ya ibas, me volteé con las intenciones de subir, y él me detuvo.

-Un chico interesante, ¿amor de mi vida?

-Una bobada para cortejar; es todo. -Ambas rieron mientras subían las escaleras-. ¿Sucedó algo con los niños?

-Samantha despertó y no logro controlarla.

-Debe tener hambre: un biberón, y pronto se dormirá. Cenaron más temprano de lo usual.

-Eso pensé, pero me sentía un poco sola.

-Descuida: necesitaba salir de ahí unos minutos.

-¿Algo interesante en el baile?

-De momento, nada.

Elizabeth omitió decirle sobre aquellos ojos esmeralda que llamaron su atención, así como también la sensación de estremecimiento que había recorrido su cuerpo con el contacto de su mano.

Pocas veces se quedaba en blanco y sin reaccionar, pero nunca con una mujer. Eduardo lo había pensado demasiado, y esa mujer lo había dejado sin palabras. Guio a su hermana hacia uno de los costados, con la intención de que Sebastián se reuniera con ella, pero no fue así. Sebastián acompañó a la misteriosa chica a la mesa de bocadillos mientras Katherine se reunía nuevamente con sus amigos. Saludó cortésmente a Andrew y a Clara, esperando a que Sebastián se acercara. Lo hizo solo. La chica había desaparecido en la puerta que estaba junto a la mesa de los bocadillos; observó a Sebastián susurrarle algo a su hermana, y ella asintió con una sonrisa. Supuso que le decía el motivo por el cual la dama se había retirado; pensó en preguntar por ella, pero no era una opción: no iba a darle un motivo a su hermana para indagar. Se despidió y caminó rápidamente para intentar alcanzar a la chica, pero, justo antes de salir del salón, notó cómo lo detenían del hombro.

-Pensaste que te ibas a escapar sin bailar con tu madre.

La voz grave de su padre lo hizo desviar la mirada y centrarse en él, dibujando una pequeña sonrisa de medio lado.

-¿Cómo es que siempre me encuentras tras una máscara?

-Llevo casi treinta años viendo ese color de ojos que es único, y lamentablemente, tú y tu hermana lo tienen, y vaya que reconozco a mis hijos.

Eduardo soltó un suspiro: tenía razón. Sus ojos eran idénticos a los de su madre.

-Aún no me iba; solo tomaría un descanso. Tanta charla con Joseph me tenía agotado.

Alexander soltó una carcajada.

-Me imagino: hablando de bodas, y eso.

-Algo así, ¿dónde está mi madre?

Su padre le señaló el salón.

-Bailando con Sebastián; te vi y te seguí pensando que te ibas, ya que no te gustan estas actividades. -Y tenía razón: Eduardo odiaba los bailes y los eventos sociales.

Eduardo observó nuevamente la puerta por donde había salido la misteriosa chica, y volvió a centrar la atención en su padre.

-Ya te dije que aún no me iba; no voy a perder la oportunidad de bailar con una mujer hermosa, y menos si es su fiesta.

Se acercó a la mesa de los bocadillos, y su padre lo siguió.

-Eso espero; de momento debo sacar una hermosa damita a bailar. -Le señaló a Katherine con la barbilla.

-Deberías, padre, yo esperaré a mi madre por acá.

-No entiendo por qué no te agrada el marido de Clara.

Eduardo se encogió de hombros mientras tomaba un canapé.

-Es un presuntuoso. -Observó el canapé y le dio un mordisco-. Padre, ¿sabes quién es la dama que acompañaba a Sebastián hace un momento?

Alexander tragó lo que tenía en la boca y sonrió.

-¿El ángel?

-¡¿El ángel?! -replicó Eduardo algo sorprendido, aunque, viéndola

bien, con ese vestido parecía un ángel.

-Así les dicen tu hermana y los demás.

Eduardo iba a seguir indagando, pero una melodiosa voz no se lo permitió.

-Con que hablando de mí.

Katherine se acercó a ellos con una sonrisa.

-Nada malo, créeme -le aclaró su padre.

-Espero que el siguiente baile sea el mío, padre.

-Claro, hermosa, tu hermano se encargará de tu madre.

Katherine sonrió; tomó a su padre del brazo y se lo llevó.

Eduardo se quedó cerca de la puerta, mientras esperaba que el vals terminara, con la esperanza de ver nuevamente a la misteriosa dama, ¿un ángel? Realmente se veía como un ángel; tanto era así que lo había dejado deslumbrado. Necesitaba ver quién se escondía detrás de esa máscara; tomó una copa cuando uno de los meseros pasó con una bandeja, caminó hacia donde estaba su padre reunido junto a Katherine y compañía. Había pasado casi un año desde que se había enfrentado a Andrew por Clara y debía admitir que ella se veía feliz y amada.

«En el futuro debo romper esa enemistad con Andrew», pensó.

Andrew era socio de Sebastián en casi todos los negocios que tenía, y Eduardo pensaba ser parte de algunos.

Luego de que su madre se acercó y este le dio un pequeño y disimulado beso en la mejilla, la llevó al centro del salón para empezar el baile.

-Pensé que no vendrías, hijo.

-Si hubieras estado en casa cuando vine a visitarte, te hubieras enterado de que vendría -le reprochó, y la condesa sonrió.

-Me enteré de que viniste en varias ocasiones. Felicidades por el título.

-No es algo por lo que debas felicitarme, madre.

Eduardo dio una vuelta a su madre y vio a la misteriosa chica junto a Sebastián y compañía.

-Una amiga quiere que te presente a su hija.

Eduardo entrecerró los ojos; ya conocía el subtema de eso.

-¿Qué amiga?

-Lady Marisol Crabith: es la segunda temporada de su hija y pensábamos que...

-No me interesa, madre -la interrumpió.

-Solo es presentarlos; la muchacha es hermosa y...

-No tengo ganas de conocer a ninguna debutante y sí, es hermosa como es que es su segunda temporada.

-Ella aún no quiere casarse.

-Bien por ella y no insistas, madre. -Eduardo observó nuevamente, y ya no encontró al pequeño ángel junto a su hermana. Se centró nuevamente en su madre, que estaba incómoda, y le sonrió-. Madre, entiende: si quisiera conocer a alguna de estas damas que solo buscan casarse, te lo diría y asistiría a los bailes. De momento no me interesa el matrimonio; por lo tanto, no quiero que me presentes a ninguna hija de tus amigas.

La condesa suspiró.

-Entiendo, hijo; es solo que a veces siento que estás muy solo.

Eduardo le dio un beso en la frente a su madre.

-Te quiero, madre, y gracias por preocuparte por mí.

Eduardo disfrutó de su dulce sonrisa; su madre era una mujer única que, aunque le gustaba todo lo referente a la aristocracia y los eventos, no era falsa. Amaba a cada uno de los miembros de la familia; él esperaba algún día encontrar a una mujer como ella. Vagó por sus pensamientos, hasta que visualizó un destello blanco dirigirse hacia la terraza. Eduardo parpadeó un par de veces; no sabía si había sido una ilusión o realmente era ella. La había visto y también la había perdido de vista; no sabía realmente qué le sucedía, pero la sensación de ir por ella era cada vez más intensa. Al terminar el vals, tomó a su madre por el brazo y la llevó hasta su padre. Observó a una dama que iba hacia ellos y, con un asentimiento de cabeza, se despidió de sus padres antes de ser interceptado por una de las tantas madres que creían que él era uno

de los mejores partidos de la temporada.

Al parecer, todos querían ser un obstáculo en su misión ya que había pasado por el incómodo incidente de evitar a su amigo, Joseph, quien lo detuvo justo en la entrada que daba a la terraza. Estaba acompañado de su prometida y de otra dama. Maldita fuera su suerte. ¿Acaso era el día que todas las debutantes querían conocerlo? Respiró profundo antes de brindarle una sonrisa fingida.

-Eduardo, quería presentarte a Lady Clare: es amiga de mi prometida y...

Joseph guardó silencio al ver cómo su amigo lo fulminaba con la mirada; la muchacha se acercó y le tendió la mano, omitiendo el hecho de que Joseph había guardado silencio tan de repente. Eduardo se la tomó y apenas rozó sus labios con la mano de ella como un cortés saludo.

-Eduardo Rushmore, vizconde de Kingswood, un gusto.

-Lo mismo digo, milord. -Su sonrisa coqueta y mirada descarada lo irritó.

-Disculpenme, pero llevo algo de prisa.

La chica fingió un puchero.

-Esperaba bailar con usted, milord.

-Lo siento, pero eso imposible.

La muchacha iba a protestar, pero Joseph fue rápido y la interceptó; conocía a su amigo: ese ceño fruncido y su mirada llena de cuchillos no eran buena señal.

-Lady Clare, ya tendrá oportunidad; permítame presentarle a otro de mis amigos, el duque de Asthun.

La muchacha sonrió con entusiasmo y rápidamente desvió su atención a Joseph, quien se alejó de Eduardo con un asentimiento de cabeza.

Capítulo 12

Si de algo estaba segura Elizabeth era que en el mar se observaban mejor las estrellas. De todo su viaje en barco fue una de las cosas que más disfrutó, y no es que en Londres no se vieran. Es que la inmensidad de cielo abierto las hacía lucir hermosas. Sabía que no había otro lugar en donde pudiera ver las estrellas de ese modo.

Estaba en la baranda de la terraza con las manos apoyadas, tomando un poco de aire. Los mellizos seguían dormidos y, por lo que le había dicho Sebastián, los invitados de apellido Tremayer no se habían presentado en la velada. Andrew había averiguado que no estaban en Londres; fue por una copa de vino y luego decidió salir a tomar un poco de aire. No le apetecía seguir bailando, y se sentía fuera de lugar. Lo único que la hizo permanecer en la velada fueron las ganas de encontrar nuevamente esos ojos que la habían hipnotizado. No recordaba cómo iba vestido, ni su color de cabello: solo la sensación que había recorrido su cuerpo cuando le había tomado la mano y esos ojos esmeralda que se escondían tras un sencillo antifaz negro. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios; sabía que no lo volvería a ver. No creía que fuera parte de su destino; ese no era su ambiente, y el motivo por el cual estaba ahí era encontrar a su familia y conocer el paradero de su esposo, un esposo por el cual se había dado cuenta de que ya no sentía nada. Si el destino era justo, esperaba no volver a verlo nunca más. Suspiró mientras seguía disfrutando las estrellas, recordando lo que le había dicho su madre sobre las estrellas una vez antes de morir.

-Ho-hola...

Elizabeth escuchó, detrás de ella, una voz grave y muy masculina. Se giró lentamente y frente a ella se encontró a un hombre muy alto, con anchos hombros y cintura angosta, vestido con un traje negro y elegante a la medida. Subió su mirada hacia su

rostro: llevaba un antifaz negro sencillo; tenía el cabello rubio, perfectamente peinado, sus manos en los bolsillos y una sonrisa que lo hacía ver como un pequeño bribón. Pero lo que más llamó su atención fueron sus ojos: eran los mismos en los que había pensado hacía apenas unos pocos minutos.

-Hola...

Eduardo alejó de su mente todos aquellos pensamientos que pudieran arruinar su misión, y salió a la terraza. Cuando vio a la misteriosa muchacha a la luz de la luna, creyó verla brillar. Había un grupo de hombres al otro lado de la terraza y en unas sillas unas damas, aunque eso lo ignoró. Su ángel estaba sola; tenía las manos apoyadas en la baranda y su vista enfocada en el cielo. Caminó lentamente hasta quedar a una buena distancia detrás de ella, y se animó a hablar. Se sintió nervioso.

¿Nervioso? Nunca en la vida se había sentido nervioso frente a una mujer, aunque no parecía una mujer, sino un ángel. Lentamente la admiró darse vuelta y quedar frente a él. Lo observó con mucho detalle y, cuando su vista se quedó en su rostro, respondió seguido de una sonrisa.

-Espero no molestar.

-Oh, no, solo admiraba las estrellas.

Eduardo observó el cielo; caminó hasta quedar un poco más cerca de ella.

-¿Puedo acompañarla?

-No tengo ningún problema con ello, pero... -Eduardo la observó; ella se mordía el labio inferior y sintió deseos de tocarlo para impedir que mordiera esos bellos labios-... creo que, según el protocolo, no es correcto que estemos a solas.

Eduardo sonrió, notando el acento norteamericano de la chica.

-No estamos solos -le señaló a las demás personas-. Además, no pienso hacer nada indecoroso: solamente un poco de compañía.

-Si es así, no tengo ningún inconveniente.

Elizabeth le regaló una radiante sonrisa; luego se dio la vuelta y

fijó nuevamente su vista al cielo. Eduardo se acercó más y se quedó junto a ella.

-No eres inglesa, ¿verdad?

-No, vengo de Bridgeport, Connecticut. -Elizabeth mantenía su mirada hacia el cielo mientras Eduardo le observaba el rostro. No podía definir su belleza, pero su barbilla delineada, sus labios carnosos y su pequeña nariz lo tenían embelesado.

-¿Te gustan las estrellas? -indagó al ver que no apartaba su vista del cielo.

-Me recuerdan a mi madre.

Elizabeth suspiró y desvió la mirada a Eduardo, quien rápidamente dejó de observarla. Estaba nerviosa. Sentía que le sudaban las manos y se resistía a mirarlo: era hermoso.

-¿Dónde está tu madre?

-Murió; apenas la recuerdo. Era una niña, pero recuerdo que, unos días antes de morir, me dijo que se iría, pero que no estaría sola, que ella sería una estrella, que buscara la más grande, ya que sería ella, que estaba cuidando de mí.

Eduardo percibió cómo su tono de voz fue disminuyendo hasta ser un susurro. Lamentó preguntar.

-Lo siento -fue todo lo que logró decir.

Elizabeth negó y fijó su mirada en el jardín.

-De eso ya muchos años; ¿sabes?, desde el mar se ven más hermosas.

-¿El mar? -Eduardo recordó las noches de viaje, pero también recordó verlas desde el campo abierto cuando cabalgaba-. Conozco otro lugar en donde también se ven hermosas.

Eduardo se había vuelto y observaba los que estaban a su alrededor en la terraza: había olvidado que tenían compañía. Por unos minutos solo existió ella, su suave voz y su suave esencia a jazmín.

-Espero algún día poder verlo y decir que así es.

Eduardo la observó; podría ser algo descabellado, pero él podría llevarla ahí. Tomó aire, y sus palabras se quedaron en su garganta al

ver a la mujer frente a él. Frunció el ceño y, antes de decir alguna palabra, ella habló.

-Debemos hablar.

Elizabeth se giró y observó a la mujer; era mayor que ella, cabello castaño, peinado elegante al igual que su vestido. No llevaba máscara, por lo cual se notaba su belleza.

-Este no es el momento, lady Casandra.

-Es urgente -insistió con un hilo de voz.

Elizabeth la observó a ella y luego a él; lo vio incómodo.

-Fue un gusto hablar con usted, milord. -Empezó a caminar hacia la entrada.

-Espera, aún no sé tu nombre.

Elizabeth lo observó con una sonrisa.

-Si le apuesta al destino y gana, lo sabrá.

Y así se perdió nuevamente en el salón.

Eduardo fijó nuevamente su atención en la intrusa con el ceño fruncido.

-¿Qué puede ser tan urgente como para presentarte aquí, Casandra? -indagó molesto.

-Estoy embarazada -explicó rápidamente.

Eduardo enarcó una ceja.

-¿Y a mí qué demonios me importa?

-Eduardo, si mi marido se entera, se divorciará de mí. Hace un año no lo veo y...

-Eso debiste pensar antes de recibir a tus amantes, Casandra.

-Sabes que tú eres uno de ellos -chilló.

Eduardo entendió a qué punto quería llegar, pero estaba muy equivocada si pretendía meterle un hijo que no había hecho. Era verdad que la había visitado, ya que ella era muy complaciente en la cama, pero él tomaba sus precauciones.

-Casandra, este no es un tema que se deba hablar aquí. Te veo en tu casa en una hora.

Y así la dejó ahí, sola en la terraza y entro nuevamente al salón. Estaba enfadado no solo por lo que estaba planeando aquella mujer,

sino porque lo había interrumpido. No pudo saber el nombre de su ángel y tampoco sabría si volvería a verla. Observó el salón en busca de su hermana, pero no tuvo resultado: ni ella, ni sus amigos estaban ahí. Se dirigió a buscar una copa de whisky a la mesa de bebida y observó a Casandra irse. La muy maldita había ido solo para atormentarlo; apuró su bebida y pidió otra.

-Tómatelo con calma, hijo. -No tenía que voltear para saber quién era-. ¿A qué se debe tu enfado?

Sonrió: su padre tenía una facilidad para conocerlo que ya no le sorprendía.

-No es nada, padre.

-No es lo que parece, pero no preguntaré más.

-¿Kathy ya se marchó?

-Sí, hace más o menos media hora; mañana vendrán temprano por los mellizos. Anne y la nueva niñera se quedarán aquí con ellos.

-No comprendo para qué los trajo si tiene niñera.

-La muchacha busca su familia; solo tiene un apellido como dato. Tu madre los invitó, pero aún no estamos seguros de si son ellos. La intención era que hablara con ellos, pero no se presentaron.

-¿Y no es más fácil si solo los visitan y ya?

-Ese es el problema: en la dirección que tiene no vive nadie. Un conocido de tu madre conoce unos que viven en Hampshire; aun así, no sabemos si son ellos.

-¿Entonces bajo una suposición Katherine trajo a su niñera a la velada?

-Ya la conoces.

A Eduardo en ningún momento le pasó por la mente que el ángel era la niñera de sus sobrinos.

-Tengo que irme, padre, mañana vendré.

-Cuídate, muchacho.

Un muy discreto mayordomo le abrió la puerta a Eduardo; le dio un saludo cordial y le indicó que la señora estaba en el salón. Habían sido pocas las veces que había ido a esa casa, ya que no

acostumbraba estar con la misma mujer por mucho tiempo. El hecho de mantenerla o llenarla de regalos costosos no era de su agrado. Había conocido a Casandra hacía menos de un año por un amigo en común, Oliver McCarthy. Eduardo había accedido a divertirse un poco con ella no solo por ser hermosa, sino porque no había compromiso de nada; la había visitado un mes antes de haber viajado a España y, por última y segunda vez, hacía unos días. Para Eduardo, el sexo no era tan importante. Podía pasar largas temporadas sin tener contacto con una mujer, además del hecho de que se aburría de la misma mujer. Por eso sus visitas eran muy ocasionales, solo para satisfacer la necesidad cuando se daba. Entró al salón y la encontró vestida con un camisón y con una bata algo transparente. Estaba sentada en un diván con la mirada fija en el fuego de la chimenea.

-¿Se puede saber de qué demonios va eso?! -rugió.

Casandra lo observó con los ojos muy abiertos; estaba frente a ella con una distancia muy prudente.

-No entiendo, Eduardo.

-Ambos sabemos muy bien que ese niño no es mío -remarcó las últimas palabras.

-Eduardo, no he estado con más nadie más que tú.

Eduardo empezó a reírse a carcajadas.

-Eso ni tú misma te lo crees; ni siquiera te acordabas de mí hace unos días cuando vine y me dijiste que te había sorprendido mi nota, ya que no esperabas que volviera.

-Es cierto, pensé que no volvería a verte... -balbuceó.

-¿De quién estás embarazada? -exigió.

-Eduardo, créeme, es tu...

-¡Y una mierda! Para empezar, me lo hubieras dicho el otro día y, si fuera así, hace más de tres meses no te visito.

Estaba muy alterado y le había levantado la voz suficiente para intimidarla y que confesara: a él no lo iba a engañar.

Casandra empezó a sollozar; llevó sus rodillas al pecho y se las abrazó. Metió su cabeza entre estas; permaneció así por unos

minutos, durante los cuales Eduardo permaneció en silencio. No sintió pena por ella; su paciencia se estaba acabando, y no quería utilizar la fuerza con esa mujer. Se llevó el dedo meñique y índice al puente de la nariz, tratando de buscar calma y luego se sentó junto a ella.

-Sabes muy bien que no podrás meterme ese niño como hijo mío, ¿verdad?

Ella asintió, levantó el rostro y clavó la mirada en el fuego.

-¿Me dirás de quién es?

La escuchó soltar el aire que estaba reteniendo.

-Es de Oliver -susurró-. Había estado esperando que volviera de su viaje a Irlanda. Le envié una nota, pero no obtuve respuesta, por lo cual me presenté a su casa hace tres días, y me recibió su esposa. Oliver se casó en Irlanda; ayer me vino a visitar y me dijo que no se haría cargo, que me deshiciera del bebé y que siguiera mi vida tal y como estaba. Al fin de cuentas, ni siquiera mi esposo me quería -sorbió la nariz-. Es mi bebé, Eduardo, y no quiero deshacerme de él. -Empezó a sollozar nuevamente. Eduardo le tendió un pañuelo.

-Pensaste que a lo mejor yo iba a ser un idiota y te iba a creer.

-Lo siento, Eduardo, estoy desesperada. No sé qué hacer, no quiero deshacerme de él. Sabes que mi padre me vendió a ese bastardo, que lo único que hizo fue encerrarme en esta casa mientras él disfruta de su amante. No tengo familia a la que acudir y estoy segura de que, si el conde se entera, me echará.

-Yo no puedo ayudarte, Casandra; lo que puedo recomendarte es que hables con tu marido, que lleguen a un trato. Es difícil, pero, lamentablemente, él es tu marido. Si ese maldito te dejó aquí a tu libertad, no creo que tenga ningún problema con que tengas un bastardo. Es mejor eso que la vergüenza de que le fuiste infiel y el escándalo. Sabes que hasta Oliver se verá afectado; en cuanto a él, déjale muy claro que no te desharás del niño y que, si no se hace cargo, todo el mundo se dará cuenta de quién es el padre si el conde te obliga a hablar.

-No es tan fácil, Eduardo; no tendré adónde ir.

-No creo que tu hermana te abandone, y te prometo que yo te ayudaré para que vayas con ella.

-No, tienes razón, pero no me gustaría ser una carga para ella.

-Sigue mi consejo, Casandra: es lo único en que puedo ayudarte. Apenas tenga oportunidad, hablaré con Oliver. Pero no te prometo nada.

-Perdóname, Eduardo -se disculpó con un hilo de voz.

-Deberías descansar. -Le dio una suave caricia para consolarla en el brazo, y ella volvió a sollozar. Eduardo se marchó.

No le gustaba ver a las mujeres llorando, pero no podía consolarla, no en ese momento. Sentía rabia, no solo por ella, sino por lo que pretendía hacer.

Capítulo 13

No recordaba lo que era tener una resaca en años, pero sin duda esa había sido la peor. El dolor de cabeza le estaba taladrando la cabeza, y el dolor de su cuello y cuerpo no lo ayudaban en nada. Abrió los ojos, y había sido como una bala directo a su cerebro, por lo cual los cerró nuevamente, para minutos después abrirlos lentamente. Se había vuelto a quedar dormido en el maldito sillón de su escritorio. Cuando llegó a su apartamento después de haber visitado la casa de Casandra, se encerró en el estudio con el fin de bajar su ira con un trago, pero terminó bebiendo la botella entera. Se juró entre copa y copa no tocar una mujer nunca más, pero a su mente llegó la imagen de un ángel y se arrepintió. Pensar en ella de esa forma le regaló un dolor en la entrepierna, que quiso apaciguar con más alcohol. No supo en qué momento se había quedado dormido, pero supuso que su mayordomo había omitido su nueva regla. Se llevó las manos a su sien y se dio un pequeño masaje; el dolor de cabeza era insoportable. Tocó la campanilla, y su ayuda de cámara apareció por la puerta.

-¡Milord, al fin ha despertado!

-Eh ... -Eduardo lo miró con el ceño fruncido, lo que le intensificó el dolor de cabeza.

-Michael intentó llevarlo a cama; como no pudo, fue en mi ayuda. Alegó algo de no dormir hasta que usted estuviera en su habitación; entre los dos intentamos llevarlo, pero usted se resistió y amenazó con echarnos a la calle.

Eduardo apenas comprendía lo que decía; le hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

-Preparadme un baño y dile a Magda que me dé algo para la resaca, ¿qué hora es?

-Las dos de la tarde, milord.

«¡Mierda!», masculló entre dientes; quería ir a desayunar o, al

menos, almorzar con su familia.

-Haga lo que le pedí, por favor.

-Claro, milord.

La semana no había sido complaciente con él; luego del incidente con Casandra, se había encontrado casualmente con Oliver, y el muy maldito le había confesado que la idea de decirle que él era el padre del hijo de Casandra había sido de él.

«Eduardo recientemente se convirtió en vizconde; él se podrá hacer cargo del bastardito. Es tan buen hombre que no te abandonará», le había dicho a Casandra. Eduardo estaba enfadado... No era lo que se decía amigo de Oliver, pero nunca habría esperado una traición así, y mucho menos que lo eligiera para criar su propio hijo. Estaba que se lo llevaba el diablo y no lo golpeó en ese momento porque estaban en el club. Pero eso no evitó que le dijera unas cuantas verdades.

Había ido a ver la otra propiedad en Londres: era un apartamento un poco más grande que el que tenía muy cerca de Mayfair y, para su sorpresa, este sí estaba del todo habitable. Después de haber llevado a sus sirvientes a que hicieran una limpieza, fue a una agencia de bienes raíces, y lo puso en alquiler. De momento no tenía ni un solo motivo para permanecer en Londres; viajaría a Hampshire lo más pronto posible. Solo tenía una misión antes de volver: descubrir quién era su ángel. Llevaba soñando con ella desde aquella noche y no podía sacarla de su mente. Se dirigió a casa de Sebastián con toda la intención de preguntar quién era ella, pero, para su mala suerte, no estaban en casa. Definitivamente, Katherine no podía vivir sin Clara; era la segunda vez que iba en su búsqueda y siempre tenía la misma respuesta y, ya que Sebastián era amigo y socio de Andrew, también permanecía ahí cuidando a su mujer.

Le dejó una nota a Sebastián en la que le indicaba que estaría en Hampshire arreglando sus asuntos. Le solicitó la ayuda con el arquitecto y se largó de Londres; al fin y al cabo, los animales y el

campo eran su consuelo. Tenía que entrenar unos cinco caballos y estaba encantado de hacerlo; mientras tanto, haría su mejor apuesta al destino para saber quién era su ángel, tal y como ella se lo había solicitado.

Después de varios días del baile, no podía evitar dormir y soñar con esos ojos. Elizabeth aún no había descubierto quién era el caballero misterioso que la había dejado sin aliento aquella noche mágica bajo las estrellas. Había estado suspirando un par de veces pensando en él, aún más cuando estaba en compañía de Katherine o de la pequeña Samantha, que tenía el mismo color de ojos, a diferencia de los de Santiago, que los tenía iguales a los de su padre. Elizabeth llevaba algunos días con la idea de preguntar a Katherine si conocía a algún caballero con su mismo tono de ojos, pero sentía vergüenza, aunque eran muy amigas. También pensó en preguntárselo a Anne, pero tal vez ella no lo supiese; al fin y al cabo, no había llegado hasta ahí para conocer a un apuesto caballero, sino para conocer a su familia y saber el destino que había tenido su marido.

Elizabeth estaba en el jardín tomando el té en compañía de Clara, Katherine, Anne y Susan, la niñera del hijo de Clara, mientras los tres pequeños se encontraban haciendo algunas travesuras en el césped. Andrew entró con su galantería; saludó con una sonrisa y se acercó a Clara para besarla en la frente. Tras él venía Sebastián, que hizo lo mismo con Katherine y luego se acercó a tomar a Samantha en brazos ya que, apenas lo escuchó, hizo todo su esfuerzo para ponerse de pie, extender los brazos y balbucear: «Papá»; ella era la niña de papá.

-Elizabeth, te tengo noticias -le anunció Andrew sentándose junto a Clara-. Sobre tu familia.

-¿Son buenas? -quiso saber Elizabeth.

-Me comentó mi padre que el marqués de St. Clared es de apellido Tremayer. Ellos viven en Southampton, en Hampshire,

aunque hace algunos años que no sabe de él, ya que mi padre estuvo casi dos años en cama y aún no se incorpora del todo en la sociedad.

-Pero no es seguro que sean mis abuelos. -Elizabeth se sentía feliz, ansiosa y temerosa: no quería ilusionarse en vano.

-Según lo que me escribió mi padre, el marqués tenía una mansión en Londres, que vendió luego de que desapareció su hija.

-¿Será mi madre?

-Es una posibilidad; mi padre solo tuvo contacto con él una vez hace años.

-¿Piensas ir a buscarlos, Lizzy? -quiso saber Katherine.

-No lo sé; ni siquiera sé dónde queda ese lugar que mencionó Andrew.

-Mis padres viven en Hampshire; estando allá ellos, te pueden ayudar un poco más con la información, y Clara y yo volveremos la siguiente semana, aunque no creo que Katherine te lo permita.

-¿Tan pronto, ahora que tengo un mayordomo? -se burló Clara. Todos rieron.

-Nosotros también tenemos una propiedad en Hampshire -comentó Sebastián-. Y de momento no tenemos ningún compromiso por acá; podemos trasladarnos una temporada mientras buscas a tu familia.

-¿Harían eso por mí?

-No lo dudes, Lizzy. -Sonrió-. Ese es tu objetivo e iría hasta el fin del mundo contigo mientras cuides de mis bebés -afirmó Katherine.

-Gracias a todos, Andrew, y sobre...

-Me puse en contacto con William para que me envíe todos los datos sobre el barco en que viajó y las fechas, ya que, revisando las bitácoras con Sebastián para esas fechas, ninguno de nuestros barcos tenía destino a Inglaterra.

-Comprendo...

Andrew se acercó a su pequeño y se sentó junto a él en el césped.

-Apenas William me envíe los datos, empezaré a investigar más

de fondo.

-Sinceramente, ya no me importa si está vivo o muerto, aunque sí me gustaría saber por qué me engañó y me abandonó.

-Sabemos que para bien. -Clara le regaló una cálida sonrisa, y ella se la devolvió-. Verás que Hampshire te va encantar.

-Amor -dijo Sebastián a Katherine-, Eduardo se fue hace unos días. Iba a empezar con la remodelación de la casa; le enviaré una nota para indicarle que en estos días estaremos por allá.

-Esta misma noche empezamos a hacer el equipaje entonces - dispuso Katherine con una sonrisa.

Elizabeth se sentía cada vez más ansiosa; pronto podría conocer a sus abuelos. No sabía cuál iba a ser su reacción al verla, pero esperaba que la recibieran con los brazos abiertos y con una gran sonrisa. Quería saber muchas cosas de su madre, su niñez, el lugar donde había crecido, qué era lo que más le gustaba, y esas cosas.

Dos días después de que Sebastián le anunció que viajarían a Hampshire, emprendieron el viaje. Salieron después del desayuno. Katherine le había advertido que el viaje sería largo y que se preparara, ya que los mellizos solían ser muy molestos durante el viaje. Para Elizabeth, lo más incómodo había sido viajar en el mismo carruaje de Katherine y Sebastián, pero así lo habían querido para ir cerca de los niños, los cuales se iban turnando en sus brazos. Aunque Samantha prefería a su padre y Santiago había empezado una especie de romance con Elizabeth.

Luego de las largas horas de viaje, el carruaje se detuvo, y Sebastián le indicó que ya habían llegado. Bajó. Lo siguieron Katherine y ella y, por último, Anne. Elizabeth se detuvo para admirar el lugar y, si había creído que no iba a encontrar casa más grande que la de Clara en Londres, estaba muy equivocada. Estaba en la entrada de una enorme propiedad de piedra, con la boca y ojos muy abiertos, con Santiago en brazos, tratando de llamar su atención. Observó de un lado a otro y, aun así, sentía que no había

observado toda la casa aún. Y eso no era todo; estaba rodeada de un extenso campo: había muchos árboles y un enorme jardín.

Santiago le lanzó un golpe con la pequeña palma de su manita en la cara y reaccionó. Se había quedado en último lugar, ya que todos los demás ya habían entrado.

-¿Piensas quedarte ahí toda la noche? -le preguntó Anne asomándose por la puerta de entrada.

-E-Estoy algo sorprendida.

-Lo sé; me sucedió lo mismo la primera vez que vine. Tienes que ver la de la familia de Andrew.

-¿Es más grande?

Anne se encogió de hombros.

-Su padre es un duque; por cierto, tus abuelos deben de tener algo así.

-¡Oh, Dios! -consiguió decir Elizabeth luego de haber entrado y visto la gran mansión solariega por dentro.

Capítulo 14

Eduardo había dejado todo preparado en Dream House mientras se dirigía a Southampton. Tenía dos días de haber llegado a Hampshire cuando llegó la nota de Sebastián, donde le anunciaba que en los próximos días estarían ahí y que avisara al personal para que tuviera las habitaciones preparadas. También le decía que el arquitecto llegaría al día siguiente. Su plan era relajarse un par de días en su pequeña propiedad alejado de todo el mundo y ya luego ponerse al día con sus obligaciones. Tenía la impresión de que, si se sentaba en soledad a admirar las estrellas, podría ver la imagen de su ángel.

La finca de Sebastián estaba aproximadamente a una hora a caballo de su nueva propiedad; se había reunido temprano con el arquitecto, el cual ya había empezado a realizar las obras, revisando y dando un resumen de todas las reparaciones que debía realizar. Realmente, la estructura no estaba en tan mal estado: era reparar, cambiar por aquí y por allá, hacer unos cuantos cambios y en dos meses estaría lista. «Rápido», pensó Eduardo. Luego de hablar de unos cuantos detalles y acordar algunas cosas, regresó nuevamente a Dream House. De camino decidió pasar a beber algo a la posada del pueblo; era un poco relajante estar en ese lugar, ya que ahí podía encontrar cualquier diversión, desde una partida de cartas hasta una fogosa mesera. Al entrar se colocó en la barra; la posada estaba casi vacía (supuso que por la hora). Pidió una garra de cerveza y se relajó disfrutando del líquido amargo. Llevaba algunos minutos cuando sintió que le apoyaban la mano sobre su hombro.

-Ahogando penas, mi viejo amigo.

Eduardo sonrió; no necesitaba voltear para saber quién era. Conocía muy bien aquella voz.

-Creo que no soy el único. ¿Cómo estás, Charlie?

Charlie se sentó junto a él; hizo señas al tabernero, quien le llevó

una garra de cerveza.

-Lo mejor que puede estar un viejo de casi setenta años.

-En la flor de la juventud. -Sonrió-. Ya quisiera estar como tú a esa edad.

Charlie no aparentaba su edad, ya que, físicamente, tenía muy buena condición, y su rostro no había sufrido grandes cambios. Aunque su cabello era canoso, su vitalidad era la de un hombre de cuarenta años.

-Hace unos días fui a visitarte y me comentaron que estabas en España.

-Sí, estuve casi dos meses allá. Regresé hace menos de un mes, pero tenía algunos asuntos en Londres, por lo que me mantuve ahí.

-Supongo que ya me extrañabas. -Se echó a reír.

-Algo así; andaba por aquí cerca y pasé a refrescarme. -Levantó la garra y luego bebió.

Eduardo adoraba hablar con Charlie a pesar de su gran diferencia de edad; era muy charlatán. No le gustaba mucho tocar el tema de la aristocracia, aunque formara parte de esta y poseyera el título de marqués. Con Charlie podía hablar sobre sus caballos, las carreras, y hasta de mujeres. Él fue quien le aconsejó que olvidara a Clara, ya que, en algún momento encontraría una mujer que fuera solo para él, en cuerpo, mente, alma y corazón. Estaba seguro de que lo de Clara no era más que una simple ilusión.

-¿Y cómo va ese corazón?

-Confundido -susurró, dándole un vistazo desinteresado a la garra vacía.

Charlie arqueó una ceja.

-¿Me lo contarás?

Eduardo suspiró.

-Es complicado, Char.

-Más sabe el diablo por viejo que por diablo. -Le palmeó el hombro -. Cuéntame: tal vez te pueda ayudar.

Eduardo esperó que el tabernero le llenara la garra y bebió antes de proceder a hablar. Le contó a Charlie sobre su ángel, la pequeña

conversación que había tenido y de la oportunidad que había perdido de saber quién era.

-Si es amiga de tu hermana, ella te dirá quién es.

-Lo sé; es solo que no sé cómo preguntar.

-Fácil. ¿Quién era la dama que los acompañaba en la velada de mi madre? Muero por conocerla -argumentó-. Verás que no lo pensará en decírtelo. No conozco a tu hermana, pero, por lo que me cuentas, hasta hará de cupido -bromeó.

Eduardo no pudo evitar echarse a reír.

-Hoy llegarán; al parecer, estarán una temporada por acá. Tendré el tiempo suficiente para averiguar quién es.

Charlie dibujó una sonrisa en sus labios.

-¿Sabes, muchacho? Me alegra que estés interesado en una muchacha.

-Creo que es una maldición; me convertí en el nuevo vizconde de Kingswood y desde ese día tengo debutantes tras de mí. Un amigo y su amante me querían meterme a su hijo como mío; todos mis amigos y familiares me hablan de buscar a la mujer de mi vida, y aparece ella a torturar mis pensamientos.

-Vizconde de Kingswood. -Charlie lo miró con tristeza-. Vaya, muchacho, felicidades -acotó con un dejo de tristeza.

-Lo siento, no es algo que me ilusione; aún no me acostumbro, y más con todo lo que me ha sucedido últimamente.

-Lo sé, muchacho; si por ti fuera, no pertenecerías a la aristocracia, pero es lo que te tocó al nacer en la familia que naciste. No es una maldición: es el poder del título y, muchacho, eres un hombre muy apuesto para todas esas jovencitas. Recuerdo mis años de juventud. Si no hubiera sido porque mi hermosa Margarita cayó en mis brazos, aún estaría soltero.

Eduardo sonrió recordando la historia de Charlie. Accidentalmente, su esposa había tropezado con uno de los lacayos en una fiesta campestre cuando huía de su madre, quien quería presentarle un viejo conde. Al tropezar, casi cayó. Charlie, que iba pasando en ese momento, la sostuvo; bastó una mirada para que se

enamorarán.

-Y sabes que no me arrepiento: amo a mi mujer como el primer día.

-¿Y qué demonios haces aquí y no estás con ella?

Charlie sonrió sin ganas.

-Su hermana está de visita, y ya sabes que esa bruja no me cae muy bien -le explicó arrugando la cara.

-Es el único defecto que tiene tu mujer.

-El único que le queda; su madre era peor. En cambio, Sol, su sobrina, es un amor. ¿Te la presento?

Eduardo soltó un par de carcajadas.

-Creo que es momento de irme; quedé en cenar con mi hermana y mi cuñado y tú, viejo zorro, regresa a tu casa, y haz una hoguera para quemar a la bruja.

Ambos se partieron de la risa; bebieron una jarra más de cerveza entre risas, y luego se despidieron.

La casa se encontraba en silencio a pesar de que Sebastián y su familia ya estaban allí. Eduardo dio un rápido vistazo al jardín luego de haber entrado por la cocina. Usualmente ese era su lugar preferido para estar con los mellizos, pero no estaban ahí. Dio un recorrido por los salones, pero tampoco hubo rastro de ellos o de sus padres.

-Milord, si busca a los señores, están en su habitación -le informó una de las empleadas, que lo había visto dando vueltas.

-¿Sabes algo de los mellizos?

-Durmiendo. Esa niñera es como un ángel; después de un baño quedaron dormidos.

-Gracias, tomaré un baño. ¿Podrían preparármelo?

-Claro, milord, ya le digo a Anderson que lo prepare.

Eduardo subió las escaleras; moría de ganas por ver a los mellizos. Desde que había vuelto de España, no había tenido la oportunidad de verlos, y su niñera también lo tenía intrigado. Le

había parecido escuchar a Sebastián decirle que era un ángel, de tan buena que era esa mujer. Eduardo no conseguía concluir que su ángel era la misma mujer que todos llamaban *ángel*, ya que se imaginaba una mujer pasada de los cuarenta años. Cuando Sebastián le habló de ella, no le prestó mucha atención, ya que tenía otros asuntos en mente. Entró en la habitación de los pequeños y encontró a Anne sentada en un pequeño sofá leyendo un libro.

-Pensé encontrar otra persona.

-Lizzy está tomando un descanso. Santiago estuvo molesto anoche y parte del viaje, y solo quería estar en brazos de ella.

-¿Lizzy? -preguntó Eduardo acercándose a las cunas.

-Elizabeth, pero la llamamos *Lizzy*.

-Entiendo; espero conocer pronto a la misteriosa dama de la que todos hablan. -Dio un vistazo a los pequeños, que dormían abrazados-. ¿Estarán despiertos antes de la cena?

-Sí, usualmente cenan dos horas antes que todos los demás, ya que Lizzy suele acompañarnos en la cena.

-Bien, vendré a verlos luego; deberías descansar también.

-Lo haré luego; solo quería cerciorarme de que ninguno despertara.

Eduardo asintió.

Luego de un relajante baño en donde se quedó dormido, se afeitó. Anderson le había dejado un traje preparado en el sofá de la habitación. Usualmente, Eduardo no acostumbraba a usar traje a en la finca, a menos que hubiera alguna visita o actividad, pero, al recordar que la nueva niñera también cenaría con ellos, asumiendo que era una mujer adulta que podía escandalizarse si se presentaba solo en camisa blanca, optó por usarlo ese día: ya luego se acostumbraría a su estilo. Se vistió y recordó que iría a ver a sus sobrinos antes de que estos se durmieran, así que salió de su habitación y se dirigió a la de los niños. La puerta estaba entreabierta y escuchó la voz de su cuñado junto a una femenina. Se quedó unos minutos de pie frente a la puerta. Algo de la voz

femenina se le hacía familiar; tenía un ligero acento. Mientras trataba de recordar, sintió un golpe en su pecho: una joven de cabello negro se estrelló contra él. La tomó de los hombros al verla que se iba a caer y la sostuvo mientras la muchacha reaccionaba. Bajó su rostro, y ella subió el suyo lentamente. Lo primero que vio fueron aquellos ojos de un azul muy claro que lo tenían embrujado y con los que había soñado desde la noche del baile.

-Lo-lo... siento -bisbiseó.

-Descuida; el que debería disculparme soy yo.

Eduardo aún la tenía agarrada de los hombros; su agarre era firme y fuerte. Pudo sentir cómo ella se estremecía bajo sus manos y cómo el corazón de él se aceleraba.

Elizabeth le regaló una pequeña sonrisa nerviosa.

Eduardo apenas distinguió el movimiento tras Elizabeth y subió la mirada. -Siempre tan... mmm tú -dijo Sebastián riendo-. Eduardo, ella es Elizabeth, la niñera de la que te hablé y, Elizabeth, él es mi cuñado, lord Eduardo. Sí, te llamo así...

Eduardo dedicó una pequeña sonrisa a la charlatanería de su cuñado y fijó nuevamente la vista en Elizabeth, ¿su niñera? Él la creía de más edad; ella era a la que llamaba *ángel*, su ángel. Analizó la información que le había dado Sebastián de ella y cayó en la cuenta: una norteamericana, con un tutor de mierda, y la amiga de Katherine que había ido al baile era norteamericana. Había sido un idiota al no relacionarlo antes: esa era la misión en la que andaba su hermana: llevarla al baile. Bajó nuevamente la mirada y se encontró con una mirada que lo estudiaba detalladamente. ¿Lo habría reconocido también? Estaba callada y podía notar que temblaba bajo sus manos -¿acaso estaba nerviosa?-. La soltó, cosa que no quería, y dio un paso hacia atrás para observarla mejor: era la misma, aunque vestía más sencillo ya que llevaba un vestido simple. Su cabello negro iba recogido con un discreto moño; aun así, era hermosa, mucho más hermosa sin la máscara que cubría la mitad de su rostro. La vio morderse el labio y sonrió: recordaba ese gesto.

-Permíteme presentarme: Eduardo Rushmore, vizconde de Kingswood.

-Elizabeth Jones, la niñera.

-Un placer; había escuchado hablar mucho de ti, pero no habíamos tenido el honor de ser presentados, vaya destino. -Sonrió.

Elizabeth entendió su referencia y le regaló una sonrisa.

-También he escuchado de usted, milord, y sus caballos; sé que pasa muy ocupado con ellos.

-Un poco sí, y últimamente tengo nuevas responsabilidades.

¿Quién iba a pensar que aquellos ojos tan hermosos pertenecían al hermano de Katherine? Cuando Elizabeth los vio tan idénticos a los de ella, nunca se le pasó por la mente que fuera él. Asumió que el hermano de Katherine era más parecido al conde; nunca se imaginó que aquel caballero de ojos esmeralda y cabello rubio era Eduardo Rushmore. Se había quedado helada al verlo; su sonrisa y la forma en que la miraba la habían puesto nerviosa. Era mucho más apuesto que lo que había imaginado y desprendía un delicioso olor a jabón, mezclado con madera y cuero. Estaba despeinado, y tenía un pequeño mechón de cabello húmedo en la frente. En ese momento, Elizabeth estuvo tentada de subir su mano y retirarlo; nunca en su vida se había sentido tan nerviosa. Pensó que no iba a poder decir media palabra; aun así, al escuchar la palabra *destino*, recordó las últimas palabras que ella le había dicho en el baile, al igual que las de la dama que los había interrumpido. Y se preguntó nuevamente quién era.

-¿Piensas moverte algún día de esa puerta?

La voz de Katherine los hizo reaccionar. Elizabeth se sonrojó; desvió la mirada de Eduardo. Dio unos pasos atrás para poner distancia y caminó hacia las cunas. Eduardo la siguió y se detuvo a un costado de la habitación.

-Elizabeth, espero que este cavernícola no te esté molestando. - Le sonrió a Eduardo-. Sabes que te adoro, Eduardo.

Katherine se acercó a su marido; besó a la niña, que ya estaba dormida en sus brazos. Luego se acercó al niño y se quedó

acariciando su cabecita.

-Yo también te quiero, hermanita. -Se acercó y le dio un beso en la frente-. Quería ver los niños, pero los encontré dormidos.

-Más suerte la próxima; igual tendrás tiempo. -Desvió su mirada a Elizabeth, que aún tenía la mirada hacia abajo-. Te tengo una proposición.

En ese momento, el suave toque de la puerta los hizo desviar la mirada, y una de las empleadas se asomó.

-Ehhh... milady, la cena ya está lista.

-Gracias, Lili, ya bajamos. -Katherine besó al pequeño-. Vamos, Lizzy, te cuento durante la cena.

Capítulo 15

Jamás en su vida se había sentido tan observada y tan sonrojada como en ese momento. Elizabeth sentía sus mejillas tibias y trataba de no subir su mirada; aun así, no podía evitar observarlo disimuladamente. Aquel hombre era muy apuesto y lo tenía frente a ella. Había bebido más vino de lo normal, y ya se sentía un poco mareada. No estaba acostumbrada a beber, aunque sus amigos ignoraban lo que estaba sucediéndole. Katherine había empezado una charla con Sebastián sobre un orfanato al cual ella ayudaba; al parecer, había conseguido colaboración para remodelar el edificio donde se encontraba. Elizabeth apenas atendía a su conversación, ya que toda su atención estaba concentrada en aquellos ojos esmeralda que no dejaban de mirarla.

-Lizzy. -Elizabeth buscó con la mirada a Katherine, que había estado pinchando las verduras-. Estás colorada; ya no bebas más vino, supongo que no estás acostumbrada. Aunque está delicioso -se lamentó.

-Yo... eh... -Elizabeth observó a Eduardo, que sonreía.

-Descuida, mi propuesta es la siguiente: ¿qué les parece si organizo un pequeño baile e intento localizar al marqués, y lo invitamos?

-Hermosa, Andrew y yo nos pondremos en eso -aclaró Sebastián.

-Lo sé; es solo para hacer las presentaciones.

-Kathy, te lo agradezco, pero me gustaría conocer al marqués a solas: aún no sé si me van a recibir bien o si son mis abuelos.

-En eso tiene razón Lizzy, hermosa; no queremos un escándalo.

-Cierto. -Katherine reflexionó.

-¿De qué marqués hablan? -curioseó Eduardo, quien no estaba al tanto del tema.

Eduardo había estado hasta ese momento en silencio; apenas había tocado bocado, ya que estaba concentrado observando a su

hermoso ángel. Estaba fascinado al verla sonrojarse cada vez que subía la mirada y se encontraba con la mirada de él, con su discreta distracción con el vino y con cómo lo observaba cuando él miraba hacia otro lado sin perder detalle de ella. Era tan hermosa...

-El marqués de St. Clared, ¿lo conoces? vive en Southampton - indagó Sebastián.

-Creo que he escuchado de él, no recuerdo dónde. Igual, puedo preguntar cuando vaya a Southampton, ¿para qué lo buscan?

-Recuerdas que te comenté que Elizabeth buscaba a su familia; según los datos que tenemos y la investigación que hizo Richmond, esto nos lleva a ellos.

-¿Por qué crees que no te aceptarán?

Elizabeth estaba tan concentrada en su tono de voz que le costó reaccionar.

-Creo que mi madre huyó de casa con mi padre...

-Ya veo; si quieres, después me hablas de ello.

Aunque lo que buscaba Eduardo era un motivo para después poder hablar con ella, Elizabeth sintió que no le interesaba lo que ella pudiera decirle y por eso le cortaba el tema. Apenas probó el postre a pesar de ser uno de sus favoritos desde que había llegado a Londres. Lamentaba mucho no poder disfrutar de su soufflé de chocolate; ya el efecto achispado que sentía por el vino había desaparecido. No comprendía el motivo que la había llevado a sentirse tan deprimida. Usualmente Thomas nunca le daba importancia a lo que ella le pudiera decir y la ignoraba; realmente ese era el motivo de su baja de ánimo. Se había sentido tan feliz que había olvidado que tenía un pasado del cual le era difícil escapar, que la había marcado y que le impedía ilusionarse con alguien, por más que la atrajera.

Eduardo notó el bajón de ánimo que tuvo Elizabeth, y se sintió culpable. También adoraba el soufflé de chocolate, pero apenas probó bocado. Habían sonreído con ternura al ver la mirada de niña feliz de Elizabeth cuando se lo sirvieron; maldito fuera por no dejarla seguir hablando. Elizabeth le había comentado que su madre había

muerto, y encontrar su familia materna debía ser un gran motivo de felicidad para ella. Debía buscar la forma de disculparse; quería hablar nuevamente con ella, y no iba a desaprovechar la oportunidad de estar tan cerca de ella.

Los ánimos de Elizabeth no subieron después de la cena; se había reunido con Katherine en la salita, en donde le contaba muy alegremente cómo había conocido el orfanato y lo que había hecho para poder ayudar económicamente, ya que el lugar no solo estaba en mal estado, sino que requería dinero para las necesidades de los niños. Elizabeth se había distraído con toda su historia de ir enmascarada a los clubes y de cómo Sebastián la había salvado cuando había sido secuestrada, con la ayuda de sus amigos. Elizabeth se había sorprendido mucho, aunque no le extrañó. Por lo poco que conocía a Katherine, sabía que era intrépida y que era capaz de hacer cualquier cosa. Elizabeth sintió que su vida había sido aburrida; siempre la pasaba en su casa en compañía de su nana. Ahí recibía a su institutriz, así como también a la modista. Tuvo la suerte de conocer a sus amigas en un baile que había organizado su tía cuando estaba viva, y las veía muy pocas veces. Casualmente se reunían a tomar el té en la casa de alguna de ellas, y había tenido la oportunidad de conocer a Thomas, de quien creyó que la haría ver el mundo de otra forma y así fue, pero hundida aún más en su casa.

Luego de que Sebastián se reunió con ellas, Elizabeth se disculpó. Iba a dirigirse a su habitación cuando recordó que desde ahí podría ver las estrellas, así que se dirigió al jardín con la ayuda de una de las sirvientas. Apenas había conocido la casa; el jardín era un espacio muy amplio cubierto especialmente por rosales de todos colores que desprendían un aroma muy delicioso. Dio un pequeño recorrido hasta que llegó a unos bancos; se quedó ahí, subió la mirada al cielo y pensó en su madre. Trató de localizar la estrella

más grande; sentir a su madre cerca a veces era su único consuelo.

Eduardo salía de la biblioteca en donde había estado reunido con Sebastián cuando observó a Elizabeth consultar algo con una de las muchachas de servicio. La observó por unos minutos e intuyó hacia dónde se dirigía. Regresó nuevamente a la biblioteca; moría por hablar con ella, pero temía su rechazo. Desde la ventana de la biblioteca la observó dar un recorrido; bajo la luz de la luna se veía nuevamente como un ángel. Sin pensarlo más, salió a buscarla; se detuvo detrás de ella; tenía la mirada perdida en el cielo e intuyó lo que estaba buscando y sonrió. Era tan hermosa...

-Conozco un mejor lugar para verla, aunque este no está mal.

Elizabeth dio un pequeño salto; estaba tan concentrada en el cielo que no se había dado cuenta de que tenía compañía. Observó a Eduardo acercarse a ella con una sonrisa.

-¿Puedo? -Le señaló el espacio libre junto a ella. Elizabeth asintió con la cabeza, y Eduardo tomó asiento junto a ella-. Eh... quería disculparme -susurró.

Elizabeth lo observó con atención.

-¿Por qué?

-Sospecho que me comporté como un tonto durante la cena; sí, quería escuchar la historia de tu madre. Es solo que...

-No era tema para una cena... -Rememoró lo que le solía decir Thomas-. Descuida.

-Oh, claro que sí lo es, ¿te has dado cuenta de que Kathy y Sebas no son los típicos aristócratas? Puedes tocar cualquier tema en cualquier lugar, que no tienen queja de nada.

-Conozco solo a Clara y su esposo y, por lo que sé, son más peculiares que Kathy y Sebastián. Y no sé nada sobre qué temas o cómo se comportan los de ese estatus social.

Eduardo se echó a reír: aquella risa se escuchaba tan bien...

-Cierto, veo que estás rodeada de personas locas, ¿qué tal son los de la alta sociedad en Norteamérica?

-Creo que no muy diferentes a los de aquí por lo que he

escuchado: veladas, horas del té, cenas... Realmente, no lo sé. No participaba en muchas y no pertenecía a la alta sociedad.

-Ya veo. Con mi hermana lo harás; tenlo por seguro.

-Eso ni dudarlo, conociendo la historia de Clara. Y, al parecer, mis abuelos pertenecen a la aristocracia.

¿Podría desaparecer la tristeza en cuestión de segundos? Pues sí, ese apuesto caballero lo había logrado; la había sorprendido y le había dado un pequeño susto. No imaginó encontrarlo ahí.

-Prepárate por si un día aparece con una institutriz para ti para que te enseñe todo lo que necesitas.

-No tengo ninguna duda; hace apenas unas semanas estoy aquí y prácticamente me obligó a ir a la celebración de tu madre. Quería desaparecer cuando me llevó con la modista.

Eduardo soltó un par de carcajadas.

-No me lo puedo ni imaginar; ella es un poco extravagante y nunca se limita cuando quiere regalarle un vestido a una de sus "amigas". -Hizo forma de comillas con sus dedos-. Estoy seguro de que no fue solo un vestido.

Elizabeth no dejaba de sonreír.

-No; gracias a Anne, me encargaron otros más que Clara se ofreció a regalarme también. Pero lo que más me tenía angustiada fue todo lo demás: medias, corsé que nunca en la vida había usado y ropa interior. -Dijo lo último con un susurro y un ligero rubor de sus mejillas.

-Supongo que todas las amigas de Kathy pasan por lo mismo.

-No tengo quejas; simplemente, no estoy acostumbrada, y menos viniendo prácticamente de una desconocida.

-Te tiene mucho aprecio; por lo que entiendo, todos te lo tienen, especialmente esos pequeños terremotos.

Elizabeth le regaló una espléndida sonrisa y subió la vista al cielo.

-Cuando decidí cruzar el mar para venir a un país desconocido, no pensé encontrarme con personas tan especiales. Solo conocía a Andrew y, realmente, no era que lo conociera, pero sabía que me podría ayudar o darme indicaciones de quién podría ayudarme.

»Al conocer a Clara y a Kathy, inmediatamente me abrieron los brazos. No podía quedarme sin hacer nada para agradecer su ayuda, y ya Samy había ganado mi corazón. Tarde o temprano debería buscar un empleo, y Kathy me lo brindó.

-Eres muy valiente al hacer un viaje así tú sola a un lugar desconocido y, por lo que sé, apenas con los medios para sobrevivir. Tuviste mucha suerte, ya que eres extranjera. No todos te hubieran brindado un empleo digno.

-No tenía mucho que perder en Norteamérica, ya que solo queda mi nana.

-Igual debiste tomar en cuenta todos los riesgos que hay aquí.

-Lo sé, aunque no pensé en eso cuando viajé; aun así, el destino ha sido bueno conmigo.

-¿Me cuentas qué sucedió con tus padres y por qué buscas a tu familia?

-Mi padre murió hace un año; estaba cansada de vivir en una casa llena de recuerdos, y decidí venderla. Sabía que en el desván aún había pertenencias de mi madre. Buscando entre estas, encontré un diario y algunas cartas: había una para mí, una para mi padre y una para mi abuela. Solo leí la mía. -La mirada de Elizabeth se perdió en el cielo y Eduardo notó un poco de tristeza en su voz-. Ahí decía que buscara a su familia y le diera la carta; al seguir buscando, encontré varias cartas que mi abuela le había escrito. En la última le decía que volviera, que querían verme y que ya la habían perdonado por haber huido con mi padre. Así me enteré de que mi madre era de una familia de la aristocracia, ya que hablaba de estatus y esas cosas. Mi padre era un simple comerciante cuando se casó con mi madre.

-Así que huyó con tu padre; supongo que porque no le permitieron casarse. Bueno, al menos fue feliz cuando estuvo con tu padre.

-Eso creo; mi madre murió cuando tenía cuatro años. Apenas la recuerdo y mi padre no me hablaba mucho de ella: supongo que era doloroso recordarla.

-Una lástima; espero que encuentres a tus abuelos y que ellos sí te hablen de tu madre.

-Esa es una de las cosas que más ilusión me hace para conocerlos, y saber que no estoy tan sola en este mundo.

-De momento no lo estás: tienes a Katherine, los mellizos, a Clara y a toda esa bola de locos.

«Y también...». Pero prefirió no decirlo.

-Eso es verdad. ¿Este era el lugar del que me hablabas?

Eduardo guardó silencio unos minutos; observó al cielo y sonrió.

-Sí y no; es aquí en Hampshire, pero no en la casa. Por acá cerca hay un río, desde donde se ven hermosas.

-¿Un río?

Los ojos de Elizabeth brillaron; le hubiera encantado verlo en ese mismo momento.

-Si me lo permites, te puedo llevar una de estas noches. -Una ligera brisa llegó, y Elizabeth sintió frío.

Eduardo se puso de pie; se quitó la chaqueta y se la colocó en los hombros. Elizabeth subió la mirada; bajo la luz de la luna era más apuesto. Lo observaba con mucha curiosidad, como descifrando qué estaba pensando. Eduardo observó cómo Elizabeth se abrigaba con su chaqueta; la contempló inspirar su aroma y sonrió. Ella era muy hermosa; bajó su mirada a los labios: eran carnosos, rosados y moría de ganas por probarlos.

-Creo que deberías entrar. -Le tendió la mano, y ella la tomó para ponerse de pie; la sintió tambalear y la tomó por la cintura pegándola a su pecho. Ella subió la mirada y se mordió ligeramente el labio inferior. Estaba nerviosa o, quizás, ansiosa.

Eduardo no pudo reprimir su impulso; llevó su mano libre al labio de Elizabeth para que lo soltara. Lo acarició suavemente y la observó cerrar los ojos. Se acercó más a ella y la besó. Su beso fue suave; sus labios tímidos le causaron ternura. Fue guiándola, y ella respondió a cada uno de sus movimientos. Poco a poco se fue abriendo paso entre sus labios para abrirlos con delicadeza e introducir su lengua. La notó sorprendida. Aun así, le cedió el

permiso, en el cual él aprovechó para deleitarse y saborear su boca. La atrajo más a él para pegarla a su pecho. Quería sentirla cerca, pero no quería asustarla. Ella reaccionó y acarició su lengua con la de ella. Esto hizo que rápidamente sintiera un tirón en la entrepierna. Lentamente Eduardo fue acabando con el beso. Elizabeth tenía las mejillas coloradas, los labios rojos y los ojos cerrados. La vio suspirar, y su corazón dio un brinco: esa mujer lo tenía hechizado.

Elizabeth soltó un suspiro; apenas podía respirar: había sido la primera vez que la besaban así. Abrió lentamente los ojos y notó que Eduardo la observaba fijamente. Como pudo, se soltó de sus duros brazos y corrió hacia dentro de la casa. Elizabeth entró en la habitación y cerró la puerta. No sabía si había hecho mal en haber respondido al beso; aun así, le gustó, y mucho: no solo el beso. Eduardo también la atraía. Se puso un camisón, soltó su cabello y lo peinó. Al verse en el espejo, aún notaba su sonrojo; suspiró y se metió en la cama. Antes de apagar la lamparita, observó la chaqueta de Eduardo en el sillón frente a ella. Sonrió. La había olido antes de meterse en la cama; poco a poco se quedó dormida, suspirando por ese beso.

Capítulo 16

No podía decir que había dormido bien; al menos lo hizo luego de que Elizabeth había salido corriendo sin decir palabra. Se había sentido culpable; a lo mejor ella no quería el beso. De ser así, ¿por qué había respondido? O simplemente había sentido vergüenza; pensó en seguirla y preguntarle. De inmediato descartó la idea; lo mejor era dejarlo así y darle un poco de tiempo. Dio un recorrido alrededor del jardín saboreando el dulce sabor de los labios de Elizabeth y luego regresó a su habitación. Sonrió al notar que ella se había llevado su chaqueta cuando había huido. Despertó antes de que los primeros rayos de sol salieran; se vistió como de costumbre con camisa blanca, pantalones y botas altas. Bajó a la cocina, en donde le sirvieron café, y luego se dirigió hacia las caballerizas, en donde el viejo Marcus ya lo estaba esperando.

-Buenos días, milord.

-Buenos días, ¿y desde cuándo me llamas así?

-Desde que eres vizconde -bromeó.

-No seas ridículo, Marcus: veo que Sebastián ya te informó.

Ambos rieron; Marcus era el encargado de las caballerizas y de los caballos, y estaba a cargo de los mozos de cuadra. Tenía unos cuarenta años y se había convertido en la mano derecha de Eduardo en la crianza y entrenamiento de los caballos.

-Ese nuevo semental que has traído está como loco por la yegua de lady Katherine.

-Vaya, vaya, así que nuestro querido amigo no quiere perder el tiempo; pensaba cruzarlo con Bonita. -Se frotó la barbilla con actitud pensativa-. Perla es una buena opción; aun así, debo hablar con Katherine, ya que es de ella.

-Igualmente, no creo que se opongá con Bonita. -Se encogió de hombros-. La intención es que sacie sus ganas.

Eduardo soltó una carcajada.

-Viejo zorro, no quiero cruzarlo con cualquiera: la idea es sacar buenas crías y lo sabes, aunque todos los caballos son buenos.

-Lo sé. ¿Qué piensas hacer con Rayo? Él siempre ha sido un buen semental.

-Una de las condiciones que le di a Trevor para mantener el caballo aquí es que pudiera cruzarlo de vez en cuando. Igual, no pretendo hacerlo mucho. No quiero ni imaginar a ese desgraciado peleando sus crías.

-No debiste mantenerlo aquí -le aconsejó, ya que sabía que podía traer consecuencias en el futuro.

-No, no debí venderlo. -Eduardo sacó una silla de montar y se dirigió hacia su nuevo caballo-. Vamos a ver qué tan manso eres -le dijo al caballo y empezó a ensillarlo.

-Debes tener cuidado: se pone arrecho cuando está en celo; ayer no se dejó montar.

-Está desesperado, es todo. ¿Tú no lo estarías? -Marcus hizo un mohín-. Un poco de ejercicio le hará bien.

Eduardo sacó el caballo y lo llevó hacia el corral, donde los sacaba a entrenar. Lo hizo correr unas vueltas y luego lo montó. El animal estaba arrecho tal y como le había dicho Marcus. Aun así, Eduardo supo controlarlo. Sabía cómo llegarle y, como le había dicho el viejo Marcus, tenía un don sobre esos animales. Lo montó aproximadamente una hora, lo justo para que fuera acostumbrándose y para ejercitarlo un poco. Aún tenía un par de caballos más, pero este era su prioridad. No solo era uno de los mejores sementales, sino que era muy rápido. Analizó lo de cruzarlo con Perla, la yegua de Katherine. Era hermana de Rayo, por lo tanto, era muy rápido, aunque su hermana no le sacaba provecho a eso. Guardó nuevamente el caballo en su cuadra y se dirigió al pequeño cuarto que estaba a un costado de las caballerizas. Tomó agua de uno de los baldes y se refrescó el rostro y el cuello.

-Eduardo, el veterinario trajo las vitaminas y lo demás que le solicitaste; están en el escritorio -le informó Marcus al seguirlo.

Eduardo se dirigió al escritorio; revisó todos los medicamentos y

le dio instrucciones a Marcus.

-Prepara a Campeo; saldré a montar un rato.

Eduardo regresó de su paseo aproximadamente al mediodía; usualmente no almorzaba con Katherine o con Sebastián. Pero, al recordar que Elizabeth iba a estar ahí, intentó llegar a tiempo. Cuando llegó a la cocina, se dio cuenta de que no estaba presentable para la mesa, y que ya estaban por servir el almuerzo y no le daría tiempo de cambiarse. Cuando iba a salir de la cocina, Katherine entró dando algunas órdenes sobre la comida de los bebés. Lo observo y sonrió.

-¿Almorzarás con nosotros?

-¿Con estas pintas? -Se señaló con el dedo índice de arriba abajo, y Katherine arqueó una ceja.

-No seas ridículo -lo reprendió-. Vamos, almorzaremos en la terraza.

Eduardo sabía que no podía negarse a su hermana, así que la acompañó hasta ahí. En la mesa ya se encontraba Elizabeth acomodando a Santi en una de las sillitas. Llevaba un vestido sencillo celeste; su cabello estaba recogido por una trenza. Su piel se veía más nívea con la luz del día; sus labios rosados y sus ojos más claros. La vio dirigir su mirada a él, y sus mejillas se tornaron rosadas.

Elizabeth había ansiado el amanecer para verlo nuevamente; lo había esperado con ansias en el desayuno y no se había presentado. Durante la mañana no lo había visto; intentó preguntar por él, pero no se atrevió, ya que sintió mucha vergüenza. Entonces, esperó poder verlo en algún otro momento. Habían pasado toda la mañana en el jardín, junto a la terraza ya que el día estaba brillante y estupendo, por lo que Katherine decidió que almorzaran ahí. Colocó a Santi en la sillita y luego se sentaría ella junto a él; era curioso ver cómo el pequeño sentía apego por ella y siempre intentaba llamar su atención. Sacó la silla y, cuando se iba a sentar, lo vio: estaba de pie frente a ella, con una radiante sonrisa. Su cabello se veía más

brillante y su piel estaba bronceada. Pudo notar aún más el brillo de sus ojos, que cada día le parecían más hermosos. Llevaba una camisa blanca con las mangas recogidas y ligeramente abierta en el pecho, en donde se notaban destellos rubios; pantalón negro; y botas altas hasta la rodilla. Se veía realmente guapo; se sonrojó al verlo. Llevó su mirada a los labios, recordando el beso, cosa que hizo que su corazón se acelerara.

-Buenas tardes, milord.

Eduardo enarcó una ceja.

-¿Milord? Puedes llamarme Eduardo y, por favor, hazlo.

Asintió.

-Pensé que no se encontraba en casa.

-Sí y no; por la mañana estuve en las caballerizas. Luego fui a montar. -Se sentó frente a ella-. Compré seis caballos, y necesito entrenarlos, por lo que luego volveré. Solo vine a almorzar.

-Lizzy también ama los caballos; deberías llevarla para que conozca las caballerizas -sugirió Katherine sentándose al lado de ella.

-Si no tienes mucho que hacer, te puedo llevar luego del almuerzo. -Observó a Katherine pidiéndole permiso, y esta asintió-. Por cierto, Kathy, tengo una consulta para ti...

-Lizzy, puedes ir; Sebastián y yo nos encargamos de los mellizos y, Eduardo, no sé nada de caballos. -Podía imaginar que le preguntaría algo referente a caballos.

Todos empezaron a reír, menos Elizabeth. Estaba nerviosa y tenía muchas ganas de conocer las caballerizas, pero la sola idea de estar nuevamente a solas con él la ponían nerviosa, y su corazón se aceleraba.

-No seas boba, aunque sí es sobre caballos. Mi nuevo semental está loco por Perla y quería saber si me das permiso para...

Katherine levantó la mano para callarlo, ya que sabía a qué se refería.

-Supongo que tengo algún beneficio.

-Si llegara a vender la cría, sí: la mitad del dinero sería tuya.

-¿Y si decido conservarla? Ya sabes... -Se refería a las carreras.

-Tendrías un porcentaje de las ganancias.

-Me gusta; por mí, no hay problema. Ya luego hacemos negocios.

Eduardo y Sebastián la observaron con una sonrisa mientras Elizabeth estaba sorprendida.

-¿Y yo no gano nada? Recuerda que fui quien te la regaló -inquirió Sebastián.

-Es mía según lo que sé, mi amor.

La comida empezó a servirse mientras Sebastián y Katherine tenían sus típicas discusiones, que eran más provocaciones de Sebastián para luego terminarlas en la habitación con una reconciliación. Elizabeth se concentró en darle de comer a Santiago alternando entre su almuerzo. El pequeño estaba aprendiendo a comer solo, y Elizabeth solo le prestaba atención y lo ayudaba. Eduardo estaba embelesado con tal imagen. Elizabeth era muy tierna y tenía mucha paciencia con el niño: cómo limpiaba sus manitas y cómo le hablaba... Era la primera vez que la veía interactuando con sus sobrinos y, por un instante, se la imaginó con sus hijos. Sonrió y desvió la mirada a Katherine, quien en ese momento le estaba hablando.

-¿Será posible que Perla se deje montar por Elizabeth?

-Es muy dócil; podría intentarlo.

-Lizzy, luego te puedes probar uno de mis trajes de montar, e intentarlo si gustas.

-Gracias, Kathy, me gustaría mucho volver a montar.

-Me lo supuse, y ya sabes: lo que sea por ti. -Le dijo Katherine con una sonrisa.

En toda su vida Eduardo no se había sentido tan nervioso. Había quedado en llevar a Elizabeth después del almuerzo a las caballerizas y habían acordado en reunirse en la cocina después de que Elizabeth cambiara a los mellizos para dejárselos preparados a sus padres. La espera se hacía eterna, por lo cual empezó a caminar de un lado a otro en la cocina con las manos en las bolsas del

pantalón y vigilando la puerta, acto que empezaba a marear a la señora Claus, la cocinera.

-Muchacho, ya deja de marearme, toma y cómete una galleta. Eduardo observó la rechoncha cara de la cocinera y le sonrió. Tomó una de las galletas que le ofrecía y, prácticamente, se la tragó. Metió las manos nuevamente en los bolsillos y se apoyó en la mesa.

-¿Qué te sucede, muchacho?

-Eh... nada...

Elizabeth entró en la cocina con una sonrisa, y Eduardo desvió toda su atención a ella. La cocinera sonrió al ver cómo los ojos de aquel muchacho se iluminaban, y se retiró a seguir con sus deberes.

-Ya podemos ir; espero que no hayas tenido que esperar mucho.

-Le regaló una sonrisa al acercarse a él.

-No, descuida, sígueme. -Eduardo le tendió el brazo, y ella se lo tomó.

-No más para marearme -comentó la cocinera por lo bajo, lo que provocó un coro de risas cuando salieron.

Al llegar ahí, Elizabeth no imaginó que las caballerizas fueran tan grandes, aunque últimamente nada la sorprendía. Se detuvo frente a estas y, en uno de los corrales donde se entrenaba, un muchacho se encontraba con un caballo caoba, que era un espécimen hermoso.

-Ven, vamos adentro: te daré un pequeño recorrido.

Eduardo guio a Elizabeth hacia dentro, en donde escuchó los relinchos de los animales, y se sorprendió al toparse con un hocico que le enseñaba sus grandes dientes. Sonrió al verlo.

-¿Puedo? -le señaló el caballo que intentaba llamar su atención, para saber si podía tocarlo.

-Oh, claro, se llama *Campeón*. Es mi caballo.

Elizabeth extendió la mano y acarició el cuello de aquel magnífico animal de pelaje negro, que no tardó en hacerle gracia.

-Es muy sociable.

-Sí, ha sido mío desde hace seis años. Permaneció en Worcestershire hasta hace poco, ya que allá era donde yo permanecía por más tiempo, pero, desde que vi que el clima acá era

mejor para ellos, me instalé aquí.

-¿Cuántos tienes en total?

-Mío, solo él; bueno, los demás también, pero son para criar o para competir, aunque recientemente para correr no tengo: vendí a mi estrella, es que el que viste afuera. -Le dio una palmadita al lomo del caballo-. Hace poco traje seis purasangres de España, además de otro semental que ya tenía, y dos yeguas. A ellos les agregamos la yegua de Katherine y el semental que pertenece a Sebastián.

-En realidad, son todos tuyos, a excepción de los de Katherine y Sebastián; posees muchos y creo que no los llamas *tuyos* por no tener un vínculo con ellos, ¿verdad?

-Así es; me encariñé con Rayo y al final terminé vendiéndolo, aunque permanece aquí.

-Son animales realmente hermosos; poseen gran elegancia y carácter. A mi madre le encantan y heredé su gusto, ya que también me gustan.

-Sí, son magníficos; ven, te los presentaré.

Eduardo la llevó a cada una de las cuadras en donde estaban los caballos. Le encantó Perla, la yegua de Katherine, la cual llevaba ese nombre por su peculiar color blanco. Por último, le presentó a Destello, un caballo marrón con manchas blancas.

-Este es el que está loco por Perla.

-Es hermoso. -El caballo acercó el hocico a Elizabeth, que no se demoró en acariciarlo. Era un coqueto sinvergüenza, y no solo con las yeguas, ya que buscó llamar la atención de Elizabeth en todo momento.

-¿Has montado alguna vez?

-Sí, mi tío tenía caballos y, de vez en cuando, solía ir a montar, aunque hace mucho que no lo hago.

-Espero que no tengas problemas con Perla; se puede decir que solo Katherine la ha montado. Bueno, Marcus y yo también.

Destello relinchó en el oído de Elizabeth, y ella dio un respingo, que la desestabilizó. Inmediatamente Eduardo la tomó de la cintura para evitar que cayera y quedó apresada en sus brazos. Elizabeth

subió la mirada; lo miró a los ojos y luego a los labios. Eduardo no pudo evitar la tentación de probar nuevamente sus labios; llevó su mano libre a la nuca de Elizabeth, se acercó y la besó. Su beso empezó suave, lleno de ternura, esperando que la boca de ella le diera la invitación para ser más profundo. Cuando Eduardo empezó a explorar su boca deleitándose con ese sabor tan adictivo, Elizabeth rodeó su cuello con los brazos y respondió a cada una de las invitaciones que le brindaban los labios masculinos. Se deleitó con su sabor, con su aroma de hombre; estaba perdida entre sus brazos.

Destello, celoso por la escena amorosa, lanzó un relincho y empezó a mordisquear la mano que tenía Eduardo en la nuca de Elizabeth, lo que hizo darle un ligero jalón de cabello a Elizabeth, que la hizo dejar los labios de Eduardo rápidamente.

Eduardo sonrió por tal actitud del caballo y masajeó el cuero cabelludo de Elizabeth mientras la llenaba de besos en el rostro.

-Parece que tenemos a un semental muy celoso.

Destello relinchó, y Elizabeth lo encaró.

-Eres una belleza, sin duda, pero a las damas nos gusta que nos traten con amor. Y por ahí me contaron que le hablas bonito a otra dama.

El caballo hizo como que no era con él, y se dio la vuelta para comer heno. Ante tal desplante, ambos sonrieron; no imaginaban que un caballo pudiera comportarse así.

-Elizabeth, yo... -Eduardo le tomó el rostro en sus manos e hizo que lo observara a los ojos-... quería decir...

El ladrido de un perro los hizo desviar la vista a la entrada de la caballeriza, en donde un sabueso llegó corriendo y, tras él, un chiquillo de unos diez años.

-Señor, mi padre lo manda a llamar -le anunció mostrándole una enorme sonrisa, y salió inmediatamente con el sabueso tras de él.

-Es el hijo de Marcus, quien se encarga del cuidado de todo esto; ven.

Eduardo la tomó de la mano y llevó a Elizabeth hacia un costado de las caballerizas; ahí estaba el chiquillo corriendo con el sabueso

de un lado a otro. Un hombre estaba dentro del corral, junto a un caballo.

-Milord, este pequeño rufián no se deja montar. -Marcus estaba con un caballo café.

-Deja de llamarme así, viejo zorro. -Se acercó a la cerca-. Es normal: apenas lo montaron. Es uno de mis retos.

Marcus se encogió de hombros.

-Está acompañado de la dama; es todo, y aún no comprendo por qué compraste este animal.

Eduardo soltó una carcajada; tomó de la mano a Elizabeth, que se había quedado tras él, para acercarla.

-Ella es Elizabeth Jones, la nueva niñera de Kathy, y nuestra nueva aprendiz -le guiñó un ojo-. Marcus Bredth, mi mano derecha.

-Encantado, señorita, y no deberías decir eso: puedo abusar del elogio. -Eduardo, que comprendió la descarada broma, le dio un zape al viejo-. ¡Ay!, respeta a tus mayores, muchacho. -Se rio.

Elizabeth no pudo evitar sonreír al ver tal muestra de camaradería; el sabueso se acercó a ella y se mezcló entre las faldas haciéndola dar un pequeño gritillo.

-Pirata, deja a la señorita.

Lo regañó el chiquillo con gracia, y el sabueso salió de entre las faldas de Elizabeth. Eduardo corrió a sostenerla para que no cayera de culo.

-Cariño, insistes en caer en mis brazos. -Elizabeth se sonrojó y sintió un vuelco en el corazón al oír el apelativo; bajó la mirada y Eduardo le tomó el rostro para mirarla a los ojos-. Son hermosos.

-Los tuyos también lo son. -Mantuvieron la mirada fija uno en el otro. El relincho del caballo y los ladridos del perro los hicieron romper el contacto y desviar la vista al corral; el animal estaba sobre sus patas traseras en total alerta.

-Ese condenado animal está arisco -afirmó Marcus.

-¿Cómo se llama? -preguntó Elizabeth.

-Caballero. -Elizabeth se iba acercando-. ¿¡Mujer qué haces!? -exclamó Eduardo, tomándola de la mano. El animal era nuevo y no

confiaba en él.

Elizabeth le regaló una sonrisa y se acercó un poco más al caballo.

-Hola, hermoso Caballero -le dijo al animal mientras se acercaba-. ¿Qué le sucede a un chico tan agradable como tú?

El animal, que observaba cuidadosamente a Elizabeth, le fue acercando el hocico. Eduardo y Marcus se mantenían alerta mientras la muchacha seguía llenando de elogios al galante caballo, que se dejó acariciar por ella.

-Ya entiendo cómo fue que te ganaste a mis sobrinos: eres capaz de dominar cualquier bestia.

Elizabeth frunció el ceño, pero el comentario de Marcus después la hizo reír y sonrojar a la vez.

-Tú no te quedas atrás, milord.

Capítulo 17

El paseo por las caballerizas había resultado de lo más emocionante. Elizabeth nunca había visto tantos caballos juntos. Estaba totalmente impresionada y ansiosa de poder montar; Eduardo le había mostrado a la distancia los lugares por donde podría hacerlo, y charlaron por horas. Al llegar a la casa, se reunió nuevamente con Katherine, quien estaba con Sebastián aún en el jardín, tirado en el césped con ambos mellizos sobre él. Los pequeños ya habían empezado a caminar solos, aunque torpemente. Cuando Katherine la vio regresar, la llevó a su habitación, en donde sacó unos cuantos trajes de montar. A Elizabeth le quedaron perfectamente. Las voluptuosas caderas de Katherine eran muy parecidas a las de ella, aunque Elizabeth tenía el busto un poquito más generoso. Katherine le dio los sombreros a juego y Elizabeth arrugó la nariz; preferiría no usarlo ya que no le gustaban. No obstante, se los llevó junto a los trajes. Se dirigió a su habitación con una gran sonrisa, ya que debía prepararse para dar de cenar a los mellizos, dormirlos y luego para la cena, que esperaba con ansias, ya que quería ver nuevamente a Eduardo.

Eduardo aún no comprendía qué eran esas nuevas emociones que estaba sintiendo con Elizabeth. Despertó como siempre antes que los primeros rayos de sol aparecieran; se vistió y bajó a la cocina, en donde, como siempre, lo esperaban con una taza de café. Se había convertido en una costumbre desde que Eduardo se había establecido ahí. La señora Claus lo observó con una sonrisa; se estaba comportando como el día anterior y creía entender cuál era el motivo, el cual le fue confirmado cuando vio a la muchacha entrar en la cocina. Eduardo subió la vista de su taza de café y la vio entrar. Estaba radiante; llevaba un traje verde y el cabello amarrado solamente por una cinta.

-¿Gusta café, mi niña? -preguntó la señora Claus al verla entrar.

-No, gracias, señora Claus.

La cocinera sonrió y se retiró a la mesa en donde estaba terminando de preparar el pan.

Eduardo, al verla, sonrió; dejó la taza en la mesa y se levantó de la silla para acercarse a ella.

-Estás hermosa. -Elizabeth se sonrojó.

-Es la primera vez que uso uno de estos. -Dio una vista hacia abajo.

-Te queda perfecto. -Le regaló una sonrisa coqueta-. ¿Vamos? - Eduardo le tendió la mano, y Elizabeth la tomó con un leve sonrojo.

Eduardo estaba encantado de ver ese sonrojo en Elizabeth; se veía mucho más hermosa. Al llegar a las caballerizas, Marcus los recibió con una gran sonrisa.

-Buenos días, señorita, Milord. -dijo lo último con una sonrisa.

-Buenos días, Marcus, y puedes llamarme *Lizzy*.

-Buenos días, viejo zorro -lo saludó Eduardo con el ceño fruncido.

Sabía muy bien que Marcus solamente lo hacía para provocarlo y para sacarle una sonrisa a Elizabeth.

-Prepara a Perla, mientras yo lo hago con Campeón -le pidió-. Ven, Elizabeth.

Marcus asintió y se dirigió al cuarto donde guardaban las sillas de montar; tomó una de amazona y la llevó afuera. Seguidamente, sacó a la yegua.

-Ese condenado caballo está que destroza la cuadra por esta belleza -le dijo Marcus a Eduardo mientras preparaba el caballo; Eduardo hacía lo mismo, pero no pudo evitar ver la nariz arrugada de Elizabeth y cómo mordía ligeramente su labio inferior.

-¿Sucede algo?

Elizabeth lo observó indecisa; no sabía si le iba a molestar.

-Sí, bueno... es que... -titubeó.

-¿Sí? -la motivó a hablar-. Puedes decirme sin ningún problema.

-Odio esas sillas... -le señaló apenas con un susurro la silla que llevaba Marcus. Eduardo observó el caballo que preparaba Marcus y

arqueó una ceja-. ¿Alguna de las damas de esta casa la usa? - cuestionó.

-No, a decir verdad, ninguna, a lady Katherine nunca le ha gustado, pero creí que... No sucede nada, Marcus, cámbiala, por favor. -Eduardo se acercó a Elizabeth; le acarició la mejilla, le tomó el mentón para que subiera la mirada a él-. Pequeña, si algo te molesta, debes decirlo. Recuerda: aquí somos diferentes.

-Lo sé, es solo que...

-Listos, milord -lo interrumpió Marcus.

-Ven, primero quiero que la pruebes en el corral; luego saldremos. -le indicó Eduardo.

Marcus terminó de preparar al Campeón mientras Eduardo paseaba a Elizabeth sobre Perla; sabía que era una yegua muy dócil, pero, además de Katherine, nadie la había montado. Aunque Elizabeth tenía una agilidad y destreza sobre el caballo. No le quedó la menor duda de que podría dominarla fácilmente; aun así, estaría muy cerca de ella por cualquier situación inesperada.

Mientras cabalgaban, Eduardo le pidió a Elizabeth que mantuviera un trote suave para que fuera adquiriendo confianza con Perla. Desde pequeño, Eduardo había acostumbrado cabalgar durante el amanecer como forma de ejercitarse y se había convertido en costumbre, aunque había días que no lo hacía. Disfrutaba ver el amanecer, y ese día iba a disfrutarlo aún más por la compañía. Descartó la idea de llevar a Elizabeth al río y la guió en otra dirección, en donde se encontraba una pequeña colina. Ahí detuvieron los caballos; los amarró cerca y la llevó un poco más alto.

-Mira. -Eduardo le señaló el cielo en donde se asomaban los primeros rayos de sol.

-Es la primera vez que veo el alba así.

-Sabes que eso me alegra; espero que no sea lo único. -Dibujó una perfecta sonrisa de bribón.

Elizabeth había quedado encantada, tanto con la vista como con el lugar, ya que Eduardo la llevó en medio del bosque y por una

pradera. Tanta naturaleza era muy relajante, y el aire se sentía tan limpio que sentía sus pulmones liberados. No recordaba haber estado nunca en un lugar así, ya que la mayoría de su niñez la había pasado entre las paredes de su casa y la mayoría de sus paseos a caballo eran en el parque. Se sentó para admirar el amanecer; en su mente pasaban una y mil cosas. Jamás había imaginado encontrarse en un lugar así, y mucho menos en compañía de un hombre tan apuesto como lo era Eduardo. La noche anterior se había ido a la cama pensando en sus labios y en sus besos. Después de la cena no lo había visto más; aun así, se había retirado a su habitación con la promesa de salir a cabalgar, y ahí estaban. Quería saber y entender qué eran todas esas sensaciones que sentía al estar junto a él, más cuando la besó; sus besos eran tan diferentes... eran deliciosos y adictivos, Thomas nunca hubiera llegado a besarla así; de eso estaba muy segura: Eduardo era diferente. Pensó que hablar con Katherine tal vez podría ayudarla, pero sentía vergüenza. Además, no era opción tener algo con otro hombre. Ella estaba casada y, aunque su marido hubiera estado ausente desde hacía más de un año, no podría ser más que un amante, a menos que lograra anular el matrimonio.

Eduardo, quien la había estado observando desde hacía un rato, se sentó junto a ella. Llevó la mano hacia sus labios y lo soltó. Elizabeth apenas se había dado cuenta de que se los estaba mordiendo.

-Creo que no debo conocerte mucho para entender que, cuando haces eso, es porque algo pasa por tu cabecita. -Elizabeth lo observó con los ojos muy abiertos-. ¿En qué piensas?

-En lo hermoso que es este lugar -mintió.

-¿Solo eso? -Eduardo sabía que había algo más.

Ella asintió con la cabeza.

-Elizabeth... -Eduardo le sostuvo el mentón y la hizo verlo a los ojos -. Me gustaría conocerte mucho más, saber quién eres, qué te gusta y...

-Eduardo... -lo interrumpió-... no tengo ningún problema.

Podemos... ser amigos...

¡Maldición!

Eduardo no quería ser su amigo, pero en realidad no sabía qué quería ser; esa muchacha lo atraía, y mucho -lo volvía loco-. La había imaginado en su cama haciéndole el amor, besando cada rincón de su cuerpo, escuchando sus suspiros y gemidos cuando la llenara de placer. Maldito fuera él, ya que esa mujer lo hacía sentir y desear muchas cosas; lo analizó y era lo mejor: apenas la conocía. Sabía que Elizabeth también sentía atracción por él, ya que sus besos y su entrega se lo decían. Le daría tiempo; al fin y al cabo, no es que buscara casarse.

No aún.

Realmente, aún no sabía qué era lo que quería con esa mujer, pero era seguro que la quería en su vida y en su futuro. El sol finalmente salió para calentarlos con sus rayos; habían permanecido en silencio durante los últimos minutos, ya que ninguno de los dos sabía qué decir. Elizabeth tenía un secreto: estaba casada, y Eduardo tenía una misión: no casarse.

Elizabeth llegó a tiempo para darles el desayuno a los mellizos, aunque, como era de costumbre, Sebastián quería hacerlo, por lo cual, después de cambiarse, bajó a la cocina en busca del desayuno de los mellizos y, luego de dárselo a Sebastián, volvió a bajar. Aprovecharía que Sebastián estaba con los niños para desayunar ella, ya que Katherine aún no había despertado y Sebastián quería volver a la habitación. Bajó a la cocina para tomar el desayuno en compañía de Anne; ambas se sentaron en la pequeña mesa de servicio con alguno de los otros empleados de la casa, que también desayunaban en ese momento.

-¿Qué tal el paseo, mi niña? -quiso saber la señora Claus.

-De maravilla; un poco de ejercicio por la mañana siempre hace bien.

-Más con buena compañía. -Le guiñó el ojo.

Anne, que hasta el momento estaba prestando atención, soltó

una carcajada.

-Ay, señora Claus, quién la ve a usted.

La cocinera se encogió de hombros.

-El señor está muy guapo y, bueno, parece que gusta de Lizzy.

Elizabeth se sonrojó, y Anne la observó detalladamente.

-A ver de qué me he perdido -indagó Anne.

La cocinera sonrió y siguió con sus deberes dando algunas instrucciones.

-Eh... cómo te explico.... -balbuceó Elizabeth.

-Por el principio, supongo.

Los ladridos de un perro llegaron donde estaban ellas, y el hijo de Marcus entró corriendo.

-Abuela, mi padre me ha pedido que venga por el desayuno.

La cocinera tomó una cesta y empezó a colocar algunas viandas, mientras el niño se acercaba a Elizabeth y a Anne.

-Señorita, está muy linda hoy -halagó con coquetería el niño.

-Gracias, pequeño -le agradeció Elizabeth con una sonrisa, y le acarició la mejilla.

-Mi padre ha dicho que el señor está loco por usted.

-¡iiiTommy!!!, calla esa boca -le exigió la señora Claus-. Ahora ve a llevarles el desayuno a tu padre y al señor -le ordenó la cocinera con el rostro sonrojado.

Elizabeth y Anne empezaron a reír a carcajadas.

El niño tomó la cesta y salió corriendo; oyeron los ladridos a lo lejos.

-Descuide, señora Claus, es solo un niño.

La cocinera negó con la cabeza y siguió en lo que la tenía ocupada.

Anne arqueó una ceja y la observó interrogante.

-Te lo puedo contar después del desayuno.

-Más te vale que así sea.

Ambas muchachas desayunaron entre risas; la ayudante de cocina, quien era la esposa de Marcus, se unió a ellas y les contaba las últimas travesuras de Tommy. Rosinda era la hija de la señora

Claus; se había casado con Marcus hacía muchos años y tenían tres hijos. Tommy era el menor de ellos.

Luego de haber desayunado, Elizabeth fue a buscar a los mellizos, pero no los encontró en su habitación. Escuchó risas provenientes de la habitación principal y asumió que estaban con sus padres. No quiso molestar. Sabía que, si la necesitaban, la buscarían, por lo que bajó a buscar a Anne.

-Kathy no se estaba sintiendo bien esta mañana; apenas desayunó y le subí un té. Puede ser que pasen el día en la habitación.

-Cielos, pobre Kathy -lamentó Elizabeth.

Elizabeth y Anne estaban sentadas en la terraza; luego de que Anne atendió a Katherine, se reunieron allí.

-Sí, Sebastián se preocupa mucho por ella; no hay duda de que estará ahí cuidando de ella.

-¿Los pequeños no serán una molestia?

-No lo creo; a Kathy le gusta pasar el día con ellos.

-Lo sé, a veces no sé para qué tiene niñera.

-Por el mismo motivo por el cual tiene doncella; a veces me siento tan inútil... No me deja hacerme cargo de otras responsabilidades y aquí hay personal de sobra.

Ambas sonrieron.

-Es muy diferente a los demás, supongo -reflexionó Elizabeth pensando en los demás aristócratas y en lo que le había dicho Eduardo.

-Sí, toda su familia lo es y, hablando de eso, cuéntame qué sucede con el señor Eduardo. -Recalcó la palabra *señor*.

-Solamente salimos a cabalgar en la mañana.

-¡Aja! Eso ya lo sabía; no te hagas, Elizabeth -le advirtió entrecerrando los ojos.

Elizabeth sonrió; Anne podía ser una niña aún, pero era muy madura y curiosa.

-No sé cómo decirlo... me siento atraída por él y creo que él por mí también... -Anne abrió la boca llena de sorpresas y dibujo una O

en sus labios.

-¡Oh! Cuéntamelo todo, que no se te pase nada -le ordenó ansiosa.

Y así fue: Elizabeth le habló de cómo se habían conocido en el baile, de la conversación que tuvieron, así como de la interrupción y del primer beso que se habían dado y del segundo en las caballerizas. Le comentó sobre cómo la había tratado y lo que había sucedido esa mañana.

-Nunca he conocido alguna mujer que haya tenido algún tipo de relación con él; tampoco es que esas cosas se sepan mucho. Eduardo pasaba la mayoría del tiempo en Worcestershire con su abuelo y, cuando terminó sus estudios, se pasaba grandes temporadas ahí. Hace tres años más o menos que Sebastián compró esta propiedad; le pidió que se hiciera cargo. Al poco tiempo se trasladó aquí con sus caballos; los del servicio lo ven como el mejor patrón y nunca he escuchado ningún mal comentario sobre él.

-Eso veo; todos le tienen mucha estima y se comporta como parte de ellos. Disfruté mucho de cómo se lleva con Marcus y sus bromas; también por la mañana en la cocina conversaba con la señora Claus.

-¿Y qué piensas hacer? -Anne tenía mucha curiosidad.

-Nada, le ofrecí mi amistad; es todo lo que le puedo dar. Por más que pueda sentir cosas por él, debo recordar que estoy casada -acotó con tristeza.

-Con un patán que te abandonó y del que aún no sabes si está vivo -le recordó, haciendo un mohín en sus labios.

-De igual forma, es uno de los motivos por los que estoy aquí: para saber qué sucedió con él y para encontrar a mi familia.

-Si Eduardo también siente algo por ti, cosa que al parecer es notable, no desaproveches: es un buen hombre.

-Anne, ¿qué sucederá si Thomas llega a aparecer?

-Te divorcias; total, ese hombre no te ama: te abandonó -recalcó las últimas palabras.

-Anne, si Paul vuelve, ¿tú qué harías?

-No lo sé, pero él también me abandonó, con una promesa de matrimonio.

-Clara...

-Es diferente: ninguno se había prometido nada.

Elizabeth no dijo nada; entendía el punto de Anne y, a diferencia de ella, a Anne sí le dolía el hecho de que la hubieran abandonado con una promesa.

-Elizabeth, disfruta de los pequeños momentos: no sabemos cuándo pueden acabar.

-Lo intentaré. ¡Por Dios!, deja de comportarte como si fueras mayor que yo.

Capítulo 18

Las muchachas pasaron gran parte de la mañana conversando y haciendo costuras; hasta el momento, Katherine no había salido de la habitación. Antes del almuerzo, Elizabeth ayudó a Sebastián a darles de comer a los mellizos y los durmieron. Sebastián le dijo que ya Katherine se sentía mejor, pero aún no quería salir de la habitación, por lo cual querían a los pequeños cerca y le pidió que, apenas despertaran, se los llevara a la habitación. Elizabeth no tuvo ningún inconveniente ya que, para lo que la necesitaran, iba a estar ahí. Bajó a la cocina para reunirse con Anne, ya que los señores no bajarían a almorzar. Entonces, ellas lo harían en la cocina. La señora Claus había preparado un delicioso pollo al horno, con especias y puré de camote. Estaban hablando y comiendo en compañía de Rosinda y de uno de los lacayos cuando Eduardo entró en la cocina.

-¿Comerá aquí o en el comedor, joven? -le preguntó la cocinera.

Eduardo, quien estaba observando a Elizabeth desde que había llegado, preguntó: -¿Los señores ya almorzaron?

-Sí, la señora ha estado enferma, y ambos tomaron el almuerzo en la habitación.

-Comprendo. -Se sentó en la mesa frente a Elizabeth sin quitarle la mirada-. Acompañaré a estas hermosas damas. -El lacayo que estaba con ellas en la mesa carraspeó-. Y a este tan noble caballero.

La cocina se llenó de risas. Junto en ese momento entró Marcus con el pequeño Tommy. Marcus besó a su esposa y se sentó junto a ella. Tommy hizo lo mismo.

Anne, quien no había perdido de vista ni a Eduardo ni a Elizabeth, estaba fascinada al ver las miradas que le lanzaba él a ella, y no solo Anne lo notó: todos los presentes lo hicieron. Ninguno dijo nada, ya que todos eran cómplices, y no le extrañaría que en algún momento trataran de emparejarlos.

El almuerzo fue de lo más divertido; si bien era cierto que

Elizabeth disfrutaba almorzar con Katherine y Sebastián, estar en la cocina rodeada de los empleados era muy acogedor. Siempre habían sido solo ella y su padre y luego su nana. Con Thomas habían sido muy pocas las veces que habían compartido la mesa. Tommy no había parado de decir chistes y Marcus lo acompañaba; había que ver qué gran sentido del humor tenían esos dos. De vez en cuando Eduardo los apoyaba. Elizabeth estaba encantada al ver la forma en la que se comportaba con todos los del servicio, como si él fuera uno más de ellos; la confianza que se tenía con la señora Claus, y cómo todos lo elogiaban.

Eduardo no había perdido ni un solo detalle de la sonrisa de Elizabeth, de su forma de observarlo y de cómo estaba disfrutando de todas las alegrías que se estaban llevando a cabo en esa cocina. Debía admitirlo: cada día le gustaba más.

Elizabeth apenas había sentido la semana, ya que habían pasado muy rápido los días. Había salido a cabalgar cada mañana en compañía de Eduardo, quien se había encargado de mostrarle los alrededores de la finca y le había prometido llevarla mucho más lejos pronto, ya que aún no confiaba en Perla y no la habían puesto a correr rápido, así que le había pedido unos días para que se acostumbrara a que ella la montara. La mañana anterior la había llevado al río y le había hecho la promesa de que la llevaría a ver las estrellas desde ahí, ya que era un buen lugar. De momento habían disfrutado de ver el amanecer juntos y de las largas conversaciones. Poco a poco ambos se iban conociendo y se iban relatando su vida y recordando su niñez. Eduardo le comentó que, cuando era niño, pasaba mucho tiempo con su abuelo, y de él había heredado su amor por los caballos. Poseía muchos que, además, competían. También se la pasaba metido en las caballerizas y, de vez en cuando, lo llevaba a ver las competencias.

Ambos habían descubierto que la atracción del uno por el otro iba creciendo cada día más, pero, tal y como lo habían acordado, su trato era solo de amigos, por lo cual no se habían vuelto a besar y

tampoco tocaban el tema. Aunque sus miradas decían lo contrario. Habían tratado de mantener la distancia prudente, aunque era muy común ver a Eduardo quitándole algún mechón suelto del cabello, alguna caricia a su mejilla, o tocándole el labio cuando Elizabeth lo mordía. Se habían acostumbrado a pasar las mañanas juntos mientras cabalgaban y a verse durante el almuerzo o la cena, que usualmente compartían en la cocina junto a los demás empleados.

Elizabeth esperaba ansiosa que Clara volviera a Hampshire, ya que Andrew le había prometido que, apenas estuvieran ahí, la llevaría a reunirse con su padre para que le diera todos los datos sobre el marqués, el cual podría ser su abuelo. La demora se había hecho larga, ya que Andrew aún mantenía asuntos pendientes en Londres que no podían esperar, además de que prefería que Clara se mantuviera en Richmond Manor durante su embarazo.

Luego de haber dormido a los mellizos, Elizabeth se dirigió hacia la biblioteca. Los últimos días había estado muy ansiosa sobre el regreso de los Miller. Había visto en la biblioteca una extensa colección de libros, y Katherine le había comentado que algunos eran de ella y que podía encontrar libros de cualquier tema. Anne le había recomendado uno durante el desayuno, que llamó mucho la atención de Elizabeth. Usualmente leía novelas románticas, pero algo de misterio no estaría mal. De todos modos, necesitaba apaciguar su ansiedad, distraerse e intentar sacar a Eduardo de su mente: desde que lo había conocido no había día que no pensara en él, menos después de haber probado sus labios. Llevaba días anhelando volver a ser besada por él, pero había decidido poner distancia entre ambos, ya que sentía que era lo mejor debido a lo que estaba sintiendo por él. Entonces, una novela romántica no era una opción; si no, empezaría a imaginarse las escenas con Eduardo y empezaría a suspirar por un imposible.

Dio un vistazo a la estantería y hojeó rápidamente los referidos a caballos: podía imaginar a quién pertenecían. Los anotó mentalmente en su lista de lecturas. Llevaba un rato leyendo los

títulos de los distintos libros; encontró algunos de terror, así como también una colección de románticas y una nueva colección de mitología griega de la que Anne le había comentado que se la había regalado a Sebastián uno de los socios. Cuando localizó el libro que andaba buscando, lo tomó; iría al jardín a leerlo. Cuando lo iba a abrir, escuchó una voz masculina que le hablaba.

-Señorita... Elizabeth dio un brinco y dejó caer los libros; no se había dado cuenta de que habían entrado en la biblioteca. Su misterioso acompañante se aproximó y la ayudó a recogerlos. Soltó una sonrisa pícaro al ver el título de uno de los libros que había dejado caer.

-*Kamasutra* -dijo con voz sensual-; interesante libro, pero no creo que sea el adecuado para una dama como usted.

Elizabeth entrecerró los ojos. ¿Quién era ese hombre y qué hacía ahí?

-Yo... solo... -balbuceó-. No tengo idea de qué sea.

-Una dama curiosa, ¿algún caballero afortunado para aplicar los conocimientos de este libro? -levantó el libro y le sonrió. Elizabeth se sonrojó; no sabía de qué trataba el libro. Supuso que no era nada bueno por su comentario-. Diría que yo sería muy afortunado; una dama que quiera complacer a los hombres es un buen premio. -Ladeó la cabeza-. Si aún no hay candidato, estoy a su entera disposición.

-¿iDisculpe!? -chilló-. No tengo ni idea de quién sea usted y mucho menos de qué se trata ese libro; por lo que me dice, no es nada decoroso, así que, ino me interesa!

Una radiante sonrisa, en la que se marcaba un hoyuelo en la mejilla izquierda, se dibujó en el rostro de su acompañante.

-Eso creí: usted no es ese tipo de mujeres y bueno, yo soy...

-Mathias, deja de molestar a la señorita -escucharon la voz autoritaria de Sebastián, que entraba en ese momento.

Mathias se encogió de hombros.

-No la estoy molestando -protestó.

-No te lo creo: te conozco -dijo sarcástico: sabía que su hermano

no desaprovechaba oportunidad para coquetear con las mujeres. Muy serio, Sebastián caminó hacia ellos. Mathias colocó el libro en la repisa antes de que él llegara.

-Supongo que deberías disculparte con la señorita -le sugirió cuando se detuvo junto a él.

-Supones mal; aun así, lo haré.

Sebastián la observó con una sonrisa.

-Él es Mathias, mi hermano menor -se lo presentó a Elizabeth-. Mathias, ella es Elizabeth Jones, la niñera de los mellizos.

Elizabeth los observó a ambos, y ahí vio su gran parecido: ambos de cabello castaño, aunque el de Mathias se notaba más claro y los ojos de Mathias eran ambarinos.

Mathias hizo una pequeña reverencia en saludo.

-Un gusto, señorita, espero que en algún momento podamos seguir compartiendo temas de lectura. -Sonrió con picardía.

-Un gusto, Lord Beckham y, si me disculpan, me retiro.

-Es una lástima. -Hizo un puchero-. Una hermosura como tú no se encuentra siempre.

Sebastián frunció el ceño; se sirvió una copa de whisky y se sentó en el sillón de su escritorio.

-Ve, Elizabeth, y avisa que nadie nos moleste, y disculpa a este canalla.

Elizabeth asintió y salió de ahí; se encontró con el mayordomo, al que le dio la orden de Sebastián, y se dirigió a su habitación. Aún sentía curiosidad por aquel libro, pero también por el hermano de Sebastián: había tenido la impresión de haberlo visto en algún lugar.

Una de las muchachas de servicio le llevó la cena de los mellizos a su habitación. Había estado tan metida en la historia... Había resultado realmente buena y había perdido la noción del tiempo. Dio de cenar a los pequeños y los dejó en compañía de Sebastián, ya que el pequeño Santiago se dormía solo. Sebastián se encargaría de dormir a Samantha. Elizabeth había decidido esa noche cenar en su habitación; aunque moría de ganas por ver a Eduardo, no se sentía

de ánimos. Durante su lectura deseó que realmente Thomas estuviera muerto y que no fuera solo una suposición, lo cual la hizo sentir muy mal minutos después. Se arrepentía de haberse casado.

Anne entró y se dirigió rápidamente al ropero; sacó uno de los vestidos y lo colocó en el sofá. Ella ya iba vestida con uno de los vestidos sencillos que utilizaba en ocasiones especiales.

-Ven, date prisa -le exigió.

-No pienso bajar a cenar. -Elizabeth estaba sentada junto a la ventana.

-Oh, claro que sí lo harás: hay visitas, y Kathy nos pide, como un favor especial, acompañarla.

-Anne... no me...

-¡Sin peros! -la interrumpió-. Ahora ven aquí, que se hace tarde y, si Kathy no vino aquí a pedirlo, fue porque me pidió que te lo pidiera de su parte.

Elizabeth suspiró y se acercó a Anne, quien la ayudó a vestir y la peinó muy rápido.

Cuando llegaron al comedor, Sebastián y Katherine ya estaban ahí. Anne se sentó en medio de Elizabeth y Katherine; minutos más tarde, Elizabeth observó al hermano de Sebastián, quien se sentó frente a Anne. Eduardo aún no había llegado. Sebastián le hizo señas al lacayo para que empezara a servir.

-Eduardo se reunirá con nosotros en unos momentos -anunció Sebastián-. Anne, creo que aún no conoces a mi hermano. Mathias, ella es Anne; también es miembro de esta familia.

Desde que Mathias había entrado al comedor, no le había quitado la vista de encima a Anne. Estaba totalmente embelesado con ella y Anne apenas lo había notado. Mathias dibujó una encantadora sonrisa en donde se le marcaba el hoyuelo, sonrisa que no pasó desapercibida a Anne.

-Un gusto señorita, Anne. ¿Nos hemos visto antes?

-No lo creo; ella no suele frecuentar los mismos lugares que usted -acotó Katherine, con un deje de desprecio en su voz.

-Solamente me parece conocida. -Se encogió de hombros.

-Es la hermana de lady Bathampton; creo que en algún momento la conociste -explicó Sebastián.

-Oh sí, la conocí en el baile de los Fibuts. -Desvió su atención a Elizabeth-. Señorita Beth, un placer volver a verla.

En ese momento, Eduardo entró en el comedor. Estaba vestido de traje. Observó al invitado, el espacio disponible entre Sebastián y su hermano y luego a Elizabeth.

-Supongo que así debía ser -le contestó Elizabeth.

Eduardo se dirigió hacia el espacio disponible junto a Sebastián. Hubiera preferido sentarse frente a Elizabeth, pero no tenía mucha opción. Sebastián le había comentado que su hermano vendría, pero no imaginó que sería tan pronto. Conocía a Mathias desde hacía años, cuando eran unos muchachos y habían sido amigos; desde hacía un tiempo era un completo calavera. No dudaba en meterse en problemas e ir tras las damas, fuera la que fuera. Uno de los motivos por los que estaba ahí era que había cometido una estupidez en Londres; al escucharlo hablar con Elizabeth y con tanta confianza, Eduardo sintió una ira que no había sentido nunca, ¿acaso eran celos?

-Es nuestro destino... -dijo observando a Anne.

Elizabeth no perdía detalle de aquel charlatán; le hablaba con coquetería, pero en realidad toda su atención estaba en Anne. Durante la cena el ambiente fue tenso; se notaba el desagrado que sentía Katherine por su cuñado. Anne se mostró más tímida que nunca y Eduardo no paraba de lanzarle dardos con la mirada a Mathias mientras este insistía en sacarle conversación a Elizabeth, ya que había fracasado enormemente con Anne, la cual lo observaba perspicaz.

-Quería informarles que Mathias vivirá aquí durante una temporada. -Elizabeth observó cómo Sebastián tomaba la mano de Katherine-. Así que, Mathias, te agradecería que no molestes a las señoritas. Creo que ya tienes suficientes problemas como para querer más. -Su tono era autoritario.

-Conozco las condiciones en las que estoy aquí, Sebastián, y, en cuanto a las señoritas, no haré nada que ellas no quieran -respondió Mathias molesto. Había sido el único momento en que había quitado la mirada de Anne.

-¿Podrían dejar esos asuntos fuera de la cena, por favor? -pidió Eduardo.

Sebastián se disculpó, y la cena siguió su curso; a la hora de servir el postre, solamente Mathias, Eduardo y Elizabeth lo habían pedido, y Eduardo apenas lo había tocado. Se notaba que estaba muy molesto por la forma en que Mathias insistía en sacarle conversación a Elizabeth. Anne estaba incómoda, por lo cual aprovechó para retirarse junto a Katherine cuando ella lo hizo. Sebastián se retiró indicándole a Mathias y a Eduardo que los esperaba en la biblioteca. Mathias lo siguió.

-Espero que sigamos charlando de su tan peculiar lectura muy pronto.

Eduardo lo observó y luego a Elizabeth, ¿acaso ya se conocían?

-En alguna ocasión tal vez.

Se levantó y se retiró antes de que Mathias saliera del comedor.

Elizabeth hubiera preferido haber cenado en su habitación tal y como lo había pensado en un principio; se notaba que el hermano de Sebastián no era bien recibido en esa casa, y tanto Katherine como Anne estaban incómodas. ¿Acaso ella había sido la única con simpatía? No conocía a ese hombre, pero no le desagradaba; había algo en él que le pareció interesante, y no era su coquetería de hombre guapo y charlatán. Mathias tenía un secreto que lo entristecía.

Luego de haberse reunido con sus amigas y escuchado las quejas de Katherine, se retiró a su habitación. Se colocó una camisola, se soltó la trenza y se metió en la cama con el libro; leería durante un rato mientras el sueño le llegara.

Capítulo 19

Hacía días que no sabía lo que era despertarse cuando ya los rayos de sol entraban en su habitación. Se había acostumbrado a despertar mucho antes para salir a cabalgar. Esa mañana no había sido así: se había metido tanto en la lectura que apenas había dormido, por lo que tenía una ligera jaqueca y moría de ganas por seguir en la cama. Pero tenía trabajo que hacer. Lavó su cara, se colocó un vestido mañanero, se hizo un moño rápido y se dirigió al cuarto de los mellizos. Ambos aún dormían profundamente; tomó los biberones que Sebastián había dejado ahí la noche anterior y se dirigió a la cocina.

-Lizzy, ¿te encuentras bien? -fue lo primero que le dijo la señora Claus al verla entrar.

-Sí, es solo que no dormí bien y tengo una ligera jaqueca. -Le tendió los biberones a una de las ayudantes y se masajeó las sienes.

-Ya te preparo un té para eso; siéntate, el señor te estuvo esperando.

-Oh, cuánto lo lamento, recién desperté.

-El señor estuvo a punto de ir en tu busca; entre Rosinda y yo le hemos dicho que seguro te habías quedado dormida.

Elizabeth sonrió; hubiera sido todo un espectáculo eso.

-Luego hablaré con él -le aseguró.

Rosinda le sirvió el té; Elizabeth le agradeció y bebió mientras charlaba con ellas mientras preparaban el desayuno. El día anterior les habían informado sobre el nuevo huésped y sentían mucha curiosidad ya que, desde que la finca había pasado a ser de Sebastián, nunca los había visitado.

La mañana había sido normal; lo único diferente había sido una pequeña charla con Mathias y, debido a su dolor de cabeza que aún seguía, Katherine le pidió que descansara mientras los mellizos

hacían la siesta. Observó las caballerizas, que podían verse desde el cuarto de los niños y lo vio: estaba sobre Destello. Se veía tan varonil como siempre que lo veía montar; durante el almuerzo tampoco había tenido la oportunidad de verlo, ya que ella lo había tomado en su habitación. Elizabeth se dirigió hacia su habitación; tomó el libro y se sentó en el diván. Aunque su jaqueca no disminuía, no podía dormir; empezó a leer y no supo en qué momento se quedó dormida. Despertó al escuchar el llanto de un niño; abrió los ojos y notó que su jaqueca había desaparecido; no sabía cuánto tiempo había descansado, pero le había sentado muy bien. Se puso de pie y se dirigió a la habitación de los niños; ahí encontró a Katherine con su hijo en brazos. Estaba haciéndole muecas para que este sonriera, aunque la misión era un tanto complicada.

-¿Todo está bien, Kathy?

Katherine subió la vista a Elizabeth y sonrió.

-Sí, aunque mi hombrecito no quiere regalarle una sonrisa a mami, ¿cómo sigues?

-Me encuentro mejor; me pareció escucharlo llorar.

-Oh, sí, ya lo he tranquilizado. -Katherine le hizo cosquillas en el piececito y el bebé empezó a reír-. Mami sabe tu punto débil, mi amor -le dijo a Santi con una sonrisa.

Elizabeth sonrió; Samantha se encontraba en la cuna de pie agarrada de ella. Katherine le indicó que le llevara la cena a los pequeños y fue entonces cuando Elizabeth se dio cuenta de que había dormido más de lo que creía. Luego de haber ayudado a Katherine a darle de cenar, se retiró a su habitación. Le pidió a una de las doncellas que le llevara la cena; se dio un baño y, cuando estaba preparada para meterse en la cama, observó que el libro estaba en su mesita de noche junto con una rosa blanca y una nota, la cual no demoró en leer.

Mi mañana no fue la misma sin tu compañía; espero que te encuentres bien pronto.

E.R.

Elizabeth sonrió; ¿en qué momento había entrado Eduardo para

llevarle eso? Tomó la rosa y la llevó a su nariz para deleitarse con su aroma; era la primera vez que le daban una. Recordó que se había quedado dormida con el libro en la mano y, cuando despertó, no lo tenía. Eso indicaba que Eduardo había entrado mientras dormía; sus mejillas se tornaron escarlata. Aun así, se sintió muy feliz: él había ido a buscarla, había ido a verla. Elizabeth se metió entre las sábanas con una gran sonrisa.

Como de costumbre, despertó antes del alba y bajó para dirigirse a montar. Se detuvo en la cocina para tomar el café y esperar a Elizabeth. El día anterior no había tenido la oportunidad de verla; cuando llegó a almorzar, la señora Claus le había comentado que se encontraba un poco indispuesta, motivo por el cual no lo había acompañado y él lo entendía perfectamente, aunque estaba muy preocupado. Durante la tarde su rutina fue la misma; no obstante, se retiró un poco más temprano. Intentaría ver a Elizabeth antes de la cena y saber cómo se encontraba. La buscó por la terraza y los jardines y, al no encontrarla, preguntó por ella. Le indicaron que estaba en su habitación; tomó una rosa del jardín y subió hacia su habitación. Tocó un par de veces y, al no obtener respuesta, supuso que estaba dormida. Escribió una pequeña nota, que iba a enviar con Anne pero, al entrar a la habitación de los niños, observó la puerta y recordó que esta comunicaba con la habitación de Elizabeth. Observó que nadie estuviera cerca; tomó la manija y descubrió que estaba abierta. No se demoró en entrar y cerrar la puerta suavemente tras él; la escena que encontró fue lo más hermoso que había visto hasta el momento, y eso que ver a sus sobrinos dormidos era hermoso.

Elizabeth estaba profundamente dormida en un diván, con un libro en su pecho; Eduardo se acercó a ella y la observó con una sonrisa. Tenía la boca ligeramente abierta; se había soltado el cabello, y pequeños mechones estaban en sus mejillas. Eduardo se colocó en cuclillas frente a ella y le corrió el cabello; tomó el libro suavemente, con cuidado de no despertarla; lo colocó en la mesa de

noche. Tomó la nota y la puso sobre el libro, junto a la rosa. Se quedó unos minutos más observándola y luego salió sigilosamente; hubiera deseado permanecer ahí por más tiempo, pero no era lo correcto. No la había visto más desde ese momento, motivo por el cual se sintió muy emocionado al verla entrar por la puerta de la cocina.

-Buenos días -saludó con una enorme sonrisa.

-Buenos días, niña -la saludó la cocinera-. ¿Cómo se encuentra hoy?

-Mucho mejor, señora Claus.

-Me alegro, señorita.

-Estás muy linda esta mañana -la halagó Eduardo cuando se acercó a ella. Elizabeth se sonrojó.

-Gracias.... -le susurró.

Eduardo no había parado de observarla: estaba tan radiante, tan hermosa... Se preguntó si la rosa tendría algo que ver con ello. Si así era, no dudaría en darle una cada día. Terminó de beber el café y se dirigió hacia las caballerizas, en donde ya Marcus tenía los caballos preparados. Después de un saludo a Elizabeth y de una palmeada en la espalda, Marcus los vio partir. Eduardo quería llevarla al mismo lugar en donde la había llevado la primera vez para ver el amanecer, pero se lo pensó mejor: quería aprovechar más tiempo con ella, así que la guio hacia otro lugar. La instó a que sacudiera las riendas para que aumentara el galope y que no se separara de él; luego de un buen rato de haber estado cabalgando, Eduardo se detuvo en una mansión solariega que estaba siendo reparada. Elizabeth lo observó con curiosidad y también la gran casa destartada.

-De momento no se ve acogedora, pero pienso que en algún momento lo será -aclaró al ver la expresión de Elizabeth.

-Supongo que así va ser, ¿es tuya?

-Sí, recientemente la adquirí.

Un hombre que, al escuchar los caballos, salió de la casa, saludó a Eduardo y tuvo una breve conversación con él. Mientras Elizabeth observaba la gran propiedad, sintió algo familiar ahí que no podía

entender: era una finca enorme, muy parecida a la finca de Sebastián. Estaba muy descuidada como si hiciera muchos años que nadie hubiera vivido ahí. Las reparaciones de la casa iban muy avanzadas.

-Espero que no te moleste que te haya traído aquí. -Aún no comprendía qué lo había motivado a hacerlo.

Elizabeth negó con la cabeza.

-¿Dónde estamos? Es un poco lejos de...

-En Southampton; muy cerca de aquí hay un puerto. Cuando tenga más tiempo, te llevaré a dar un paseo.

-¿Southampton? -Elizabeth había escuchado ese nombre antes; buscó en su memoria y recordó-: Mis abuelos.

Eduardo, quien también había recordado, le preguntó: -El marqués de St. Clared, ¿verdad? -Elizabeth asintió-. No conozco mucho por aquí; no solía venir hasta que obtuve la propiedad, pero, si sirve de ayuda, empezaré a preguntar. Un viejo amigo mío vive por acá.

Elizabeth le regaló una sonrisa y volvió a observar la casa.

-¿Vivirás aquí? -preguntó con curiosidad.

-Aún no lo decido; es algo grande solo para mí, y estoy acostumbrado a la mayoría de los que trabajan en Dream House.

-Son todos muy agradables.

-Todos te han tomado aprecio: tienes el don. Ven, te mostraré algo.

Eduardo la llevó hasta la parte trasera, en donde se encontraban las caballerizas. Elizabeth quedó deslumbrada al ver aquellas caballerizas tan grandes; eran aún más grandes que las que había en Dream House. Se imaginó a Eduardo montando y entrenando a sus caballos ahí, con el pequeño Tommy corriendo en uno de los costados, con su sabueso, y a Marcus dándole algunas órdenes. Le inquietó el hecho de que, si Eduardo se trasladara, ya no trabajarían para él.

-Al parecer, el antiguo dueño también tenía muchos caballos -le contó Eduardo, y ella salió de sus pensamientos.

-Es muy grande; aquí tendrías muchos más caballos.

-Sí, el viejo zorro lo disfrutaría también.

-¿Marcus seguiría trabajando contigo? -Eduardo la observó morderse el labio, y entendió que eso era algo que la preocupaba.

-Eso ni dudarlo; si en un futuro me viniera a vivir aquí, Marcus seguiría trabajando conmigo, al igual que su esposa e hijos.

Elizabeth se había enterado de que el hijo mayor de Marcus era uno de los mozos de cuadra, y la hija ayudaba con las labores en la casa. Usualmente lo hacían durante la tarde, ya que ambos asistían a la escuela; hasta Tommy lo hacía, pero a él era más usual verlo con su padre.

-Sospecho que ya tienes a tus primeros empleados.

-Por mí, los traería a todos, pero Sebastián me mataría si lo hiciera.

Eduardo le dio un pequeño recorrido por la caballeriza; aún estaba en malas condiciones, ya que era una de las últimas cosas que iban a reparar. Le pasó por la mente traerse a Marcus por la tarde, y así podrían ellos ir adelantando las reparaciones. Pero ya era algo que debía consultar con él; de momento estaban un poco ocupados con los nuevos caballos. Aún no había podido montar a Caballero, ya que el animal era muy arisco. Llevó a Elizabeth hacia donde tenían los caballos; se despidió del arquitecto y se dirigieron nuevamente a Dream House.

-Espero que Kathy no se moleste por la demora. -Eduardo no sabía cuánto tiempo habían estado afuera.

-Con lo disgustada que está últimamente, no sería una sorpresa, aunque dudo de que quiera que los mellizos salgan hoy de su habitación.

-Mathias nunca ha sido del agrado de Kathy; no sería ninguna sorpresa que Sebastián duerma solo por haberlo aceptado en casa.

Elizabeth soltó una carcajada.

-Sebastián sabe cómo convencerla; de eso no tengo dudas.

-Sí que lo sabe; nadie tiene dudas de eso. -Eduardo recordó las tantas amenazas de su hermana a su marido y que siempre solía

ganarle.

-¿Una competencia? -propuso Elizabeth.

-¿Cuál será el premio?

Elizabeth colocó el dedo índice en el mentón y lo pensó por un momento.

-Quien gana elige. -Con esas palabras Elizabeth apuró más las riendas de su yegua y la hizo correr más rápido. Eduardo, quien no lo pensó dos veces, la siguió.

Elizabeth era muy ágil montando. Se lo había demostrado muchas veces y lo seguía haciendo. En todo el tiempo que Katherine había tenido a Perla, no la había visto correr así de rápido. Eduardo sintió temor de que Elizabeth sufriera un accidente, pero, al ver lo bien que manejaba a la yegua, se tranquilizó. La dejó tomar la delantera, para que disfrutara, ya que su Campeón era eso: un campeón. Cuando estaban muy cerca de la finca, apuró su caballo y la sobrepasó; la escuchó gritarle algo, pero no le dio importancia. Lo estaba disfrutando; esa mujer era una maravilla, con la que hasta el momento había podido compartir una buena carrera y muchos momentos. Fue bajando la velocidad hasta llegar a las caballerizas; bajó de su caballo y la vio aproximarse. Ya no corría como antes; cuando llegó, la ayudó a bajar y le regaló una sonrisa.

-Mi premio, señorita -le dijo mientras aún la tenía sostenida muy cerca de él.

-Eres un tramposo, ¿lo sabías? -Hizo un puchero, que Eduardo disfrutó.

-Puede ser que sí. -Su sonrisa de bribón fascinó a Elizabeth.

-¿Y qué premio desea, milord?

Eduardo se quedó pensativo unos minutos; había pensado en pedirle un beso, ya que anhelaba besar nuevamente sus labios. Pero pasar más tiempo con ella era una mejor opción.

-Un picnic conmigo, eso quiero -propuso entusiasmado.

Elizabeth se sorprendió: jamás imagino que pudiera pedir eso, y era una maravillosa idea.

-Si eso quieres, eso tendrás.

-Mañana, por la tarde.

-Eduardo... yo... kathe...

-Yo hablaré con ella; aprovecharemos la siesta de los niños, y no creo que Anne se oponga a ayudarte.

-Piensas rápido.

-Sí, un poco -le regaló una sonrisa bribona-. Ahora vuelve; no queremos que Kathy se disguste.

Cuando Elizabeth llegó a la habitación de los niños, Anne se estaba haciendo cargo de ellos.

-Sebastián viaja a Londres y quiere darle el desayuno antes de irse.

-¿Viaja? ¿Kathy se queda aquí?

-Sí, tiene que ir a solucionar algo con su hermano; es un viaje de tres días y, como Katherine no se ha sentido bien, lo mejor es que se quede. Igual, insiste en que lo máximo que estarán fuera son tres o cuatro días.

Elizabeth ayudó a Anne a preparar los niños; aún no comprendía cómo era que Sebastián se empeñaba en hacer esas cosas con los niños. Aún no había conocido un hombre que se comportara así con sus hijos; había escuchado decir a los del servicio que usualmente los padres nunca formaban parte de la vida de sus hijos. Las niñeras se encargaban de criarlos, pero el caso de Katherine y Sebastián era una gran excepción, ya que la mayoría de su tiempo libre la dedicaban a los niños.

Durante la cena, Eduardo había hablado con Katherine y le había pedido permiso para llevarla de picnic al día siguiente; le había contado cómo le había ganado la carrera y se deleitaron riendo. Elizabeth disfrutó de la escena de hermanos. La cena había sido muy diferente a la de unas noches atrás en donde el ambiente estaba demasiado denso; a pesar de que hacía falta la compañía de Sebastián, Katherine no lo hacía extrañar: tenía un ingenio y personalidad que podía tanto irritar como hacer reír.

Elizabeth se fue a la cama en compañía del libro que aún no había terminado de leer; estaba muy interesada en la historia: era realmente emocionante. Tomó la rosa para olerla; volvió a colocarla en la mesita de noche y se dedicó a leer. No se había concentrado en la historia, ya que su mente estaba en otro lado, uno en donde iba a disfrutar de un picnic con la mejor compañía.

Capítulo 20

Durante la cabalgata, Eduardo no le había dado alguna pista de dónde sería el picnic y Elizabeth moría de curiosidad. Eduardo le había mostrado tantos lugares que cualquiera podría ser perfecto, aún más porque estaría en su compañía. Había vuelto a disfrutar del desayuno y del almuerzo en compañía de Katherine y Anne. Se habían llevado a cabo en la terraza, donde se encontraban en ese momento tomando el té.

-Veo que te llevas muy bien con mi hermano -inquirió Katherine.

-Nos hemos hecho muy buenos amigos.

-¿Amigos? -Anne dibujó una sonrisa pícaro-. ¿Solo eso? -preguntó con ironía.

-¿Qué insinúa, Anne Williams? -Katherine la observó, y ella no pudo evitar sonrojarse.

-Que yo creo que hay atracción entre vosotros. -Si las miradas mataran, Anne ya hubiera sido asesinada por Elizabeth.

¿Qué pretendía con esos comentarios?

-Sería genial -canturreó Katherine-. Lizzy, me caes muy bien; serías una buena mujer para mi hermano, y de mi hermano no tengo quejas. Es un poco cavernícola, pero nada que no puedas solucionar -Terminó de decir con una sonrisa.

-Kathy, sabes que eso no sería correcto.

-¿Por qué lo dices, Lizzy?

-Estoy casada; es algo que aún no he podido solucionar.

Katherine se encogió de hombros, y bebió un sorbo de té antes de decir: -Con un hombre que está desaparecido, se puede sacar una defunción y quedarías como viuda en cualquier momento. Es algo que tiene solución y sé que eso a mi hermano no lo detendrá; simplemente, habla con él y cuéntale cómo sucedieron las cosas.

Anne la observó con una mirada de «Te lo dije».

-Aun así, creo que no es lo correcto -objetó con un hilo de voz.

-Lizzy, si nos ponemos a pensar qué es correcto o no, ¿qué vamos a hacer de nuestras vidas? Simplemente, sigue tu corazón: está más que claro que tú no amas a tu marido.

-No -suspiró-, no lo amo y creo que nunca lo amé -dijo con un susurro que creyó que las demás no habían escuchado.

-Ahí está; ahora ve a prepararte, que Eduardo no demora en venir por ti. Elizabeth, él es un buen hombre: dale una oportunidad y dátela tú.

Con esas palabras en mente, Elizabeth subió a la habitación. Katherine tenía razón: ella nunca había sentido nada similar por Thomas. Eduardo era muy diferente, y lo que sentía junto a él, también. Se cambió el vestido por un verde limón bordado con flores blancas y se rehízo la trenza y salió decidida a hablar con Eduardo y decirle sus sentimientos, pero, sobre todo, la verdad. Habían quedado en reunirse en la cocina; al llegar ahí, lo encontró hablando con la señora Claus. Mientras esta le preparaba una cesta, observó a Rosinda meter algunas frutas, pan, y unas cuantas cosas más.

Como si pudiera sentir su presencia, Eduardo subió la vista a la entrada de la cocina y la vio entrar; se veía hermosa. Había estado preparando, con la ayuda de la señora Claus y de Rosinda, los aperitivos y las demás cosas que serían parte de picnic, como una sábana, un mantel y algún que otro utensilio. Era la primera vez que preparaba uno, pero, con la ayuda de sus dos cómplices, no se le hizo complicado, ya que ambas estaban muy felices de que tratara de conquistar una mujer, y no a cualquier mujer, sino a Elizabeth, la cual se había ganado el aprecio de todo el servicio en cuestión de minutos. Era su ángel y era única. Antes de que Elizabeth llegara, lo habían atosigado con consejos de cómo conquistarla, consejos que no creyó necesitar; aun así, nunca estaba de más un buen consejo de ellas.

-Ten, muchacho y cierra la boca -le dijo la cocinera cuando le daba la cesta, la cual él tomó.

-En la bolsa que se llevó Tommy va lo demás -le recordó Rosinda.

-Si no falta nada, señoras, nos retiramos. -Le brindó el brazo a

Elizabeth para que ella lo tomara, y así salieron de la cocina. Pudieron escuchar los cuchicheos y las risas detrás de ellos.

Al llegar a la caballeriza, Campeón ya tenía una bolsa colocada, y Eduardo colocó la cesta y la amarró bien.

-¿Nos vamos? -Le tendió la mano para ayudarla a subir.

-¿Iremos en el mismo caballo? -quiso saber.

-Sí, pensé que era mejor, pero si prefieres.... -Elizabeth negó con la cabeza.

-Si así lo prefieres, así será -le dijo con una sonrisa y le tomó la mano para subir.

Elizabeth se había mostrado un poco tensa cuando habían empezado a cabalgar; Eduardo supuso que se debía a que no estaba acostumbrada a estar tan cerca de un hombre, y así era. Pero poco a poco se fue relajando, mientras él le hablaba sobre algunas cosas.

-¿Dónde me llevarás?

-Es una sorpresa.

-Umm... ¿Ya hemos ido antes? -curioseó.

-No, y no seas ansiosa, pequeña.

Elizabeth sonrió; desde que su padre le había enseñado a montar no había montado con nadie junto a ella. Siempre lo hacía sola, y sentir la presencia de Eduardo tan cerca de ella era tan acogedor... Aun así, se sintió muy nerviosa al principio; no sabía cómo reaccionar. Después de un rato se dejó llevar, aspiró profundo y se deleitó con el aroma de Eduardo, que tanto le gustaba. Sabía que se había bañado antes de salir; el aroma a jabón era fuerte y se había afeitado, ya que por la mañana había tenido los indicios de una barba. -¡Todo eso por ella!-. Aunque debía admitir que le fascinaba su aroma natural, que apreciaba cada mañana.

Eduardo la llevó a través del bosque; pensaba llevarla al río, a un lugar especial que había descubierto, en donde había una pequeña poza entre las rocas. Había una excelente sombra y sabía que ahí iban a poder disfrutar sin que los molestaran ya que había estado en distintas ocasiones y se había relajado en el agua sin ser molestado. Estaba más que seguro de que Elizabeth disfrutaría del lugar.

Elizabeth iba observando alrededor; Eduardo aún no la había llevado ahí. Observó que el lugar era maravilloso; podía escuchar el sonido de las aves, así como también podía escucharse el río correr. Intuyó que la llevaría cerca del río, y no se equivocó. Cuando vio el magnífico lugar, dibujó una enorme sonrisa: era hermoso aquel lugar.

-¿Te gusta? -le preguntó Eduardo cuando bajó del caballo.

-Es hermoso -le dijo embelesada por el lugar.

-No tanto como tú, pero sí. -Elizabeth adquirió un tono escarlata.

Eduardo desmontó; luego le tendió la mano para ayudarla a bajar. La bajó muy cerca de su cuerpo y, cuando la puso en el suelo frente a él, la miró a aquellos ojos que lo habían cautivado.

Elizabeth subió la mirada al sentir la suave caricia de las manos de Eduardo en sus mejillas, y se perdió en aquellas esmeraldas que tanto le gustaban. Sin decir nada, ambos estuvieron hablándose con la mirada durante unos minutos, deseando saborearse los labios. Elizabeth se mordió el labio, y Eduardo no pudo evitar acercar los suyos y atraparlo. Fue un beso suave y corto, anhelado y temeroso.

-Creo que en ese espacio estaremos bien. -Le señaló un espacio plano.

Eduardo la soltó, para buscar la bolsa y la cesta; le dio la cesta y caminó hacia el espacio donde le había indicado. Sacó una sábana de la bolsa y la tendió; luego, un pequeño mantel. Elizabeth se acercó, y él tomó la cesta, que colocó sobre el mantel. Se acomodó en la sábana y le tendió la mano para que lo acompañara.

-¿Por qué no me habías traído antes aquí? -quiso saber, mientras se sentaba junto a él.

-Es uno de mis escondites; suelo bañarme en esa poza. Desnudo. -susurró la última palabra.

Elizabeth se sonrojó.

-Parece muy refrescante -balbuceó. Solo de imaginárselo, se ponía nerviosa.

-Demasiado, diría yo. -Se acostó con los brazos cruzados bajo la cabeza mirando el cielo. Elizabeth lo observaba embelesada-. Suelo

venir de vez cuando, luego de haber estado horas entrenando un caballo; me relaja.

-¿Sabes?, nunca me he bañado en un río.

Eduardo apoyó el codo en la sábana y la cabeza en la mano para observar mejor a Elizabeth.

-Supongo que Kathy no lo hizo hasta hace poco que llevaron a los mellizos. Muchas mujeres nunca lo hacen.

-Yo no seré una de ellas.

-Creo que tú no eres una mujer común.

Elizabeth se echó a reír, una risa de la que Eduardo creía que era la melodía de los ángeles.

-En realidad, sí; pasé prácticamente toda mi vida encerrada en casa.

-Aun así, te atraen todas estas cosas: te gusta cabalgar en campo abierto, les hablas a los animales...

-Puede ser que tenga un poquito de todo; sí, aun así, no me siento diferente a las demás.

-Para mí eres única. -Notó el sonrojo de sus mejillas y dibujó una sonrisa; se sentó y empezó a revisar la cesta.

-Sospecho que esas mujeres se creyeron que no regresaríamos hasta mañana: hay pastel de carne, tarta de manzana, higos, pan, queso, frutas, galletas, a ver... -Siguió revisando; sacó una botella de vino y dos copas -. Creo que esto es carne. -Le mostró un cuenco. Elizabeth estaba asombrada y divertida-. Elige tú.

-Realmente, no sé: son muchas cosas.

-Empecemos por esto -alzó la botella de vino y la abrió; luego sirvió una copa. Se la dio a ella y luego reservó otra para él.

-Yo no creo que piensan que vamos a pasar la noche aquí, sino más bien que tú comes demasiado -se burló.

-¿Qué estás insinuando? -preguntó con los ojos entrecerrados.

-Que comes mucho -aclaró desinteresada.

-Por decir eso, ahora te comerás todo, señorita.

-¿Y si me opongo? -lo desafió.

-Puede ser que el agua te dé la respuesta.

-Oh, no, no te atreverías -dibujó una enorme sonrisa. Cómo disfrutaba eso...

-Oh, sí, claro que sí lo haría. -Se rio a carcajadas al verla abrir los ojos.

Ambos rieron a carcajadas; la estaban pasando muy bien. Luego de un rato, Eduardo comió un poco de pan y queso, y Elizabeth lo acompañó. Bebieron un poco más de vino; mientras seguían la charla, Eduardo tuvo un pequeño impulso y se acostó poniendo su cabeza en el regazo de Elizabeth. Esperó que ella dijera algo, pero no fue así. Elizabeth lo observó con una sonrisa y llevó su mano a su cabello, en donde empezó a enredar sus dedos con los cabellos dorados de Eduardo. Elizabeth jamás había tenido esa clase de intimidad con Thomas; se había dado cuenta de qué tan diferente era este hombre y, de los pocos que había conocido en el último mes: la mayoría eran cariñosos, atentos. Eduardo no era la excepción ya que, aunque lo conocía poco, también lo era. Cómo le gustaría conocerlo como pareja, saber si era más cariñoso y atento; incluso le gustaría conocerlo en la intimidad. Al pensar en eso, Elizabeth sintió un escalofrío, y un mal recuerdo le llegó a la mente. «No todos son así», se dijo mentalmente. Aun así, no se creía capaz de volver a intimar con un hombre.

-¿Estás bien? -escuchó la voz de Eduardo; bajó la mirada, y él estaba observándola con curiosidad.

-Sí, lo estoy; es solo... -Notó que había dejado de peinar el cabello de Eduardo-. Recordé algo: es todo -susurró. «Debo decírselo, él debe saberlo» se dijo, pero no quería arruinar el momento.

Eduardo levantó la mano y le acarició la mejilla.

-Sea lo que sea, todo irá bien. -Le hubiera gustado saber qué era eso que tanto la preocupaba y la asustaba, pero no quería presionarla.

Eduardo se levantó y se quitó la camisa; Elizabeth se sonrojó y abrió los ojos al verle el pecho descubierto. Sus brazos estaban bien formados; su espalda se veía más ancha; su pecho estaba cubierto

de vello rubio, que marcaba un camino que le llegaba hasta el ombligo, ahí donde se marcaba un abdomen plano y sólido. Elizabeth sintió las mejillas calientes -¿en qué momento había subido tanto la temperatura?-. Tomó un sorbo de vino; aun así, su temperatura no bajaba. ¿Y si se lanzaba al río? Eduardo se quitó las botas; había notado el sonrojo de Elizabeth al verlo quitarse la camisa, esa inocencia. Tal vez fuera muy descarado de su parte, pero adoraba verla sonrojarse; se puso de pie, caminó hacia la orilla del río y se lanzó a la poza. Cuando sacó la cabeza del agua, Elizabeth lo miraba asustada.

-Dime qué se te antoja.

-Eh... a.... e.... mm... -balbuceó.

-Mujer, di algo... -le bromeó; sabía que estaba nerviosa. La observó beber vino.

-Sí, pero mi ropa. -Se señaló el vestido.

-Quítate el vestido. -Se encogió de hombros. Elizabeth abrió mucho los ojos.

-¡¡Estás loco!! -chilló.

-No, no lo estoy, y te lo advierto: si no vienes, te lanzaré con todo y vestida, ya que luego te arrepentirás de no haber venido -le dijo con una sonrisa de bribón.

Elizabeth lo analizó unos minutos; si se quitaba el vestido, la vería en ropa interior, pero, si la lanzaba al agua, arruinaría el vestido y había sido uno de los regalos de Anne. No lo pensó más: empezó a quitarse los zapatos y luego la medias; desató el vestido y lo dejó caer. Sintió un escalofrío al quedar en camisola y calzones; se tapó lo más que pudo con las manos mientras todo su cuerpo se volvía escarlata. Moría de vergüenza; aun así, moría por entrar al agua. Caminó hacia donde estaba Eduardo, quien se había volteado cuando empezó a quitarse la ropa y se quedó a la orilla.

-Eh...

-¿Puedo ver? -Elizabeth asintió; luego recordó que no la podía ver.

-Sí, solo ayúdame a entrar.

Eduardo se giró lentamente, y caminó hacia ella. Elizabeth tenía una piel muy blanca, aunque estaba colorada. Como podía tapaba sus pechos, los cuales le parecían perfectos. Bajó la vista hacia sus caderas, las cuales eran voluptuosas. Esa mujer era perfecta y la quería para él. Salió del agua y le tendió la mano. Elizabeth se debatió entre dársela o no, por lo cual Eduardo la alzó en brazos y la llevó dentro del agua. Al sumergirse, Elizabeth sintió el agua helada y, conforme se fue adaptando su piel al contacto, la sintió refrescante.

-¿Te gusta? -preguntó ansioso-. Te voy a soltar; como ves, no es muy profundo. -Se puso de pie y le demostró que agua le llegaba un poco más arriba de la cintura-. Agárrate de mí.

Poco a poco le bajó los pies, hasta que Elizabeth tocó el suelo. Ni un solo momento soltó los brazos del cuello de Eduardo, cosa que lo hizo sonreír.

-No me has dicho si te gusta. -La vio asentir.

-Sí, es muy refrescante. -Elizabeth observó hacia abajo y notó que la translúcida tela de la camisola dejaba ver sus pechos, y se apretó a Eduardo.

-¿Sucede algo? -Pensó que algo la había asustado.

-Es que la tela... -Eduardo ya lo había notado... es como si estuviera desnuda. -Eduardo la hizo levantar el rostro para que lo viera a los ojos.

-Mírame, Elizabeth -le ordenó, y ella lo hizo-. Creo que no voy a tener más oportunidades. -Carraspeó la garganta-. Elizabeth, yo no quiero ser solo tu amigo: quiero ser algo más. Tú me atraes y no sabes cuánto; me vuelves loco desde la primera vez que te vi. Mujer, no sabes lo mucho que me provocas. Te deseo.

Capítulo 21

Cada una de las palabras se le iban clavando en la mente; ella tampoco quería ser solo su amiga, y sentía que también lo deseaba. Se paró de puntillas y apresó su boca, Eduardo fue recíproco, y empezaron un beso suave que poco a poco se fue llenando de deseo, un beso salvaje y desenfrenado, donde ambos se saborearon con deleite. Eduardo bajó la mano que tenía en su cintura y la llevó hasta su trasero; lo apretó suavemente y gimió.

-Me encantas -le dijo entre besos.

Le subió las piernas para que ella las enredara en su cintura, y Elizabeth sintió la erección de Eduardo pegar en su abdomen. Se sorprendió y se asustó; aun así, siguió besándolo: quería tocarlo. Eduardo soltó la boca y comenzó a besar sus mejillas, su mentón; bajó a su cuello, en donde dio suaves mordiscos, que provocaron salir varios suspiros de la boca de Elizabeth. Siguió su recorrido hacia sus pechos; los besó a través de la tela y jugó con sus pezones hasta hacerlos endurecer.

Elizabeth no entendía qué eran todas esas nuevas sensaciones que estaba sintiendo; todo lo que estaba experimentando era nuevo para su cuerpo. Sintió un cosquilleo en su vientre y su cuerpo arder; llevó su mano a la nuca de Eduardo y enredó sus dedos en el cabello. Eduardo llevó su mano entre el medio de ello y empezó a acariciar a Elizabeth a través de la ropa mientras subió su boca nuevamente y se apoderó de la de ella. Le dio suaves masajes y la sintió gemir entre sus labios. Buscó cómo desatar sus calzones y sintió la mano de ella; la obedeció. De momento, siguió besándola, mientras sus manos contemplaban sus pechos; apenas tuvo la oportunidad, le desató los calzones e internó la mano entre estos para poder palpar la intimidad de Elizabeth. La sintió ponerse rígida y la tranquilizó con palabras dulces. Jugó con su intimidad, concentrándose en el capullo que poseía y, cuando la sintió relajada,

la penetró con sus dedos. Elizabeth dio un brinco, y él la llenó de besos.

Elizabeth se dejó llevar por cada sensación nueva en su cuerpo; sentía temor al recordar. No obstante, Eduardo estaba siendo diferente: la estaba tocando, la estaba provocando, y su cuerpo se sentía tan bien que no le dio tiempo para retener las vibraciones y estremecimiento que le recorrieron todo el cuerpo cuando llegó a su clímax. Dejó caer su cabeza contra el hombro de Eduardo y la abrazó. Ambos jadeaban y tenían la respiración acelerada.

Eduardo la tomó en brazos, la sacó del agua, la colocó en la sábana y la desnudó. Luego hizo lo mismo. Elizabeth lo observaba y se deleitaba con aquel escultural cuerpo; observó su erección y abrió los ojos. No le dio tiempo de pensar. Eduardo se apoyó sobre ella y empezó a besarla y a provocarla, al recorrer su cuerpo con sus manos, Elizabeth no dejaba de sentir ese cosquilleo en el vientre, y su cuerpo cada vez ardía más. Eduardo colocó su erección para penetrarla, pero, cuando Elizabeth lo sintió entrar, recordó todo el dolor que había sentido y lo empujó con fuerza por el pecho como pudo; se movió y se hizo un ovillo.

Eduardo no comprendía qué le había sucedido; se apartó de ella apenas la sintió que lo empujaba. La observó y podía notar el terror en su mirada. Se maldijo interiormente; se puso de pie, se colocó los pantalones. Sacó otra de las sábanas de la bolsa y cubrió a Elizabeth con esta. Ella no lo miró; tenía un par de lágrimas en sus mejillas, y Eduardo se arrepintió.

Se sentó junto a ella y la atrajo hasta sentarla en su regazo; la abrazó con fuerza y estuvieron así en silencio por un tiempo, del que ambos no sabían si había sido largo o corto.

-Per... perdón... -susurró Elizabeth; Eduardo la observó. Seguía con la mirada en el suelo.

-El que debe disculparse soy yo, mi ángel. Me dejé llevar, lo siento, pero es que... -Elizabeth lo besó en la mejilla, y él guardó silencio.

-Hay algo que debo decirte. -Eduardo observó la duda en su

mirada-. Tranquila, mi ángel, ya me lo dirás. -Elizabeth soltó el aire que llevaba guardando en sus pulmones y se acomodó más en su pecho-. Lizzy, deseo esto contigo, y entiendo que aún no estés preparada...

-Todo me gustó, me hiciste sentir...

-Calla, bobita. -La besó; luego observó que la noche estaba llegando: los colores naranjas y rosados se mezclaban en el cielo-. Sería bueno que te vistas, aunque creo que tu ropa aún está mojada, ¿quieres comer algo? -Se acercó a la cesta y sacó un trozo de pastel de carne y se lo dio-. Desde aquí puedes ver las estrellas.

Elizabeth tomó el trozo de pastel y observó el cielo. Eduardo notó cómo sus ojos brillaban ante la sola mención de las estrellas.

Permanecieron abrazados junto al río observando las estrellas hasta muy entrada la noche; no volvieron a tocar el tema sobre lo sucedido. Elizabeth sabía que debía decirle a Eduardo lo que había vivido, y Eduardo temía ser rechazado. Bebieron y comieron lo que quedaba en la cesta y rieron con las bromas que se hacían el uno al otro. Elizabeth se vistió solamente con el vestido, ya que su ropa interior aún estaba húmeda. Eduardo se cambió de pantalón, ya que llevaba uno de repuesto y se dirigieron a la casa. Durante el viaje de vuelta, Elizabeth se acostó en su pecho. Se sentía tan bien y tan cálido estar entre los brazos de él que se arrepintió no haberlo dejado seguir. Pero no podía sacar el dolor y el recuerdo de su mente. Cuando llegaron a la caballeriza, Elizabeth esperó a Eduardo mientras guardaba el caballo y caminaron juntos hasta la casa. Eduardo dejó las cosas en la cocina, en donde solo había una muchacha terminando de fregar las ollas. La acompañó hasta la habitación, le deseó las buenas noches y le dio un suave beso en los labios. Ambos sabían que ese era el inicio de algo, un algo que aún no podían definir, pero que era importante.

Elizabeth cabalgó, como todas las mañanas lo hacía con Eduardo. Su sonrojo había aparecido con solo poner un pie en la cocina, no solo por verlo a él, sino también porque entre la señora Claus y

Rosinda no habían parado de interrogarlos. Sabían que habían vuelto muy tarde de su paseo, aunque ambas estaban muy seguras de que eso iba a suceder. Al llegar a la caballeriza, Marcus no paró de hacerle bromas a Eduardo. Todos estaban felices por ellos, aunque exactamente no sabían por qué. Eduardo la llevó a la colina en donde había visto el alba abrazados, se besaron muchas veces y luego regresaron en una pequeña competencia, que Eduardo le dejó ganar. Pasar las horas con él simplemente era maravilloso.

Durante el desayuno les tocó el turno a sus amigas para el interrogatorio; Elizabeth les habló de dónde había ido y de lo que habían hecho -omitiendo las caricias en el agua y en lo que había terminado- y de por qué se habían quedado hasta la noche.

-Creo que ahora no solo eres mi amiga, sino que serás mi cuñada -anunció Katherine emocionada.

-Oh, Kathy, eso no es seguro; solamente estamos intentándolo.

-Te diré una cosa: Eduardo nunca se ha comportado así con una mujer.

-Eso no quiere decir que yo sea la excepción.

-Yo opino que sí; aun así, si lo que Eduardo pretende es que seas su amante, júrale que le corto las pelotas.

-Kathy, creo que es lo único que puedo ofrecerle -bisbiseó.

-Elizabeth, no digas tonterías; sabes que ese matrimonio se disolverá, además, yo sé que...

Elizabeth levantó la mano para que callara; aún no estaba segura de que lo que realmente ambos querían, ya que Eduardo no le había hablado de amor. Se puso de pie, sacó a uno de los mellizos de la silla y lo llevó al césped. Ese día habían tomado el desayuno en el jardín.

-No quiero hacerme ilusiones; es todo -argumentó.

Katherine decidió no decir nada de momento; sabía que su amiga estaba confundida y que aún debía superar muchas cosas. Aun así, conocía a su hermano y la única mujer por la que él había sentido algo había sido Clara, y nunca se había comportado con ella como lo

estaba haciendo con Elizabeth. Podía notar cómo le brillaban los ojos cuando la observaba y la sonrisa que mantenía en la cara. Katherine no era tonta: Elizabeth se iba a convertir en su cuñada, y de eso ella se iba a encargar.

Luego de que los mellizos se quedaron dormidos, permanecieron en el jardín. Habían pasado casi todo el día ahí; Katherine ya se sentía más recuperada y quería disfrutar del día. Le había comunicado a Elizabeth y a Anne que iban a estar una larga temporada ahí, no solo para encontrar la familia de Elizabeth, sino porque, debido a los problemas con su cuñado, Sebastián lo iba a mantener vigilado y debía permanecer fuera de Londres. Estaban charlando muy a gusto cuando una muy sonriente Clara apareció frente a ella; Katherine no aguantó la emoción y corrió a abrazarla.

-¡Dios, mírate! -Le dijo observándola de arriba abajo-. Estás tan radiante...

-Creo que no soy la única. -Le guiñó el ojo.

-Apenas llevan sin verse unas semanas y parece que fuera un año. -Sebastián se acercó a Katherine; ella lo abrazó y se besaron, hasta que oyeron un carraspeo de garganta.

-Hombre, ¿tú de qué te quejas? -Andrew venía tras él con su bebé en brazos; tras ellos venía Mathias que, después de haberle lanzado un par de miradas a Anne, saludó y luego se retiró. Se notaba que quería estar ahí, pero sabía que no era del agrado de los presentes. Al menos, no de Katherine.

Mientras Katherine y Clara cuchicheaban, y Sebastián y Andrew hablaban de sus cosas, Anne se acercó a Elizabeth, que se había alejado de ellos para leer un poco.

-Elizabeth, ¿puedo hacerte una pregunta?

-Claro, Anne, dime.

-No sé cómo decirlo... -titubeó-. ¿Me prometes que no lo dirás a nadie?

-Puedes confiar en mí.

-Cuando conociste a Eduardo, ¿tú sentiste lo mismo que cuando conociste a tu esposo?

Elizabeth se quedó en silencio unos minutos; era exactamente lo que se había preguntado días atrás y lo que le hizo saber que solo había sentido cariño por Thomas.

-No, fue totalmente diferente; Thomas fue quien me buscó a mí, quien intentó conquistarme y me dejó llevar. Con Eduardo sentí una chispa desde el primer momento en que lo vi, una atracción que no solo hace que el corazón se me acelere. ¿Por qué lo preguntas? - Anne estaba ida, analizando las palabras de Elizabeth.

-Hay alguien, y estoy muy confundida, Lizzy; hasta hace unos días, me arrepentía de no haberme escapado e irme con Paul, pero luego...

-Llegó ese otro e hizo que te sintieras diferente.

-Sí, lo he estado pensando, y la cabeza me da vueltas. Creo que aún soy muy chica para esas cosas; es solo que...

-¿Puedo saber quién es?

-Ese es el problema. Es alguien a quien no debo ni siquiera ver.

Elizabeth entendió de quién estaba hablando; ella presentía que él estaba sintiendo lo mismo. Aun así, lo mejor era que Anne se mantuviera alejado de él. Apoyó la mano en la de Anne y se la apretó en muestra de apoyo.

-Creo que a ambas la cabeza nos da muchas vueltas. Te diré una cosa: el hecho de que no sea un santo no quiere decir que no pueda ser bueno. Creo que a ellos solo hay que darles una oportunidad para cambiar; simplemente, puedes conocerlo. Aún eres muy chica, como dices, y para todo hay límites. Una amistad no estaría mal.

Anne estaba muy sorprendida por las palabras de Elizabeth; tenía razón, además. Apenas lo conocía.

-¿Sabes de quién te hablo? -Elizabeth sonrió.

-Sí, sí, sé quién es; descuida, no le diré a nadie. Anne, solamente ten cuidado; no le entregues más de lo que él podría darte.

-Gracias, Lizzy.

-No hay de qué; a mí me hubiera gustado que me dieran esos

consejos con Thomas. En este momento no estaría casada.

-Lizzy, ponte a pensar que, si no te hubieras casado con él, tal vez nunca hubieras llegado hasta aquí.

-Eso es cierto; supongo que es parte de mi destino.

-Confía en él; puede ser que te tenga algo grande -le aseguró Anne.

-Sí, es así, por eso seguiré apostando al destino.

Ambas sonrieron; siguieron su conversación, pasando al tema de los libros, y de otros temas que eran interesantes para ellas. Elizabeth le comentó del encuentro que había tenido con Mathias en la biblioteca cuando escucharon a Clara chillando de felicidad, y Katherine le dijo que guardara silencio. Sebastián y Andrew centraron su atención en ellas; después de un ataque de risas de Clara, se quedaron calladas y se observaron cómplices.

Eduardo había decidido terminar temprano; se sentía un poco agotado. La noche anterior no había dormido bien ya que, cada vez que cerraba los ojos, recordaba el cuerpo desnudo de Elizabeth bajo su cuerpo, cómo se había derretido en sus brazos y lo mucho que le hubiera gustado hacerle el amor. Llegó a la cocina y se encontró con Mathias. Se dio cuenta de que ya Sebastián había regresado. Este lo saludó; tomó la bebida que había solicitado, y salió.

-¿Qué le sucede? -le preguntó Eduardo a la cocinera.

-Dice tener dolor de cabeza; le prepararé una de mis medicinas. Sospecho que es mal de amores. -Eduardo soltó una carcajada.

-Yo no lo creo; él es de los hombres que no sientan cabeza nunca, ni aunque los obliguen a casarse.

-Algo así como tú, muchacho -agregó con ironía. Eduardo arqueó una ceja.

-Yo no soy un libertino que anda tras todas las mujeres de Londres.

-Solamente un testarudo que no centra cabeza ni aunque lo obliguen a casarse.

-Muy chistosa, Claus -le reprochó molesto.

-Aunque creo que nos hemos equivocado. -Dibujó una sonrisa.

-¡Ah sí!

La cocinera entró en el almacén y lo dejó solo. Eduardo tomó una de las galletas que estaban recién horneadas, y salió de la cocina. Al pasar por uno de los salones, notó que todos estaban reunidos en el jardín y se dirigió hacia ahí. Cuando llegó a la puerta, escuchó la risa de Clara y, por primera vez en mucho tiempo, no sintió nada. Salió al jardín y saludó. Notó que Elizabeth lo miraba con un sonrojo en las mejillas y sonrió.

-Pensé que se había escapado una hiena del zoológico -bromeó.

-Deberías llamarlos -replicó Kathy-. Creo que también se escapó un orangután. -Todos empezaron a reír.

Eduardo se acercó a Andrew y le tendió la mano; este lo saludó. Era la primera vez que se fijaba en el hijo de Andrew y Clara; notó el parecido de ambos: era un niño muy lindo.

-¿Puedo? -Señaló el sofá, que estaba desocupado junto a ellos.

-Si no te molesta, sí puedes hacerlo. -Andrew hacía mucho que había olvidado su antigua riña; era algo inútil. Él se había casado con Clara, y ambos eran muy felices.

-Está muy grande -le dijo Eduardo a Andrew.

-Sí, es todo un caballero. -El bebé estaba concentrado mordiendo una mantilla que llevaba amarrada en la manita.

-Si Clara hubiera aceptado, nunca lo hubiera podido hacer pasar por mi hijo. -Andrew sonrió por el comentario tan fuera de lugar.

-Tiene los ojos de Clara.

-Y tu cabello y tu nariz; míralo, si no fuera por los ojos, sería una copia tuya. -El comentario los hizo reír-. No lo tomes a mal, Andrew, espero que lo que pasó ya haya sido olvidado. Lo admito: has cuidado muy bien de ella, y se nota que se aman.

-Esto merece un brindis -elogio Sebastián, quien se levantó rápidamente. Andrew y Eduardo sonrieron.

-Te dije que la haría feliz, y es lo que he hecho hasta el momento y seguiré haciéndolo.

-Recuerda que aún la veo como si fuera mi hermana.

-Lo sé y, ya que es así, ten. -Le puso al niño en su regazo-. También es tu sobrino.

No solo Eduardo estaba muy sorprendido; las damas, que hasta el momento no habían prestado atención a los caballeros, los observaron. A excepción de Elizabeth, todos sabían que Eduardo y Andrew no se llevaban bien. Sebastián salió en ese momento; llevaba una botella con un líquido ámbar y vasos, que colocó en una mesa cerca de ellos.

El hijo de Andrew empezó a observar a Eduardo como si lo estudiara. Eduardo, cuya experiencia con bebés se trataba de un par de cosquillas y de un par de caricias a sus sobrinos, estaba muy asustado. El bebé subió una de sus manitas y apretó la mejilla de Eduardo; soltó una pequeña carcajada. Se acomodó en el cuerpo de Eduardo y siguió mordiendo la mantilla.

-Sebastián, si piensas tener más hijos, deberían ser así. - Sebastián soltó una carcajada y le dio el vaso.

-No soy el único culpable -le señaló con la cabeza a Katherine. Los tres hicieron un pequeño brindis por su nueva amistad.

Capítulo 22

Elizabeth había estado observando a Eduardo desde que se había sentado junto a Andrew y Sebastián, y le sorprendió la reacción de todos cuando Andrew le dio el bebé a Eduardo, y los suspiros de alivio que siguieron. Había quedado como boba observando a Eduardo con el pequeño en brazos; por un momento se lo imaginó con sus hijos y se imaginó lo buen padre que podría ser Eduardo enseñándoles a montar a caballo o llevándolos al río. Dibujó una sonrisa tonta en sus labios. Cómo le gustaría que todo eso sucediera... poder tener una familia junto a él.

Después de que los mellizos despertaron, las risas de los niños llenaron la casa. No solo los padres disfrutaban de estar juntos: los niños también. Andrew y Clara se quedaron a cenar; estaban de lo más entretenidos, aunque Elizabeth notó que Anne estaba desanimada: Mathias no había bajado a cenar, y supuso que ese había sido el motivo. Los invitados estuvieron un par de horas más y luego se retiraron. Antes de irse, Andrew le dijo a Elizabeth que mandaría por ella al día siguiente para que pudiera reunirse con su padre y le diera todos los datos de su familia. La idea le agradó muchísimo.

Elizabeth se sentía agotada; había tenido un día largo, por lo cual, apenas entró en la habitación, se preparó para dormir. Ya se había puesto el camisón cuando escuchó que tocaban la puerta; buscó la bata, se la colocó y abrió la puerta pensando que era Anne. Pero no fue así: encontró a Eduardo con una rosa blanca en la mano.

-No podía irme a dormir sin mi beso de buenas noches, mi ángel. Elizabeth sonrió y tomó la rosa.

-¿Quién dijo que te daría uno? -indagó con una sonrisa coqueta.

-Yo. -La empujó hacia la habitación, cerró la puerta con el pie y

poseyó sus labios, con un beso tierno e intenso que los dejó sin aliento.

-Descansa, mi bello ángel. -Le dio un beso en la nariz y desapareció por la puerta.

Elizabeth, quien aún no recobraba el aliento, sonrió. Se llevó la rosa a la nariz para deleitar su aroma; luego la llevó a la mesa de noche, donde aún conservaba la otra en un pequeño jarrón y la colocó ahí. Se metió entre las sábanas y se dejó ir en brazos de Morfeo con una radiante sonrisa en sus labios.

Elizabeth se estaba preparando para visitar al duque de Richmond; por la mañana, una nota con una invitación a almorzar había llegado a Katherine, y Elizabeth se sintió más tranquila. Desde la noche anterior que Andrew le había comunicado que la llevaría a ver a su padre, se había sentido muy nerviosa, y la presencia de Katherine le daba un poco de alivio. Lamentó que a último momento Anne se negara a ir, excusándose con que se sentía indispuesta, aunque Elizabeth sabía lo que sucedía: Anne debía aclarar algunas dudas y aprovecharía que los señores no estuvieran presentes. Luego de darse un último vistazo en el espejo, se dirigió al cuarto de los niños, en donde Santiago la esperaba. Dio un vistazo a la ventana y sonrió al ver a los lejos a Eduardo montando en los corrales. Había pasado una mañana magnífica con él; así era cada momento junto a Eduardo. Alzó al niño, quien ya estaba intentando llamar su atención.

-¿Listo para salir, mi pequeño caballero?

-Ti, Shami, papi, mami.

-Sí, con todos ellos, que ya nos esperan abajo, vamos. -Elizabeth lo puso en el suelo y le dio la mano. Desde que había aprendido a caminar, quería hacerlo siempre.

Llegaron a Richmond Manor y, tal como le había dicho Anne, la finca y la casa eran mucho más grandes. Fueron recibidos por un mayordomo, que los guio a un salón en medio del jardín, donde

vibraban en el aire las sonrisas del niño de la casa. Elizabeth sonrió al ver a Andrew en el jardín acostado con su pequeño en el césped; Clara estaba en un sofá, en compañía de una pareja de mediana edad.

-Lizzy, ven, quiero presentarte a mis suegros. -Elizabeth se acercó a ellos-. Ellos son Anthony y Marian Miller, los duques de Richmond, y ella es Elizabeth Jones, la muchacha de la que les hemos hablado. -Elizabeth hizo una pequeña reverencia.

-Sin cordialidades, muchacha -le dijo el duque-. Creo que está de más decir que estamos en familia.

-Gracias, mi.... -Guardó silencio cuando el duque arqueó una ceja.

-La estás asustando, cariño -le advirtió la duquesa-. Suele ser un poco gruñón, pero no te asustes.

-No soy gruñón, mujer -protestó el duque.

-¡Sí, lo eres, padre! -le gritó Andrew, seguido de su hijo, que balbuceó algunas palabras. Esto provocó que tanto los duques como Clara rieran.

-Ven, siéntate -le pidió la duquesa.

Elizabeth se sentó frente a los duques; no fue consciente de en qué momento le habían quitado al bebé de los brazos y estaba junto a Sebastián y a Andrew en el césped. Se encontraba muy nerviosa y, apenas cruzó palabra, empezó a morderse el labio.

-Me ha dicho mi hijo que buscas a tus abuelos y que, según sabes, tu abuela es Margarita Tremayer -le comentó el duque.

-Sí, ese era el nombre de las cartas.

-Les pregunté a algunos conocidos y, por el nombre y dirección que tenías, me dijeron que es la marquesa de St. Clared. Según datos, hace aproximadamente cuatro años se fueron a Francia, motivo por el que vendieron la casa en Londres. Aunque, por lo que sé, aún conservan su propiedad en Southampton, que es su residencia oficial.

-Eso quiere decir que no sabe si están aquí o en Francia.

-Eso mismo; aun así, pensaba en hacerle una visita, ya que mis

conocidos están como yo: no los conocemos.

-¿Cuándo hará la visita? -aventuró ansiosa.

-Esta misma tarde, y espero que tú vengas conmigo.

-Yo... no sé...

-Tienes miedo, ¿verdad? -quiso saber la duquesa.

-Sí, ya que, si fueran ellos, no sé cómo van a reaccionar.

-Espero que de buena forma: les alegrará recuperar una nieta perdida.

-Espero que así sea.

-No te angusties, muchacha, y ahora háblame un poco más de ti: solo nos han dicho que eres un ángel para Katherine.

Elizabeth sonrió; empezó tímidamente a hablar con la duquesa. Después de un rato, el duque se retiró para jugar con su nieto, y Elizabeth fue tomándole más confianza a Marian, que le hacía pensar que su madre hubiera sido así si aún hubiera estado viva. La duquesa le contó la historia del salón en el jardín. Cuando Elizabeth le comentó que no era común y que era muy hermoso, Elizabeth encontró otro matrimonio al cual admirar.

Eduardo se había sentido muy desanimado al haber vuelto a la casa y haberse dado cuenta de que Elizabeth no estaba. Había pasado la mañana esperando volver a verla; no había tomado en cuenta que saldría antes del almuerzo. Aun así, se sintió un poco feliz. Eduardo sabía lo importante que era para Elizabeth encontrar su familia; por la mañana ella había estado nerviosa y muy ansiosa, y él se dedicó a tranquilizarla. La retó a una carrera y, luego de haberle ganado, la había llenado de besos. Había hecho todo lo que había podido para distraerla, al menos por un par de horas.

Luego de haber tomado el almuerzo en compañía de Mathias, se dirigió a la biblioteca; había recibido correspondencia del administrador de su padre, al cual le había solicitado ayuda para revisar las demás propiedades. Para su suerte, las demás propiedades estaban en buen estado. Al parecer, solo la que estaba en Southampton había sido abandonada. Tal y como lo había

pensado, el administrador le aconsejó que la propiedad de Worcestershire sería perfecta para alquilarla o para adaptarla como hotel de campo. De hecho, estaba rentada a una familia. Eduardo decidió primero darle un vistazo para decidir qué haría con esta y con los inquilinos, ya que ese sería otro asunto. La propiedad en Yorkshire era más pequeña, así que estaría bien para vacacionar. Arregló otros asuntos más que tenía pendientes, entre estos, enviarle una factura a Trevor por la estancia de Rayo. Había disfrutado redactando la carta; bebió un poco de whisky y decidió regresar a la caballeriza. Pasó por la cocina, robó un par de galletas para él y unas manzanas para su caballo, y luego se retiró escuchando las quejas de la señora Claus. Al llegar a las caballerizas, escuchó a Marcus hablar con alguien. Al acercarse, se llevó una gran sorpresa.

-¡Hey, Char! ¿A qué debemos el honor de visita? -Charlie lo recibió con una carcajada.

-Como le contaba a Marcus, venía a ver tus nuevas adquisiciones.

-Sospecho que aún no te las muestra.

-Sospechas bien: nadie mejor que tú para eso -aseguró Marcus.

-Tú siempre tan especial: tu mujer te mandó esto. -Le dio una pequeña bolsa-. Tienes que darle a Tommy también.

-Lo buscaré; no sé dónde se ha metido esa sabandija. Señores, si me disculpan...

-Ve, luego seguimos con nuestra charla -le dijo Charlie.

Marcus se retiró; iba silbando para llamar la atención del sabueso, donde estuviera.

-¿Cómo va tu corazón? -indagó Charlie apenas Marcus se marchó. Eduardo sonrió.

-En realidad no sé, creo que sigue siendo complicado.

-¿Aún no encuentras? -quiso saber.

-De hecho, sí, vive aquí.

-¿Aquí en Hampshire?!

-No, aquí en la casa: es la niñera de mis sobrinos.

-Vaya, la tienes más cerca de lo que esperabas, ¿y por qué es

complicado?

-Estoy confundido; siento muchas cosas por ella que aún no logro identificar. -Charlie le palmeó la espalda.

-Creo que eso se llama *amor*, muchacho. ¿Ella te corresponde?

-Sí -asintió con una sonrisa-. Hemos pasado días grandiosos juntos.

-¿Cuál es el problema entonces?

-No sé qué va suceder cuando encuentre a su familia, ¿y si me abandona? -Charlie sonrió; no entendía mucho de qué hablaba Eduardo, pero tenía una idea.

-No seas tonto, puede ser que su familia sea importante, pero, si te eligió a ti, se quedará junto a ti. -Eduardo suspiró.

-Aún no definimos nuestra relación; simplemente, nos estamos dando una oportunidad.

-Decídete, muchacho, no vaya a ser que sea tarde y la vayas a perder.

-Lo haré; ahora dime qué haces aquí. No es que no esté feliz de verte.

-Sé que te sientes feliz de que esté aquí: soy tu único amigo, además de aquel viejo y de tu caballo. -Eduardo soltó una carcajada.

-Tengo más amigos, pero, sí, tienes razón: vosotros son los únicos en los que confío.

-Gracias, muchacho, ahora a lo que venía: mi Margarita quiere regalarle un caballo a su sobrina, ¿tendrás alguno disponible?

-Traje un par de yeguas de España; tal vez te guste alguna, ya que de momento no tengo crías.

-Me da igual si me gusta o no; no será mía. -Se encogió de hombros -. A su hermana ni siquiera le gustan los caballos, pero mi mujer insiste.

-¿A tu sobrina le gustan?

-Sí, ella sale algunas veces a cabalgar, pero la urraca esa no les gusta; a veces siento que mi mujer quiere sustituir a nuestra nieta con esa muchacha.

-No creo que sea eso, Char, sé que aún la pérdida de su hija les

causa dolor, y más la de una nieta que desapareció.

-Lamentándome, no haré que regresen, ¿dónde están esos caballos? -cambió de tema.

Eduardo le mostró los caballos; luego sacó las yeguas para que las observara bien. Charlie no sabía por cuál decidirse, ya que las dos eran bonitas. Al final se decidió por una pintona.

-El cumpleaños de mi sobrina va a ser dentro de unas semanas, ¿podrías tenerla aquí mientras?

-Por supuesto, Char, la sacaré a montar para que se vaya acostumbrando -se quedó pensativo-. Tenía que preguntarte algo, no recuerdo.

-Vaya, muchacho, esa mujer te tiene en otro mundo. -Sonrió.

-Es sobre un marqués que vive en Southampton, es solo que no recuerdo cuál es.

-No recuerdo ningún otro marqués. -Charlie asumió que preguntaba por otro que no era él, aunque realmente Eduardo no recordaba que él lo fuera.

-Bueno, ya Richmond se encargará. -Le restó importancia.

-¿Es importante?

-Un poco; es sobre...

-¡Señor, señor! -Los gritos de Tommy los hicieron desviar la vista.

-¿Qué sucede, Tommy? -preguntó asustado.

-Mi padre se ha caído, venga, señor.

Eduardo y Charlie siguieron a Tommy. Encontraron a Marcus sentado en el suelo tratando de frotarse las nalgas mientras mostraba una expresión de dolor.

-¿Qué diablos te sucedió? -inquirió Eduardo.

-Ese condenado animal se me enredó en las piernas -dijo señalando al perro que estaba echado junto a él.

Eduardo sonrió; se acercó a Marcus y le tendió la mano para ayudarlo a ponerse de pie.

-¿Estás bien?

-Sí, solo con dolor de trasero, Tommy, ¡desaparece a ese animal de mi vista! -El perro le hizo ojitos, gimió y luego Tommy lo llamó

para llevárselo a la casa.

-Vamos, deja al pobre niño; adivina quién nos ha comprado una yegua.

-El viejo este -dijo Marcus. Charlie se echó a reír.

-Recuerda que no soy el único viejo.

-Pero están más viejos que yo -replicó.

Los dos hombres siguieron su discusión durante un buen rato; era común que lo hicieran cuando Charlie los visitaba y Eduardo disfrutaba de sus pequeñas peleas sin causa. Luego de que charlaron un poco, Charlie se despidió de ellos y se retiró.

-Mañana prepara a Pinta para Elizabeth, para que se vaya acostumbrando.

-Es una yegua muy mansa; seguro que se acostumbrará rápido, además de que la señorita Elizabeth es muy buena.

-Eso espero. Char se la llevará en uno días. ¿Cómo le fue a ese hombre con Perla? -Señaló al caballo.

-Realmente, estaba muy deseoso y Perla, encantada. Espero que le saque una buena cría.

Luego de haber ayudado con algunas cosas más a Marcus en las caballerizas, Eduardo se dirigió nuevamente hacia a la casa. Elizabeth aún no había regresado, por lo que asumió que no llegarían a la cena. Se dio un baño y luego bajó a cenar. Dio una vuelta por el jardín y tomó otra rosa; quería esperar a Elizabeth para darle un beso de buenas noches y saber cómo le había ido con su familia. Pero asumió que llegaría tarde y cansada. Entró a la biblioteca, en donde hizo una nota; tomó un libro para leer. Antes de irse a su habitación, entró a la de Elizabeth, en donde dejó la nota y la rosa, y luego se retiró a su habitación.

Capítulo 23

Elizabeth no tuvo suerte con la visita a su familia; luego del almuerzo en Richmond Manor, viajó junto a los duques a la hacienda del marqués de St. Clared que, para sorpresa de Elizabeth, era enorme. Cuando tocaron a la puerta, un mayordomo muy amargado les atendió y les informó que los señores no estaban y no sabía cuándo volverían. No quiso dar más información sobre ellos, ya que el duque no había querido decirle el asunto por el cual lo visitaban. Anthony le dejó una tarjeta y con un mensaje; esperaban que el marqués, apenas lo recibiera, lo contactara.

A pesar de que no había podido localizar a los marqueses, el día no había resultado tan malo, ya que estar en compañía de los duques había sido muy agradable. Descubrió que no solo Sebastián se comportaba tan amoroso con sus hijos, ya que Andrew y el duque también lo hacían con sus pequeños. Elizabeth quedó enamorada del salón en el jardín de la duquesa: era perfecto para leer y también para disfrutar en compañía de amigos, como lo habían hecho.

Llegaron muy entrada la noche a Dream House, y los mellizos estaban dormidos. Elizabeth, junto a Katherine, los cambiaron y los dejaron en la cuna. Luego Elizabeth se dirigió a su habitación; había pasado gran parte del día pensando en Eduardo. Solo lo había visto por la mañana y moría de ganas por hablar con él y contarle de su día. Asumió que ya estaba durmiendo, ya que abajo no había nadie; también moría de ganas por hablar con Anne. Sospechaba que ella se traía algo entre manos. Se quitó el vestido y se puso un camisón blanco, cepilló su cabello y luego se metió en la cama. Iba a tomar el libro cuando se percató de que había una rosa y una nota sobre esta. Tomó la rosa y la llevó a su nariz; dibujó una enorme sonrisa y la colocó junto a las demás; ya la primera estaba un poco marchita. Tomó la nota y la leyó; al parecer, ella no había sido la única que moría de ganas de verlo. Guardó la nota junto a la otra e intentó

leer el libro, pero le fue imposible. Su mente viajó hasta unos días atrás, en donde había estado con Eduardo junto al río, y se preguntó qué hubiera pasado si Eduardo le hubiera hecho el amor. Desde ese día sentía mucha curiosidad y también sentía cómo su cuerpo reaccionaba. ¿Sería tan doloroso?

En la mañana, durante la cabalgata, Eduardo la había invitado a dar un paseo por el pueblo por la tarde. Como de costumbre, habían cabalgado juntos al amanecer y, después de que Elizabeth le contó lo que había sucedido con la visita a los marqueses, Eduardo la animó. Al menos sabían que estaban en Inglaterra, y no en Francia, como le habían informado antes. Luego del almuerzo, en donde ya el ambiente estaba mucho más relajado, Elizabeth dejó a los niños dormidos y subió a cambiarse con la ayuda de Anne.

-¿Sabes?, fue buena idea que te hicieras esos vestidos -declaró Anne.

-¿Por qué lo dices? -quiso saber, aunque tenía una idea de a qué se refería.

-Solo imagina: tú saliendo con Eduardo, llevando esos vestidos que solías usar. -Arrugó la nariz al recordar todos los vestidos feos de tonos oscuros.

-Mis vestidos no eran feos -protestó riendo.

-No, pero todos eran negros y grises; no te favorecían. Además, eran de un estilo algo antiguo.

-No lo puedo creer: Anne Williams hablando de moda. -Se echó a reír.

-Creo que algo he aprendido de Kathy. -Se encogió de hombros.

-Y, por lo que veo, tú hoy te pusiste uno de tus mejores vestidos. Anne se observó y le sonrió.

-Ah, este, no lo es, bueno... algo así.

-Descuida, Anne, es normal que quieras verte linda, y querer llamar su atención, pero sí sabes que debes tener cuidado.

-Sí, lo sé, es solo que no creo que sea del tipo de hombre que se fije en una niña como yo.

-Creo que sí lo hace, pero no de la forma que tú quieres, y no eres una niña.

-Eso también lo sé.

-Ven, dame un abrazo y recuerda: si él es el indicado, te lo demostrará.

-Gracias, Lizzy. -Ambas se fundieron en un abrazo-. Ahora vamos a prepararte; no lo hagas esperar.

Elizabeth asintió mientras Anne le escogía un vestido.

Luego de haberse dado un baño, Eduardo se reunió con Sebastián en la biblioteca, ya que tenía que conversar unos asuntos. Luego de haber tocado nuevamente el tema de Mathias, Sebastián se relajó.

-¿Cómo te fue con el asunto de tus propiedades?

-El administrador de mi padre las visitó y están en buen estado; de hecho, la de Worcestershire esta rentada o algo así, según le entendí.

-Si es así, debes solucionar eso: tienes que ver quién está recibiendo el dinero.

-Ya el abogado de mi padre está en eso; al parecer, el antiguo vizconde dejó un testamento, y hay una cuenta a su nombre. De todo eso está cargo su antiguo abogado.

-Parece que todo lo tienes arreglado; no esperaría menos de ti. Eduardo sonrió.

-Ya me conoces: recuerda que, la primera vez que nos reunimos, no hicimos más que hablar de tus planes con la finca, y demás.

-Y hasta la fecha no me arrepiento, ¿cómo va la remodelación?

-Hace unos días anduve por allá, y todo va bien; en unos meses estará listo.

-Sabes que no es necesario que te vayas de acá -le recordó.

-Lo sé, descuida, no me voy ir. De momento.

Tocaron la puerta, y ambos desviaron la atención a ella. Mathias asomó la cabeza.

-Pasa, Mathias -le indicó Sebastián.

Mathias asintió y entró.

-Bueno, si no hay más que hablar, me retiro -dijo Eduardo. Sebastián dio un leve gesto con su cabeza, y Eduardo salió de la biblioteca; cuando se dirigía hacia el vestíbulo, escuchó pasos provenientes de las escaleras y alzó la vista: Elizabeth iba bajando. Llevaba un vestido rosa, con bordados en amarillo, un moño y un pequeño sombrero. Eduardo sonrió: recordó que Elizabeth odiaba los sombreros. De hecho, desde que salía a cabalgar con él, nunca la había visto usar uno. Adoraba que los rayos del sol la alcanzaran, aunque a esas horas de la mañana no corría el riesgo de que su piel se bronceara.

-Lamento si tuve que hacerte esperar mucho -se disculpó Elizabeth apenas llegó donde estaba él.

-Descuida, estaba con Sebastián; recién terminamos. Iba por el carruaje.

-¿No iremos a caballo? -preguntó algo sorprendida.

-No, pequeña, sé que te gustan, pero es más cómodo el carruaje.

Elizabeth tomó a Eduardo de la mano.

La tarde anterior había escuchado a Rosinda decir que en el pueblo había una feria; al parecer, era una de las fechas festivas del lugar, por lo cual organizaban distintas actividades, además de haber distintos puestos en la plaza, en donde podrían adquirir gran variedad de productos. Eduardo pensó que era buena idea llevar a Elizabeth ahí; sabía que ella había pasado la mayoría de su infancia y juventud encerrada en casa de su padre y que, a lo mejor, nunca había ido a una. Al llegar al pueblo, Eduardo la ayudó a bajar; se podía notar que, realmente, el lugar estaba en celebración, ya que estaba muy concurrido de personas.

Elizabeth se agarró del brazo de Eduardo mientras daban un pequeño recorrido por el lugar; ese día se veía guapísimo. Iba con un traje a la medida en color gris, camisa y pañuelo blanco y el cabello alborotado, tal como ella le gustaba. No podía controlar su

corazón, el cual le latía a mil por hora cada vez que le daba una mirada disimulada. Tenía una sonrisa en los labios, al igual que ella. Mientras le iba hablando un poco del lugar, llegaron a una plaza, en donde Elizabeth admiró la gran cantidad de puestos. Era la primera vez que veía algo igual.

-Tengo entendido que el pueblo está celebrando su aniversario; por ello hay tanta actividad.

Un niño se acercó a ellos, y les dio un papel, donde se anunciaba que por la noche habría una interpretación teatral al aire libre. Elizabeth se emocionó.

-¿Podemos ir? -preguntó ansiosa.

Eduardo observó a Elizabeth, y la comparó con una niña pequeña y emocionada.

-Sí, pequeña. -Eduardo visualizó un puesto en donde había una gran cantidad de dulces-. Ven.

Elizabeth se había deleitado con algunos dulces y escogido algunos más para llevarlos a casa. Eduardo, gustoso, se los compró y también les compró a los mellizos y a Sebastián, porque sabía que les gustaban. Luego la llevó a un puesto de telas. Aunque a Elizabeth le habían gustado varias, no quiso ninguna. Dieron un recorrido por los distintos puestos, en donde encontraron juguetes. Eduardo rio al verla emocionada con una muñeca de trapo, que al final no quiso comprar. Había puestos de comida, bebidas y vinos, pero de momento no consumieron nada. Elizabeth se detuvo en un puesto, en donde compró algunas cintas para el cabello.

Llegaron al centro de la plazoleta, en donde vieron a distintas parejas y personas bailando al ritmo de la música que tocaba en ese momento un conjunto de músicos. La música era alegre y contagiosa. Eduardo le tomó la mano. Se aproximaron y empezaron a bailar. Elizabeth sonreía a más no poder.

Eduardo no podía describir lo que estaba sintiendo en ese momento; se sentía feliz y, cada vez que veía a los ojos a Elizabeth y veía esa gran sonrisa, veía a la mujer de su vida. Debía admitirlo:

estaba enamorado. Pensó que era curioso cómo ella había podido cambiar su mundo tan rápido, ya que hacía unos meses que no quería saber nada de matrimonio, y ahí estaba con la mujer con la cual quería formar una familia. Luego de haber bailado algunas piezas y de que Elizabeth había perdido el sombrero, la llevó a beber al puesto de vinos. Elizabeth no había probado un vino tan delicioso como ese. El vendedor era un comerciante local y les había comentado que él tenía un pequeño viñero, por lo cual el vino era fabricado por él mismo. Eduardo le compró un par de botellas y le pidió los datos para seguir comprándole. Se detuvieron en un puesto de comida, en donde compraron cordero asado, que estaba delicioso, ya que las especias utilizadas lograban ese sabor único. Descansaron mientras comían y veían a los demás disfrutar de la música.

-No había disfrutado así en años; nunca en la vida había asistido a algo así.

-Supuse que no; por eso te he traído. -Le dio un beso en la mejilla-. Era una sorpresa.

-¿Cómo te enteraste de que estaban en celebración?

-Sé que al menos dos veces al año hacen ferias, aunque nunca había venido a una: es mi primera vez también.

Luego de haber comido, dieron otro recorrido por los puestos. Se dirigían hacia el carruaje para guardar lo comprado cuando uno de los puestos llamó la atención de Elizabeth. Se acercó y vio a una señora mayor.

-¿Te leo la suerte, muchacha? -se ofreció.

La anciana estaba frente a una mesa en donde se encontraban distintos amuletos, frascos y plantas. -Elizabeth recordó que allí eran muy comunes los gitanos.

-¿Es usted gitana? -quiso saber.

-Sí, muchacha. -Le regaló una sonrisa.

Elizabeth tenía curiosidad; había escuchado que los gitanos tenían el don de ver el futuro, o al menos adivinar parte de este.

-¿Quieres conocer tu suerte, muchacha? Cobro un penique, pero,

por ser tú, te la doy gratis -le dijo al notar su curiosidad.

Elizabeth observó a Eduardo, quien la animó. Él no creía en eso, pero ¿qué mal había en hacerle caso a la señora?

-Sí, ¿qué debo hacer?

-Dame una de tus manos, muchacha, sin guante, por favor.

Elizabeth se quitó el guante de la mano derecha y se la dio a la anciana. Esta la tomó y le estudió la palma de la mano; por unos minutos su rostro no mostró expresión alguna. Luego negó con la cabeza con algo de preocupación.

-Tienes un buen futuro, muchacha, pero ten mucho cuidado: veo a dos hombres: uno es el amor tu vida, con quien podrías compartirla. El otro es una sombra que te puede traer mucha desdicha y, si se lo permites, se opondrá a tu felicidad, y serás infeliz por el resto de tu vida.

»Debo advertirte: ten mucho cuidado con ese hombre. -Su rostro mostraba preocupación-. Es capaz de hacer de todo por codicia.

Elizabeth estaba sorprendida y asustada, ¿dos hombres en su vida? No le quedó duda de que Eduardo era el amor de su vida, ¿quién era el otro? -Muchacha, te doy un consejo: nada de secretos, ya que estos son un gran obstáculo.

La anciana le soltó la mano, y Elizabeth se la frotó con la otra como si quemara.

-Gracias, señora, lo tomaré en cuenta.

La anciana tomó un amuleto y se lo dio.

-Ten, no te podrá proteger del todo, pero al menos alejará un tiempo esa sombra. -Desvió su vista a Eduardo, el cual había estado observando todo y la reacción de Elizabeth-. Señor, un consejo: escuche antes de sacar conclusiones. ¿Gusta que le lea la mano?

Eduardo no comprendía lo que le decía: sacó un par de monedas de la bolsa, y se las dio.

-No, gracias señora, prefiero que no me advierta de mi futuro. -Sonrió-. Gracias por todo.

La señora tomó las monedas; luego tomó uno de los frascos y se lo dio a Eduardo.

-Es muy bueno para las fracturas y dolores musculares; lo va necesitar.

Eduardo iba a negarse a aceptarlo; fue Elizabeth quien lo tomó y lo guardó.

-Muchas gracias, señora.

-Adele, me llamo Adele y, si en algún momento quieren alguna de mis pócimas, pueden preguntarle al del puesto de flores -les dijo señalando un puesto que estaba cerca de ellos.

Elizabeth asintió y se despidió de la anciana.

Capítulo 24

Elizabeth estaba muy pensativa desde que la anciana le había leído la mano; fueron a dejar en el carruaje lo que habían comprado y luego se dirigieron nuevamente a la plaza. Faltaba poco para la actuación, y ya se estaban poniendo sillas en fila para que los espectadores fueran tomando lugar.

Al notar la preocupación de Elizabeth, Eduardo quiso motivarla. Él no creía mucho en las predicciones; no sabía que Elizabeth sí creía. Pasaron por el puesto de flores, y Eduardo compró un clavel rojo. El dueño del puesto insistió en hacerle un pequeño arreglo: lo envolvió en papel de color y le colocó un par de flores pequeñas blancas. Mientras, Elizabeth observaba un puesto en donde había chales.

-Espero que su novia lo disfrute -le dijo el vendedor.

-Oh, no...

-¿Qué esperas, muchacho? Una dama tan hermosa como ella no se encuentra siempre: no pierdas el tiempo -le aconsejó.

Eduardo hizo una mueca y luego sonrió; le pagó y se retiró. Él aún no se sentía preparado para una relación, ¿o sí? En todo caso, estaba teniendo algo parecido. Aún tenía algunas dudas; recordó las palabras de Charlie. Pensó que ya era momento de darse una oportunidad; pensaría en algo especial para hablar con Elizabeth y planear el futuro juntos.

Elizabeth le dio un gran abrazo a Eduardo cuando este le dio la flor, y él aprovechó para robarle un beso. Había deseado hacerlo durante toda la tarde, y no había tenido la oportunidad. Fue algo rápido y pequeño como un susurro; sentir los labios de Elizabeth junto a los suyos le brindaban felicidad. La guio hacia las sillas y se sentaron en medio de las filas que ya estaban listas. La mayoría de las sillas ya estaban ocupadas; los músicos se retiraron, y otro grupo musical tomó el lugar.

Luego de algunas preparaciones por quienes parecían ser los actores, un hombre empezó a narrar. Contaba una historia de amor que había surgido en las calles del pueblo, una leyenda local acerca de un rey y de una princesa, cuyo amor era imposible y prohibido por sus familias. La banda realizaba efectos de sonido mientras los actores interpretaban la obra y el narrador iba contándola. Eduardo había entrelazado sus dedos con los de Elizabeth. A pesar de que ella llevaba guantes, Eduardo podía notar su calidez. La obra había sido divertida, romántica, y unos cuantos no evitaron derramar un par de lágrimas. Ambos lucharon por su amor y, aunque la consecuencia fue vivir como simples plebeyos, lo habían aceptado todo por amor. Elizabeth había estado muy emocionada; Eduardo limpió sus mejillas cuando la vio derramar un par de lágrimas. La obra había estado sensacional; dieron un último recorrido por los puestos, en donde compraron un postre. Luego se dirigieron nuevamente a Dream House. Durante el viaje de vuelta, Elizabeth no paraba de hablar de la impresión que había causado en ella la obra y, aunque Eduardo adoraba escucharla, la calló con un beso. Llevaba toda la tarde deseándolo, y no iba a desaprovechar el momento. La besó lentamente y disfrutó del dulce sabor y suavidad de sus labios. El carruaje se detuvo, y el beso finalizó. El cochero le abrió la puerta; uno de los lacayos bajó las compras. Luego de que Eduardo tomó las cosas de Elizabeth, le dio un par de instrucciones y acompañó a Elizabeth hasta la habitación.

-Creo que llegó el momento de darte las buenas noches.

No era lo que Eduardo quería, ya que realmente quería llevarla a la cama, desnudarla lentamente, acariciando cada rincón de su cuerpo y adorarla hasta hacerle el amor. Cada día su deseo aumentaba tanto que dolía; desde que la había visto desnuda, su deseo se acrecentaba y no paraba. No podía evitar que su miembro reaccionara cada vez que estaba junto a ella y la besaba; aun así, su fuerza de voluntad era grande.

Elizabeth subió una de las manos y acarició su mejilla; no deseaba darle las buenas noches: quería invitarlo a pasar a su

habitación para que le hiciera el amor, aunque estaba llena de dudas. Eso era lo que le impedía dar ese paso. Y lo deseaba.

-Así es, muchas gracias por todo, Eduardo; ha sido un día inolvidable.

-Espero poder darte muchos más días así, mi ángel.

Elizabeth se paró de puntillas y le dio un beso en los labios.

-Apostaré al destino para que así sea.

-Mi dulce ángel, no quiero despedirme. -Eduardo la abrazó, luego la soltó y la besó. Un beso lleno de promesas y dulzura. Luego se retiró a su habitación.

Elizabeth sacó las cintas que había comprado; había elegido unas para Anne, Katherine y Samantha. La niña se iba a ver hermosa con estas. Las colocó aparte para dárselas por la mañana; colocó las flores en un florero. El clavel era hermoso, y se veía mucho más hermoso junto a las rosas blancas. Luego sacó el amuleto junto al frasco que le había dado la anciana; lo abrió y lo llevó a su nariz. Tenía un ligero aroma a menta y lavanda. Lo tapó nuevamente y lo colocó en la cómoda; observó el amuleto, y no pudo evitar pensar en lo que le había dicho aquella mujer. ¿Quién era ese hombre? Pensó en Thomas; no creía que fuera a aparecer. Pensó en su advertencia sobre los secretos, y llegó a la conclusión de que debía confesarle a Eduardo que ella estaba casada. No era creyente de las predicciones, pero, sí, esa anciana tenía razón. Iba a luchar por su gran amor. Con esa idea Elizabeth se metió en la cama; minutos más tarde se quedó dormida: estaba agotada por el grandioso día que había tenido.

Sebastián le había pedido a Eduardo reunirse con él y con Andrew cuando este los visitara. El día anterior, en la conversación que habían tenido, le había hablado de la nueva oficina que instalarían en Southampton. Necesitaba a alguien que se hiciera cargo; aunque usualmente Andrew era quien se encargaba de los asuntos de la naviera (debido a que había adquirido la mayoría de las responsabilidades de su padre), andaba un poco ocupado.

Sebastián había pensado en su hermano, pero de momento tenía que ponerlo a prueba, y estaba concentrado analizando los libros de cuentas. A Eduardo no le pareció mala idea hacerse cargo un tiempo; aun así, no podía, debido al título que había obtenido hacía apenas unos meses, ya que tenía muchas más responsabilidades. Debía terminar la restauración de la casa de Southampton, visitar Yorkshire y Worcestershire para ver las propiedades personalmente, cosa que había retrasado no solo por sus caballos, sino por Elizabeth. También estaba esperando información sobre la propiedad de Worcestershire, ya que, al parecer, allí había estado viviendo una familia desde hacía mucho, y tenía entendido que la propiedad era grande.

La noche anterior, al irse a la cama, Eduardo lo había pensado muy bien: iba a pedirle a Elizabeth que se casaran. Aún no lo tenía muy claro, pero se comprometería con ella, por lo cual quería solucionar todo lo referente a su título y a las propiedades antes de dar ese gran paso. Había pasado casi toda la noche despierto, pensando en la forma de proponérselo, y se planteó pedirle un par de consejos, no solo a su cuñado, sino también a Katherine y a Clara. Aunque ya podría imaginar el alboroto que iban a causar estas.

Sebastián sirvió un par de copas con whisky y se las dio a Andrew y a él. Eduardo pudo notar cómo Mathias le lanzaba dardos con la mirada a Sebastián, pero le habían prohibido beber. Sebastián se sentó tras el escritorio, y empezó a hablar.

-La oficina de Southampton estará lista en un par de semanas, ya que la están remodelando; es muy amplia, además de que está lejos de la zona más peligrosa y está cerca del muelle. No le tomaría mucho tiempo, al que esté trabajando, desplazarse para revisar los barcos.

-Espero ir a verlo pronto -expresó Andrew-; de momento ya encargué los muebles, como me has pedido. -Bebió un pequeño

sorbo del vaso-. Ayer recibí la última correspondencia con lo solicitado a Bridgeport. Como nos indicó Elizabeth, quien se estaba haciendo cargo de ella es William. Todo está igual que como lo dejé hace un año, o eso parece, ya que durante el último año no se ha hecho ningún cambio. Francamente, no veo ningún problema en que Mathias se haga cargo de la naviera, por lo que se están llevando muy bien los libros de cuentas.

-Yo tampoco -corroboró Sebastián-. Igual necesito que se ponga al corriente de todo; de momento, necesito toda la información del último año para que él la estudie.

Mathias arqueó una ceja; Eduardo notó que no le agradaba nada la idea de irse de Inglaterra.

-Mi cuñado nos iba a ayudar, pero, debido a su reciente título, está un poco complicado. De todos modos, él nos puede ayudar en la documentación.

Andrew asintió, y le dio las gracias. Desde que habían hecho las paces, se estaban llevando bien. Eduardo ladeó la cabeza restándole importancia.

-Hay otro asunto pendiente, Sebas. -Andrew se levantó y sacó unos documentos de una carpeta-. Hay un acuerdo al que se llegó con Jones por su porcentaje de la naviera. Creo que no estabas muy informado de ello, ya que por ese tiempo yo estaba hecho una calamidad.

»Henry Jones no nos quiso vender su porcentaje, ya que era lo único que podría dejarles a Elizabeth. Unos meses antes de que volviera, se firmó un acuerdo que establecía que, en caso de su muerte, todo quedaba a nombre de ella. Así también debía recibir su parte de las ganancias, como lo hacía él. Según esto, hay una cuenta a nombre de ella que lleva el abogado, que Henry hizo unos días después que se firmó y a la que se debía estar enviando el dinero.

Eduardo escuchaba con atención; le sorprendió que Elizabeth era socia de esos dos, y no lo sabía.

-¿Qué ha sucedido con ese dinero y por qué Elizabeth no sabe

nada de esto?

-El dinero está en la cuenta de la naviera; al parecer, el abogado estaba esperando mi aprobación. Solo es cuestión luego de dárselo a ella y seguir haciéndolo. Aquí están las cifras. -Andrew le tendió unos documentos a Sebastián, que los tomó y los estudió-. Supongo que su padre no le informó nada y, como esto no está en ningún testamento, tampoco pudo enterarse. -Dio un sorbo al trago-. Supuse que Thomas estaba informado, ya que era quien se hacía cargo de todo cuando Henry murió. También supuse que el abogado o Henry le había comentado; al ser el esposo de Elizabeth, era lo normal que él...

Eduardo sintió cómo el corazón se le detuvo y se puso pálido.

-¿Esposo de Elizabeth!? -Apenas pudo distinguir su voz cuando preguntó.

-Sí, Thomas, a quien dejé de encargado en la naviera cuando regresé...

Eduardo se puso de pie abruptamente. Dejó caer el vaso que tenía en la mano; todos los presentes lo observaron sorprendidos cuando estalló en mil pedazos al tocar el suelo.

-¿Elizabeth está casada? -Su tono era fuerte y exigente; sentía un vacío en el estómago.

-Sí, aunque Thomas está...

No dejó que Sebastián terminara de hablar; caminó hacia la puerta, la abrió abruptamente, y salió de la biblioteca dando un portazo tras él. Todos se quedaron congelados al ver tal demostración; no sabían qué estaba sucediendo. Aunque sí estaban al tanto de su relación con Elizabeth.

Eduardo dio un par de vueltas por el piso de abajo buscando a Elizabeth; sabía que se encontraba en alguna parte de la casa. Solo esperaba que no estuviera con Katherine o con Clara, ya que estaba muy enfadado. No lo podía creer. ¿Cómo era posible que Elizabeth estuviera casada y no le hubiera dicho nada?, ¿a qué se suponía que estaba jugando? La localizó en la terraza junto a Anne.

-¡Eres una maldita mentirosa! -La enfrentó con un rugido.

Elizabeth abrió mucho los ojos y se puso muy blanca. Eduardo comprobó con eso que le estaba diciendo la verdad.

-Yo... Eduardo... lo s-siento... por... -balbuceó.

-No, Elizabeth, no, ¡estás casada, maldición!, ¿a qué estás jugando?

-Déjame explica...

-No quiero que me expliques nada, ¿acaso disfrutaste engañándome? -Rio sarcástico-. Maldición, fui un completo estúpido.

-Eduardo, no es como crees.

-Entonces, ¿cómo es?, porque no entiendo. -Se llevó el dedo índice y el pulgar al puente de la nariz-. ¿Sabes qué? No me interesa, Elizabeth; no quiero saber nada de ti -le dijo con desprecio. Dio la vuelta para irse, y Elizabeth lo tomó de la mano; él se soltó agresivamente.

-No quiero volver a saber nada de ti, Elizabeth -le dijo apretando los dientes con rabia- y, si sabes lo que te conviene, es mejor que te largues nuevamente a Norteamérica.

Salió llevando por delante a Katherine y a Clara, quienes entraban en ese momento en la terraza.

Elizabeth sintió cómo su corazón se quebraba en mil pedazos. No pensó que Eduardo se fuera a enterar antes de que ella se lo confesara. Se dejó caer en el lugar en donde había quedado, y sus lágrimas fueron acompañadas por los sollozos. Qué tonta había sido en creer que podría tener una nueva oportunidad. Anne, que había presenciado todo, se acercó a ella y la abrazó.

-¿Qué sucedió? -quiso saber Katherine al verla llorando.

-Eduardo se enteró de que Lizzy está casada -contestó Anne.

Katherine y Clara se lanzaron una mirada cómplice llena de compasión.

-Oh, Lizzy, pensé que ya lo habían hablado.

Elizabeth sacó la cabeza del pecho de Anne; se limpió la cara y las observó.

-Lo intenté, pero tenía mi-miedo... y... -balbuceó-... y no creí que... que llegáramos a tener algo más. -Volvió a sollozar; Katherine le frotó la espalda.

-Sabía que los sentimientos entre vosotros iban a crecer; Eduardo se veía muy ilusionado contigo, Lizzy.

-Perdón, Kathy, juro que no quería hacerle daño; pensaba decírselo pronto.

-Sé que así es: conozco tu situación. Eduardo es muy testarudo, pero sé que te escuchará, te entenderá y te perdonará.

Sebastián y Andrew entraron en la terraza.

-Lo siento, Lizzy. -Se acercó Andrew-. No sabía que había algo entre vosotros. Sebas no me advirtió y pensé que...

-No tienes por qué disculparte; esto no hubiera pasado si yo se lo hubiera dicho, o si tan solo no se me hubiera ocurrido tener una oportunidad.

-No digas eso; tú te mereces esa oportunidad, Lizzy -la consoló Clara.

Elizabeth soltó a Anne, y los observó a todos; se limpió la cara con un pañuelo que le tendió Sebastián e intentó sonreír haciendo una mueca. Qué ilusa había sido en creer que su matrimonio solo había sido un mal recuerdo cuando estaba ahí atormentándola cada día.

Capítulo 25

Eduardo no quería escuchar a nadie; nada de lo que le podían decir lo iba a hacer sentirse mejor. Elizabeth lo había engañado; había estado jugando con él, y seguramente con su marido, que sabía Dios dónde estaba, y ella ahí jugando a los novios con él. No quería saber nada al respecto. Sebastián lo había abordado antes de salir para tratar de explicarle; no había explicación que valiera la pena escuchar. Se sentía herido, usado. Elizabeth estaba jugando con su corazón y sus sentimientos. Maldito fuera por pensar que podría tener un futuro con esa mujer, ya que, luego de haber encontrado lo que estaba buscando, se iba a ir y no volvería a verla, ya que ella ya se había divertido con él. Todas sus ilusiones y sus ganas de tener una familia murieron ahí, en ese instante en que se había enterado de que Elizabeth estaba casada. ¡Vaya sorpresa!, era una excelente actriz.

Tomó su caballo, sin darle alguna explicación a Marcus, ya que él lo conocía y sabía que estaba molesto. Se marchó; primero empezó a cabalgar sin rumbo, pero cada lugar le recordaba a Elizabeth. Allí había estado cada mañana junto a ella durante el último mes. Allí lo había engañado cada día. Había interpretado muy bien su papel de inocencia; la sentía tan pura cuando le había dado su primer beso, con la inocencia con que ella le había respondido... Había sido un completo idiota. Llegó a la casa que tenía en Hampshire, donde iba cada vez que se quería alejar del mundo, y entró en la biblioteca. Tomó la primera botella que encontró; no perdió el tiempo en tomar un vaso, ya que bebió directamente de esta. El líquido ambarino le raspó la garganta, y sintió cómo su corazón se deshacía. Se había enamorado como un chiquillo de esa mujer, y ahora ella le había roto el corazón. Era un ángel, un maldito ángel del infierno.

Se tiró en el sofá frente a la chimenea, la cual no se había tomado el tiempo para encender y se quedó con la mirada clavada

allí mientras se bebía la botella. Nunca le había gustado beber, pero qué bien se sentía en ese momento. No supo cuándo las lágrimas habían empezado a salir, ya que sintió sus mejillas húmedas. Se las secó de un manotazo y lanzó la botella vacía contra la chimenea. Explotó en mil pedazos al estrellarse contra la pared.

No sabía cuánto tiempo había estado dormido; tenía un terrible dolor de cabeza. Dio un vistazo a la habitación mientras sus ojos se adaptaban a la poca luz que se filtraba por la ventana. Había botellas vacías a sus pies, vidrios rotos, y parecía que había pasado un tornado por la biblioteca. Recordó que, en un arrebatado de furia, había arremetido contra esta. Volcó muebles, tiró los libros al suelo y quebró algunas cosas. Escuchó ruidos fuera de la biblioteca, pero no se movió.

-Milord, si Eduardo se entera, me va matar.

-¿No se te ha ocurrido que quizás esté mal?

-Claro que sí. Es solo que....

-Puedes irte, Marcus, así no tendrás problemas.

-No, milord, me quedaré con vosotros: pueden necesitar ayuda.

Eduardo apenas percibía los susurros; su dolor de cabeza lo estaba matando.

Sebastián abrió la biblioteca y dio un vistazo perspicaz; estaba toda hecha un desastre. Vio un pequeño destello dorado, y reconoció a Eduardo, que estaba sentado en un sofá. Le hizo señas a Andrew y a Marcus para indicarle que estaba ahí y luego se acercó a él.

-Menudo desastre, cuñadito.

-¿Qué demonios haces aquí?

Sebastián se paró frente a Eduardo y a Andrew junto a él para enfrentarlo. Tenía un aspecto desagradable; su barba mostraba aspecto de tener al menos dos días sin afeitar. Tenía los ojos rojos y el ceño fruncido. Se masajeaba la sien, y había muchas botellas a su alrededor. Sebastián observó que se había bebido todas las botellas que estaban en el mueble de licores.

-Por un momento pensamos que habías muerto; llevas

desaparecido dos días. Katherine está desesperada. -No solo ella, pero Sebastián prefirió no mencionar a Elizabeth-. Si no fuera por su estado, puedes jurar que este momento estaría aquí dándote una buena golpiza.

-Estoy muerto, ¿que no ven? -rugió-. Ya pueden largarse. -Arrastró las palabras: sentía la boca pastosa.

-Al menos escúchanos -le pidió Andrew.

-¿A ti quién demonios te metió? Recuerda que la última vez que estuviste aquí, te saqué a golpes; no dudes de que puedo hacer lo mismo.

Andrew arqueó una ceja.

-Inténtalo; estás tan ebrio que apuesto a que no puedes levantarte de ese maldito sillón y, si estoy aquí, es porque hay algo que debo decirte.

-Si vienen a hablar por esa maldita mentirosa, ni pierdan el tiempo. No me interesa nada que me puedan decir de ella. -Tomó la botella que tenía en la mano y bebió-. Ya pueden largarse.

Andrew iba a decir algo más. Sebastián le tomó el hombro y negó con la cabeza. Andrew se mordió la lengua; ambos entendieron que en ese estado no lo iban a hacer reaccionar. Aun así, Andrew habló.

-Las cosas no son como crees.

-Acepto que estés en este estado tan lamentable -siguió Sebastián -. Aun así, deberías ser menos testarudo y escuchar. Tienes dos días para volver a la casa; si no, puedes sacar tus caballos de mi propiedad. No voy a aceptar que Katherine se ponga mal por tu culpa -le advirtió.

Eduardo levantó la botella en señal de brindis.

-Como usted diga, milord -replicó.

-Eduardo -tanteó Marcus-, un hombre, Trevor, llegó ayer. Se llevarán a Rayo.

Eduardo arqueó una ceja; no dijo nada. Sebastián ladeó la cabeza a la puerta, indicándoles que salieran.

Todos se dirigieron a la puerta, pero, antes de salir, Andrew le

dijo: -Él la abandonó.

Eduardo apenas pudo escuchar las últimas palabras; aun así, le hicieron eco en la cabeza. Dejó la botella en la mesa e intentó ponerse de pie. Tal como dijo Andrew, no podía. Se dejó caer nuevamente en el sillón y cerró los ojos. Todo le daba vueltas; la imagen de Elizabeth sonriente se le clavó en la mente, así que abrió de golpe los ojos, lo que los hizo arder. Se bebió todo el contenido de la botella; aún no era momento de volver. Necesitaba olvidarla, pero le era imposible. Elizabeth se le había calado en cada hueso, en cada nervio, en la sangre y en cada rincón de la mente. Soltó un suspiro exasperado e intentó ponerse de pie nuevamente. Escuchó una voz conocida.

-¿Tú también?

-Solo vengo a ver cómo estás. -Mathias se detuvo frente a él e hizo una mueca al verlo-. Ni en mis peores días me he visto así.

-Cállate, imbécil.

Mathias se echó a reír.

-Sé que no es asunto mío. -Llevó las manos a los bolsillos-. Deberías escucharla; no vaya a ser que te arrepientas cuando ella ya no esté.

-¿Algo más? -preguntó con sarcasmo.

-No, es todo lo que vengo a decir. -Empezó a caminar a la puerta-. Se me olvidaba algo: si necesitas ayuda para matar a ese hijo de puta, estaré encantado.

Eduardo escuchó la puerta al cerrarse. No entendía nada de lo que había querido decirle Mathias. Como pudo, llegó a la habitación. No duró ni un minuto en entrar cuando estaba buscando el primer balde vacío para vomitar. Llevaba dos días ahí por lo que le había dicho Sebastián, y no había comido nada. Lamentó no tener sirvientes para que le prepararan un baño. Cuando Rosinda o su hija estaban ahí, ellas eran quienes se hacían cargo de él. Se lavó la cara y notó su estado lamentable. Se maldijo por haber sido tan estúpido; se quitó la ropa y se dejó caer en la cama. Cuando despertó nuevamente, los primeros rayos de sol estaban

apareciendo. No sabía cuánto había dormido, y su estómago ya protestaba. Se puso ropa limpia y bajó a la cocina. Allí encontró una cesta con viandas; al parecer, Marcus le había llevado comida para que se alimentara. Intentó comer, pero nada le pasaba por la garganta. Se preparó un café y se fue a buscar su caballo. No quería volver; aun así, debía solucionar algunas cosas. Luego se largaría de ahí, muy lejos de Elizabeth.

Los gritos y reclamos de Katherine cuando se presentó en Dream House solo habían hecho que su dolor de cabeza aumentara. Luego de darse un baño, afeitarse e intentar comer, se encerró en la habitación. Ya había tenido que escuchar a Katherine, y no quería ver Elizabeth. Sabía que en cualquier momento la podría encontrar por ahí, así que estaba decidido a evitarla lo más posible. Durmió nuevamente hasta el amanecer; se vistió como de costumbre y se dirigió a las caballerizas. Extrañó a Elizabeth; al entrar en la cocina, recordó cómo la esperaba cada mañana. Debía sacarla de su mente. Cabalgó hasta Southampton para comprobar cómo iba la casa; se planteó irse allí apenas estuviera lista. Al volver, Marcus lo esperaba.

-¿Te dijeron por qué se llevarán a Rayo? -le preguntó a Marcus apenas se reunió con él.

-Lo quiere en Londres cerca de él: eso fue lo que me dijo.

-Lo que no quiere es pagar, maldito tacaño; aún no comprendo cómo pagó tanto por él.

-Me dijo que quiere otro caballo; es un regalo para una dama.

-Solo queda Estrella, y no pienso venderla. Necesito aumentar los caballos.

Marcus asintió.

-¿Qué harás con Caballero? Ese jodido caballo no se deja montar por nadie.

-Solo es cuestión de domarlo; prepáralo, yo lo intentaré.

-Eduardo, no creo...

Eduardo lo miró con un gesto indescifrable; Marcus calló y se fue a preparar el caballo. Sabía que nada bueno iba a salir de eso;

Eduardo aún estaba fuera de sí, y el caballo era difícil de controlar.

Eduardo había durado una hora intentando convencer al animal para poderlo montar. Cuando por fin pudo hacerlo, dio un recorrido a paso lento por el corral mientras Marcus lo llevaba agarrado. Hasta el momento Marcus había sentido alivio, ya que tenía un mal presentimiento.

-Suéltalo, intentaré hacerlo andar -le ordenó Eduardo.

Marcus, no muy convencido, lo soltó; hasta el momento el caballo se había comportado bien. Eduardo empezó a caminar con el caballo después de algunas vueltas; lo hizo trotar suavemente e iba alentándolo poco a poco para que subiera la velocidad. De un momento a otro empezó a correr como loco, y Eduardo trató de controlarlo. Cuando pensó que lo había controlado, el animal se levantó en las dos patas traseras y, luego de haber maniobrado, Eduardo cayó del caballo. Marcus corrió hacia él ahuyentando al animal, que corrió en dirección opuesta.

-¡Eduardo! -Marcus le palmeó suavemente la cara-. Eduardo, reacciona, maldición, muchacho, abre los ojos -suplicó. Observó para todos lados y vio a Tommy, que estaba muy asustado-. Tommy, corre a la casa y pide que llamen al médico. Pide ayuda también.

El niño, que acaba de presenciar lo ocurrido, corrió a toda prisa. Marcus se quedó junto a Eduardo y rogó a Dios que se encontrara bien.

Capítulo 26

Elizabeth llevaba cuatro días lamentándose por haber sido tan estúpida al no haber hablado con Eduardo y haberle confesado la verdad desde el principio. Durante el día, trataba de cumplir con sus obligaciones y durante la noche lloraba hasta quedarse dormida. Había estado muy preocupada cuando Eduardo había desaparecido. Comprendió que no quería saber nada de ella y que había puesto distancia de por medio entre ellos. Había escuchado que Andrew y Sebastián lo habían visto; no sabía en qué estado lo habían encontrado. Entre las mujeres habían intentado levantarle los ánimos y la animaban, diciéndole que le diera tiempo, que él la perdonaría. Aun así, Elizabeth se resignó a que lo había perdido; se había sentido aliviada cuando se había enterado de que había regresado. Evitó salir de la habitación para no encontrárselo, aunque moría de ganas por buscarlo. No lo hizo. Esa mañana lo había observado desde la habitación de los mellizos por un rato, hasta que Katherine la obligó a salir de ahí.

-Mi-milady... el... el... señor -balbuceó una de las muchachas cuando entró exaltada.

-¿Qué sucede, Rosa? ¿Cuál señor?

Sebastián salió en el momento y despachó a la empleada.

-Sebastián, ¿qué sucede? -quiso saber Katherine asustada.

-Promete no alterarte: debes cuidarte.

Elizabeth los observaba con suspicacia; luego de la desaparición de Eduardo, Katherine había tenido un ataque de furia y nervios, por lo que tuvieron que sedarla. Sebastián les informó que Katherine estaba embarazada.

-Lo intentaré, Sebastián, ahora dime qué sucede.

-Eduardo se cayó del caballo; hemos llamado al médico. Anderson, Marcus y Leonard intentan levantarlo para traerlo y esperarán al médico. Eduardo sigue inconsciente.

Elizabeth no comprendía lo que acababa de decir; se dejó caer al suelo, sintiendo un vacío en el estómago. Observó a Katherine, quien intentaba mantener la calma y a Sebastián, que se acercaba a ella. No se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que escuchó su sollozo y a Sebastián intentando consolarla.

Anne entró con un servicio de té; le sirvió uno a Katherine y otro a Elizabeth.

-Sebastián, yo me quedo con ellas; el médico acaba de llegar.

-Quiero verlo -balbuceó entre sollozos.

-Esperen aquí, a ver qué opina el médico.

Elizabeth intentó levantarse para ir tras Sebastián; Anne la detuvo.

-P-por favor... -suplicó.

-Esperemos aquí; de nada sirve nuestra presencia en este momento -Fue Katherine la que habló; se mostraba muy calmada.

Elizabeth se levantó y se sentó en una de las sillas; sintió las pequeñas manitas de uno de los bebés. Había olvidado que se encontraban ahí con los mellizos.

-Bebe -le ordenó Anne y le dio la taza, y Elizabeth la tomó-. Le pediré a Rosinda que me ayude con los niños. Kathy, deberías descansar y creo que tú también, Elizabeth.

Elizabeth negó con la cabeza.

-No podría; necesito saber si está bien. -Elizabeth era consciente de que una caída de caballo podía matar a cualquiera.

-Yo tampoco -agregó Katherine-. Esperaremos aquí a Sebastián.

Anne asintió y salió; luego regresó para llevarse a los niños.

Los segundos se hicieron minutos, y los minutos, horas; no sabían cuánto tiempo había pasado desde que había llegado el médico. Sebastián les había informado que lo habían llevado a su habitación, y aún no recobraba el conocimiento. Katherine se mostraba tranquila; Elizabeth comprendía que debía intentar estarlo por su estado. También se dio cuenta de que el té había surtido efecto: había dejado de llorar, aunque se sentía destrozada. Si a

Eduardo le sucedía algo, no sabía qué sería de ella, aunque él ya no la quisiera.

-Amor... -Sebastián abrazó a Katherine, que empezó a llorar-. Tranquila, hermosa, todo está bien.

-¿Cómo está? -preguntó Elizabeth limpiándose las lágrimas.

-De momento está dormido; luego de haber recobrado el conocimiento, el médico lo ha revisado. Se dio un fuerte golpe en la cabeza y estuvo mucho tiempo inconsciente, por lo cual el médico pide que lo estemos vigilando. También se dislocó un hombro, y tiene uno que otro hematoma. Está sedado.

-¿Va a tener consecuencias? -aventuró Katherine.

-Eso no lo sabremos aún. -Sebastián limpió las lágrimas de Katherine-. Mañana vendrá a revisarlo nuevamente.

-¿Puedo verlo?

-Sí; como les dije, está dormido. Si despierta, lo mejor es que no se lleve una impresión, por lo cual lo mejor sería que no estuvieras ahí, Lizzy.

Elizabeth sintió un vacío en el pecho.

-Comprendo; solo quiero ver cómo está.

Sebastián asintió, y la acompañó a la habitación para luego llevarse a Katherine a la de ellos.

Cuando Elizabeth entró en la habitación, Rosinda estaba junto a la cama de Eduardo en una silla. Le dedicó una pequeña sonrisa, y salió.

-No me demoraré mucho -le advirtió Elizabeth; ella asintió.

Elizabeth se acercó a la cama y lo observó. Tenía el pecho descubierto y llevaba una venda que hacía de cabestrillo en el brazo izquierdo. Tenía el cabello alborotado y húmedo. Elizabeth no evitó la tentación de acariciárselo: era tan suave... Le dio una caricia en la mejilla y se inclinó para darle un beso en los labios.

-Espero que algún día me perdones; realmente, me enamoré de ti, y fui una tonta por no haberte dicho nada. -Se enjugó las lágrimas-. Espero que te recuperes pronto. Todos aquí te necesitan

y, aunque yo no vuelva a ver tu sonrisa, no dejes de sonreír. ¿Sabes? Tienes unos ojos hermosos; espero que su brillo nunca se apague.

-Es un muchacho muy terco -dijo un respingo cuando Marcus entró repentinamente-. No sé muy bien qué sucedió entre vosotros, pero sí sé que ese muchacho te quiere y, si su relación tiene solución, no deberías darte por vencida, muchacha.

-Gracias, Marcus -le dijo sin apartar la mirada de Eduardo-. Es muy complicado: él cree que solo estaba engañándolo.

-Y yo creo que deberían hablar; sé que también lo quieres.

-Lo amo, y creo que lo mejor es dejarlo así.

Elizabeth se alejó de la cama y se marchó a su habitación; no salió de allí durante toda la noche y no cenó. Tomó la decisión de que lo mejor era irse de ahí y desaparecer de la vida de Eduardo para siempre. Le escribiría al duque de Richmond para que le diera la dirección de sus abuelos y, si no era recibida, volvería nuevamente a Norteamérica. Puede ser que no tuviera familia ahí; pero al menos aún conservaba su casa. Solamente esperaría a que Eduardo mejorara.

Durante la semana, el médico había ido todos los días. Eduardo había mejorado satisfactoriamente, aunque debía permanecer en cama. El impacto que había recibido en su cabeza había sido muy fuerte y, aunque no presentara ninguna consecuencia, el médico le recomendó que guardara reposo. También debía vigilar su hombro, que le dolía al moverlo y presentaba varios moratones alrededor y en la cadera.

Elizabeth no lo había ido a visitar desde el día que había estado allí. Katherine y Anne eran quienes le informaban de su estado.

-Pienso que deberías hablar con él.

Elizabeth despegó la vista del pequeño que tenía frente a ella y observó a Katherine.

-Eso solo sería perder el tiempo, Kathy.

-Tendrán que hacerlo en algún momento -le aseguró.

Elizabeth negó con la cabeza.

-Kathy, he tomado una decisión y me marcharé. En unos días iré

a visitar al marqués y, si no obtengo una respuesta, volveré a Norteamérica.

Katherine, quien no podía creer lo que estaba escuchando, se levantó exaltada.

-¡Lizzy, no me vas a abandonar ahora! No solo eres la niñera: eres mi amiga y...

-Es lo mejor, Kathy, Eduardo no quiere... Espera, Kathy, ¿adónde vas?

Elizabeth le hizo señas a una de las muchachas de servicio que estaba cerca para que vigilara a los niños mientras seguía a Katherine. Esta entró en la habitación de Eduardo, y Elizabeth la siguió. Eduardo le regaló una sonrisa a Katherine cuando la vio. Al notar su ceño fruncido, desvió la vista y la clavó en Elizabeth.

-¿Qué demonios hace ella aquí?

Elizabeth se quedó congelada en el marco de la puerta.

-Mejor pregunta, ¿qué hago aquí, pedazo de imbécil?

-Tranquila, Kathy, estás alterada y no...

-Sí, y estoy muy furiosa; ya va siendo momento de que escuches. Te niegas a que alguno de nosotros diga algo al respecto, pero ya me harté.

-No te voy a escuchar, Katherine, ahora vete: no quiero ser grosero contigo.

-No me iré hasta que me escuches -lo amenazó apuntando con el dedo.

Eduardo intentó levantarse; su rostro mostró un gesto de dolor y se llevó la mano a la cabeza. Elizabeth, al verlo, se acercó a Katherine.

-Kathy, vamos, o llamaré a Sebastián.

Katherine asintió; antes de salir, lanzó una amenaza.

-Por el momento te salvas; la próxima vez me quedaré aquí hasta que me escuches. Eres más testarudo que esos animales que cuidas, pero yo soy Katherine Rushmore y no perderé a mi niñera por tu culpa.

Usó su apellido de soltera para que recordara quién era su

hermana.

Una extraña visita había llegado a Dream House días después de que Katherine había tenido el pequeño enfrentamiento con Eduardo. Elizabeth tuvo que prometerle que no se iría, para que no volviera a suceder lo mismo.

Una dama había llegado por la tarde, y Sebastián se encontraba con ella en la biblioteca. Luego de que Katherine se enteró y averiguó quién era, le dijo a Elizabeth que era amiga de Eduardo y que había llegado a visitarlo. Elizabeth no podía sentirse peor que lo que ya se sentía. Aun así, quería saber quién era esa mujer, por lo que, antes de que se marchara Katherine, la distrajo al bajar las escaleras, y Elizabeth pudo verla. La reconoció muy bien.

-¿Es cosa mía o esa mujer que vino a visitar a Eduardo está embarazada? -preguntó Anne.

-Sí lo está -confirmó Katherine-. Unos cinco meses aproximadamente.

-La había visto antes. -Se esforzó por hablar más fuerte ya que su voz apenas se escuchaba-. Ella fue a buscarlo al baile de máscaras; la recuerdo porque no llevaba una.

-Oh, ella no estaba enterada del accidente; parece que tenía algo importante que hablar con Eduardo.

-Y si... -Anne cerró la boca de golpe.

-Descuiden; sé lo que están pensando. -Se levantó-. Iré a descansar.

Salió del salón donde se encontraba y se dirigió a la habitación; antes de que subiera las escaleras, fue abordada.

-Mi hermosa Bert, ¿ahora qué sucede?

Mathias se acercó a ella y le limpió las mejillas.

-No es nada, Mati. -bisbiseó.

-Sí, lo es, me enteré de la visita. ¿Quieres hablar?

-Me dirigía a mi habitación...

-Ven; tu habitación no es buena en estos momentos.

En los últimos días, Elizabeth y Mathias habían formado una gran

amistad luego de que él había encontrado a Elizabeth llorando en el jardín una noche y le había brindado su hombro. Ella le confesó todo lo que había sucedido; si bien él estaba enterado, no conocía todos los detalles. Mathias la había consolado y escuchado; aunque fuera difícil de creer para todos, Mathias no se había acercado a ella con malas intenciones.

-Sé lo que estás pensando.

-¿Qué se supone que es? -indagó.

Estaban sentados en una de las bancas del jardín.

-Que el niño que espera esa mujer es de Eduardo.

-No... en realidad... -guardó silencio-... Sí, es lo que pensaba -admitió.

-No lo es -le aseguró-. Esa mujer es la condesa de Rusther y, desde que se casó, su marido se olvidó de ella, y ha sido la amante de Oliver McCarthy durante años. Te puedo asegurar que ese hijo es de él, aunque no me extrañaría que Eduardo haya mantenido alguna relación con ella.

-¿Cómo es que te enteras de todas esas cosas?

Mathias dibujó una sonrisa.

-Llevo un par de años mezclándome con casi todos en Londres, especialmente en los clubes o conociendo mujeres; ya sabes mi mala reputación. -Se encogió de hombros.

Elizabeth soltó una pequeña sonrisa; hacia días que no sonreía.

-Y muy mala -se burló.

-Bueno, no importa, el caso es que ella está enamorada de Oliver y hace un tiempo anduvo buscando con quién darle celos, y Eduardo cayó. Sé que fueron pocas sus visitas.

-Eso no asegura que no sea su hijo.

-Pero yo sí escuché cuando Oliver le decía a uno de sus amigos que no iba a permitir que su hijo naciera con el apellido del conde, quien había aceptado al niño.

-¿Eso es posible?

-Sí, sí, se marchan de Inglaterra; aun así, Oliver debe cumplir cierta condición de su padre.

-Oh, entonces...

-Supongo que vino a despedirse. -Mathias fijó la vista en el cielo-. Deberías intentar hablar con él: tienes la excusa perfecta.

-No quiere hablar conmigo, ¿y qué excusa tengo?

Mathias dibujó una enorme sonrisa.

-No solo tú eres mentirosa: él también tiene secretos, y esa mujer es uno de ellos.

-Pero... tú... oh, vaya, ya entendí. -Elizabeth puso los ojos en blanco -. No creo que quiera hablar conmigo.

-Deberías intentarlo; es un poco... -agudizó la voz-... testarudo.

Elizabeth siguió el hilo invisible de la vista de Mathias y vio un montón de muselina verde. Anne caminaba por el jardín.

-¿Le dirás algo en algún momento?

-Aún no lo sé; lo mejor es mantenerme alejado de ella.

Mathias le había confesado a Elizabeth lo que sentía por Anne y de la pequeña relación que habían mantenido hasta el incidente que los había delatado. Después de eso Anne se había alejado debido a su reputación.

-Ella no te juzga, y lo sabes.

-Beth, ella cree que soy el mismo de siempre.

-Deberías intentarlo.

-Lo pensaré; de momento no estamos hablando de mí -cambió de tema-. Deberías decirle lo que me contaste acerca de ese desgraciado.

-Lo sé, pero ni siquiera me dejará decir media palabra.

-Te apuesto a que sí; vamos, yo te acompaño.

Elizabeth iba a hacer el último intento por arreglar las cosas e iba intentar todo para que Eduardo la escuchara y la perdonara.

Capítulo 27

Eduardo se encontraba sentado junto a la ventana; luego de la visita de Casandra, le había pedido ayuda a Anderson para salir de la cama. Llevaba dos semanas ahí, y estaba aburrido: extrañaba sus caballos. Se había sentido muy feliz por Casandra: Oliver había aceptado su paternidad y, a pesar de que el conde no iba a castigarla por su falta, Oliver decidió irse lejos con ella y hacerse cargo del niño. Casandra había ido a despedirse de él y agradecerle por haber hablado con Oliver; gracias a ello, todo había resultado así. Eduardo le tenía cierto aprecio a la muchacha, y lo único que lamentaba es que no volvería a verla, ni a Oliver.

Escuchó la puerta abrirse y desvió su mirada a ella. Elizabeth entró; estaba más delgada. Llevaba círculos negros debajo de sus ojos, los cuales estaban apagados. Se mordía el labio inferior, como cuando estaba pensando; aun así, se veía hermosa. Eduardo sintió su corazón latir con fuerza y lo reprendió; en todo ese tiempo no había dejado de sentir por ella lo que sentía. Cada día pensaba en ella, y se preguntaba por qué no lo había ido a ver, o si iría mientras él dormía, aunque no había percibido ese aroma a jazmín durante mucho tiempo. Quería abrazarla y perderse en ese aroma; recordó lo que los había alejado y frunció el ceño.

-¿Qué haces aquí? -rugió.

-Vengo a hablar contigo; ya es momento de que me escuches -afirmó con un tono de voz autoritario.

-No voy a escucharte; ahora vete.

Elizabeth cruzó los brazos en su pecho.

-No me iré, Eduardo; me vas a escuchar en este momento, ya que, si yo te estuve engañando, tal parece que tú también lo hiciste.

Eduardo abrió muchos los ojos, y Elizabeth entendió que el plan de Mathias había funcionado.

-¿De qué demonios hablas?

-¿Quién era esa mujer? ¿Es tuyo el hijo que espera?

-Eso a ti no te importa, Elizabeth -le dijo exaltado.

-Claro que sí, ya que esa mujer te llegó a buscar a la celebración de tu madre, y ahora se presenta aquí con una barriga.

-Ese niño no es mío, y no te debo ninguna explicación; en cambio, tú...

-Sí, yo sí que te la debo. Pero has sido tan tozudo que no me has dejado hacerlo.

-¿Para qué insistes en seguir engañándome, mujer? Puede ser que los hayas engañado a todos, pero a...

-No he engañado a nadie -lo interrumpió molesta-. No he hecho más que decir la verdad, y ellos son testigos, si bien no es cierto que solo viene a buscar a mi familia, ya que también lo buscaba a él o al menos quería tener algunas respuestas.

-¿Acaso tu marido no está en Norteamérica?

-¿Ahora sí me vas a escuchar? -Negó con la cabeza-. No, no tengo ni idea de dónde está. Se marchó dos meses después de la muerte de mi padre, cuando apenas llevábamos casados cuatro meses, y eso fue hace un año y medio. Hasta el momento no sé su paradero.

»Pensé que Andrew sabía dónde estaba, ya que me dijo que vendría por un asunto importante, del cual Andrew no sabía nada. Simplemente se lo tragó la tierra o el mar. -Hizo un movimiento con la mano-. No tienes idea de lo que sufrí, no porque él se fuera, sino porque mi padre acaba de morir y me quedé sola. ¿Sabes lo que es estar sola durante un año sin saber qué hacer? Pensé lo peor, y me hundí en la depresión, hasta que un día dije que era suficiente y fue cuando encontré las cartas de mi madre. Acá he encontrado un hogar que no había tenido nunca; encontré amigos, y hasta el amor, así que Eduardo, dime, ¿estoy jugando contigo?

Eduardo tenía las manos en la cabeza; estaba intentando procesar la información. Ese tipo había sido un canalla: abandonarla cuando más lo necesitaba y desaparecer... No sabía cómo

reaccionar; subió la mirada a Elizabeth y notó que estaba llorando.

-Digamos que te creo; aun así, sigues casada.

-Lo sé -dijo con tono cansado-, y no sabes cuánto lo lamento. Me he sentido tan mala persona al desear que esté muerto y que yo pueda ser libre.

-¿Te abandonó con cuatro meses de casados?

Elizabeth asintió.

-No fue un matrimonio de los que se digan agradables, aunque, conociendo las costumbres, era lo más común.

-¿Puedes explicarte? No logro entender.

-Dormíamos en habitaciones separadas desde el principio. Luego de casarnos, el Thomas tierno desapareció. Llegaba a altas horas de la noche ebrio y salía muy temprano. Apenas lo veía durante la semana; se mostraba agresivo, y no hubo más muestras de cariño.

-Sí, lo más común. Así son la mayoría de matrimonios por interés.

-Me di cuenta de eso cuando llegué aquí, pero ¿qué interés tenía? Ni mi padre ni yo teníamos dinero; lo único era la naviera, y mi padre le había vendido su porcentaje a Andrew.

Así que Elizabeth no sabía que ella también era propietaria de la naviera; supuso que Andrew aún no se lo había dicho.

-Solo él sabrá cuáles eran sus motivos, ¿y los tuyos?

-Creí que estaba enamorada; era el primer hombre que me había cortejado, aunque nunca me dio flores: solo sus palabras amables - recalcó la última palabra.

-Ni siquiera te habló de amor, ¿verdad?

Elizabeth negó con la cabeza.

-Fui una ilusa y creí que me amaba, y...

Eduardo levantó la mano para que guardara silencio. Se quedó pensativo unos minutos. Elizabeth lo observaba de hito a hito.

Eduardo sentía que su cabeza le daba vueltas; no sabía si creerle, aunque su corazón le ordenaba que sí lo hiciera. Elizabeth se mostraba sincera; ya había dejado de llorar. Vio un dejo de furia en

su mirada. Eduardo dudó un minuto y luego le hizo un gesto para que se sentara junto a él en el diván. Elizabeth se acercó junto a él. Eduardo la miró a los ojos; necesitaba una respuesta, una que le confirmara que no le estaba mintiendo, que todo lo dicho y vivido era real. Bajó su mirada a los labios y recordó su primer beso y su primer encuentro, la inocencia y timidez con la que había reaccionado y la forma en que lo había rechazado.

-Tengo una duda: si estabas casada, ¿cómo es que cuando te besé por primera vez reaccionaste como si nunca lo hubieran hecho? Supongo que tu marido alguna vez lo hizo.

-Sí -afirmó con la cabeza-. Lo hizo un par de veces, pero solo fue un roce de labios. Nunca me besó de la forma en que tú lo haces. - Se sonrojó.

Eduardo no pudo evitar sonreír por su reacción.

-¿Aún eres virgen? -Elizabeth abrió muchos los ojos seguido de un sonrojo-. Lo siento, pero debo saberlo; la vez que... lo intentamos, reaccio...

Elizabeth le colocó un dedo índice en la boca para que callara.

-No, no lo soy; Thomas se encargó de consumir el matrimonio, y lamento mi reacción ese día. Es solo que... -Bajó la voz casi a un susurro -. Fue muy doloroso.

Eduardo estaba tratando de asimilar la información.

-La primera vez siempre duele. -No pudo evitar las lágrimas de Elizabeth y comprendió que algo estaba mal-. ¿Puedo saber cómo fue? -Supuso que no supo prepararla.

La vio inhalar profundo; sostuvo el aire unos minutos y soltó el aire. Se mordió el labio mientras más lágrimas brotaban de sus ojos; abrió la boca y la cerró. Pasaron unos segundos hasta que consiguió las palabras que necesitaba.

-El día de nuestra boda, Thomas se fue a celebrar con sus amigos. Mi padre se había marchado esa noche para darnos espacio, ya que el matrimonio había sido tan precipitado que no tuvimos luna de miel. Recuerdo que traté de mantenerme despierta, pero el cansancio me ganó y me quedé dormida. Mi nana apenas me había

contado lo que sucedía en la noche de bodas; estaba muy nerviosa. Escuché ruidos; desperté y salí a ver. Thomas llegó muy ebrio; se tambaleaba y creo que se cayó al subir las escaleras. No quise enfrentarlo; cuando lo vi frente a mí, traté de acercarme y me rechazó. -Se quedó en silencio unos minutos-. Cuando me dirigí nuevamente a mi habitación, me pidió perdón por su comportamiento. Supuse que se debía a su estado, así que le pedí que fuera a dormir y lo dejé ahí en el pasillo. -Las lágrimas de Elizabeth aumentaban; Eduardo había tomado una de sus manos y se la acariciaba para darle apoyo-. No había llegado a la cama cuando entró como loco, me lanzó a la cama y cayó sobre mí. -Tragó saliva; tenía la mirada perdida-. Apestaba a alcohol y empezó a decirme que era su mujer y no debía rechazarlo. Intenté quitarlo, pero me golpeó. Quedé aturdida por el golpe. -Eduardo apretó el puño de la mano libre con fuerza; le dolió el hombro al hacerlo-. Sentí que subió mi camisón y luego solo sentí dolor, mucho dolor. Lo golpeé lo más que pude, pero fue inútil; no supe en qué momento se quedó dormido sobre mí. Como pude, lo quité. Me encerré en la habitación de mi padre lo que quedó de la noche. Tenía las piernas llenas de sangre y...

Eduardo la besó para que no siguiera; en ese momento su sangre hervía. Deseó matar al maldito con sus propias manos, pero lo que más deseaba en ese momento era consolar a Elizabeth, a esa niña que había perdido la inocencia de esa manera tan vil... Ella no lo merecía; simplemente no lo merecía. Se juró a sí mismo borrar cualquier rastro de dolor del cuerpo de Elizabeth y cada mal recuerdo de su mente.

-Ya entiendo tu reacción: pensaste que te iba a lastimar.

-No, yo sabía que no me ibas a lastimar, pero recordé todo el dolor que sentí, y temí volver a sentirlo.

-¿Fue la única vez que sucedió?

-Sí, al día siguiente se disculpó, y juró no volver a hacerlo. Ni siquiera lo recordaba de no haber sido por la sangre, pero ya el daño estaba hecho. Cada noche trancaba mi puerta con el temor de que

lo volviera a hacer, ya que en distintas ocasiones se había mostrado violento conmigo, aún más después de que murió mi padre.

-No comprendo por qué se casó contigo.

-Me he hecho la misma pregunta, y más aún cuando llegué aquí y los conocí a todos.

Eduardo la acercó a él y la abrazó como pudo, con el cabestrillo en el brazo.

-Te debo una disculpa, amor mío; espero que me perdones.

La vio negar con la cabeza.

-Yo te debo una a ti por no haberlo dicho antes, pero es...

-Lo sé, ¿te puedo pedir algo?

Elizabeth lo miró a los ojos, que brillaban como a ella tanto le gustaban. Asintió.

-Déjame demostrarte que no es doloroso, que puedo hacerte sentir muy bien, y que en mis brazos vas a olvidar todo lo que sucedió con ese bastardo.

-Es lo que más quiero; lo he querido desde esa vez que te rechacé.

-Oh, amor mío.

Eduardo la besó, primero con dulzura, luego con ardor, cuando ambas lenguas se encontraron y danzaron juntas. Eduardo acarició el cuello de Elizabeth y fue bajando su mano, rozando sus pechos, su cintura, y la volvió a subir. Buscó los botones del vestido de Elizabeth y, como pudo, con una mano los desabrochó. Maldijo en silencio su hombro dañado; bajó el vestido de Elizabeth hasta que dejó al descubierto la fina tela de seda de la camisola. La ayudó a terminar de quitar el vestido, hasta que quedó en ropa interior. Elizabeth se quitó los zapatos y las medias. Eduardo se levantó y la llevó a la cama. En el camino ambos quedaron desnudos; la tumbó en la cama y se apoyó sobre ella. Luego de besarla, se deleitó con sus pechos, los besó, los lamió y los succionó como niño glotón y luego hizo un camino de besos hasta llegar a su vientre. Al llegar ahí, Elizabeth cerró las piernas. Él la miró con ternura y le regaló su sonrisa de bribón.

-Ábrete, amor mío, prometo que lo disfrutarás.

El cuerpo de Elizabeth adquirió un tono rosa y, después de un momento, abrió las piernas. Eduardo se perdió entre sus pétalos; los lamió y dio suaves mordiscos hasta encontrar su botón, que succionó suavemente. Elizabeth no pudo evitar emitir un pequeño gemido en el que susurró su nombre.

Eduardo se deleitó con su sabor; mientras disfrutaba de su capullo, sus dedos se ocupaban de brindarle fricción, a la cual Elizabeth reaccionó pegando su cuerpo a ellos. La sintió estremecerse y soltar un fuerte gemido. Luego de unos minutos, subió dejando un camino de besos hasta llegar a su boca; se acomodó en medio de sus piernas y la sintió ponerse tensa.

-Amor mío, te prometo que no dolerá, ¿sientes eso? -Bajó su mano y tocó la humedad-. Estás preparada para mí.

Elizabeth tragó saliva, y Eduardo frotó su miembro en la humedad y la distrajo con besos. Lentamente la penetró; la sintió moverse y le susurró palabras dulces hasta que ella se abrió totalmente para él. Se hundió profundo y la observó a los ojos, que estaban muy abiertos.

-¿Te duele?

-No, solo se siente raro.

-Es normal; ya pasará. Intentaré moverme.

Eduardo se quitó el cabestrillo y lo lanzó al suelo para poder acomodarse mejor; soltó una maldición entre dientes al sentir un tirón de dolor en el hombro. Aun así, no se detuvo; empezó a mover sus caderas con un suave vaivén, y sus labios se apoderaron de los de Elizabeth, recibiendo cada gemido y cada suspiro de su parte. Se adentró con un poco más de fuerza, y Elizabeth arqueó las caderas para sentirlo más cerca. Sus movimientos fueron sincronizados y las embestidas, cada vez más profundas y rápidas. La sintió estremecerse.

Elizabeth sintió cómo por todo su cuerpo la recorría una ola de placer, y su mente quedó en blanco. Gritó mientras apretaba con fuerza el cabello de Eduardo, que estaba entretenido con sus

pechos. Elizabeth soltó el agarre y dejó caer la cabeza en la cama. Eduardo, quien había disminuido el vaivén de sus caderas para deleitarse, aumentó el movimiento, y Elizabeth se estremeció de placer. Eduardo susurró su nombre en varias ocasiones y salió de ella con un rápido movimiento, soltando un gruñido fuerte. Dejó caer su cabeza en el pecho de Elizabeth y lamió uno de sus pezones. Luego de regalarle una sonrisa a Elizabeth, se puso de pie y tomó una toalla para limpiar su simiente del abdomen de Elizabeth. Ella lo observó con un sonrojo, y él se tumbó junto a ella; la atrajo junto a sus brazos y la besó.

Capítulo 28

Jamás habría imaginado de tal acto fuera a causarle tanto gozo y felicidad, y mucho menos que lo disfrutaría. Después de lo vivido con Thomas, pensó que todo era igual. No era así. Elizabeth se había olvidado del mundo que los rodeaba en esa pequeña burbuja donde solo existían ellos dos. Estaba acostada sobre el pecho de Eduardo, con las piernas entrelazadas, mientras jugaba con el vello de su pecho. Eduardo jugaba con un mechón de su cabello mientras le brindaba suaves caricias.

-¿Te duele? -le preguntó al verlo moverse y soltar un jadeo.

Elizabeth no se había dado cuenta de en qué momento se había quitado el cabestrillo.

-Un poco; espero ya poder quitarme eso. Me siento tan inútil...

-Es por tu bien, ¿no? Deberías colocarlo nuevamente.

-No, no lo sé. -Eduardo hizo un puchero.

Elizabeth recordó el frasco que le había dado la gitana; había dicho algo sobre golpes.

-Ya regreso. -Tomó la bata de Eduardo; abrió la puerta. Se asomó al pasillo. Recordó que Mathias le había dicho que esperaría ahí: supuso que se había aburrido. Caminó en puntillas hasta su habitación; tomó el frasco, y volvió a la habitación de Eduardo.

Eduardo, quien la había visto venir con el frasco, preguntó: -¿Qué es eso?

-¿Recuerdas lo que nos dio la gitana? Tengo entendido que sus remedios son muy buenos.

-No lo creo, pero, si tú quieres probar, hazlo.

Elizabeth echó un poco del líquido aceitoso en sus manos y masajeó suavemente el hombro de Eduardo. Lo vio suspirar y jadear.

-¡Dios! No sé si son tus manos o esa cosa, pero qué bien se siente -suspiró.

Elizabeth sonrió satisfecha; vertió otro poco más del aceite en

sus manos y lo masajeó unos minutos más; había aún restos de un moretón.

Eduardo atrajo a Elizabeth y la sentó en su regazo mientras la besaba suavemente.

-Antes de que todo esto sucediera, había decidido hacer algo. No sé qué va suceder ahora, o qué vamos a hacer. Igual, yo ya tomé una decisión. -Elizabeth lo observaba expectante-. Quiero que seas la madre de mis hijos, la mujer que va compartir su vida con la mía hasta dar mi último aliento, a la que quiero amar y adorar en cada rincón de su cuerpo. Quiero que seas mi mujer, mi amiga, mi amante y mi esposa.

Elizabeth no se había dado cuenta de en qué momento había empezado a llorar. Lo tomó de las mejillas y lo besó. Eduardo sonrió. Elizabeth aún no le daba una respuesta, ya que se había quedado sin palabras.

-Pensé en darte un anillo y, bueno, que fuera más romántico -balbuceó-. ¿Aceptas?

-¡Sí! -chilló-. Sí a todo; quiero ser todo eso y que tú también lo seas.

Eduardo la besó de la emoción; se fundieron en un beso lleno de pasión, de promesas. Pensó en hacerle el amor nuevamente, pero tocaron la puerta. No les dieron tiempo de reaccionar cuando esta se abrió; por suerte, Eduardo estaba tapado con la sábana de la cintura para abajo, y Elizabeth llevaba su bata, aunque la evidencia de la ropa regada por su habitación no la pudieron ocultar.

-Cuando me dijeron que Elizabeth estaba aquí, pensé que se había matado ya. Es un alivio que no haya sido así. -Katherine los observó con ternura-. Lamento interrumpir y, cabezotas, no vuelvas a hacerla llorar.

-No lo haré, y tú cuídate. -Katherine salió cerrando la puerta detrás de ella.

Elizabeth estaba colorada: los habían capturado in fraganti.

-Creo que mejor me visto.

Eduardo hizo un puchero.

-Quédate así: te ves hermosa. -Metió la mano hasta encontrarse con uno de sus pechos y apoderarse de él-. Tengo acceso a tocarte.

Elizabeth soltó un jadeo seguido de una carcajada; hacia días no reía así. Aún tenían algo que aclarar.

-Eduardo, yo me quiero casar contigo, pero, como verás, yo ya...

-Ya lo solucionaremos; les pediré ayuda a nuestros locos amigos. Igual, tengo un contacto en el parlamento: puede ser que nos ayude.

Elizabeth se sintió esperanzada; tenía una nueva oportunidad de ser feliz y de estar con el hombre que amaba, así que apostaría al destino para que pronto pudiera ser la esposa de Eduardo. Ese día permanecieron en la habitación de Eduardo, donde les llevaron la cena y luego, por las súplicas y pucheros de Eduardo, pasaron la noche juntos. Eduardo disfrutó de su cuerpo y ella, de las nuevas sensaciones que le provocaba.

En los últimos días, Eduardo ya estaba mucho más recuperado. Los mareos y dolores de cabeza no habían vuelto y, gracias a ese remedio milagroso, su hombro estaba casi sano, aunque no podía montar, y lo extrañaba. Elizabeth había vuelto a sus tareas diarias: cuidar de los niños y ahora de un niño más grande, el cual se negaba a dormir solo. Elizabeth no había vuelto aceptar dormir en su habitación, aunque todos en la casa sabían que eran pareja y que posiblemente pronto se casaran. Elizabeth se mantenía firme en su decisión, cosa que no impedía que Eduardo se colara en la habitación de Elizabeth y le hiciera el amor todas las noches.

Eduardo había hablado con Sebastián y con Andrew sobre la situación de Elizabeth. Este último le dijo que había estado investigando, y el matrimonio podría ser anulable o podría divorciarse o, en última instancia, sacar un acta de defunción para que la declararan viuda. En cualquiera de los casos debía viajar a Norteamérica. Eduardo primero le pediría ayuda a Trevor: tal vez él pudiera darle algunos consejos. De momento estaba esperando alguna oportunidad para salir y buscar un bonito anillo para

Elizabeth.

-¿De verdad te animarás a montar conmigo? -Estaba muy sorprendida por la propuesta.

-Por supuesto, ¿no confías en ti?

-Oh, claro que sí, es solo que temo lastimarte.

Llevaban un rato con la pequeña discusión en la cocina. Eduardo le había dicho que fueran a la poza y le había pedido a la señora Claus que le preparara una cesta con viandas. Pero, debido a que aún le molestaba el hombro para montar, le había pedido a Elizabeth que fueran en un solo caballo.

-No lo harás -le aseguró con una sonrisa.

-¿Si mejor esperamos a que estés del todo recuperado?

-Amor mío, ya Claus preparó la cesta: además, no es muy lejos.

-Es que nunca he llevado a nadie.

-Yo te ayudo; no llevarás sola el caballo; yo también necesito un poco de ayuda.

Elizabeth iba a protestar; en ese momento llegó Tommy.

-¡Señor, señor! Un amigo suyo lo busca.

-¿Sabes de quién se trata?

-Sí -asintió entusiasmado-. Es el que vino cuando Capitán botó a mi padre.

Eduardo recordó a Marcus en el suelo y rio.

-El viejo Char; supongo que viene por la yegua. Ve y dile que ya llego. -Se giró hacia Elizabeth-. Voy a adelantarme; recoge la cesta y alcánzame. Me gustaría que conozcas a Charlie: es un buen amigo.

Elizabeth asintió, y Eduardo le dio un beso en la nariz.

Charlie estaba apoyado en el corral observando a los caballos pastar, cuando Eduardo llegó.

-¡Hey, viejo! No te esperaba aún.

Charlie arqueó una ceja.

-¿Acaso aún no está preparada la yegua?

-Por supuesto, es solo... diablos, olvídalo.

Charlie esbozó una sonrisa.

-Ya me contaron que estuviste en cama por dos semanas; que casi te rompes la crisma.

-Bueno, sí, aunque si me la golpeé muy fuerte, ya sabes: soy un cabeza dura. De momento solo espero que se me termine de recuperar el hombro.

-Bueno, muchacho, al menos estás aquí para contarlo; ahora dime, ¿cómo es que te vas a casar?

-Cómo corren los chismes; no sabía que Marcus era así. -Lo vio alejarse con el rabillo del ojo-. Sí, ese es el objetivo, aunque aún sigue siendo complicado.

-¿Será que en algún momento me dirás algo diferente de la muchacha? Es la misma, supongo.

-Sí, lo es. Es mi ángel -En ese momento Eduardo la vio acercarse -. Quiero que la conozcas: ahí viene.

Elizabeth llegó a ellos, y Eduardo se adelantó para darle la mano y tomarle la cesta. Charlie aún seguía de espaldas.

-Es ella. -dijo Eduardo, y Charlie se dio la vuelta-. Ella, mi ángel, Elizabeth.

Charlie iba a hablar, pero las palabras no salieron de su boca. Hacía diecisiete años no veía ese rostro, esos ojos y esa sonrisa. Parpadeó un par de veces, esperando que la imagen no se borrara.

-Amor mío, él es mi vie... -Eduardo se quedó sin palabras al ver la expresión de Charlie.

-Eleanor -consiguió decir Charlie-. Mi preciosa Eleanor.

-No Char, ella es Elizabeth...

A ver que ambos que habían quedado muy quietos, Eduardo no entendía qué estaba sucediendo.

-Eleanor era el nombre de mi madre -respondió Elizabeth.

-Eres idéntica a ella; su sonrisa, su rostro, sus ojos, mis ojos. Solo el cabello es igual al de tu padre.

Eduardo observó a Elizabeth y luego a Charlie. Tenía razón: era el mismo color de ojos, los mismos ojos.

-Mi padre tenía el cabello rubio; siempre me dijo que mi cabello era igual al de mi madre.

-Tu madre era rubia, al igual que mi Margarita, tu abuela.

Elizabeth dibujó una O en su boca, y Charlie la atrajo a él y la abrazó con fuerza. Eduardo estaba conmovido con la escena. Nunca se hubiera imaginado que Charlie era el abuelo de Elizabeth aunque, si lo pensaba bien, todo tenía sentido.

-¿Tú eres Charlie Tremayer, marqués de St. Clared?

-Así es, mi pequeña Elizabeth. Llevamos años buscándote. Nos dijeron que habías muerto, aunque tu padre siempre creyó que le habían mentido.

-Yo... yo vivía con mi padre.

Charlie negó.

-Él no era tu padre: es una larga historia pequeña, y creo que este no es el lugar. Dios, ya me puedo imaginar lo feliz que se pondrá mi Margarita al verte. Ha estado manteniendo tu habitación preparada; siempre sintió que regresarías con nosotros.

-Pensé... yo fui con el duque de Richmond hace unas semanas y... no...

-Oh, sí -dijo desinteresado-. Como no me dieron un motivo válido, no respondí a la visita ni leí la nota. Desde hace años no me mezclo con la aristocracia; hasta había olvidado que era marqués.

En ese momento, Eduardo salió de la ensoñación en el que había estado hasta el momento por la escena.

-¡Ya recordé!, cuando te conocí, me dijiste que eras marqués, pero poco te importaba el título.

-Sí y desde ese día nos hicimos amigos, lo que me recuerda, ¿te vas a casar con mi nieta? -le preguntó con una ceja arqueada.

-Sí, ya te lo había dicho. Aunque es un poco complicado.

Charlie entrecerró los ojos.

Elizabeth, al ver que su abuelo iba a protestar, lo defendió.

-Si es complicado, no es culpa de él: es más bien mía.

-Vaya, qué curioso, tú eres el nuevo vizconde de Kingswood, ¿verdad?

-Eh, sí, ¿qué tiene eso que ver?

-Que las cosas vuelven donde pertenecen. Tal vez hay una parte

de toda esta historia que Elizabeth aún no conoce y que debe conocer, ¿la llevas a mi casa? Debemos hablar con ella; me adelantaré para darle la noticia a mi Margarita.

-Claro que la llevaré; solicitaré carruaje.

Charlie se despidió de ellos, y Eduardo llevó a Elizabeth adentro.

-¿Por qué no vamos a caballo?

-Presiento que la conversación va a ser larga; me iré a cambiar.
¿Tú irás así?

Elizabeth observó a Eduardo, quien estaba vestido solamente con camisa, pantalón y botas altas, Elizabeth llevaba un vestido sencillo; aun así, decidió cambiarse. Le pidió ayuda a Anne, ya que estaba muy nerviosa, y se puso un vestido rosa. Anne le arregló la trenza. Cuando bajó, ya Eduardo la estaba esperando. Llevaba un traje azul, camisa blanca y pañuelo blanco. Se veía igual de nervioso que ella. Anne le deseó suerte. La abrazó muy feliz. Eduardo la tomó de la mano y la guio hasta la entrada. El carruaje ya esperaba por ellos.

Capítulo 29

En las últimas semanas, Elizabeth había experimentado muchas emociones, principalmente con Eduardo, y en ese momento sentía que ese iba a ser su segundo día más feliz en la vida, ya que el primero había sido cuando Eduardo le había confesado sus sentimientos. Estaba nuevamente de pie ahí en aquella puerta enorme de madera, en la que había estado semanas atrás, llena de nervios. Eduardo la tenía tomada de la mano con fuerza para darle apoyo mientras llamaba a la puerta. El mayordomo les abrió inmediatamente, y los hizo pasar. Todo indicaba que ya los esperaban. Elizabeth cruzó el umbral de aquella puerta; no habían terminado de pisar el recibidor cuando un lío de seda y algodón se abalanzó contra Elizabeth y casi caen al suelo si Eduardo no las hubiera sostenido. Estaba sorprendida por la reacción; la dama se detuvo frente a ella. La observó de arriba abajo y viceversa mientras le tenía las manos agarradas.

-Dios, eres idéntica a mi Eleanor, mi pequeña Lizzy; volviste a casa.

La dama empezó a llorar, y Elizabeth comprendió que era su abuela; era una mujer de unos sesenta años. Se veía muy joven aún y las canas apenas se le notaban, ya que combinaban bien con su cabello rubio. Era muy parecida a ella, con algunos años más. Sus ojos eran marrones; tenía una sensación de familiaridad.

-Mi Margarita, no la sofoques. -Charlie apareció tras ella-. La vas a asustar.

La marquesa la soltó; se limpió la cara con un pañuelo que tenía en las manos. Sonrió y luego limpió la de Elizabeth, que no se había dado cuenta de que había estado llorando.

-Lo siento, lo siento -se disculpó y se alisó la falda-. Estoy muy emocionada; eras apenas una bebé cuando te tuve en brazos por última vez.

Elizabeth estaba muy sorprendida; ella tenía entendido que había nacido en Norteamérica y sus abuelos no la habían conocido.

-¿Me conocieron cuando era una bebé? -preguntó con curiosidad.

-Oh, claro, mi niña, pasaba mis tardes junto a tu madre y a ti desde que naciste.

Elizabeth tomó nuevamente la mano de Eduardo, que había soltado con el abrazo.

-No comprendo... la carta... mi padre...

-Pequeña, aún hay muchas cosas que debes saber; ven a la biblioteca -ordenó Charlie.

Elizabeth no sabía cómo reaccionar o qué pensar; había creído que su familia la iba a rechazar. Había sido todo lo contrario: no había dejado de recibir abrazos desde que había entrado en la casa. Tal había sido el caso de la ama de llaves; había llegado con un servicio de té. La observó con lágrimas en los ojos y, luego de haber puesto todo en una mesita, la abrazó con fuerza. Según lo que le había dicho la marquesa, trabajaba desde que Eleanor era una niña y siempre les había tenido un especial cariño. Había notado también la mirada del mayordomo llena de nostalgia, y la cocinera le había enviado pastel de manzana alegando que era el favorito de su madre, aunque en ese momento Elizabeth no podía comer, ya que nada pasaba por su garganta.

-¿Puedo saber por qué mi madre huyó a América?

-Tu madre no huyó: tu padre la envió ahí, Lizzy, deja que te cuente cómo sucedieron las cosas.

Elizabeth asintió; Eduardo apretó su mano, que ella no había soltado desde el momento en que habían entrado en esa habitación.

-Tu verdadero padre no es Henry Jones, sino Román Stuart, el antiguo vizconde de Kingswood.

Eduardo abrió muchos los ojos; iba a decir algo. Charlie no se lo permitió.

-Así es, muchacho, el antiguo vizconde.

Elizabeth miró a uno y luego al otro sin comprender.

-Hace unos meses me convertí en el vizconde de Kingswood;

como ya te había dicho, tengo un contacto en el Parlamento y bajo coacción obtuve el título nobiliario.

Charlie soltó una carcajada al ver que Elizabeth abría los ojos.

-No es tan malo como lo pinta, mi pequeña, es solo que no es lo que él quería -le indicó Charlie.

-¿Por qué? -quiso saber.

-Como sabes, mi padre es conde; cuando él muera, el título será mío, y eso es algo que nunca me ha interesado, en fin -cerró el tema-. Sigue, Char.

Al ver que Elizabeth no entendía mucho de eso, hizo una pequeña pausa y luego procedió.

-Bueno, como decía, tu padre fue el vizconde de Kingswood; murió hace cinco años. -Elizabeth se lamentó con la noticia, aunque no sabía qué sentir-. No sé por dónde empezar, todo es tan...

-Confuso -terminó Elizabeth.

-¿Y si le cuentas desde el principio, cariño? -propuso la marquesa.

-Tienes razón. -Le palmeó la mano a Margarita y le sonrió con cariño-. Tu padre se convirtió en vizconde a los veintiún años, cuando un familiar muy lejano murió. Era un muchacho muy humilde y amante de los caballos, igual que mi Eleanor. Empezó a trabajar aquí como mozo de cuadra cuando tenía diecisiete años; hacía pocos meses había perdido a su padre y habían quedado en la ruina, por lo cual el muchacho empezó a trabajar para ayudar a su madre y hermana. -Charlie se perdió en sus pensamientos mientras relataba la historia-. Tu madre tenía catorce años cuando se conocieron; fue amor a primera vista. Pasaban mucho tiempo juntos y salían a cabalgar, y ahí nació su amor. Cuando Román obtuvo el título y las propiedades, se trasladó a Kingswood House. Un año después se casaron, y naciste tú en esa casa en ruinas, que ahora le pertenece a Eduardo. Fue un amor muy bonito, aunque ninguno lo esperaba. Eleanor siempre disfrutaba de la compañía de Román y de los otros muchachos, ya que su pasión era estar cerca de los caballos.

-¿Elizabeth nació ahí? Entonces la habitación de niños era de ella.

-Sí, y vivió su primer año, hasta que tuvieron que huir.

-¿Huir?, ¿de qué? -interrogó Elizabeth.

-Huir de quién sería la pregunta. Había un hombre, uno que se había encaprichado con tu madre. Cuando se enteró de que tu madre se había casado con Román, intentó secuestrarla. Gracias a las autoridades, estuvo preso por algún tiempo, o eso creíamos.

»Meses antes de que tu padre tuviera que tomar esa dura decisión, él se había escabullido en la casa y te había raptado. Por suerte, uno de los muchachos que trabajaba para tu padre lo vio y dio la alerta. Después de eso, la caballeriza se incendió de la nada; tu padre siempre dispuso de bastantes empleados, y fue algo que no paso a más que un caballo muerto. Luego empezaron a llegar las notas de amenazas; quería no solo matar a tu padre, sino también a ti, y fue cuando Román tomó medidas drásticas.

-Oh, eso fue... espantoso -concluyó.

-Mucho, mi niña; nosotros no sabíamos el plan de tu padre. Solo nos llegó una nota en donde decía que Eleanor había huido con Henry. Él era la mano derecha de tu padre con los asuntos de caballos; tenía algunos años viviendo aquí y era el hombre de confianza de tu padre, o eso creía.

-¿No era así? -Elizabeth no podía creer lo que estaba oyendo.

-No, no lo era, al menos no después de algunos años. Mientras tú y tu madre estaban en Norteamérica, Román se encargó de buscar a Duncan y eliminarlo. La idea de él era que, mientras vosotras estaban seguras, él iba a atender el asunto. Alguien más lo hizo por él: apareció muerto tiempo después.

»Tu padre nos buscó y nos confesó la verdad, y fue cuando Margarita empezó a enviarle cartas. Habían pasado ya dos años desde que se habían marchado. Tiempo después, Román viajó a Norteamérica para traerlas personalmente. Le había escrito a Henry para que estuviera al tanto de todo, pero no obtuvo respuesta. Al llegar ahí, recibió la noticia de que ambas habían muerto; fue hasta la tumba de tu madre, y le extrañó que tú no tuvieras una. Henry dio sus excusas, pero tu padre no confió en él y empezó a

investigarlo, y fue cuando desapareció y su familia también.

-Eso fue cuando nos trasladamos a Bridgeport; recuerdo que, antes de que mi madre muriera, vivíamos en Texas. Aunque, antes de ir ahí, estuvimos en un lugar que no recuerdo.

-Sí, tu padre y yo pagamos un detective y fuimos personalmente a buscarte por toda Norteamérica, pero no había ni señales de ti, ni de él; luego de un año de búsqueda, tu padre y yo regresamos aquí. Seguimos pagando investigadores, pero ninguno dio con tu paradero.

Tanta información le estaba causando dolor de cabeza, ya que el hombre de quien creía que era su padre no lo era, y no solo eso: la había alejado de su verdadero padre y de su familia. Y Elizabeth no sabía qué sentir respecto de eso.

-Yo siempre supe que estabas viva y que ibas a regresar con nosotros.

Elizabeth subió la mirada a su abuela, y lo que vio en sus ojos le hizo sentir cálido el corazón.

-Me cuesta procesar todo eso, ¿cuál era el motivo de que mi padre me retuviera con él?

-Román sospechaba que estaba enamorado de tu madre y que, al perderla, quedarse contigo era tener un pedacito de ella.

-Fue cruel; me alejó de todos los que me querían y, prácticamente, me tenía encerrada en casa. Ahora entiendo el porqué.

-Fue muy egoísta, y se llevó el secreto a la tumba, por lo que veo -dijo Eduardo, que hasta el momento había escuchado en silencio brindándole soporte a Elizabeth.

-Si no hubiera sido por las cartas que encontré, no me hubiera dado cuenta de que tenía más familia.

-Gracias al cielo, ya que ahora estás aquí, mi niña -exclamó feliz la marquesa.

-Sí, ahora lo sé y me siento muy feliz de haberlos encontrado.

-Ahora hay que recuperar el tiempo perdido, ¿te vendrás a vivir con nosotros? -preguntó la marquesa ilusionada.

Elizabeth observó a Eduardo y luego a su abuela y dudó.

-Me encantaría, es solo que trabajo para lady Katherine y...

-Dios mío, trabajas. ¿De qué, mi niña?

-Soy la niñera de sus hijos, aunque soy más que eso: ella me brindó un hogar y su amistad.

-Comprendo, mi niña, pero tu hogar está aquí con nosotros.

Eduardo carraspeó.

-Mi Margarita, creo que aún no te he presentado al muchacho.

-Tienes razón, querido, de la emoción apenas lo noté. ¿Quién es?

-Es Eduardo Rushmore; como escuchaste, el vizconde de Kingswood y, por lo que me acabo de enterar, el prometido de nuestra Elizabeth.

-Y el hermano de Lady Katherine -añadió Elizabeth.

-Oh, mi Dios, estás viviendo en la misma casa que tu prometido; eso está mal, mi niña -soltó la marquesa preocupada.

-Cálmate, cariño, deja que los muchachos se expliquen.

Eduardo dibujó una sonrisa que parecía más una mueca.

-Abuela... ¿puedo llamarla así?

-Claro, mi niña.

-Conocí a Eduardo meses después de empezar a trabajar para Lady Katherine, y bueno...

-Fue amor a primera vista -siguió Eduardo al ver el sonrojo de Elizabeth. Eduardo le habló de cómo su amor había ido creciendo durante las cabalgatas matutinas y los paseos. Omitió el problema que habían tenido, ya que el tema aún no se había tocado-. Hace unos días le pedí matrimonio, y ella aceptó.

-De igual forma, está mal que viváis en la misma casa, Elizabeth se muda ahora mismo con nosotros.

Eduardo dibujó su perfecta sonrisa de bribón.

-Sospecho que tendrá que negociarlo con mi hermana, milady.

-No tengo ningún problema, ¿han puesto fecha a la boda?

-Es complicado.

-Muchacho, no has parado de decirme eso desde que me hablaste por primera vez de ella -protestó Charlie.

-Abuelo, en realidad, sí es complicado, verán, yo ya estoy casada.
-Intentó sonreír, pero no pudo borrar la cara de sorpresa de sus abuelos. Parecía que se les iban a salir los ojos.

-¿Nos puedes explicar eso, Elizabeth? -exigió Charlie.

Elizabeth se hizo pequeña por el tono de voz empleado por su abuelo; aun así, procedió. Les contó la forma que había conocido a Thomas y cómo se había casado, su desaparición.

-Es un maldito hijo de puta que ojalá se esté pudriendo en el infierno -terminó Eduardo.

El marqués arqueó una ceja al notar el ceño fruncido y rabia de Eduardo.

-¿Hay algo que Elizabeth no nos está contando?

-Sí, lo hay, amor mío, ellos deben saberlo -dijo mirando a Elizabeth. Ella asintió bajando el rostro, a lo que Eduardo se lo subió dándole un beso en la nariz-. No tienes por qué avergonzarte mi vida. -Fijó nuevamente la vista en los marqueses-. El muy maldito violó a Elizabeth; sé que cualquiera lo defendería ya que era su esposa. Para mí, es lo más ruin que puede hacer un hombre.

-Para mí también lo es. -Notó cómo a Charlie se le había quebrado la voz y las lágrimas de la marquesa-. Es muy bajo, ¿y dicen que no saben dónde está?

-No, lord Andrew me está ayudando con eso, ya que era su empleado. -Apenas pudo contestar, ya que hacía unos segundos había quedado estrujada en el pecho de su abuela.

-Ojalá nunca aparezca ese maldito, o juro que mataré a ese hijo de puta -soltó el marqués-. Dime una cosa, Elizabeth, hasta el momento has utilizado el apellido de Henry, ¿verdad?

-Así es: Elizabeth Jones.

-Supongo que Henry falsificó algún documento o se registró como tu padre en Norteamérica; en realidad, tu apellido es Stuart, Elizabeth Stuart, que es lo que dicta tu acta de nacimiento, que aún conservo. Fue de las pocas pertenencias que pudimos recuperar de tu madre.

-Eso quiere decir...

-Sé lo que piensas, muchacho, no es seguro. Solo déjame averiguar. Hace rato que no visito palacio; puede ser que me dé una vuelta, y de paso visito al abogado de Román. Sé que por ahí hay un testamento.

-Hablando de eso, ¿puedo saber por qué Kingswood Manor estaba en abandono?

-Cuando volvimos de Norteamérica, Román se negó a vivir ahí. Cada cosa le recordaba a Eleanor y a Elizabeth, así que se marchó a Londres, donde también tenía una propiedad. Vendió los caballos y se olvidó de la casa.

-Comprendo: fue una lástima.

-Esa fue la casa en la que nació Elizabeth y vivió su primer año.

-Supongo que por eso me resultó familiar cuando la vi.

-No creo que la recuerdes, pero algo debiste haber sentido.

El ama de llaves los interrumpió; la cocinera quería saber si Elizabeth y Eduardo se quedarían a cenar y, si era así, quería prepararle su plato favorito.

Capítulo 30

Elizabeth se dirigió al salón con su abuela, quien quería enseñarle una pintura de su madre, mientras Eduardo se quedó junto a Charlie en la biblioteca, bebiendo una copa de whisky para celebrar tanto el reencuentro como la futura boda. Aún había algunas cosas por resolver, pero, si de algo estaban seguros, era de que Eduardo se casaría con Elizabeth.

-No estás de acuerdo con que se traslade aquí, ¿verdad? -indagó el marqués.

-La verdad, no, estoy acostumbrado a verla todos los días y...

-Y sospecho que algo más sucede entre vosotros, aunque este carcamán prefiere no saberlo. -Charlie sacó de su escritorio lo que parecía una caja fuerte; extrajo una llave que llevaba junto a su reloj de bolsillo, y la abrió-. Sé que estás enamorado, muchacho, se nota; por eso quiero darte algo.

Charlie sacó una bolsita de terciopelo y se la dio a Eduardo; este la abrió y saco una sortija de oro blanco, con un único diamante azul. Subió su mirada a Charlie, interrogante.

-¿Qué es esto, Char?

-Es la sortija que le dio Román a Eleanor cuando se comprometieron; cuando Henry le informó a Román que había muerto, le dio una caja con algunas pertenencias, más que todo cartas. También estaban la sortija y un relicario con la foto de Elizabeth y sus padres. Ese se lo daré a Elizabeth luego. Román me dijo que, si algún día la encontraba, quería que ella lo tuviera.

-No sé qué decir... Esto... tiene mucho significado. -Admiró la sortija-. Había pensado comprarle una pronto. No sé si es correcto que se la dé yo -balbuceó.

-Estoy seguro de que es lo más correcto. Román hubiese hecho lo mismo si hubiera estado vivo -le aseguró con una sonrisa.

Eduardo guardó nuevamente la sortija en la bolsita y la metió en

el bolsillo de la chaqueta.

-Estuve pensando en proponérselo de otra manera; no sé si me entiendas -expresó acongojado-. Digamos que la forma en que la hice no fue especial...

Charlie soltó una carcajada.

-Ahora eres un romántico empedernido.

-No. -Se avergonzó-. Es solo que... Elizabeth merece algo especial. Después de lo que vivió con ese bastardo, me propuse que cosas como esas fueran inolvidables para ella.

-Y no tengo dudas de que lo conseguirás. -Le palmeó el hombro-. Y no solo eso: la quieres y sé que harías lo que sea por ella.

Eduardo soltó el aire que había estado reteniendo, ya que estaba hablando no solo con su amigo, sino con el abuelo de Elizabeth. Por lo tanto, él podría desaprobador la relación.

-La amo; me comporté como un imbécil con ella, y quiero enmendar mi error.

-¿iEh!? -exclamó Charlie.

-No pongas esa cara; deja que te cuente, Char.

Elizabeth observaba el retrato de su madre con adoración. Sus abuelos tenían razón: si no hubiera sido por el cabello dorado de su madre, diría que era ella misma. A su memoria llegaron recuerdos de ella: de la noche en que observaban las estrellas y le había dicho que la estrella más grande sería ella que la cuidaba desde el cielo, y de las veces que la había llevado al corral del señor Parker (uno de sus vecinos) a observar los caballos, que Elizabeth veía con euforia. También recordó la vez que le había dicho a su madre que tendría un caballo llamado *Stormy*. Eran pocos los recuerdos y muy borrosos, pero los amaba. Elizabeth disfrutó contándoselos a su abuela, quien los escuchaba con nostalgia y adoración.

Margarita solo había tenido a Eleanor, ya que le había sido difícil concebir. Después de tres pérdidas, la alegría había llegado a su vida con Eleanor, quien era la alegría y luz de su hogar. Eleanor había sido una niña muy avispada y extrovertida; había amado los caballos

desde el primer momento en que los había visto. Uno de sus sueños había sido participar en una carrera, sueño que le había cumplido Charlie.

Eleanor no había sido una niña mimada, aunque los marqueses siempre habían querido darle las mejores cosas y una buena vida. Había nacido con todas las comodidades en la que podían criarla, pero con la libertad de una niña del campo. Disfrutaba de estar entre las caballerizas acompañada por los mozos de cuadra y por los caballos.

-La primera yegua que tuvo tu madre se llamó *Stormy*.

-¿En serio? -Se sorprendió-. Supongo que en algún momento me lo dijo, y por ello recuerdo su nombre.

-Supongo; recuerda que se sentaba en la mecedora de tu habitación y empezaba a hablarte de los caballos. Tu primer juguete fue un caballito de madera que talló tu padre. -Sonrió soñadora-. Insistías en morderle la cola.

-Me imagino que fue mi preferido, aunque no lo recuerdo -susurró con nostalgia.

-Se lo diste a tu padre antes de partir; creo que parte de tus cosas aún está guardada en un baúl en Kingswood Manor, si tu prometido aún no ha sacado las cosas de ahí.

-Hace unas semanas estuvimos ahí; la estaban reparando. Estaba muy abandonada. ¿Será posible que aún estén ahí?, ¿que no hayan sido robadas?

-Aunque tu padre la abandonó por muchos años, sé que siempre iba a reencontrarse con su pasado. Ahí estaban todos los recuerdos de Eleanor y los tuyos.

-Me hubiese gustado conocerlo; siento aquí -se puso la mano en el pecho- que me amó mucho.

-Y así fue, mi niña; ambos te esperaron con ansias y mucho amor, y él nunca dejó de buscarte.

Elizabeth derramó unas lágrimas.

-¿Tendrá algún retrato de ellos?

-Aquí no; recuerdo que en Kingswood Manor había un retrato de

ambos.

-Le pediré a Eduardo que me lleve ahí; también espero que aún esté parte de sus recuerdos ahí. -Elizabeth sacó el sobre del bolsillo secreto de su falda-. Ah, esta fue la última carta que escribió mi madre para usted.

La marquesa tomó el sobre y sacó las hojas de papel; la abrió con cuidado y empezó a leerla. No pasó mucho tiempo hasta que las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Al terminar, la dobló nuevamente y la oprimió en su pecho.

-Cómo lamento no haber estado cerca de mi muchacha y de ti, mi niña. Todo hubiera sido tan diferente... -Sollozó.

Elizabeth abrazó a su abuela para consolarla.

-Me hubiese gustado mucho; aun así, no tuve tan mala vida.

-¿Cómo puedes decir eso? Creciste alejada de tus seres queridos, de los que te amamos, de tu padre y de todas las comodidades que merecías, sin dejar de lado lo que sufriste con ese hombre.

-Ahora estoy aquí; los encontré y también tengo a Eduardo; supongo que, de haber sido todo diferente, no lo hubiera conocido.

-Dicen que, si está destinado a ti, en algún momento se hubieran encontrado: es parte del destino, y creo que así hubiera sido.

-Supongo que sí; de igual forma, ahora estoy muy feliz con todo esto. Tengo un par de amigas muy curiosas también.

La marquesa no pudo evitar sonreír por el comentario; le pidió a Elizabeth que le hablara de ellas, y ambas se olvidaron del dolor de la distancia y de los años robados. Elizabeth le habló de la forma en que las había conocido, de todo lo que habían hecho por ella y de la gran amistad que las unía, especialmente con Anne, la cual se había convertido en su mejor amiga los últimos meses.

Elizabeth y Eduardo habían estado en casa de los marqueses hasta altas horas de la noche, ya que habían estado recuperando el tiempo perdido. Eduardo se sentía como un intruso; aun así, permaneció al lado de Elizabeth, la cual agradeció que lo hiciera.

La marquesa le había insistido a Elizabeth en que se quedara,

pero se negó. Quería pasar más tiempo con ellos y saber más de sus padres, pero tenía un compromiso con Katherine. Les prometió a sus abuelos que, apenas Katherine consiguiera una niñera, se trasladaría a Clared Manor, ya que se sentía muy agradecida con ella y con toda la ayuda que le habían brindado los Beckham, además de que adoraba a los pequeños. También porque no quería estar lejos de Eduardo; se había acostumbrado a las visitas furtivas a su habitación por las noches. Además, aún debía hablar con los duques de Richmond no solo para agradecerles la ayuda, sino también el apoyo que le habían brindado. Debido a eso, los marqueses iban a realizar una cena para conocer tanto a los Beckham como a los Miller y darles un agradecimiento. Los marqueses también estaban planeando un baile para presentar a Elizabeth y celebrar su llegada; aún debían hacer las presentaciones a la reina y algunos trámites, por lo cual en algunas semanas se trasladarían a Londres.

La noticia había sido tomada con euforia entre gritos y abrazos por parte de Katherine y de Clara. Esta última, luego de haber recibido esa mañana una nota enviada por Elizabeth para informarle la noticia, se habían reunido después del desayuno con Katherine y con Elizabeth en Dream House. Anne, que también estaba muy feliz y había sido la primera en recibir la noticia, estaba muy feliz esa mañana, aunque Elizabeth la notó algo distante.

Katherine no solo había reído, ya que también había llorado porque iba a perder a su niñera y, con la llegada del nuevo bebé, iba a ser más difícil cuidar a sus niños. Aunque en parte era efecto de las hormonas, ya que estaba muy feliz y sabía que iba a seguir reuniéndose con Elizabeth no solo porque eran amigas, sino porque pronto sería parte de la familia cuando se casara con Eduardo. Esa noticia había tomado por sorpresa a Clara, ya que aún no se había enterado de la reconciliación de Elizabeth y Eduardo, y mucho menos del compromiso. Clara se sintió muy feliz con la noticia, especialmente porque Eduardo había conocido a una mujer muy especial que lo amaría y que lo haría muy feliz. Había sido parte de

sus oraciones desde aquella vez que lo había dejado en aquella casa. Ese fue uno de los motivos por los cuales Elizabeth recibió muchos abrazos más de parte de Clara.

Elizabeth les informó que los marqueses los iban a invitar a Clared Manor en los próximos días. Iban a celebrar una cena en la cual los duques también estaban invitados. Katherine lamentó no encontrarse en esos momentos en Londres, ya que debían hacer una visita con urgencia a la señora Clarit. Elizabeth necesitaba un par de vestidos nuevos; aun así, se aseguraría de enviarle una nota para estuviera preparada ya que, con su actual situación, Elizabeth necesitaría un armario nuevo, y ya estaba planeando la forma de convencer a la marquesa. Aunque debido a su estado había acordado con Sebastián no viajar a Londres, al menos por un tiempo, debido a sus temores del pasado.

Eduardo tenía una pequeña idea de la forma en que le iba a pedir a Elizabeth nuevamente que fuera su esposa. También intentaría pedirle algún consejo a Sebastián y a Andrew, aunque sabía que las proposiciones de ellos no habían sido lo que se dijera *románticas*. El matrimonio de Sebastián y Katherine había sido acordado; aun así, Sebastián se lo propuso con sortija en mano en la biblioteca de la finca familiar el día que anunciaron su compromiso en Worcestershire, y no tenía muchos detalles de la propuesta que Andrew le había hecho a Clara, ya que nunca habían hablado de eso. El marqués le había brindado unas cuantas ideas; él sí se había lucido con la propuesta a su Margarita: un paseo bajo la luna por Hyde Park había sido la forma en la que le había pedido matrimonio, y el anterior vizconde no se había quedado atrás: en él se había inspirado.

-Pensé que, cuando te volviera a ver, tendría que romperte la cara -lo saludó Andrew cuando entró en la biblioteca; se dieron un apretón de mano, y se sentó junto a él, ambos frente al escritorio de Sebastián.

-Ya ves que no, aunque aún no estoy seguro de si sabes las buenas nuevas.

-Además del reencuentro de Elizabeth con su familia y tu reconciliación con Elizabeth, ¿hay más?

-En realidad, sí, le pedí a Elizabeth que se casara conmigo.

-Vaya, hombre, en buena hora. Sebastián, esto hay que celebrarlo -anunció con una sonrisa-, aunque creo que es un poco temprano.

-Sí, lo es -concordó Sebastián con una sonrisa burlona en sus labios. -. Aún no puedo creer que Eduardo haya decidido casarse.

Sebastián se levantó; sirvió una copa de licor para cada uno de ellos y se volvió a sentar.

-Algún día tenía que hacerlo, ¿no?

Las carcajadas hicieron eco en las paredes.

-Recuerdo que hace unos meses no querías ni que te mencionaran siquiera la idea del matrimonio y hoy estás, ¿ansioso?

-Sebas, ya sabes cómo es: un día llega la mujer indicada y nos olvidamos de todo lo demás. Solo mírame a mí.

-Buen punto, mi querido amigo, tú eras otro que había jurado no casarse nunca y mírate: esperando a tu segundo retoño ya.

-Sí -dibujó una sonrisa soñadora-. Creo que el que no tuvo mucha alternativa fue otro.

Sebastián arqueó una ceja y luego dibujó una espléndida sonrisa.

-Sí, la tenía, podría negarme; admito que lo llegué a pensar. -Su mirada se llenó de ternura y algo más-. Katherine es todo lo que nunca deseé para mí, y aún creo que no la merezco. Por eso trato de adorarla cada día.

Capítulo 31

Se podía admirar, en los rostros de Andrew y de Sebastián, una sonrisa llena de adoración y ternura cuando hablaban de las mujeres de su vida. Eduardo, quien apenas había conocido esa sensación y a la mujer de su vida, no podía ni imaginar cómo se vería en unos años. Luego de algunas horas, se motivó para pedir consejos a sus amigos y plantearles la idea que tenía. Ambos apoyaron la idea; incluso habían ofrecido ayudarlo y, luego de haber hablado un largo rato sobre lo dichosos que eran con sus mujeres, pasaron a los negocios, algo muy típico en ellos.

-Eduardo, no sé si está bien que hable contigo de esto, o debo hacerlo con el marqués. Lo mejor sería con Elizabeth. -Eduardo lo observó expectante-. No me estoy explicando, ¿cierto? Asumo que ahora el tutor legal de Elizabeth es el marqués.

-Eso aún es complicado hasta no anular el matrimonio y, si fuera así, Elizabeth ya no necesita un tutor.

-Eso es cierto, aunque me gustaría hablarlo contigo ya que serás su esposo, y todo quedará bajo tu custodia. ¿Recuerdas que, la última vez que nos reunimos, había comentado que parte de las acciones de la empresa pertenecen a Elizabeth?

-Sí, lo recuerdo. -Eduardo torció el gesto al rememorar la forma en que se había enterado del matrimonio de Elizabeth.

-He estado revisando los documentos y los acuerdos que se firmaron; yo solo lo había hablado con Henry y, cuando los leí, no les di mucha importancia. -Sebastián lo observó molesto-. Sebastián, no me mires así: no estaba bien en esa época, y lo sabes. El punto es que descubrí por qué Thomas no se había enterado de ese acuerdo. Las acciones están bajo el nombre de Elizabeth Stuart, no a nombre de Elizabeth Jones.

Eduardo lo observó con sorpresa.

-Ese es el verdadero apellido de Elizabeth: su padre era Román

Stuart, el antiguo vizconde de Kingswood. -Ambos lo miraron con curiosidad. -. Sí, lo sé: una gran coincidencia y una historia un poco larga. Ya la conocerán.

-Me deja muy sorprendido aunque, si pienso en Henry, no le encuentro ningún parecido con Elizabeth.

-Lo que no logro comprender -interfirió Sebastián- es si Elizabeth Jones existe.

-Eso es algo que el marqués se va encargar de averiguar, ya que ellos guardan un acta de nacimiento de Elizabeth: nació aquí en Inglaterra.

-Si llegan a demostrar que Elizabeth Jones no existe, es una buena noticia: no habría matrimonio que anular -indicó Sebastián.

-Es un poco complicado -supuso Andrew-, si bien tengo entendido que el matrimonio de Elizabeth fue muy premeditado, aunque, si Thomas no conocía el verdadero apellido de Elizabeth, fue porque Henry nunca le dijo nada.

-De todas formas, creo que esta información le vendrá bien a Char. Que Henry haya dejado las acciones con su verdadero nombre es por algún motivo -dedujo Eduardo.

-Supongo; a lo mejor, fue la forma de decirle la verdad. Estaba seguro de que yo hablaría con ella de ese asunto.

-Por cierto, Andrew, creo que lo mejor es que tú mismo se lo digas a Elizabeth. Reúnete con ella y con Char: sé que esa noticia le agradará al viejo.

Andrew asintió.

Eduardo llevaba toda la tarde preparando la sorpresa para Elizabeth, con la ayuda de Rosinda, Anne y la señora Claus, que habían sido sus cómplices en todo. Gracias al aceite milagroso y a los cuidados de Elizabeth, ya no tenía ni rastros del accidente, y ya podía montar a caballo con normalidad. Así que decidió que ya era el momento; sus cómplices habían buscado todo lo necesario, y Rosinda lo había ayudado a preparar el lugar. Eduardo solo esperaba que todo resultara bien y que fuera del agrado de Elizabeth. Antes

de marcharse de las caballerizas, le pidió a Marcus que tuviera su caballo preparado y le dijo a Elizabeth que se preparara, ya que la iba a llevar a un pequeño paseo. Anne le había prometido que la pondría hermosa para él, y así fue. Cuando la vio llegar a la cocina, se veía bellísima, con un vestido en tono turquesa (que le resaltaba los ojos), de escote cuadrado, decorado con flores bordadas de varios colores. Llevaba una trenza muy bien elaborada y decorada con cintas.

-¿A dónde se supone que me lleva, milord?

Eduardo le regaló una sonrisa de bribón.

-A un lugar especial, mi ángel, ¿vamos?

-Sí -asintió-. Por cierto, está muy apuesto, milord. -Le regaló una sonrisa coqueta.

Eduardo le dio un beso en la nariz.

-¿Vamos? -Acercó su boca a al oído-. O te llevaré a la habitación y no te dejaré salir de ahí -le susurró, y Elizabeth se sonrojó. Eduardo le dio la mano y la llevó a la caballeriza.

Elizabeth estaba un poco confundida; ambos estaban vestidos demasiado formales como para dar un paseo a caballo, pero no dijo nada, y se dejó llevar por Eduardo. Notó que el caballo llevaba algunas cosas, como la cesta de comida; luego de un rato de haber estado cabalgando, observó que llegaba a Kingswood Manor. Llegó hasta la caballeriza, donde la bajó. Ya las caballerizas estaban siendo reparadas y se veían muy bien. Luego de haber guardado el caballo y tomado la cesta y una lámpara, la guio hacia uno de los costados en donde había un gran corral. Al final del cercado del corral, Elizabeth observó una lámpara brillar. La luz se fue haciendo más fuerte conforme se acercaban y se encontró frente a un pequeño lago.

-Me comentó Charlie que este era uno de los lugares en donde pasaban más tiempo tus padres. -Se detuvieron cerca de donde estaban la lámpara y una sábana en el suelo-. Es un pequeño lago que, al parecer, hizo el vizconde que hubo antes de tu padre. Cuando tu padre obtuvo la propiedad, lo terminó, y se ha mantenido

hasta el momento. No estaba al tanto de esto, ya que no había explorado toda la propiedad. Luego de que tu abuelo me lo dijo, los trabajadores me lo confirmaron. Y aquí estamos.

Elizabeth estaba un poco desconcertada; le regaló una sonrisa mientras observaba a su alrededor. El lugar era hermoso; desde ahí podía ver el cielo, las estrellas y la luna que, en ese momento, estaba en su mayor esplendor.

Eduardo la hizo sentarse en la sábana; se sentó junto a ella y sacó algunas cosas de la cesta. La señora Claus se había encargado de surtirlos con diferentes bocadillos. Sacó un cuenco con frutas y empezó a darle a Elizabeth en la boca. Ella, gustosa, con una sonrisa se lo aceptaba; estaba cautivada por la vista y por el momento que estaba disfrutando junto a Eduardo. Este sacó una botella de champán; luego de haberla abierto, le sirvió una copa y otra para él. Elizabeth la tomó y bebió un pequeño sorbo.

-Este es un buen lugar para ver las estrellas -confirmó Eduardo.

-Tienes razón. -Miró al cielo-. Desde aquí se ve muy hermoso el cielo, y apuesto a que mi madre debe tener una enorme sonrisa por haber regresado al lugar donde nació.

-Deben estar muy felices ambos al ver a su pequeña ser la mujer en la que se ha convertido -le dijo con admiración.

-¿Pudiste preguntar sobre los baúles y pertenencias que aún quedaban de mis padres?

-El arquitecto me dijo que todo está guardado; la casa solo está siendo reparada. No me había pasado por la mente sacar nada aún, aunque sí debo cambiar los muebles que estén más dañados.

-Espero encontrar más recuerdos de mis padres ahí.

Elizabeth lo miraba con un brillo en sus ojos y una enorme sonrisa, y Eduardo no quiso postergarlo más. Levantó a Elizabeth, que en ese momento había estado acurrucada en su pecho; se puso de pie y luego hincó una de sus rodillas.

-Elizabeth, yo... -Tragó saliva-. Sé que tu respuesta fue un sí. -Sonrió nervioso. Elizabeth lo observaba con curiosidad-. Desde el primer momento en que te vi en aquel baile, tu mirada me dejó

embujado; en el momento en que te vi, tus ojos, mi corazón y mi alma se dieron cuenta de que eran los ojos que necesitaba ver cada mañana y cada noche. Nunca imaginé que pudiera sentir tantas cosas por una mujer y cada día me sorprende aún más de la forma en la que te amo.

»Eres una mujer valiente, fuerte, inteligente y muy hermosa, y no tengo ni la menor duda de que voy a ser feliz a tu lado hasta el último día de mi vida, por lo tanto, Elizabeth. -Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó la sortija; tomó la mano de Elizabeth para colocarla-. Te quiero pedir que seas no solo mi esposa y mi compañera de vida, sino también mi amiga, mi cómplice, mi amante y la mujer que me dará unos hermosos hijos, a los que juntos enseñaremos a amar a los caballos.

Elizabeth lo observaba con lágrimas en los ojos mientras Eduardo colocaba el anillo en su dedo anular. No había esperado que se lo volviera a proponer. Y mucho menos de una forma tan romántica.

-¿Me aceptas como el hombre que quiere amarte locamente por la eternidad?

-¡¡Síííí!! -Se lanzó sobre él y envolvió su cuello con sus brazos-. Claro que sí, ¡Dios, Eduardo! -Lo besó muy emocionada.

Eduardo la dejó llevar la iniciativa del beso, hasta que se fue haciendo más ardiente, y ambas lenguas se encontraron danzando juntas y frenéticas. Eduardo la hizo recostarse y empezó a recorrerle el cuello con su boca dejándole suaves besos y mordiscos; soltó los botones del vestido y dejó al descubierto sus pechos, que exploró primero con sus manos y luego con su boca, disfrutándolos con glotonería. Metió una mano entre las faldas de Elizabeth y recorrió con caricias la aterciopelada piel de sus muslos hasta encontrar ese punto que la llenaba de placer, el cual disfrutó acariciando mientras los suspiros y los jadeos brotaban de la boca de Elizabeth. Se dejó llevar por la pasión desenfrenada y deseo del momento; desabotonó sus pantalones. Sacó su erección; se acomodó en medio de sus piernas, levantó la falda del vestido y la besó con dulzura; la penetró despacio, disfrutando del cálido y húmedo interior de Elizabeth.

Estuvo quieto por unos minutos mientras la besaba disfrutando del dulce sabor de su boca; las manos de Elizabeth se movían por su espalda y cuello hasta que se enredaron en su cabello. El vaivén de sus caderas fue lento por unos minutos, hasta que sintió la necesidad de Elizabeth cuando arqueó sus caderas y empezó a moverse. La detuvo y la penetró con movimientos más rápidos y más profundos. Sintió que Elizabeth llegó al éxtasis cuando tiró de su cabello y gimió su nombre absorbiéndolo. Segundos después, se dejó llevar y, con un movimiento rápido, salió de ella, guiado por su propia satisfacción. Ambos se quedaron muy quietos durante unos minutos y luego Eduardo se tumbó junto a ella y la acurrucó en sus brazos.

Elizabeth observó el anillo con una sonrisa en los labios, mientras Eduardo jugaba con sus pechos.

-Es hermoso. -Tenía una enorme sonrisa.

-Era de tu madre. -Le besó la coronilla-. Fue el que tu padre le dio cuando se comprometieron. Char lo conservaba y pensó que sería un bonito detalle que yo te lo diera, ya que a tu padre le hubiese gustado que lo conservaras.

-Lo es; fue algo especial para mis padres y ahora lo es para mí, para nosotros.

-Sí, amor mío, también me comentó que en esa caballeriza fue donde le había pedido matrimonio. Me hubiese gustado hacer lo mismo, pero aún no están arregladas.

-Ahora tenemos nuestro lugar especial.

-Así es, mi amor, y en este lugar veremos crecer nuestros hijos.

Elizabeth dibujó una gran sonrisa y lo besó. Eduardo respondió encantado a su beso; luego se tomó su tiempo para desnudarla y admirarla bajo la luna. Exploró su cuerpo con adoración y deleite, sin dejarse llevar por el frenesí de la pasión. Bajo la luz de la luna era aún más hermosa; se veía como un ángel, su ángel.

Capítulo 32

Los primeros rayos de sol les indicaban el nuevo día; habían dormido a la orilla de lago, desnudos y abrazados cubiertos por una sábana. Eduardo había adorado su cuerpo y cada rincón de este durante la noche, hasta que los consumió el cansancio y se quedaron dormidos.

Elizabeth dibujó una sonrisa en sus labios; tenía los ojos cerrados, disfrutando de los suaves besos que Eduardo dejaba en su rostro.

-Deberíamos vestirnos: puede venir alguno de los trabajadores y cometeré un asesinato si alguien te llega a ver así. -Elizabeth recordó que estaba desnuda y se sonrojó-. Te ves tan hermosa, mi amor... No sabes cómo me encantas.

-Y te ves tan apuesto... -Dibujó una sonrisa coqueta-. Me encanta verte al despertar.

Eduardo rio a carcajadas.

-Mentirosa, nunca permites que duerma contigo.

-Es porque no me gustaría que nos encuentren juntos.

-Oh, mi ángel, tratamos de ocultar lo que los demás ya saben.

-Eso... quiere... -balbuceó.

-Sí, amor, no te preocupes por eso: todos guardan nuestro secreto.

-Aunque, después de lo de Lucy, nada es secreto en la casa.

-No te preocupes por eso, mi amor; no sabes el gusto que me dio despedirla. No tenía ni una semana trabajando cuando se me insinuó, se atrevió a entrar en mi habitación cuando me preparaba para un baño. Creo que a Mathias le fue mucho mejor. Pero lo que más me molestó fue lo que les hizo a ti y a Anne.

-Anne fue la más afectada.

-Lo sé, mi amor, pero van a estar bien; ya lo verás.

Elizabeth sonrió.

Eduardo le dio un suave beso en los labios; luego se levantó y se puso el pantalón. Elizabeth quedó embelesada a ver su imagen; su cuerpo parecía esculpido por los mismos dioses: sus hombros anchos, su cintura estrecha, piernas gruesas y tonificadas y un delicioso trasero. El conjunto perfecto con esos hermosos ojos esmeralda y cabello rubio.

-¿Te gusta lo que ves? -Arqueó una ceja al verla y luego sonrió.

Elizabeth se sonrojó; intentó hablar, pero no fue capaz de conjugar palabra. Eduardo extendió la mano y la ayudó a ponerse de pie; luego la ayudó a vestirse.

Caminaron agarrados de la mano hasta las caballerizas. Eduardo guardó la cesta, y luego llevó a su amada dentro de la casa. Los trabajadores estaban empezando la jornada; se escuchaban ruidos en la cocina; supusieron que el cocinero estaba preparando el desayuno. Y había algunos llevando madera a uno de los salones.

-Hoy no vamos a buscar nada; solo quiero que la veas por dentro -le dijo cuando entraron.

-Es enorme. -Elizabeth observó el interior de la casa; algunos de los hombres con los que se topaba saludaban a Eduardo con un gesto de la cabeza.

-Lo es; si la observas por fuera, no se nota.

-Eso es verdad. Es grandiosa.

Eduardo le dio un rápido recorrido por la planta baja; no pudieron ver mucho, ya que estaban reparando el piso en algunas partes; ya habían restaurado los escalones rotos de la escalera, así que la llevó al segundo piso, en donde parte del ala este ya estaba terminada. Allí estaban durmiendo los trabajadores; luego la guio al ala oeste, donde estaban las habitaciones principales y estaban reparando la habitación principal.

Eduardo se detuvo frente a una puerta.

-Esta es la habitación de bebés -le indicó.

Elizabeth llevó su mano al pomo de la puerta y la abrió lentamente. Entró en la habitación, y una sensación familiar llena de calidez le recorrió el pecho. No recordaba el lugar; aun así, sentía

que había estado ahí. Observó la habitación; en el medio había una cuna de madera; junto a la ventana, una mecedora; al otro lado había un ropero. Tenía una alfombra muy descolorida, ¿sería tono rosa? El empapelado de la habitación estaba descolorido; aun así, se apreciaba un caballo de juguete. Se acercó a la cuna; las sábanas estaban muy sucias y deterioradas. Se sorprendió al notar que la madera estaba en buen estado; dentro de la cuna había un caballito de madera. Elizabeth lo tomó; notó las pequeñas marcas de dientes en la cola y recordó lo que le había dicho su abuela. Lo apretó en su pecho con melancolía, y unas lágrimas brotaron de sus ojos. Cómo le hubiera gustado criarse ahí junto a sus padres...

-No pensaba arreglarlo; te soy sincero.

Elizabeth se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

-¿La ibas a dejar así?

-Sí, sí, te soy sincero, cuando obtuve esta y las demás propiedades, no pensaba en tener una familia y mucho menos en casarme, pero ya ves. -Se metió las manos en los bolsillos del pantalón-. Llegaste tú, y todo cambió.

Elizabeth le regaló una radiante sonrisa.

-Me gustaría que la repararan; si fuera posible, querría conservar los muebles, la cuna y la mecedora en especial. También buscar un color neutro para la decoración mientras llega el momento de que tengamos un hijo.

Eduardo aún no pensaba en tener hijos; eso no quería decir que la idea no le hiciera ilusión. Primero debía casarse con ella para empezar a formar su familia. Observó la mecedora y la imaginó sentada ahí, alimentando y cantándole a su hijo. Su corazón se le llenó de ternura.

-Será como tú digas, mi amor; espero que tú misma te encargues de la decoración cuando sea el momento, y no solo de la habitación, sino de toda la casa.

-Estaré más que encantada.

-Mi ángel, sé que esta debió ser tu casa donde te criaras y, por cosas del destino, será la casa en donde se críen tus hijos, nuestros

hijos. Espero poder crear muchos recuerdos juntos aquí contigo, con nuestra futura familia.

Elizabeth lo observó con una mirada soñadora y una sonrisa; aún no sabía qué había hecho para merecerlo, ya que tanta felicidad no le cabía en el pecho. Estaba enamorada, y como nunca antes lo había estado, de ese hombre, del hombre que la había conquistado con una mirada y luego con una sonrisa.

Thomas Westher había recibido una carta, la cual había sido una alerta, que lo había sacado de la comodidad de su hogar y alejado de la compañía de su mujer, para tomar un barco rumbo a Inglaterra, ya que debía averiguar en qué andaba Elizabeth y cuáles habían sido los motivos para haberse marchado de Norteamérica. Había llegado hasta Londres; luego de algunas averiguaciones, la había encontrado en la casa del señor Beckham, en donde la había mantenido vigilada a distancia. Había intentado seducir a una de las doncellas para sacarle información: fracasó, ya que las muy mosquitas muertas eran muy leales a la familia. La única con la que había tenido éxito fue despedida un día después de que había logrado seducirla. Aun así, la información que le brindó le sirvió de ayuda; ninguna otra le brindó más que la información que ya sabía: que, simplemente, era la niñera. Se enteró de la constante compañía de Elizabeth a lord Kingswood y de su supuesta relación, lo que hizo que su curiosidad aumentara. Tras haber investigado, había solicitado un trabajo en la reparación de la casa de lord Kingswood. En ese momento seguía muy sigilosamente a Elizabeth y a Eduardo. Se había quedado en el cuarto adjunto en el que estaban para tratar de escuchar la conversación, cosa en la que fracasó. Estaba claro que su esposa tenía una especie de relación con aquel lord y se iba a encargar de averiguarlo. No se lo dejaría fácil a la muy traidora.

No sentía nada por Elizabeth y nunca lo había sentido, pero, si las intenciones del lord con Elizabeth eran serias, podría sacarle mucho dinero al estirado ese, solo por firmarle el divorcio a Elizabeth. Si el lord se negaba, la alejaría de su lado. Pobre de

Elizabeth por interponerse en su camino y no cumplir con sus expectativas respecto a la naviera y maldito su padre por vender su parte.

Salió de la habitación con sigilo; debía investigar más sobre ellos y trazar un plan que le llenara los bolsillos de forma fácil y por un buen tiempo. Bajó al primer piso; se atizó el sombrero para tapar su cara y se mezcló con los trabajadores, por si se les ocurría dar un vistazo al salón donde estaba él.

Las dos semanas alejadas de Eduardo habían sido muy tristes para Elizabeth, y no solo por el hecho de no poder verlo, sino porque estaba lejos de él. Luego de que los marqueses se reunieron con todos sus amigos y de que la marquesa personalmente se encargó de contratar una niñera para los mellizos, habían viajado a Londres, en donde se encontraban en ese momento. Se estaban alojando en Kingswood House, la casa de Eduardo, que anteriormente había sido la casa del padre de Elizabeth, debido a que los marqueses habían vendido su propiedad en Londres. Casi nunca estaban ahí y no estaba ligada al título, y la sentían innecesaria. Usualmente, cuando iban por alguna diligencia a Londres, se hospedaban en un hotel, lo que Eduardo no permitió, y les brindó su casa. Eduardo había pasado las últimas semanas unos días en Londres en su apartamento de soltero y otros en Hampshire; se la pasaba constantemente viajando, debido a que estaba muy al pendiente de las reparaciones de la casa. Recientemente lo había visitado su socio español, quien traía un par de caballos españoles y le había conseguido unos caballos árabes, como se lo había prometido la última vez que se habían reunido.

Para Elizabeth, esas semanas habían sido complicadas, aburridas y muy ajetreadas, ya que su abuela, la marquesa, la estaba preparando para presentarla a la reina. Por eso le habían contratado una institutriz para prepararla en etiqueta y todo lo correspondiente, aunque, tanto para Elizabeth como para Eduardo, eso era

innecesario. Elizabeth complació a su abuela. Por suerte, había aprendido a bailar y un poco de francés con Anne mientras estuvo viviendo con los Beckham; si no, hubiera tenido que pasar por esa tortura también. Además de eso, las visitas a la modista. Afortunadamente, la señora Clarit era una mujer muy amable y la trataba muy bien.

-Lady Elizabeth, le he dicho que las damas no deben sentarse de esa forma. Por favor, enderece más esa espalda.

Elizabeth suspiró nuevamente; estaba agotada. Tenía dos días sin ver a Eduardo. Y esa institutriz ya la tenía irritada -todo por su abuela-; cada vez que tomaban el té, insistía en que debía mejorar su postura.

-Sí, así está mejor; es una buena estudiante. Ha aprendido bastante rápido -la estimuló.

La marquesa le regaló una sonrisa muy maternal.

-No tengo dudas de eso: mi nieta es muy aplicada.

-Lo es, y está claro que es hija de lady Eleonor.

Elizabeth aún no entendía cómo su madre había aguantado esa mujer, aunque, en sí, era muy buena persona; un poco estricta, eso sí.

Los días de Elizabeth habían sido así: tomar clases con su institutriz y visitar a la modista. En ocasiones, lo más difícil era tener una carabina mientras Eduardo la invitaba a dar un paseo; extrañaba cabalgar cada mañana junto a él, sus picnics improvisados o sus visitas al lago, en donde observaba las estrellas. También extrañaba las tardes de té con sus amigas, principalmente con Anne, a la que la había notado muy desanimada y pensativa las últimas semanas que había estado en Dream House. También había notado extraño a Mathias antes de su improvisado viaje a Worcestershire. Sabía que era difícil la dirección que había tomado su relación y su distanciamiento, y Elizabeth presentía que había algo más. Mathias la evitaba, y Anne se negaba a hablar con ella.

-¿Pensando en tu prometido, mi niña?

Elizabeth dibujó automáticamente una sonrisa en sus labios; dejó el libro en la mesa junto al sofá, en donde estaba sentada y se levantó para abrazar a su abuelo. Debía admitir que no todo era tan malo: su abuelo era un consentidor y siempre la llevaba a cabalgar por las mañanas.

-No, abuelo, pensaba en mis amigos.

El marqués se sentó junto a ella en uno de los sofás.

-¿Los extrañas, mi niña?

-Sí, mucho, especialmente a Anne.

-¿Más que a Eduardo?

-Creo que sí. Extraño a Eduardo, pero Anne es mi mejor amiga y la noté extraña los últimos días que estuve ahí.

-Ya pronto la volverás a ver. -El marqués acarició su mano-. Te tengo una sorpresa.

Elizabeth lo observó expectante; su abuelo muy a menudo le llevaba algún detalle, desde un dulce hasta una cinta para el cabello. Pero la mejor sorpresa había sido recibir el relicario de su madre, con la imagen de Eleanor y de Román con Elizabeth en brazos.

-¿Debo adivinar?

-Sería más interesante.

Elizabeth llevó un dedo a su barbilla y se mostró pensativa.

-¿Un libro?

El marqués sonrió.

-Es algo que te va gustar más.

-Abuelo, todo lo que tú me das me gusta, a menos -sonrió- que sea un recuerdo de mis padres.

El marqués negó con su cabeza.

-Presiento que no soy tan importante.

Los ojos de Elizabeth se abrieron muy grandes al escuchar aquella voz, y toda su atención se dirigió hacia la puerta del salón en donde estaba Eduardo. Tenía un hombro apoyado sobre el marco y los brazos y las piernas cruzadas; en su rostro había una gran sonrisa.

-¡Eduardo! -exclamó Elizabeth con una gran sonrisa; luego se

levantó y se lanzó a sus brazos. Eduardo la recibió con un suave beso en los labios.

-Milady, no debería comportarse así -bromeó.

Elizabeth hizo un puchero y se deleitó con el aroma de Eduardo, ese aroma tan familiar que ya extrañaba.

-Espero que ninguno le diga nada a la señora Robinson -los amenazó con una mirada.

-Amor mío, sabes que guardaré el secreto -le prometió Eduardo mientras besaba su frente.

-Mi niña, por mí ni te preocupes -le aseguró el marqués haciendo un gesto de cerrar la boca.

-Aún no te esperaba.

-Mi amor, ya moría de ganas por verte; te extraño cada segundo que pasa.

Elizabeth tenía una sonrisa de enamorada.

-Yo también te he extrañado, y mucho -lo abrazó nuevamente.

-Mi amor, vamos a salir, así que ve a prepararte.

-¿A dónde iremos? -aventuró con curiosidad.

-Va ser una sorpresa; ponte algo lindo.

-¿Iremos con la señora Robinson? -No le gustaba la compañía de la señora Robinson cuando salía con Eduardo.

-No, mi niña, yo los acompañaré.

Elizabeth asintió y salió del salón a su habitación.

Capítulo 33

El carruaje se detuvo frente a la amplia propiedad, que en ese momento estaba muy concurrida. El marqués bajó, seguido de Eduardo, quien ayudó a Elizabeth a bajar y no pudo evitar ver la expresión de ella, ya que abrió los ojos muy grandes al ver aquel lugar. Era la primera vez que asistía y jamás se lo había imaginado así, aunque era consciente de que era grande.

-¿Qué te parece? -la instó a que le tomara el brazo.

-Es muy grande.

-A tu madre le gustaba asistir aquí -le comunicó su abuelo.

-Me lo has dicho muchas veces, abuelo, y creo entender por qué.

-Rayo competirá en un par de horas -le anunció Eduardo.

Elizabeth iba de su brazo; llevaba una sombrilla para tapar el sol, mientras caminaban por el hipódromo.

-¿Por eso hemos venido?

-No, es para que tú conozcas; Char se enteró de que habrá una subasta, y pensó que tal vez alguno de los caballos me podría interesar.

-Oh, ¿más caballos? -preguntó con curiosidad.

-Sí, mi ángel, pienso agrandar mi negocio y, para el próximo año, no solo vender uno o dos caballos como lo hago normalmente, sino varios y de paso aprovechar la nueva propiedad.

-Estaré encantada con tanto caballo.

-Me informan que la subasta será dentro de media hora, en la plaza de allá. -Charlie le indicó el lugar a Eduardo-. Acá está el boleto para asistir, así que vamos de una vez.

Elizabeth estaba emocionada y maravillada con el lugar al ver tanto caballo hermoso y muy fino; había quedado enamorada de una de las yeguas, que era color gris plata. Iba a ser subastada; era un potro casi bebé, pero con muy buenas referencias, hija de dos magníficos purasangres corredores. Eduardo no había perdido el

tiempo para hacer su mejor oferta, aunque tuvo una dura competencia con Charlie, que lo dejó ganar, con la condición de que iba a ser un regalo de ambos. Eduardo aprovechó y pujó por una pareja de purasangres ingleses. Afortunadamente, había ganado y el marqués había ganado en la puja por un semental que le había gustado mucho.

-Aún no puedo creer que sigan discutiendo por quién pagará mi yegua.

-Mi niña, este tonto me quiere quitar el privilegio de regalarte tu primer caballo.

-Te dije que lo pagaremos a medias: será un regalo de ambos, Char -protestó Eduardo.

Elizabeth no pudo evitar reír; ambos se comportaban como niños. Ella sabía que Eduardo y su abuelo habían mantenido una amistad de varios años y el marqués había sido su fiel consejero.

Iba de regreso hacia la pista de carreras cuando Elizabeth visualizó la imagen de un hombre, pero no de cualquier hombre. Hacía mucho que no lo veía; estaba un poco diferente y había pensado que no lo reconocería si lo volvía a ver. Pero no podía olvidarlo: había sido el protagonista de muchas de sus pesadillas. Empezó a sentir cómo su cuerpo temblaba y un hilo de sudor frío recorrer su espalda; aquel hombre le regaló una sonrisa maliciosa luego de haberla mirado fijamente a los ojos infundiéndole temor.

-¿Qué sucede, mi ángel? -Eduardo la sintió ponerse tensa y nerviosa.

Elizabeth intentó hablar; las palabras se quedaron en su garganta. El marqués, que se había sorprendido también de la actitud de Elizabeth, siguió la mirada de ella, y vio a aquel hombre escabullirse entre las personas.

-Lizzy. -Eduardo la tomó de los hombros y la sacudió para que fijara su vista en él; estaba helada y temblando-. Elizabeth, ¿qué sucede?

Elizabeth apenas reaccionó; había perdido ya a aquel hombre de su vista.

-¿A quién viste, mi niña? -quiso saber Charlie, quien ya tenía una idea.

-T-Tho-Thomas, Creo haber visto a Thomas -balbuceó.

Eduardo la acercó a él y la cobijó en sus brazos, olvidándose de todas las miradas censuradoras a su alrededor.

-Char, inos vamos! -anunció.

Elizabeth sacó la cabeza de su pecho y subió la mirada para encontrar la de Eduardo. Sus ojos estaban llenos de temor y rabia.

-¡No! -chilló-. Eduardo, quiero ver la carrera.

-¡Maldición, Elizabeth! -se exaltó-. Estás temblando de miedo; no podemos quedarnos aquí, no si ese malnacido está cerca.

-Muchacho, tranquilízate. -Le puso una mano en el hombro-. No creo que quiera correr el riesgo de hacerle algo a mi nieta mientras estemos con ella. Además, le haría bien quedarse.

Eduardo soltó un par de maldiciones entre dientes.

-Puede ser que tengas razón. -Llevó su mano hasta la mejilla de Elizabeth-. Prométeme que te vas a tranquilizar, amor mío.

Elizabeth asintió con la cabeza, y Eduardo le dio un suave beso en la frente. Se separó de Elizabeth y la hizo tomar su brazo nuevamente, para dirigirse hacia donde estaba la pista de carrera.

Apenas llegara a su apartamento, le escribiría a Andrew de lo sucedido, ya que Andrew había contratado un investigador para seguir la pista de Thomas. Pensó en ir personalmente y hablar con Andrew, pero no iba a permitir que a Elizabeth le sucediera nada, por lo cual se mantendría en Londres en donde estaba ella, hasta encontrar a Thomas. Así la tendría cerca y vigilada.

-¿Pudiste averiguar algo?

Eduardo se reunió con Andrew y con Sebastián unos días después de que Eduardo le envió a Andrew una nota, en donde le informaba que Elizabeth había creído haber visto a Thomas.

-La verdad es que no mucho; según el investigador, Thomas estaba en el Caribe; sospecho que alguien le avisó que Elizabeth

estaba aquí -le confirmó Andrew.

-¿Quién le puede estar informando? -preguntó Sebastián.

-William y Thomas eran muy buenos amigos; no me sorprendería. Por eso, apenas Elizabeth apareció, envié a unos de los hombres de más confianza que trabajan para mi padre a Bridgeport a que se hiciera cargo de la naviera. Espera que te explique -le advirtió Andrew a Sebastián al verlo arquear una ceja-. Tuve el presentimiento de que algo no estaba bien cuando Robert se presentó. William se negó a darle el cargo. Robert llevaba una carta mía, por lo cual no podía oponerse. William estaba muy molesto. Robert averiguó que entre William y Thomas habían estado desviando fondos.

-Eso quiere decir que William le enviaba dinero a Thomas; supongo que esos son los faltantes que encontró Mathias en los libros de cuentas.

-Eso mismo; por cierto, no fue lo único que averiguó, y creo que esto te va interesar mucho, Eduardo.

-¿Es sobre Elizabeth? -Se enderezó en el sofá para prestarle atención.

-Sí, le pedí a Robert que averiguara todo sobre Elizabeth. Por lo que pudo averiguar, Elizabeth Jones no existe. Henry nunca la registró como su hija.

Eduardo dibujó una sonrisa en los labios; aun así, tenía un par de dudas.

-¿Y el acta de matrimonio?

-Robert me envió el documento -le dijo Andrew mientras sacaba un papel-. Revísalo tú mismo.

Eduardo tomó el papel y empezó a leerlo.

Sebastián y Andrew no pudieron dejar de percibir el brillo en los ojos de Eduardo y la enorme sonrisa.

Había sido una mañana muy movida para Elizabeth; luego de su presentación con la reina (en donde se había sentido tan fuera de lugar con solo ver el palacio y había olvidado todo lo que había

aprendido por los nervios), todo había resultado muy bien, y la marquesa estaba más que feliz y orgullosa por su desempeño.

El marqués llevó a Elizabeth hasta el despacho del señor Matthew, el antiguo abogado de Román Stuart. Román le había informado mediante una carta que, si en algún momento Elizabeth aparecía, él era su tutor legal y que también había un testamento en poder del abogado. Luego de una sutil conversación y la presentación de la evidencia de que Elizabeth era la hija legítima de Román Stuart, el abogado buscó el testamento y se lo leyó. Elizabeth se había enterado de que era rica, ya que su padre le había dejado una muy sustanciosa herencia. Además de eso, había una propiedad en Hampshire en la que vivía su abuela paterna, la madre de Román, y una hermana con su familia. También era la dueña de una empresa de manufacturas, de la cual el abogado se había hecho cargo hasta el momento y le giraba una mensualidad a su abuela. Elizabeth se alegró con la noticia de tener más familia, aunque aún no pudiera ir a visitarlos.

-¿Estás ansiosa por la noticia?

-Mucho, aunque admito que tengo un poco de miedo.

-No debes tener miedo, mi niña.

-Abuelo, ¿y si la familia de mi padre me rechaza?

-Solo conocí a Gertrudis y su hija en la boda de tus padres. Ella es una mujer humilde; fue profesora en un colegio de señoritas, hasta que conoció a tu abuelo, quien tenía una empresa. Supongo que es la que ahora te pertenece, aunque no comprendo...

-¿Qué sucede, abuelo?

-Si Román era dueño de la empresa y esta nunca estuvo en quiebra, ¿por qué decidió trabajar como mozo de cuadras?

-Tal vez por amor, abuelo. -Elizabeth dibujó una sonrisa tonta en sus labios; siempre que pensaba en la historia de sus padres, tenía la misma sonrisa en sus labios.

Lady Margarita, la marquesa de St. Clared, estaba planeando el

baile de presentación y compromiso de Elizabeth, así mataba dos pájaros de un solo tiro. Por eso estaba organizando algunas cosas en la sala mientras esperaba la llegada de su nieta y su amado esposo, el marqués. Luego de la presentación a la reina, Margarita había regresado a la casa: quería enviarle una nota a la condesa de Rosethon, Amelia Rushmore, la futura suegra de Elizabeth, para que le diera alguna opinión sobre el baile. Conocía la influencia de la condesa y sabía que iba a estar muy feliz de formar parte de ese evento, especialmente siendo para su hijo.

-Abuela, hemos llegado -anunció Elizabeth al entrar en el salón, y le dio un pequeño abrazo. Detrás de ella entró Charlie, quien le dio un beso en la frente.

-¿Cómo les fue?

-De maravilla -le contó Elizabeth con una sonrisa-. Me he enterado de que tengo otra abuela y una tía.

-Oh, Gertrudis aún vive.

-Por lo que nos dijo el abogado, sí. Han estado viviendo en una propiedad que ahora pertenece a Elizabeth y, como verá, está ansiosa por conocerla.

La marquesa dibujó una sonrisa.

-Quiero visitarlas, aunque creo que no se pueda por el momento.

-Elizabeth dibujó una sonrisa maliciosa-. Le diré a Eduardo que vaya a buscarlas, o ¿por qué no tú, abuelo?

-Yo les mandaré una carta, mi niña -le propuso Margarita con una sonrisa.

-¡En serio, abuela! Solo espero que se alegren de mi presencia y no crean que yo les vaya a sacar de su casa. -Elizabeth observó la libreta que tenía su abuela en el regazo-. ¿Qué haces, abuela?

-Elaboro la lista de invitados y anoto algunos detalles que me gustaría para el baile; hace mucho que no organizo uno.

-Eduardo me dijo que hablaría hoy con su madre. Lady Amelia es muy buena en esas cosas; si hubieras visto el baile de máscaras...

-Oh sí, espero que tu prometido venga y me traiga buenas noticias.

Como si lo hubieran invocado, en ese instante el mayordomo entró en la salita.

-Milord, lord Kingswood acaba de llegar; lo espera en la biblioteca.

Elizabeth se alegró de que Eduardo hubiese llegado, pero le sorprendió que no hubiese ido directamente a saludarlos, ya que era lo más común: supuso que tenía algún asunto que hablar a solas con su abuelo.

Eduardo no había querido viajar a Hampshire nuevamente desde que Elizabeth había creído haber visto a Thomas, por lo cual había ido a visitarla todos los días. Incluso pensó en alojarse en la casa, ya que era suya, pero al final desistió ya que, debido a la compra de nuevos caballos, y la amplitud de su caballeriza, había estado recibiendo tanto nuevos clientes como proveedores y no quería incomodar con las visitas.

Charlie asintió, y el mayordomo le entregó una nota la marquesa, para luego retirarse.

-Mis hermosas damas, iré a ver qué se le ofrece a ese muchacho loco. Ambas lo observaron con una sonrisa.

-¿Qué es, abuela? -Elizabeth observó la nota con curiosidad.

-Es una nota de lady Amelia. -La marquesa leyó la nota, y una gran sonrisa se dibujó en sus labios-. Dice que está encantada de formar parte de la organización del baile y que, si no es mucha molestia, le gustaría ser la anfitriona, tomando en cuenta que aún no tenemos casa en Londres.

-Eso es muy bueno, abuela; el salón de la casa de los condes es hermoso -apreció entusiasmada.

-Sí, mi niña, y nos invita a tomar el té mañana para ponernos de acuerdo con todo.

Margarita no podía sentirse más feliz, no solo por el hecho de recibir la ayuda que necesitaba, sino porque lady Amelia le decía que Elizabeth iba a ser muy bien recibida en su familia, y no por el hecho de ser su nieta, sino porque la muchacha les había caído muy bien

desde que la habían conocido y su familia le tenía un gran aprecio.

Capítulo 34

-Y, bien muchacho, ¿qué puede ser tan importante como para quererme ver a mí primero que a mi nieta?

Eduardo estaba sentado en el gran sofá de cuero rojizo frente al escritorio de mármol; al observar a Charlie entrar, le regaló una gran sonrisa.

-Solo quería mostrarte algo que sé que te gustará. Por cierto, ¿cómo les fue con la reina?

El marqués se sentó en un sofá frente a Eduardo; se acomodó la chaqueta y se la desabotonó.

-Muy bien, oficialmente mi nieta es Elizabeth Stuart, y ya hizo uso de su apellido. -Eduardo enmarcó una ceja y lo observó suspicaz-. Fuimos a ver al abogado de Román, para que leyera el testamento, y mi nieta es heredera de una buena fortuna, entre otras cosas.

-Al parecer, Elizabeth sería un imán para cualquier idiota que buscara no solo una buena posición, sino dinero y ni qué hablar de su belleza - comentó Eduardo, haciendo un mohín de desagrado.

-Por suerte, te tiene a ti; si no, yo me aseguraría de espantar todos esos interesados con la escopeta que hace mucho no uso.

Eduardo se echó a reír carcajadas.

-No te imagino con una escopeta, amenazándolos y persiguiéndolos.

-Créeme, sí lo haría; una vez lo hice con Eleanor.

Ambos soltaron una carcajada.

-¿Con Román?

-No, él no fue su único pretendiente.

-¿Qué pudiste averiguar sobre la anulación del matrimonio de Elizabeth?

-Mi amigo me dijo que él se encargaría; lo único que necesita es el documento que haga constar que Elizabeth está casada con ese

tal Thomas y, ya que la boda no fue religiosa, no hay muchas complicaciones. -Andrew se encargó de buscar el documento. -Tomó una carpeta, de donde sacó un documento. Se lo dio a Charlie con una gran sonrisa-. Esto es lo que no podía esperar.

El marqués tomó el documento y lo leyó con mucho cuidado; automáticamente, una sonrisa se dibujó en sus labios.

-Esto es una buena noticia. Una muy buena noticia.

Más tarde, ese mismo día, en una taberna de East End, en una esquina oscura, se reunieron dos misterios caballeros.

-¿Qué pudiste averiguar?

-No mucho, tomando en cuenta que el sujeto no es inglés; aun así, efectivamente hay un Thomas Westher, en Inglaterra y, por lo que sé, anda averiguando sobre Lady Elizabeth.

-Entonces, anda tras la pista de mi niña.

-Así es, viejo amigo: incluso estuvo trabajando en la reconstrucción de Kingswood Manor.

Charlie apretó los dientes al escuchar tal mención.

-No entiendo qué quiere con Elizabeth; espero que lo averigües pronto y que no se atraviese en mi camino, o juro que mataré a ese hijo de puta.

-¿Extrañas la adrenalina, viejo amigo?

-Un poco, pero ya estoy muy viejo para eso, y lo sabes.

Su acompañante dibujó una sonrisa.

-¡Cómo no!, si fuiste quien me entrenó...

La mirada que le regaló era paternal.

-Sí, muchacho, te saqué de las calles cuando me ayudaste a encontrar a aquel bastardo y, prácticamente, eres un hombre de bien.

-No te pongas sentimental.

-Claro, claro, me retiro; mantenme informado y, si te lo encuentras merodeando a mi familia, no dudes en lanzarle una muy placentera amenaza. -Sus ojos brillaron.

-Igual a las tuyas cuando eras agente de la Corona.

Ambos esbozaron una sonrisa.

-Lizzy, estás hermosa. -Elizabeth se fundió en un acogedor abrazo de Katherine; seguido de este, llegó uno de Clara y, por último, uno de Anne.

-¡Dios! Vosotras también y están más... embarazadas. -Soltó una sonrisa; tenía aproximadamente un mes de no ver a sus amigas. Clara ya mostraba un abdomen muy abultado y Katherine ya no tenía su pequeña cintura-. Y tú, Anne, te ves muy linda en ese vestido.

Anne soltó un suspiro.

-Ya las conoces; no van a parar hasta que aprenda todo lo que quieren -comentó Anne, y todas se echaron a reír.

-¿Qué hacen aquí? No pensé verlas hasta el baile, y tampoco estaba segura de verte, Kathy.

-No quería viajar, ya que aún temo por lo que me sucedió la primera vez, pero el médico me dijo que no había problema -le contó Kathy.

-Ya sabes que yo usualmente me la paso viajando con Andrew, así que esta no fue la excepción. Hace dos días que estamos por acá -le explicó Clara.

-Y de momento nos tendrás cerca, ya que Sebastián está trabajando con Andrew y vamos a estar por acá. Bueno, yo vivo aquí en Londres.

Elizabeth no podía contener la risa; estaban reunidas en el saloncito de la casa de Eduardo, su casa, con sus amigas.

-Le diré a una de las doncellas que traiga té y algunos bocadillos.

-Debo admitir que pareces más una dama que yo -bromeó Katherine.

-La marquesa se ha esforzado mucho, ¿verdad? -acotó Clara.

-Sí y, con una institutriz como la que tenía, era difícil no aprender. Por cierto, aún hace a veces de carabina cuando Eduardo me invita a algún paseo -protestó poniendo los ojos en blanco.

Todas rieron a carcajadas mientras se sentaban. Elizabeth notó

que, aunque Anne estaba sonriendo, estaba muy pensativa.

-Supongo que para mi hermano eso ha sido una tortura -indagó Katherine.

-Por supuesto: ambos extrañamos las cabalgatas en Hampshire, a solas. Ahora cuéntenme cómo están los pequeños.

Luego de ser servido el té, Lady Amelia se había unido a ellas. Resultó que la mansión de Eduardo estaba muy cerca de la de sus padres y, desde que la condesa había aceptado planear el baile con la marquesa, era común encontrarla ahí a la hora del té.

-Anne, ¿qué sucede?

Elizabeth se había llevado a Anne al jardín mientras las demás damas se encontraban entretenidas en una conversación.

-Nada, Lizzy, ¿por qué lo preguntas?

-No me mientas; desde que dejé Dream House, has estado muy distante y pensativa.

-No es nada -la tranquilizó.

-Anne, sabes que somos amigas. Lo que sea que te suceda me lo puedes decir; prometo no decirle a nadie.

-Sé que puedo contar contigo; es solo...

-¿Es Mathias?

-Sí, me pidió matrimonio antes de marcharse.

-Al fin se animó -expresó emocionada.

-No te emociones; todo esto me tiene muy confundida.

-Cuéntame; tal vez te pueda ayudar.

-Aún no le he dado una respuesta; le dije que tenía miedo por todo su pasado y me dijo que se encargaría de que no lo tuviera.

-¿Y tú que le dijiste?

-Le dije que tenía que pensarlo...

-Es el viaje a Norteamérica, ¿verdad?

-Sí, aún no es seguro que viaje, pero, si lo hace y si él no cambia, ¿qué pasará luego de casarnos? Si él vuelve a ser quien era, ¿qué hago en un lugar desconocido para mí?

-Entiendo cómo te sientes, pero dime, ¿lo crees capaz de cambiar? Anne soltó un suspiro y dibujó una sonrisa, que parecía

más una mueca en sus labios.

-Sí, y eso es lo que más miedo me da.

Si las visitas a la modista eran una tortura, ir en compañía de sus amigas y de su futura suegra era todo un tormento, y a eso se le agregó la complicidad de la señora Clarit, ya que no paraban de parlotear y dar sus opiniones.

Elizabeth solamente iba por un vestido para el baile, y terminó viendo diseños para su vestido de novia, al que se había negado porque quería usar el de su madre, que su abuela conservaba, y algunos otros diseños para su nuevo guardarropa como la vizcondesa de Kingswood. Elizabeth no comprendía para qué tanto vestido elegante, ni en qué momento los iba a utilizar: iba a vivir en el campo. Por ese motivo también aprovechó para encargarse algunos trajes para montar; estaba muy ansiosa por regresar a Hampshire y montar en su nueva yegua, Stormy. Por eso no todo fue malo, ya que también aprovechó su visita para regalarle algunos vestidos a Anne.

-Opino que ese color es perfecto para Lizzy.

-No me agrada mucho: la haría ver muy pálida.

-¿Se le puede agregar otro color que combine? -preguntaron a la señora Clarit.

-Oh, claro que sí: ese tono iría perfecto con rosa.

Katherine y lady Amelia se debatían para escoger uno de los tantos vestidos para ella.

-Lizzy -la llamó Clara-, ¿ya escogiste un color para el vestido del baile?

Clara estaba sentada en un sillón que tenía la señora Clarit en el taller, con una muestra de telas en el regazo. Estaba escogiendo algunas para unos vestidos que iba a encargarse para ella.

-Aún no; siguen eligiendo mi nuevo guardarropa -protestó.

Clara sonrió, recordándose ella misma un año atrás.

-Me gusta este color, y creo que se te vería muy bien. -Le mostró una muestra de tela en tono plata.

-Me gusta, aunque no resaltaría mucho.

-Mmm... un poco sí. -Se quedó pensativa-. Pero podemos combinarlo con algún otro color. ¿Ya elegiste el diseño?

-Sí, bueno, lo eligió mi abuela.

Clara observó a la marquesa, que estaba presenciando el debate de Katherine y Amelia por colores y modelos con una sonrisa, y le hizo señas para que se acercara.

-Le decía a Elizabeth que este puede ser un bonito color para el vestido del baile.

Margarita observó la muestra de tela y sonrió satisfecha.

-Es muy buena elección; irá bien con el modelo.

Elizabeth asintió: a ella también le gustaba, solo que no estaba acostumbrada a utilizar esos colores. Aunque, viendo la cantidad que había escogido para ella su suegra y su cuñada, no sabía qué iba a hacer con tantos vestidos. Aunque la condesa le insistió en que ella la llevaría a algunos eventos cuando fuera vizcondesa y que los iba a necesitar. Elizabeth aprovechó un momento a solas y le pidió a la señora Clarit que le preparara un pequeño guardarropa a su amiga Anne, aunque no sabía cuál sería su decisión. Le gustaría que estuviese preparada. Mathias se había convertido en un buen amigo, y ella sí lo creía capaz de cambiar, aunque Mathias guardaba un secreto, y era por lo que temía Elizabeth.

La visita a la señora Clarit se extendió una hora más, en que también encargaron ropa interior, medias y algunos corsés. Katherine se encargó de decirle a la señora Clarit que le hiciera un pedido especial, así como lo había hecho con Clara, y que ella personalmente le había regalado para su noche de bodas.

Capítulo 35

Eduardo le ofreció la mano a Elizabeth para ayudarla a bajar del carruaje. Recordaron que, la última vez que habían asistido a un baile Rosethon Manor, el destino se había encargado de que se conocieran y luego se había encargado de juntarlos. Lady Amelia, la condesa de Rosethon, junto a lady Margarita, marquesa de St. Clared, se encontraba en la entrada como las muy distinguidas anfitrionas que eran. La marquesa había llegado un poco antes de que Elizabeth llegara con ese fin. Ambas estaban muy orgullosas de su bien organizado baile, el cual tenía un doble motivo, que las llenaba de felicidad a ambas.

Elizabeth caminó al lado de Eduardo agarrada de su brazo mientras este le presentaba algunas de sus amistades y conocidos. Su abuelo, el marqués, iba en su compañía. Se mostraba como el abuelo más orgulloso del mundo presentando a su nieta, motivo por el cual Eduardo decidió dejarla en su compañía y reunirse con su padre, quien observaba todo desde una esquina del salón.

-Y pensar que hace unos meses la palabra *matrimonio* era prohibida para ti.

-Ya sabes, padre, llegó la indicada -recordó lo que le habían dicho sus amigos unas semanas atrás.

-Estaba completamente seguro de que llegaría; me alegro, por ti, hijo. Espero más nietos pronto.

Eduardo sonrió.

-Los tendrás, padre; puedes estar seguro de eso. Pronto tendrás la casa llena de niños. -Le hacía mucha ilusión tener hijos con Elizabeth, pero también quería aprovechar antes un tiempo solos.

En ese momento observaron a los recién llegados Sebastián, Katherine, Andrew, Clara, Mathias y Anne acercarse a Elizabeth y su abuelo.

-No tengo dudas de eso y, bueno, si agregamos a los de Clara...

-Se puede decir que no pierden el tiempo.

-Eso parece. -Se echó a reír-. Por cierto, ¿cómo va el asunto? -Se refería a Elizabeth.

-Muy bien; de hecho, ya tengo fecha para la boda: es una sorpresa.

-Eso me agrada.

Elizabeth observó a sus amigos acercarse y les dio un cordial saludo; moría de ganas por abrazar a Mathias ya que, desde que había abandonado Dream House, no lo había visto. También quería felicitarlo, pero solo se limitó al cordial saludo. Eduardo se acercó a ellos en compañía de su padre y se unieron en una conversación de caballeros, mientras que las damas habían secuestrado a Elizabeth para seguir con las presentaciones.

-¿Puedo robarles a mi bella prometida?

Las damas que estaban en compañía de Elizabeth y sus amigas dibujaron una sonrisa tonta en la cara. Era muy común cada vez que Eduardo se acercaba a ellas, aunque él nunca lo notaba, y mucho menos entonces, que solo tenía ojos para Elizabeth.

-Claro, milord, supongo que vas a presumirla -le dijo Katherine dirigiendo la mirada a uno de los amigos de él.

-Por supuesto, él no es el único que se casará con una bella mujer. - Ambos sonrieron.

Eduardo la guio hasta una pareja, y le presentó a Joseph Mathuis, quien había sido su amigo desde el colegio, y a su prometida lady Constance. Elizabeth no pudo dejar de admirar aquellos ojos dorados de la muchacha, la cual era muy simpática; no le costaba nada conversar. Estuvieron en su compañía, hasta que el primer baile inició y se dirigieron a la pista. Antes de despedirse, le preguntaron si asistiría a la boda en un par de días.

-¿Ya te dije que te ves muy hermosa?

-Sí, ya me lo has dicho. -Elizabeth se quedó pensativa como su estuviera haciendo cálculos-. Desde que me viste en la mansión.

-Y lo seguiré haciendo -le dijo con una sonrisa.

-Y no me cansaré de escucharte.

-Realmente, en este momento lo que más me gustaría es llevarte a mi habitación, quitarte ese vestido, adorar tu cuerpo y hacerte el amor.

Elizabeth se sonrojó tras esas palabras y Eduardo disfrutó de su muestra de inocencia; era una de las cosas que más amaba de ella.

-Oh, mi ángel, aún no te acostumbras.

-Sospecho que voy a demorar en hacerlo.

-Todo lo que quieras, mi ángel; de igual forma, me encanta.

Eduardo había declinado seguir bailando; además de bailar con Elizabeth, solo había querido bailar con la marquesa y con su madre, aunque tuvo que invitar a algunas damas. En ese momento se encontraba bailando con la prometida de Joseph, el cual estaba bailando con Elizabeth, cuando observó a un hombre misterioso en la entrada del salón. Este tenía la mirada fija en Elizabeth, y a Eduardo no le agradó que otro la observara de esa forma. Terminó de bailar y se disculpó con la muchacha para dirigirse al misterioso hombre.

-¿No cree que es de muy mala educación observar a una dama como lo está haciendo?

El hombre desvió la mirada de Elizabeth y se fijó en Eduardo, quien estaba frente a él.

-Supongo, *lord* Kingswood -le dijo con una sonrisa socarrona.

-¿Lo conozco? -indagó Eduardo.

-Eso depende de qué tanto sabe del pasado de Elizabeth; por su expresión, creo que sí.

Eduardo lo observaba con el ceño fruncido; ya había notado su acento americano.

-Creo que usted y yo tenemos que hablar.

-Oh claro que sí, *milord* -remarcó la última palabra.

-Acompáñeme a la biblioteca.

El hombre le lanzó una última mirada a Elizabeth y acompañó a Eduardo a la biblioteca.

-Supongo que usted es Thomas Westher.

-Veo que sí sabe quién soy; así que Elizabeth le habló de mí.

-¿Por qué no iba hacerlo? -Eduardo se sentó en escritorio y le hizo señas a Thomas para que se sentara también.

-Ya que mi adorable esposa se comprometió con usted, supuse que no sabía de mí.

-Sé de usted, y créame: estoy haciendo un gran esfuerzo para no matarlo con mis propias manos en este momento.

-Supongo que sería lo mejor, así Elizabeth queda viuda y puede casarse con usted.

Eduardo dibujó una sonrisa.

-Se equivoca: no lo necesito muerto para poder casarme con Elizabeth.

-Si cree que voy a anular el matrimonio, está muy equivocado -le aseguró.

-Tampoco necesito eso y, si sabe muy bien qué es lo que le conviene, le aconsejo que se aleje de Elizabeth y de Inglaterra.

-¿Qué sucede, mi hermosa Beth?

Elizabeth había aprovechado el baile con Mathias para averiguar sobre sus planes con Anne, y todo iba muy bien hasta que notó la ausencia de Eduardo en el salón.

-Hace un rato que no veo a Eduardo.

-Debe haber salido por un poco de aire; si lo notas, no está muy dispuesto a bailar.

-Lo noté; si lo hace, es por no ser descortés.

-Ya ves, no te preocupes, Beth, por ahí debe estar.

-Ahora si me contaras de tus planes...

-Ya te lo dije: todo depende de la respuesta de Anne.

-Sea un sí o un no, de igual forma te irás a Norteamérica.

Mathias suspiró cansado.

-Solo espero que sea un sí; de igual forma, solo me iré una temporada.

La pieza de vals finalizó, y Elizabeth se acercó a sus amigos.

-¿Han visto a Eduardo?

Todos negaron. Elizabeth se despidió de ellos y se dirigió a buscarlo. Tenía un mal presentimiento; luego de averiguar, uno de los lacayos le comentó que lo había visto dirigirse a la biblioteca.

-¿A dónde vas, pequeña? -la interceptó Charlie.

-Busco a Eduardo; al parecer, está en la biblioteca.

-Te acompaño, mi niña.

El suave toque de la puerta los distrajo de la conversación. Eduardo se estaba conteniendo de todas las formas posibles para no lanzarse a Thomas y molerlo a golpes. No era ni el lugar ni el momento, no ahí donde estaba toda la alta sociedad aristocrática de Londres y la situación se prestaría para estar en boca de todos a la mañana siguiente.

-¿No vas a abrir? -preguntó Thomas desafiante al escuchar nuevamente el toque de la puerta.

Eduardo no tuvo tiempo de contestar cuando vio la puerta abrirse y a Elizabeth asomarse por allí. Thomas desvió la mirada a la puerta y dibujó una sonrisa maliciosa en los labios.

-Mira a quién tenemos aquí: la que faltaba -anunció. Elizabeth se había quedado congelada al escuchar aquella voz, una que hacía mucho tiempo no escuchaba, pero que tenía muy clara en su mente-. Pasad, no te quedes ahí, estamos resolviendo un asunto muy importante sobre su supuesto matrimonio.

Charlie, quien la había seguido y estaba observando la escena, la instó a entrar. Sabía muy bien quién era ese hombre y se iba a encargar de él personalmente.

-¡Déjala en paz, ella no tiene nada que ver en esto! -Eduardo se movió para llegar a Elizabeth. Thomas fue más rápido y se interpuso.

-No la toques -le advirtió Charlie.

-Si sabe lo que le conviene, será mejor que no se entrometa -le advirtió a Charlie apuntándolo con un arma que sacó de la chaqueta-. Camine y quédese junto al *lord*. -Charlie titubeó. Thomas dejó de amenazarlo y apuntó la cabeza de Elizabeth-. ¡Ahora! -lo

amenazó.

Charlie le lanzó una mirada a Eduardo, y este asintió.

-¡Déjala en paz! -rugió Eduardo.

-Déjame pensarlo. No creo. -Fijó su mirada en Elizabeth-. Mi amor, ¿cómo fue posible que te olvidaras de mí tan pronto?, recuerda que soy tu *esposo*. -Remarcó la última palabra.

Elizabeth tomó fuerza de donde no tenía para hablar.

-Tú me abandonaste -bisbiseó.

-Y por eso viajaste hasta el otro lado del mundo para revolcarte con un *lord*, ¿acaso no podías quedarte y hacerlo en Norteamérica?

-¡No le hables así!

-Le hablo como me da la puta gana, y cállense si no quieren que le vuele la cabeza aquí mismo. Tenemos una conversación de marido y mujer.

-Déjalos, Tom, ellos no tienen...

Thomas chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

-Te has vuelto más valiente, Lizzy, ¿dónde quedó la niña tonta que se dejó cautivar por mí?

-Hace mucho tiempo desapareció -alcanzó a decir.

-Mal, muy mal. -Fijó la mirada en los dos hombres-. Me tienta mucho quedármela, pero solo sería un estorbo, así que...

-Si piensas que...

-Silencio, Lord Kingswood -lo interrumpió-, vamos a negociar. Elizabeth será suya y libre si me pagan cincuenta millones de libras.

-Elizabeth no está en venta -le dijo el marqués.

-Estoy negociando con Lord Kingswood, no con usted, marqués.

-Soy el tutor de Elizabeth.

-Y yo, su marido, lo que me da más poder -rugió.

Eduardo y Charlie empezaron a reír; sabía que era arriesgado, pero no pudieron evitarlo.

-Para tu información, Thomas Westher, tú te casaste con Elizabeth Jones -aclaró Eduardo-. Resulta que la Elizabeth que tienes junto a ti es Elizabeth Stuart.

-¿Qué demonios dices?

-Que Elizabeth no es hija de Henry.

Thomas se quedó en silencio; se podía notar que estaba analizando las palabras y afrontándolas.

-¡Maldición! No has sido más que engaño; primero la naviera y ahora esto -rugió furioso.

-¿Qu-qué quieres decir?

-Me casé contigo solo para ser dueño del porcentaje de tu padre, pero el muy maldito no te dejó su parte como herencia. Se le ocurrió venderla a estos malditos ingleses; por eso te abandoné. Me eras totalmente inútil; ni siquiera para un buen revolcón servías: eras una maldita virgen.

Elizabeth sintió un hueco en el estómago y picor en sus ojos; jamás había creído eso y que le doliera como lo estaba haciendo. Solo la había usado. Sus lágrimas insistían en salir.

Eduardo apretó más fuerte los puños; estaba a punto de lanzarse sobre Thomas y matarlo con sus propias manos. Charlie, quien presintió lo que quería hacer, lo detuvo sosteniéndole el brazo y negando con la cabeza.

Thomas fijó nuevamente la mirada en ellos.

-Me llevaré a Elizabeth, y no intenten detenerme; si la quieren de vuelta y con vida, espero cincuenta millones de libras, al amanecer en el muelle. Los estaré esperando en el Ocean.

-Los tendrás -le aseguró Charlie.

Thomas salió en compañía de Elizabeth.

-¡Demonios, Charlie! -exclamó furioso-. ¿Cómo permitiste que hiciera eso, que se la llevara?

-Descuida, muchacho, nos encargaremos de él, pero no aquí.

Eduardo salió rápidamente para reunir a su padre, Sebastián y Andrew para que lo ayudaran a juntar el dinero y salvar a Elizabeth. También necesitaba trazar un plan. Charlie estaba muy seguro de que iban a rescatar a Elizabeth sin necesidad de dar el dinero, pero no se lo dijo. Él mismo se encargaría; ya había perdido a su hija y no perdería a su nieta nuevamente.

Capítulo 36

-**E**stás mucho más hermosa, Elizabeth.

Elizabeth no lo miró; llevaba la mirada fija en la ventanilla del carruaje. Estaba muy nerviosa y temerosa, por lo cual trababa de mantenerse en calma.

-Lizzy, recuerda que aún eres mi esposa y te puedo hacer cumplir tus obligaciones -le advirtió al ver que ella lo ignoraba.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Elizabeth al escuchar esas palabras, y a su mente llegaron recuerdos que había creído haber olvidado.

-Veo que recuerdas que ya lo hice una vez.

-Lo que no entiendo es cómo lo recuerdas tú -replicó Elizabeth.

Thomas se encogió de hombros.

-Supongo que fuiste la más aburrida de las mujeres con la que he estado, ya que me quedé dormido.

-Eres un maldito, abusaste de mí -le reclamó.

Thomas soltó una carcajada.

-No, querida, pero debíamos consumir el matrimonio, y tú no colaborabas.

-Estabas ebrio, y ni siquiera estaba preparada.

-Veo que ese *lord* te ha estado instruyendo; no estaría mal que me demuestres lo aprendido mientras llega, y hacemos que la espera valga la pena.

Elizabeth palideció; un sudor helado recorrió su espalda tras esas palabras; no quería que ese maldito hombre volviera a tocarla, nunca más.

Tanto la condesa como la marquesa, quienes habían mostrado su mejor cara ante los invitados, ocultando los nervios y la angustia, habían dado por finalizado el baile como las excelentes anfitrionas que eran, disculpando a Elizabeth de haber sufrido un fuerte dolor

de cabeza y a Eduardo de haberla acompañado junto al marqués para llevarla a casa.

Luego de que entre todos recogieron la cantidad de dinero solicitada y trazaran un plan para recuperar a Elizabeth, se dirigieron al muelle en busca del Ocean. Cuando llegaron a los muelles, los primeros rayos de sol no demoraron mucho en llegar indicándole que estaba por amanecer. Buscaron el Ocean y, cuando lo encontraron, Andrew y Sebastián se quedaron escondidos por si necesitaban ayuda, mientras Eduardo y Charlie se acercaban a él. Al llegar, observaron a Thomas, el cual estaba con Elizabeth en la cubierta, esperándolos. Al observarlos, se dirigió a ellos, pero no bajó del barco.

-Han sido muy puntuales.

-Aquí está lo que quieres; ahora suelta a Elizabeth.

-Sube para el intercambio; primero la bolsa y luego mi Lizzy. - Eduardo apretó los dientes-. Aunque estaba pensando. -Lo apuntó para que se detuviera-. Elizabeth es la única heredera de un marqués. Supongo que, si tiene un hijo varón, él heredará todo. Eso sería muy conveniente para mí.

-¡Deja a Elizabeth en paz! -rugió.

-Cierto, tendría que volver a casarme con ella; bueno, ya lo hice una vez... -hablaba para sí mismo.

-Toma el maldito dinero y deja a Elizabeth libre.

Thomas negó con la cabeza.

-Estoy tratando de pensar en mi futuro, así que cállate -le apuntó-. Por cierto, ¿qué tanto le has enseñado en la cama? Me gustan las mujeres experimentadas y...

El eco de un disparo vibró en los oídos de Eduardo; segundos después, observó el cuerpo inerte de Thomas caer al suelo. Se movió rápidamente para alcanzar a Elizabeth, la cual ya había empezado a bajar buscarlo. La tomó en brazos y la abrazó con todas sus fuerzas. Ella estaba temblando y sollozando.

-Tanta palabrería ya me tenía agotado.

Eduardo levantó la cabeza en dirección de Charlie y lo vio

guardando el arma. Sebastián y Andrew se les unieron segundos después.

-¿Por qué hiciste eso, Char? -quiso saber Eduardo.

El marqués se encogió de hombros.

-Recordé los viejos tiempos, cuando trabajaba para la Corona; así era cómo negociamos con los necios como ese, ya que no pensaba dejar a mi Elizabeth en paz. Una vez me arrepentí de no encargarme a tiempo del que molestaba a mi Eleanor y, cuando me decidí a hacerlo, ya era tarde. No pienso perder a mi niña otra vez.

Elizabeth subió la mirada, y le regaló una sonrisa a su abuelo.

-No fue lo correcto, abuelo -balbuceó-. Gracias. -Elizabeth había comprendido sus palabras.

De regreso a la mansión de los Roserthon, las damas los estaban esperando muy preocupadas y ansiosas. Cuando los vieron llegar a todos sanos y salvos, se escucharon suspiros de satisfacción y tranquilidad. Luego de que contaron cómo habían sucedido las cosas, cada uno se dirigió a su hogar. Eduardo decidió en ese momento hacer su residencia oficial en Kingswood House, ya que no quería pasar más tiempo alejado de Elizabeth. Total, era su casa y pronto se casarían, ya que realmente era así. Desde que se había enterado de que el matrimonio de Elizabeth no había sido válido, se había encargado de poner una fecha a su boda, ya que estaba deseando el momento de convertir a Elizabeth en la vizcondesa de Kingswood.

Luego de una breve conversación con Charlie y de haberle agradecido la ayuda, subió a la que era su habitación. Ya le había enviado una nota a Anderson, su ayuda de cámara, para que trasladara sus cosas ahí. Entró a la habitación y esperó hasta no escuchar ruidos, aunque era imposible, ya que la mayoría de la servidumbre estaba trabajando. Se escabulló rápidamente y se coló en la habitación de Elizabeth. Hacía semanas que no le hacía el amor, y Elizabeth era como una droga para él: la necesitaba. La encontró sentada en la cama con un libro en mano, sonriendo.

- Amor mío, pensé que ya dormías.
- Tenía la intuición de que vendrías a verme.
- Oh, mi ángel, no sabes cuánto te necesito.
- Oh, sí que lo sé, ya que yo también te necesito.

Eduardo no perdió el tiempo para desnudarse y meterse en la cama junto a Elizabeth. La desnudó y la adoró con paciencia, dedicación, amor y deseo que solo ella le provocaba. Adoró su cuerpo como tanto le gustaba y como sabía que la iba a adorar una y otra vez por el resto de su vida. Elizabeth era suya, era su ángel. Gracias a la apuesta que le había ganado al destino.

Epílogo

Elizabeth amaba cada rincón de la mansión, aunque no recordaba su único año vivido ahí. Había encontrado muchos recuerdos en aquellas viejas y reformadas paredes, como el cuadro en la biblioteca de sus padres, o las tantas cartas que había escrito su padre para conquistar a su madre. Elizabeth había descubierto que su padre había visto por primera vez a su madre en las pistas de carreras la única vez que su madre había participado en una. Cuando se dio cuenta de quién era, había ido a pedir empleo a su abuelo. Había sido amor a primera vista, y sus padres se encargaron de cosechar ese amor tal y como lo habían hecho ella y Eduardo, un amor que en algunos meses daría su primer fruto.

-Rosinda, me avisas apenas esté lista la cesta.

-Sí, milady.

-Ros -la amonestó.

Ella le regaló una sonrisa.

-Lo siento, Lizzy, pero ya me he acostumbrado.

-Comprendo, estaré arriba. ¿Eduardo ya llegó?

-Sí, estaba viendo los nuevos caballos con Marcus. Supongo que se demorarán.

Elizabeth le regaló una sonrisa; antes de subir, pasó por la biblioteca a admirar una vez más el cuadro de sus padres. Eduardo había insistido en que conservaran ese lugar, ya que era muy importante para ella. Subió a la segunda planta y se dirigió a la que había sido su habitación de bebé, ahora que tenía la certeza de que dentro de ella crecía un pedacito de amor de ella y Eduardo. Iba muy a menudo; se imaginaba acurrucando a su bebé en la mecedora en la que una vez lo había hecho su madre con ella, o cantando mientras dormía en la cuna.

Había pensado en empezar a decorar la habitación. La última vez que había estado en Londres, había visto un papel hermoso con

diseño de caballos, y pensó que era el ideal. Dibujó una sonrisa tonta y se dirigió a la ventana. Acarició suavemente su vientre, mientras se imaginaba todo lo que podría hacer en esa habitación con su bebé. Esperaba que fuera un niño, aunque quería una niña. Debía admitir que ambos le gustaban y esperaba tenerlos, pero, si el niño era primero, sería quien cuidara de su hermanita. Sacudió la cabeza: estaba pensando mucho: aún era pronto. Y de momento solo sería uno.

Sintió las grandes manos de su marido apoyadas en sus hombros. Esto la hizo salir de sus pensamientos y dibujar una sonrisa. Apoyó su cabeza en el pecho de Eduardo.

-Mi bello ángel, últimamente te veo mucho por acá.

-Estaba pensando en que ya era momento de decorar; ya sabes, por si en algún momento...

Eduardo le dio la vuelta y le dio un suave beso en los labios.

-Nada me haría más feliz, mi amor, aunque no sería muy pronto.

-De igual forma, me gustaría.

-Amor mío, sabes que puedes hacer lo que quieras con la habitación y con toda la casa.

-Lo sé, me lo has repetido desde que nos mudamos aquí.

Eduardo la acercó más a él y empezó a besarla, con roces suaves y llenos de ternura.

Un toque de la puerta los hizo separarse.

-Lizzy, la cesta está lista -le anunció Rosinda.

-Gracias, Rox, ya bajamos.

Rosinda asintió y se marchó.

Eduardo arqueó una ceja y observó curioso a Elizabeth.

-¿Vamos de picnic? -quiso saber.

-Sí, quiero pasar la tarde en el lago.

Caminaron tomados de la mano; Elizabeth pasó a la caballeriza a dejarle una zanahoria a Stormy, que había resultado no solo ser un excelente caballo, sino una gran compañía, ya que pasaba horas en la cuadra cepillándola. Luego siguieron hasta llegar al lago, aquel en

donde Eduardo le había pedido matrimonio y en donde muchas noches iban a ver las estrellas. Eduardo la adoraba haciéndole el amor. El capitán Fran había tenido razón: había mejores lugares que mar abierto para ver las estrellas, aunque Elizabeth estaba segura de que no era el lugar, sino la compañía lo que hacía que las estrellas se vieran más hermosas desde ahí, especialmente porque sentía la esencia de sus padres. Eduardo dejó la cesta en el lugar donde siempre hacían el picnic y sacó la sábana, para colocarla en el suelo.

-¿Celebremos algo especial? -indagó.

-Para mí, estar junto a ti es motivo de celebración todos los días -le dijo con una sonrisa coqueta.

Eduardo le regaló una sonrisa tonta y luego la atrajo a él para abrazarla y besarla.

-No hay mejor motivo que ese -le aseguró entre besos.

Luego de una sesión de besos y caricias, Elizabeth empezó a sacar todo de la cesta; siempre había sido amante del soufflé de chocolate, pero desde hacía un mes era lo único que quería comer, y Rosinda, gustosa, la complacía. Esto fue el segundo motivo de sus sospechas; el primero era que el segundo mes que su período se ausentaba. Aunque no comprendía por qué no había tenido las náuseas que tanto habían enfermado a Katherine. La había consultado a su abuela, y ella le había dicho que ni ella ni Eleanor las habían padecido, así que dio por hecho que no las tendría.

-¿Otra vez soufflé de chocolate? -Eduardo la observaba comer ansiosa.

-Sí -le dijo con una sonrisa.

-Mi amor, me gusta comerlo tanto como a ti, pero creo que, si comes mucho, podrías engordar.

Elizabeth se encogió de hombros y se metió una cucharada de soufflé a la boca; luego masticó y tragó.

-¿Ya no me amarás si engordo?

-Claro que sí, mi amor.

-¿Seguro?

-Mi amor, no creo que lo hagas y, si fuera así, sabes que te amo y no te dejaré de amar por que tengas unos kilos de más.

Elizabeth sonrió.

-Es que, ¿sabes? -Se metió otra cucharada de soufflé a la boca-. Creo que voy a aumentar de peso, y esto no será el único culpable. - Le mostró el plato de la mano.

-Ah, no, ¿qué más piensas comer? -Arqueó una ceja.

-El asunto es ese: no será por la comida -le aclaró saboreando el postre.

Eduardo frunció el ceño; estaba tratando de comprender qué quería decirle Elizabeth.

-Amor...

Eduardo subió su mirada a Elizabeth; le había costado comprender la indirecta, por lo cual lo pensó bien y llegó a la conclusión. Había estado tratando de evitar tener niños pronto, pero estar dentro del cuerpo de su mujer era tan exquisito...

-Mi ángel, ¿es lo que estoy pensando?

Elizabeth asintió con la boca llena. Tuvo que tragar rápidamente, ya que Eduardo se abalanzó sobre ella para besarla.

-¿Desde cuándo lo sabes?

-Hace unos días; a Rosinda le pareció extraño que solo quisiera comer esto y sintiera náuseas por el olor a café. Me preguntó por la ausencia del período, y todo indica que sí.

-Oh, mi ángel. -La llenó de besos en el rostro-. ¿Por eso pasas tanto tiempo en la habitación del bebé?

-Sí, pensé que podría ir decorando desde ahora.

-Elizabeth, no sabes lo feliz que me haces; de hecho, soy feliz desde el día que el destino decidió ponerte en mi vida. Tú llenas cada rincón de mi ser.

-Oh, amor mío, tú también me has hecho muy feliz y no tengo dudas de que lo seguirás haciendo. Nuestro destino era estar juntos aquí en donde nací y en donde nacerán nuestros hijos.

-Así es, mi amor. Por cierto, tenía algo que decirte.

Elizabeth lo vio ponerse serio.

-¿Qué sucede?

-Sebastián me pidió que fuera a Norteamérica; como accionista de la naviera, puedo hacer algunos cambios que de momento ni él ni Andrew pueden por las chicas, y de paso me pidió que fuera a ver cómo estaba manejando las cosas Mathias.

-¿Cuándo te irías?

-Nos iríamos, ya que tú vas conmigo y sería dentro de dos semanas.

-Mi nana se pondrá muy feliz de volver a verme, y yo más feliz de volver a ver a Anne. Hace tres meses que se marchó.

-¿La extrañas?

-Mucho, además, quiero saber si debo golpear a Mathias.

-Entonces, mi amor, dile a nuestro pequeño que se prepare para su primer viaje en barco dentro de su mami.

Eduardo bajó su cabeza y besó el aún plano vientre de Elizabeth.

-¿Será que tendremos la suerte de Katherine?

-¿Mellizos?

Eduardo asintió pensativo.

-Tengo entendido que mi padre era mellizo, pero su hermano murió en el parto.

Elizabeth abrió la boca y dibujó una o; adoraba a los niños, pero no se hacía una idea teniendo dos niños en un solo parto.

Eduardo le regaló una sonrisa de bribón y besó sus labios.

-No es cierto, mi amor: lo de Katherine fue un milagro.

Elizabeth le dio un golpe en el hombro al verlo soltar una carcajada y luego ella sonrió con él. Realmente, el destino había sido muy bueno con ella. No solo la había unido a unos magníficos amigos, sino también a su familia, de la que no sabía que existía, y a su propia familia, que estaba creando junto a Eduardo. La familia que siempre habían soñado y la que ganaron apostando al destino.

Fin

Nota de autora

Antes de incluir a Eduardo como enamorado de Clara, ya había pensado en una buena mujer para que lo amara incondicionalmente y llegara a formar un bonito amor. Lo malo es que ella tendría un pasado, y ambos debían luchar para conllevar su amor.

¿Ya les dije que odio los finales? Este fue otra novela a la que me costó darle un final ya que más de uno me inspiraba mucho.

En este libro toqué un tema que odio: la agresión y abuso a las mujeres dentro del matrimonio. Tanto en aquella época como hoy en día se siguen dando; las mujeres no estamos en este mundo para ser maltratadas o abusadas al antojo.

Agradecimientos

Quería agradecerle a una persona muy especial para mí. Se ofreció a ayudarme cuando le dije que tenía un estancamiento de ideas, Facun Filgueira.

Y a todos quienes me han brindado su apoyo.

Si te ha gustado Apostando al destino te recomendamos comenzar a
leer Philomena
Una institutriz desdichada
de *Verónica Mengual*



Prefacio

Desde el principio

La señorita Philomena Anderson llegó una tarde de invierno, lluviosa y con frío a la escuela de señoritas Dama Perfecta, ubicada en las afueras del ruidoso Londres. Contaba con ocho años y unas vivencias que dejarían a más de uno pasmado. Al conocer la historia de la niña, la directora del centro, la señorita Queen, de nombre

Mayra, se apiadó de ella al instante y le dedicó más atención que a las demás señoritas o damas que llegaban al centro en busca de ayuda o de un futuro mejor.

Philomena había sufrido un accidente de carruaje, donde vio morir a sus padres ante sus ojos. A ella le había quedado una secuela leve en una pierna, pero los médicos confiaban en que el hueso se recompusiera por completo. Llegó amoratada y con signos visibles, y no tan visibles, de aquel trágico suceso. Las pesadillas se sucedían cada noche.

La señorita Queen estaba hastiada con esas familias de nobles que se deshacían de las muchachas cuando les eran un estorbo o no podían sacar nada de ellas, sobre todo al heredar un título, como sucedía en buena parte de los casos que había tratado. Otros padres dejaban a su cargo a sus hijas porque estaban demasiado atareados para atenderlas. Las chicas siempre eran una molestia para la que no tenían tiempo de dedicarse.

La gran familia de la escuela Dama Perfecta era de lo más variopinta, y en el momento en el que llegó Philomena Anderson, la señorita Queen dio gracias al cielo porque a ella misma le hubiese sucedido un caso parecido que la llevó a fundar la academia y, por ende, a ayudar a sus pupilas.

La niña que le fue entregada aquella angustiosa tarde llegó además muda, con la mirada perdida. Más que una jovencita parecía un fantasma de otro mundo. Dos años permaneció Philomena en la más absoluta soledad de la escuela. Mayra estaba desesperada y no sabía qué hacer con la niña. Lo había intentado todo: música, diálogo, mandarla con niñas más pequeñas que ella, con las mayores... itodo inútil!

Lejos de darla por imposible, la directora del centro se esforzó en infundirle ánimos, en abrazarla y no dejarla sola. Había desarrollado un vínculo especial con la maltrecha Philomena y se juró que no permitiría que nada malo le sucediese mientras dependiese de ella su bienestar.

El cielo se abrió y el sol salió otra tarde de verano. Llegó una niña

de unos diez años muy peculiar. Su pelo rojo como el fuego y sus ojos claros iban a ser un problema para la señorita Rosemary Aldrich. La señorita Queen había vivido lo suficiente para saberlo, y además de lo llamativo de la apariencia de la niña, advirtió un carácter jovial, alegre y confiado que, en caso de caer en malas manos, sería perjudicial para la joven tentadora en que un día se convertiría. Rosemary, como una hija de un conde fallecido, era una dama por derecho propio, un título que la muchacha rechazó desde primera hora. A Mayra le gustó el gesto y su espíritu. Decidió mantener a esa joven bajo su ala y prometió que si era la cura, que tenía la esperanza que fuese, para su Philomena, no dejaría jamás que cayese en malas manos.

Si era la solución, le ofrecería como premio por su servicio con la pobre Philomena un puesto en su academia, y en caso de tener que mandarla a un trabajo fuera de la seguridad del recinto, averiguaría bien el historial del empleador. Esto último, Mayra lo hacía habitualmente, pero con ella dedicaría un tiempo extra, porque estaría siempre en deuda si fuese capaz de despertar a la niña apagada y triste, su Philomena, a la que quería como si fuese su propia hija.

Esa misma tarde, horas después de que Rosemary se aclimatase a su nueva vida en la academia, dejó a ambas niñas en la sala de música como si fuese a recrear un experimento científico. Pese a que Philomena no hablaba, ni se relacionaba con absolutamente nadie del centro, le gustaba tocar el piano y era excepcional haciéndolo.

La directora se quedó apartada de ambas, revisando en su pupitre varios documentos importantes que necesitaban su atención. De este modo se obligaría a concentrarse en su lectura y a dejarlas a las dos cierta libertad.

Como previó, la música que emanaba del instrumento hizo que la pequeña Rosemary se fuese acercando a Philomena. La señorita Aldrich se sentó en el banco del piano con su compañera y comenzó a tocar con ella. No era tan buena, pero no lo hacía nada mal.

Durante más de una hora ambas estuvieron tocando en silencio.

Cuando Philomena no quiso tocar más, se levantó dispuesta a marcharse a su habitación. Mayra la tenía en un aposento a ella sola cerca de su dormitorio. Las pesadillas habían remitido, pero aun así no quería tenerla lejos. Cuando llegase a su dormitorio, la niña se iba a encontrar una sorpresa porque había acomodado a Rosemary con ella.

Se quedó sorprendida cuando, sin mediar palabra, Rosemary la siguió. Le agarró la mano y ambas se marcharon a la habitación. La directora las siguió de cerca, no quería que Philomena se alterase en caso de que Rosemary hiciese algo que la disgustase. La niña no era violenta, simplemente estaba triste y no había conseguido superar la muerte de sus padres.

Se situó tras la puerta de la habitación y oyó conversar a Rosemary. Le contaba por qué había llegado a la escuela, que sus parientes la habían repudiado tras la muerte de sus padres y que estaba triste como ella. Al ver que todo seguiría su curso Mayra se retiró para darles intimidad y confiar en el poder positivo que emanaba de Rosemary.

Dos semanas fue lo que tardó Rosemary en hacer que Philomena comenzase a hablar. Palabras cortas fueron dichas al principio, pero era más de lo que ella misma había conseguido en dos años. Supo en cuanto la vio que esa muchacha pelirroja sería la salvación de las dos criaturas más problemáticas del centro.

Así que al ver los progresos de Philomena decidió habilitar la habitación de ambas para una tercera compañera. La señorita Marianne Cooper, de la que sabía que tarde o temprano iba a tener que rendir cuentas, fue trasladada, aceptada y trasformada.

Con el paso de los años, Philomena, aunque seguía con su actitud desdichada, se trasformó en un ser lleno de vida, era una muchacha rubia, de ojos verdes y voluptuosa, demasiado bella. Mayra se alegraba de que hubiese florecido, pero al mismo tiempo temía que captase la atención de algún indeseable que pudiera lastimarla.

Apostando al destino

Un amor verdadero, un pasado triste y una



apuesta al destino. Elizabeth Jones, después de la desaparición de su esposo y tras encontrar una carta en donde se entera de que su familia materna la buscó por años y está en Inglaterra, decide embarcarse para buscar su destino, a su familia y a su desaparecido esposo. No solo encuentra amigos que la ayudan, sino unos ojos color esmeralda que se convierten en el amor de su vida.

Eduardo Rushmore, quien había decidido no casarse nunca al menos por amor, pues quien creía que había sido el amor de su vida era feliz con su familia, una noche, en un baile de máscaras, conoce a una misteriosa dama de acento extranjero. Jura que es un ángel, y queda perdido en su mirada azul claro. Cuando Eduardo llega a creer que su nuevo título es una maldición porque todos insisten en que debe casarse y por otras situaciones más, se encuentra cara a cara con su ángel, ambos se dan cuenta de que su amor es correspondido. Pero ella guarda un secreto: está casada.

¿Podrán ganar su apuesta al destino para al fin poder estar juntos y llevar a cabo su amor?

A. S. Lefebre. Tica de Nacimiento, y devoradora de libros, los mejores días de su adolescencia los paso escribiendo, pero no fue hasta que leyó su primera novela romántica que decidió escribir su propia novela y darles vida a sus personajes con el fin de conquistar el corazón de sus lectores.

Edición en formato digital: octubre de 2020

© 2020, A. S. Lefebre

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

texto

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Apostando al destino](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre A. S. Lefebre](#)

[Créditos](#)